



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Valladares, M. (1999). *Movimientos intelectuales en provincias 1900-1912-1933* [Tesis para optar el Grado Académico de Magister en Literatura]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado.

REPOSITORIO DIGITAL DE TESIS
DE LA BIBLIOTECA DE LETRAS
DE LA UNMSM

Título:

Movimientos intelectuales en provincias 1900-1912-1933

Autor:

Manuel Agustín Valladares Quijano

Año:

1999

**Lugar de
publicación:**

Lima, Perú

**Tipo de
tesis:**

Maestría

**Palabras
claves:**

Grupos intelectuales en provincia, movimiento intelectual, generación del 900, revuelta literaria, Cusco, reforma universitaria.

**Referencia
en
APA 7ma. ed.**

Valladares, M. (1999). *Movimientos intelectuales en provincias 1900-1912-1933* [Tesis para optar el Grado Académico de Magíster en Literatura]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado.

Resumen

Le tesis tiene como propósito analizar múltiples aspectos y aportaciones de los movimientos intelectuales que surgieron en las provincias peruanas durante la primera mitad del siglo XX. En la primera parte, analiza los movimientos intelectuales que surgieron durante la "reconstrucción nacional" y en los comienzos de la "república aristocrática". Asimismo, estudia ciertos aspectos del pensamiento de Manuel González Prada, la "generación del 900" y la revuelta literaria que se dio entre 1912-1916. Luego, en la segunda parte, presenta los movimientos intelectuales que emergieron durante la reforma universitaria sanmarquina y en la década del 20, para esto incluye estudios sobre la "generación del Centenario", "la polémica del indigenismo", la revista *Amauta* e ideas de Victor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui. En la última parte abarca lo que fueron los movimientos intelectuales en Cusco, la procedencia social de los protagonistas de estos movimientos y su contribución.

Palabras Clave: Grupos intelectuales en provincia, movimiento intelectual, generación del 900, revuelta literaria, Cusco, reforma universitaria.





UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
ESCUELA DE POST-GRADO
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS
UNIDAD DE POST-GRADO
MAESTRIA EN LITERATURA PERUANA Y LATINOAMERICANA

**MOVIMIENTOS
INTELECTUALES
EN PROVINCIAS
1900 - 1912 - 1933**



Tesis presentada por

Manuel Agustín Valladares Quijano

Para optar el grado de Magister en Literatura Peruana y Latinoamericana

Lima, 1999



TABLA DE CONTENIDOS:

Introducción

Estructura del contenido

Nota

Primera parte:

TRANSITO DEL SIGLO XIX AL SIGLO XX: DEMOCRACIA Y MODERNIDAD EN UN PAIS PRE-MODERNO

Capítulo I

El pensamiento radical de Manuel González Prada

Ruptura y conflicto: opción por el Perú real
Actitud apostólica y estilo profético
Rompamos el pacto infame y tácito de hablar a media voz
Horas de lucha: la cuestión del indio es económica y social
Don Manuel: una imagen paradigmática

Capítulo II

La generación del novecientos

La generación del 900 a través de sus críticos
La generación del 900: intentos de reivindicación
Visión de la sociedad peruana: nacionalismo y capitalismo

Capítulo III

Tiempos de revuelta literaria: Valdelomar

Los modernistas desbrozaron el camino
Valdelomar, del modernismo al postmodernismo
Las condiciones de la revuelta literaria a partir de 1912
Voces provincianas: provincia, ruralismo
De Colónida a la peregrinación por provincias

001367





Segunda parte:

**NUEVAS CORRIENTES DE PENSAMIENTO
CRECIENTE PRESENCIA
DE INTELLECTUALES DE PROVINCIAS**

Capítulo I

Ingreso en escena de la generación del Centenario

La reforma universitaria

Universidades Populares González Prada

Capítulo II

La polémica del indigenismo

Motivando la polémica

Polémica en marcha

Capítulo III

Amauta: encuentro entre lo nacional y lo internacional

La voz de la “nueva generación” peruana

Radicalismo democrático y socialismo indoamericanos

Arte, literatura y vanguardia literaria

Crítica al capitalismo y a la modernidad occidental

Capítulo IV

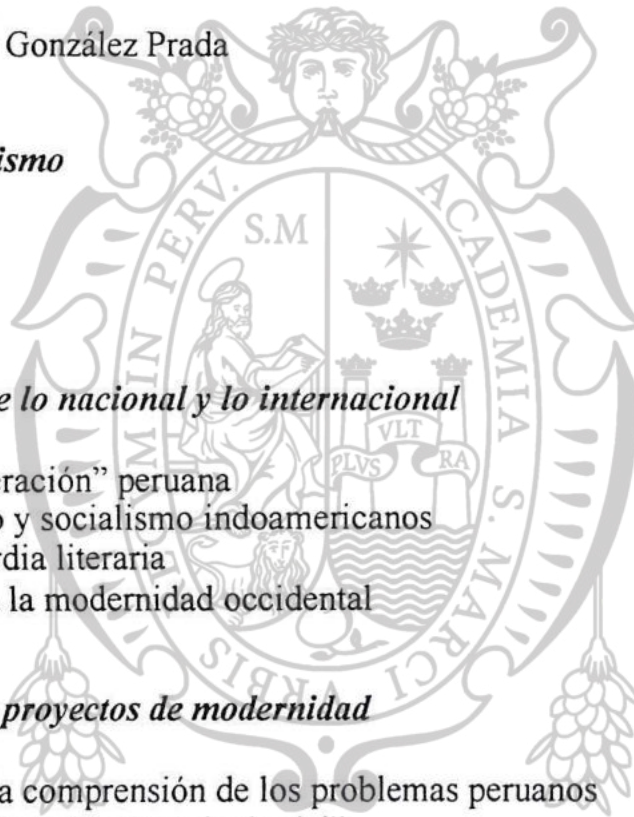
Haya y Mariátegui: dos proyectos de modernidad

Hallazgos y avances en la comprensión de los problemas peruanos

Sociedad peruana “semifeudal” y “semicolonial”

Dominación imperialista en el Perú: nacional y social

Revolución: democrático-nacional o socialista





Tercera parte:

MOVIMIENTOS INTELECTUALES EN PROVINCIAS EL CASO DEL CUSCO

Capítulo I

Panorama general en provincias

Movimientos intelectuales en el Sur Andino
Movimientos intelectuales en la región norte
La región central y sus provincias
La selva: lejanía, azar y violencia

Capítulo II

Movimientos intelectuales en el Cusco

1. **Los antecedentes: el Centro Científico, 1897 – 1909**
2. **Desarrollo del regionalismo y el indigenismo, 1909 – 1920**
 - Discurso del progreso, mito del positivismo
 - Discurso de las ciencias geográficas y naturales
 - Discurso del indigenismo
3. **Expansión nacional del indigenismo cusqueño, 1920 - 1930**
 - La revista *Kosko*: entre el nacionalismo y el socialismo
 - El *Grupo Resurgimiento*: un frente nacional indigenista
 - La revista *Kuntur*: entre el radicalismo indigenista y el socialismo
 - La revista *La Sierra*: andinismo, serranismo y nacionalismo antimperialista
 - Una nación por construir: entre la utopía y la realidad

Conclusiones

Bibliografía



INTRODUCCION

En el período comprendido entre 1900 y la gran crisis de los años 30, se desarrolló en el Perú todo un ciclo muy nutrido e intenso de movimientos intelectuales. Si se admite que el papel de los intelectuales consiste en producir conocimientos, en crear y difundir ideas, en analizar la realidad, descubrir sus tendencias y prever sus perspectivas, en construir imágenes de su sociedad y de su tiempo y muchas veces suscitar arduos debates, es probable que nunca en el Perú republicano haya habido un período como éste, con intelectuales de singular lucidez y capacidad creadora, comprometidos vitalmente con la interpretación de la realidad histórica, con el impulso de los más fecundos debates acerca de las particularidades y tendencias más profundas de su sociedad, de sus grandes problemas y de sus alternativas de transformación. La construcción de nuevas y más consistentes visiones del mundo andino y de la compleja sociedad peruana, significó no sólo la más avanzada culminación de aquel proceso sino también una sustantiva renovación del pensamiento social y de la creación artística y literaria.

Aquel gran ciclo de movimientos intelectuales, sólo podría ser comparable, por su densidad y profundidad excepcionales, no precisamente con alguno otro de los tiempos republicanos sino con aquellos que se remontan al comienzo y al término de la prolongada dominación colonial hispánica. Acerca de estos “ciclos intelectuales” en el Perú, puede decirse que no han sido necesariamente fenómenos sucesivos ni frecuentes en el transcurso de estos cinco siglos. Más bien han sido muy contados y esporádicos. Pero esos pocos alcanzaron brillo y prestigio. Surgieron y se desarrollaron en situaciones o momentos de



profundas rupturas y cambios decisivos de nuestra historia. Sus integrantes o sus principales exponentes asumieron la misión de interpretar el significado y los posibles rumbos de esos cambios al interior de la sociedad peruana. De este modo contribuyeron, por un lado, al conocimiento y comprensión más lúcidos de nuestra realidad histórica y, por otro, a la renovación y el enriquecimiento cultural (1).

Al mismo tiempo, durante el período al que nos estamos refiriendo, se acrecentaron y se intensificaron progresivamente las tensiones y los conflictos entre el pensamiento civilista conservador, incluidos todos sus matices, y las nuevas corrientes de pensamiento, básicamente teórico-ideológicas y políticas, que insurgían en la escena nacional poniendo en cuestión la visión oficial del Perú y el orden de dominación social imperante. Fue un proceso complejo y polémico, especialmente a partir de la crisis política de 1912. Por un lado, las ideas y propuestas tradicionales y conservadoras iban perdiendo su ya prolongada hegemonía y, por otro lado, las ideas y propuestas críticas y cuestionadoras ampliaban su impacto e influencia fundamentalmente en los sectores sociales medios y populares. Al comenzar la década del veinte, estas últimas habían terminado de desplazar a las primeras de su antiguo papel hegemónico.

Fases culturales y corrientes de pensamiento

En aquel ciclo intelectual peruano, como ha ocurrido en otras partes del mundo en casos similares, se sucedieron varios momentos o fases culturales y se desarrollaron diversas corrientes de pensamiento. En unos casos, corrientes de ruptura y radicalismo permanente; en otros, un radicalismo sólo inicial para trocarse después en moderación y terminar inclusive en posiciones reaccionarias y, en fin, otras corrientes surgidas de manera simultánea, caracterizadas por una progresiva intensificación de su discurso radical y, al mismo tiempo, por sus divergencias y rupturas para dar paso a la constitución de, por lo menos, dos nuevos proyectos nacionales. Esta diversidad de situaciones, de heterogeneidad del pensamiento social y de la creación artística y literaria, al interior de un determinado período o de un ciclo, podría ser ilustrada al identificar la presencia y diversa influencia en el escenario, por ejemplo, de Manuel González Prada y el gonzalezpradismo (positivismo,



liberalismo revolucionario, modernismo y anarquismo); de José de la Riva Agüero y la generación del 900 (positivismo, modernismo, liberalismo reformista, arielismo, idealismo); de Abraham Valdelomar y Colónida (antiacademicismo, postmodernismo, autonomía), del indigenismo y sus matices (humanitario y filantrópico, administrativo y burocrático, incaista utópico, democrático nacional, socialista, etc.); de la generación Centenario y sus tendencias ideológicas y políticas (antioligárquicas, nacionalistas antimperialistas, anticapitalistas y antiburguesas); inicialmente concurrentes en un frente común de dimensión nacional y continental pero, después, divergentes en proyectos teóricos y políticos alternativos al orden de dominación existente.

La fase de mayor consistencia, profundidad y proyección de todo aquel ciclo intelectual fue, como es reconocido casi unánimemente, la de los años 20. Sus protagonistas supieron beneficiarse de la intensa y diversa experiencia de quehacer intelectual que fue acumulándose a lo largo de las dos o tres décadas previas. Como seguramente nunca antes, una mayoría de sus integrantes o contingentes procedía cada vez más de las provincias. Ellos contribuyeron, con sus hallazgos y reflexiones, al desarrollo de nuevas y más lúcidas interpretaciones de la realidad peruana y latinoamericana y a la configuración de por lo menos dos proyectos nacionales y sus correspondientes programas políticos. Y, también, ellos fueron los forjadores de una impetuosa y singular renovación en la creación literaria y artística (*Trilce*, *la Vanguardia*, etc.). Ciertamente, a pesar de los enormes y significativos avances logrados durante esta fase, podría decirse que todavía se trataba de tendencias o movimientos intelectuales en plena realización, lejanos de cualquier apresurada culminación en sus indagaciones y reflexiones, distantes aún de conclusiones finales en sus enfoques de la realidad histórica y en sus propuestas alternativas (Proyecto, programas, etc.) y, por tanto, abiertos a su desarrollo posterior, maduración y consolidación. Es probable que este ulterior desarrollo haya ocurrido recién, en algunos campos más que en otros y aún fragmentariamente, en décadas posteriores al término de la Segunda Guerra Mundial, en un contexto nacional e internacional radicalmente diferente a la anterior etapa, mucho más complejo, de variados y más agudos contrastes, en extremo tenso y aceleradamente cambiante. Pero, por eso mismo, mucho más enriquecida por innumerables experiencias inéditas y también por sus severas lecciones.



Vitalidad de las provincias

Las nuevas corrientes de pensamiento que pasaban a ocupar un espacio cada vez mayor en la escena peruana contaban, aparte de su capacidad para atraer o conquistar bases sociales cada vez más amplias, con puntos de apoyo muy significativos representados por los movimientos intelectuales que iban surgiendo en diversas provincias, o que provenían de ellas, integrados fundamentalmente por juventudes con espíritu de rebeldía y de protesta frente al orden de dominación existente. Seguramente no por casualidad, precisamente en este período, se encontraban en marcha procesos de estudio y descubrimiento de la realidad social peruana y, por lo mismo, la formación de una conciencia histórica sobre nuevas bases epistemológicas. A su vez, en esos movimientos también ocupaba un destacado lugar la creación artística y de modo especial la creación literaria. Una nutrida producción en la narrativa y la poesía representaba, probablemente, uno de los afluentes más caudalosos e intensos en el desarrollo de la literatura peruana contemporánea.

Los movimientos intelectuales en provincias, y desde las provincias, en el período señalado, insurgieron con inusitada fuerza. Las obras de sus principales protagonistas revelaban novedad y variedad temáticas y, sobre todo, lucidez e intensa vitalidad en el planteamiento y discusión de problemas sociales, en la denuncia de la injusticia social, en la reflexión sobre la historia y las nuevas perspectivas de esta sociedad y, desde luego, en la construcción de figuras e imágenes estéticas. Es enteramente posible, por eso, encontrar estos rasgos en los varios campos de la actividad intelectual: historia, economía, filosofía, política y, también, en la pintura, la narrativa y la poesía.

La gran vitalidad de los movimientos intelectuales de provincias se debía, en principio, al hecho de estar ante el impacto de lo que más tarde se llamaría modernización - su primera oleada-, al progresivo descubrimiento del carácter oligárquico y semicolonial de la dominación social en el Perú y a una actitud de distanciamiento y ruptura con el pensamiento intelectual conservador que directa o indirectamente justificaba y legitimaba ese régimen social. El antecedente más destacado y admirado en esa nueva ruta de



comprensión de los problema nacionales, de ruptura con el Perú oficial y de rebelión, era don Manuel González Prada, a pesar de su procedencia social aristocrática y limeña. Pero, por otra parte, existían factores sociales candentes y dramáticos que insuflaban esa vitalidad: desde fines del siglo XIX se había desencadenado en el país un nuevo ciclo de movimientos campesinos indígenas, "rebeliones indígenas", los mismos que a despecho de sus siempre sangrientas derrotas, se multiplicaron y convulsionaron los Andes, sacudiendo el poder gamonal provincial o regional y también, en cierto modo, el poder del Estado oligárquico. Aproximadamente entre 1912 y 1923 habían tenido lugar las "rebeliones indígenas" más violentas y masivas sobre todo en el sur del país. Todas y cada una de ellas fueron reprimidas con la mayor ferocidad por parte del gamonalismo y de sus gobiernos. Esos hechos tuvieron fuerte impacto en las ciudades de provincias y constituyeron, como ha sido entrevisto por muchos, uno de los factores para la emergencia de los movimientos indigenistas. Al mismo tiempo, estaban en proceso de formación la clase obrera y el movimiento obrero peruanos, siendo sus principales escenarios ciudades como Lima y Callao pero, sobre todo, los enclaves agroindustriales y petrolero en la Costa norte y los enclaves mineros de la Sierra central, en los que operaba el capital monopólico internacional. La organización y movilizaciones de los asalariados del capital, hechos y tendencias realmente inéditos en el país, también atrajeron, según múltiples evidencias, la simpatía sino la abierta solidaridad y el apoyo activos de los nuevos movimientos intelectuales.

Contexto internacional: guerra, revolución y crisis

Aquel ciclo de movimientos intelectuales en el Perú se desarrolló en circunstancias en las que el mundo entero se encontraba transitando una nueva era, bajo el creciente dominio del capital moderno en su fase monopolista o imperialista y cuyos centros metropolitanos eran los países capitalistas avanzados y altamente industrializados: los de Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. Eran pues las potencias capitalistas y burguesas de la época. Cuanto ocurría en dichos centros metropolitanos, tenía impacto en todos los demás países del mundo considerados, con sobrada razón, como países agrarios o básicamente campesinos. La Primera Guerra Mundial, decidida por aquellas potencias



capitalistas monopolistas y cuyo teatro de operaciones fue casi exclusivamente Europa, fue uno de los acontecimientos de cuyo impacto casi ningún país, por atrasado y alejado que se encontrara, pudo quedar a salvo. Esta es seguramente una de las razones por las que se dice que la guerra fue mundial. El Perú y los demás países de América Latina, aparecían por entonces cada vez más estrechamente articulados, en condición de semicolonias, justamente a esos centros o potencias capitalistas del mundo occidental. También se debe subrayar que entre fines del siglo XIX y el término de la Primera Guerra Mundial, corrían los años en los que el capital norteamericano fue desplazando y sustituyendo progresivamente la influencia hegemónica del capital inglés en América Latina. Al mismo tiempo, la potencia norteamericana imponía en todo este subcontinente latinoamericano, especialmente en los países de Centroamérica y del Caribe, lo que vino en llamarse la “política del gran garrote”, a través de las invasiones de marines y otras formas de intervención del poder yanqui (2).

Pero, al mismo tiempo, en el plano mundial, la breve historia comprendida entre 1900 y la crisis capitalista de los años 30, ha sido seguramente uno de los capítulos más candentes de aquel prolongado período revolucionario que fuera abierto por la Gran Revolución triunfante de fines del siglo XVIII y que, después de dos siglos, ha sido cerrado simbólicamente con la caída del "muro de Berlín" en noviembre de 1989. En efecto, en el transcurso de las primeras décadas del siglo XX, no sólo los hechos revolucionarios sino la propia palabra y la idea de revolución alcanzaron un inmenso prestigio entre las juventudes, las masas trabajadoras y los pobres del mundo entero. Los movimientos revolucionarios transformaron o buscaban transformar el mundo, erradicando los rezagos premodernos y las manifestaciones de barbarie de la propia modernidad. Diversas formas de organización y movilización de grandes sectores de explotados y dominados, eran miradas con pavor por los Estados burgueses y sus gobiernos, por considerarlos como los verdaderos y mayores peligros para el orden de dominación existente. Precisamente, los más resonantes acontecimientos en diversas partes del mundo, en contra de la explotación y la dominación, contaban con actores colectivos multitudinarios, con la activa y creciente presencia de grandes masas urbanas y rurales en los combates contra el poder y por transformaciones radicales en aras de su liberación y la construcción de la justicia social. Estas tensiones



entre revolución y contra-revolución fueron aún mucho más dramáticas, durante la crisis de los años 30, tanto en el continente europeo como en los Estados Unidos de Norteamérica.

Entre los principales hechos revolucionarios que impactaron en el Perú, particularmente en sus segmentos intelectuales insurgentes, podemos señalar la Revolución rusa de 1905, la Revolución Mexicana de 1910-1917, la Revolución Socialista Rusa de 1917, la caída del Imperio Alemán, del Imperio Autro-Húngaro y del Imperio turco-otomano. En cierto modo, también ejercieron papel similar algunos hechos del Oriente asiático como la Revolución Democrática de 1911 bajo el liderazgo del Dr. Sun Yat Sen en la China imperial y milenaria o la insurgencia de los movimientos de masas anticoloniales como la conducida por Gandhi en la India. Refiriéndose a éstos y otros hechos de la época, con motivo de los veinticinco años de existencia de la revista **Variedades**, José Carlos Mariátegui publicó en marzo de 1929 “Veinticinco años de sucesos extranjeros” y, entre varias cuestiones, decía: *“Es improbable que alguna vez se hayan sucedido y agolpado en sólo 25 años acontecimientos tan decisivos para los destinos de la humanidad. Los veinticinco años que comprenden la revolución francesa, la grandeza y decadencia de Napoleón y las primeras jornadas de la emancipación hispano-americana (1789-1814) son, en la historia de la civilización occidental, los que más se prestan a la comparación con los que el mundo empezó a vivir en 1904. Ese cuarto de siglo fue también el del advenimiento tempestuoso de un orden nuevo. Pero el radio de la revolución liberal no abarcó sino a Europa y América. Y en Europa misma encontró inexpugnables, al Este, los bastiones de la feudalidad y el absolutismo. En tanto, los acontecimientos dominantes del último cuarto de siglo han rebasado todos los límites. Su escenario ha estado en los cinco continentes”* (énfasis nuestro). Pueda ser que ahora estos acontecimientos merezcan una diferente evaluación, pero lo que acerca de su significado e impacto pensaba Mariátegui traducía el modo como habían sido acogidos en esta parte del mundo, era una lectura del estado de ánimo y la sensibilidad de segmentos sociales importantes en el Perú y América Latina.

Pero no todas las tensiones y los conflictos de aquella época, provinieron del campo de la revolución. En buena parte, estallaron en el seno mismo del poder capital. La



victoriosa democracia liberal burguesa de corte europeo, que al comenzar el siglo XX parecía no sólo joven y lozana sino también premunida de un aura de eternidad, ingresaba a una crisis histórica sin precedentes al producirse el estallido de la Primera Guerra Mundial y, a partir de entonces, los mismos dirigentes de sus sagradas instituciones liberales, sus funcionarios, sus escritores y sus ideólogos la sentían inesperadamente agotada, crecientemente cuestionada y amenazada por los de abajo, sus partidos y su liderazgo. Amplios sectores sociales -especialmente las clases medias- que hasta entonces habían cultivado ilusiones y abrigado esperanzas respecto de la marcha continuada y ascendente de la democracia liberal y el progreso, fueron perdiendo confianza en ellos y dejándose atraer con frecuencia por la desilusión y la desesperanza (aparecían los gérmenes del fascismo). Se estaba muriendo el mito del progreso. No fue pues mera casualidad el hecho de que en esas precisas circunstancias aparecieran diversos escritos y publicaciones que reflejaban nuevos estado de ánimo colectivo y/o traducían nuevas sensaciones: **Decadencia de Occidente**, Spengler; **Crisis Mortal de la Vieja Europa**, Lenin; **Rebelión de las Masas**, Ortega y Gasset; **“Crisis y bancarrota de la democracia liberal”**, Mariátegui; en suma, fin de la Civilización Occidental. Son realmente innumerables y diversas las referencias, las crónicas y las reflexiones sobre ese trance (3). El crac de octubre de 1929 y la gran crisis de los años 30, que sacudieron y agrietaron hasta sus cimientos a toda la civilización capitalista burguesa, en escala mundial, parecieron confirmar dramáticamente aquellas sensaciones. Se anunció al mundo, por ejemplo, la *“crisis mortal del capitalismo”* (Trotsky). Las revoluciones socialistas y las revoluciones democrático-nacionales antimperialistas parecían estar, más que nunca antes, a la orden del día, debido a la temprana decrepitud del sistema capitalista y de su democracia liberal burguesa (4).

Los hechos que estamos señalando tuvieron innegable y diverso impacto en toda América Latina, en amplios sectores de las masas preteridas y especialmente en aquellos segmentos intelectuales que se planteaban la necesidad y/o urgencia de cambios económicos y sociales, cambios moderados o radicales, reformistas o revolucionarios. En el Perú, tanto los grupos o movimientos intelectuales de provincias, que no eran fenómenos aislados o dispersos, como las corrientes de pensamiento y/o tendencias ideológicas y políticas, literarias y artísticas de dimensión nacional, no pudieron quedar al margen de



aquellos problemas de dimensión internacional de procedencia básicamente occidental como los mencionados.

Más adelante, nos referiremos a algunas de estas corrientes intelectuales que en el Perú de aquel ciclo tuvieron notoria presencia o desempeñaron destacado papel, unas quizás con mayor consistencia y proyección que otras, descubriendo o identificando los grandes temas o problemas de su sociedad, difundiendo e incorporándolos al debate, contribuyendo de ese modo al desarrollo de ciertos niveles de conciencia social y a la formación de importantes movimientos culturales. Y se podrá ver que con frecuencia, por muchas razones, los intelectuales peruanos de aquella época, adherentes a las diversas tendencias del pensamiento social y de la creación literaria y artística, eran audaces y notorios disidentes.

1912: se inicia declinación del civilismo en el país

En el contexto peruano, el año 1912 constituye un hito muy significativo: marca el comienzo del resquebrajamiento y declinación del poder político civilista y del andamiaje de la República Aristocrática, lo cual dio lugar, en lo inmediato, al sorprendente triunfo electoral de un personaje ajeno e inclusive contrario a las filas del civilismo: Guillermo Billinghurst. Durante la campaña electoral, este personaje atrajo las simpatías populares y en esas circunstancias se produjo, por ejemplo, la marcha del “pan grande” que convocó a las calles de Lima a unas 20 mil personas. Casi un mar humano para la época. Según anota el historiador Jorge Basadre, *“por primera vez en el siglo XX, el pueblo apareció como actor decisivo en la escena política”* (énfasis nuestro). Los acontecimientos políticos de ese año configuraron una coyuntura que estimuló un mayor desarrollo de los movimientos populares, en especial urbanos, y cuya tendencia de ascenso no sería contenida ni interrumpida por espacio de 20 años, un espacio cada vez más nutrido de tensiones y conflictos fundamentalmente sociales, ideológicos y políticos. El año 1912, también tuvieron lugar muchos otros acontecimientos significativos para la cultura y la política peruanas. Ese año viajó a Lima por primera vez Luis Valcárcel, ya notable indigenista, como integrante de una comisión de la Universidad San Antonio Abad del Cusco. El



entonces ya prestigioso historiador José de la Riva Agüero, quien acababa de retornar de su sonado viaje al Cusco, Puno y Bolivia, puso a Valcárcel en contacto con la flor y nata de la intelectualidad limeña, que en su mayoría pertenecían a la Generación del 900 mientras otros, como Javier Prado, habían sido o eran todavía sus profesores en San Marcos. Valcárcel quedó gratamente impresionado de conocer a esa numerosa legión de ilustres escritores pero, al mismo tiempo, tuvo la sensación de estar teniendo al frente a quienes habían llegado a la cúspide de su carrera académica y profesional y de lo mejor de su producción intelectual y que, de allí hacia adelante, sólo habrían de recorrer el camino de su declinación (5). En efecto, los del 900 continuaron ejerciendo la docencia o escribiendo pero parece que ya nada nuevo pudieron ofrecer al conocimiento de la sociedad peruana y de su historia. También, en 1912, con el el propio Valcárcel como uno de sus protagonistas, fue fundada en el Cusco la “Revista Universitaria”, órgano de la Universidad San Antonio Abad, la cual se constituyó por más de medio siglo en la más importante tribuna local y regional que difundió los resultados de la investigación científica y la más diversa producción intelectual. Igualmente, en 1912 se llevó a cabo en el valle de Chicama la primera huelga de los trabajadores asalariados y con ella quedó inaugurada la historia de las luchas frente a la explotación y dominación del capital internacional y sus socios en el Perú. Y, además, en 1912 Abraham Valdelomar realizaría una de sus más importantes experiencias de juventud al intervenir directamente, como responsable político, en la campaña electoral a favor del candidato presidencial don Guillermo Billingurst. De allí para adelante, la producción literaria de Valdelomar fue adquiriendo connotaciones de ruptura y autonomía y se constituyó en el inicio de una nueva etapa en el territorio de la literatura peruana.

El año 1933 cierra el ciclo de aquel tempestuoso ascenso popular fraguado en el transcurso de varios lustros , con la derrota política y militar de sus más avanzadas fuerzas insurgentes de orientación antioligárquica y antimperialista. De ese modo, se cierra también un ciclo de desarrollo y auge de los movimientos intelectuales vinculados o pertenecientes a aquel ancho campo del Perú no oficial, del Perú real. Y, en cierto modo, concluye en 1933 una de las etapas más vibrantes de la reconstrucción de la historia peruana y de la creación literaria y renovación cultural (6).



HIPOTESIS:

1. En el contexto de la sociedad peruana comprendido entre 1900 y la gran crisis de los años treinta, los movimientos intelectuales en general y los de provincias en particular, emergen y se desarrollan buscando comprender qué es el Perú, de dónde viene y a dónde va. Las respuestas a estas interrogantes significarán, con frecuencia, descubrimientos de aspectos o problemas de la sociedad todavía ignorados o mantenidos ocultos por los “dueños del Perú”. Los resultados de estos esfuerzos serán, pues, las obras de los intelectuales, escritores y artistas de aquella época: ensayos, historia, sociología, economía, narrativa, poesía, etc. Estos fueron en lo fundamental discursos críticos. Se había producido en el Perú una ruptura epistemológica.
2. En el período comprendido entre 1900 y la crisis de los años 30, se desarrolló en el Perú todo un ciclo de movimientos intelectuales. Los movimientos intelectuales de Lima y los de provincias fueron, consciente o inconscientemente, parte significativa de los movimientos culturales que comenzaron a surgir con posterioridad a la guerra del Pacífico, durante la llamada “reconstrucción nacional” (1885-1900) y alcanzaron su mayor desarrollo en en curso las tres primeras décadas del siglo XX. Con no poca frecuencia, las distintas corrientes de pensamiento entraron en relaciones polémicas. Se trataba, en parte, de las confrontaciones entre regionalismo y centralismo, entre centralismo y federalismo, entre hispanismo e indigenismo, entre revolución y contra-revolución.
3. A partir de 1912, cuando comienza a resquebrajarse el poder político hegemónico del civilismo y de la “República Aristocrática”, los nuevos movimientos intelectuales y entre ellos los de provincias, fueron desplazando gradualmente a los intelectuales orgánicos del “Perú oficial” o garantes del orden de dominación establecido. En los años 20, pasaron a ocupar un primer plano los intelectuales del “Perú no oficial” y se convirtieron, en su mayoría, en protagonistas de las corrientes democrático-nacionales.



4. Los movimientos intelectuales de provincias contribuyeron, con sus hallazgos y su obra crítica, a la formación de una conciencia histórica nacional sobre nuevas bases epistemológicas. A los aportes intelectuales, artísticos y literarios de las provincias, se debe en gran medida la construcción de una nueva visión de la realidad histórica peruana y del mundo andino, basada en el logos y el mito.

ESTRUCTURA DEL CONTENIDO:

En el curso de desarrollo de nuestra investigación, hemos tenido que recurrir a varios archivos y bibliotecas. En busca de las fuentes primarias, que generalmente son escasas, hemos acudido con relativa frecuencia, aunque con largos intervalos, al Instituto Riva Agüero, a la sala de investigaciones de la Biblioteca Nacional y a la de la Biblioteca Central de San Marcos. Las fuentes secundarias, que son innumerables, hemos podido consultarlas selectivamente tanto en las bibliotecas de amigos como en la nuestra.

El presente trabajo de tesis, tiene tres partes:

Primera parte: “Tránsito del siglo XIX al XX. Democracia y modernidad en un país pre-moderno”. Dividido, a su vez, en tres capítulos que tratan de los movimientos intelectuales que emergieron con posterioridad a la guerra del Pacífico -período de la “reconstrucción nacional”- y durante los primeros lustros de la “república aristocrática”. Se sostiene que dichos movimientos fueron los fundadores del Perú contemporáneo. El primer capítulo trata de los aspectos básicos del pensamiento de Manuel González Prada, la figura más representativa de la “generación del 86”, quien cuestionó radicalmente el Perú oficial y optó por el Perú real constituyéndose, por eso, en lo que se considera el primer instante lúcido de la conciencia nacional. El segundo capítulo trata de la “generación del 900” o “arielista” cuyos representantes, en su mayoría de procedencia aristocrática, asumieron el papel de conciencia crítica de su propia clase y de los civilistas en el poder político, llegando a plantear, sin lograr ser tomados en cuenta, la posibilidad de modernización liberal-burguesa de la sociedad peruana. El tercer capítulo trata del significado de ruptura y renovación que tuvo para las letras peruanas la “revuelta literaria” de 1912-1916, cuyo



caudillo y representante más visible fue Abraham Valdelomar y su núcleo culminante el movimiento *Colónida*.

Segunda parte: “Nuevas corrientes de pensamiento. Creciente presencia de intelectuales de provincias”. Dividido en 4 capítulos que tratan de los movimientos intelectuales que fueron constituyéndose en el país desde los tiempos de la reforma universitaria de San Marcos y en la década del 20. Esos movimientos contaron con el concurso mayoritario de los jóvenes intelectuales de las provincias. El primer capítulo se refiere a los hechos que posibilitaron el ingreso en escena de la “generación del Centenario”, cuyos integrantes o núcleos fueron asumiendo progresivamente, desde los diversos campos del quehacer intelectual, el liderazgo de las nacientes corrientes antioligárquicas y antimperialistas. El segundo capítulo presenta los aspectos centrales de lo que se ha dado en llamar “la polémica del indigenismo”, la cual se constituyó en uno de los instantes más mismo que tuvo el significado . El tercer capítulo trata de presentar los múltiples papeles cumplidos por la revista **Amauta** destacando, de manera especial, su función de articulador de las principales corrientes de renovación del pensamiento nacional e internacional, entendiéndose por nacional fundamentalmente aquello que se nutría de los aportes de escritores y artistas proveniente de las provincias. El cuarto capítulo presenta algunas de las ideas básicas construidas por Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui en la tarea de interpretación de la realidad del mundo andino contemporáneo y de planteamiento de nuevos proyectos históricos de modernidad para nuestras sociedades.

Tercera parte: “Movimientos intelectuales en provincias. El caso del Cusco”. Dividido en dos capítulos precedidos por un texto introductorio que trata de establecer la procedencia social de los protagonistas de aquellos movimientos y su contribución al desarrollo de las corrientes democrático-nacionales en el país. Luego, el primer capítulo presenta algunos rasgos generales de las principales regiones y provincias y una visión panorámica de los movimientos intelectuales en esos escenarios. El segundo capítulo presenta lo fundamental de la historia intelectual del Cusco, identificando sus principales núcleos y movimientos, como afluentes del regionalismo y el indigenismo y, a su vez, como premisas o componentes de corrientes de pensamiento de dimensión nacional.



Notas

(1) Grandes y decisivos “ciclos intelectuales” en el Perú de los últimos 500 años, han sido muy contados. Un primer “ciclo intelectual” de nuestra historia, posterior al cataclismo de la conquista europea, es el que logró configurarse entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII, y cuyo aporte central fue la construcción de horizontes e imágenes que dieron lugar al nacimiento de la utopía andina (Manuel Burga, **Nacimiento de una utopía**, “revolución en la mentalidades: el nacimiento de la utopía andina”). Un segundo “ciclo intelectual” es aquel que se desarrolló entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, en plena crisis de la dominación colonial, especialmente bajo la influencia de la ilustración francesa (Raúl Porras, **Ideólogos de la emancipación**; Aníbal Quijano, **Modernidad, identidad y utopía en América Latina**). Más tarde, el “ciclo intelectual” que se desarrolló a fines del siglo XIX y durante las tres primeras décadas del siglo XX, y alcanzó su más alta expresión en los ya famosos años 20, cobijó en su seno a las tendencias que debatieron la naturaleza y el destino históricos de la sociedad peruana contemporánea. Fueron los fundadores del Perú contemporáneo (Alberto Flores Galindo, “El horizonte utópico”, en **Buscando un Inca**, págs.225-288; Sinesio López’ “El Estado oligárquico en el Perú”, en **El Dios Mortal**; Augusto Salazar Bondy, **Historia de las ideas en el Perú contemporáneo**, tomos I y II).

(2) Para mayor información sobre estas cuestiones, puede consultarse de Tulio Halperin, **Historia Cotemporánea de América Latina**, cap. V, “madurez del orden neocolonial”; Víctor Raúl Haya de la Torre, **Por la emancipación de América Latina**; José Carlos Mariátegui, **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**, “esquema de la evolución económica” e **Ideología y política**, especialmente la sección “Tesis ideológicas”, págs.21-104; Carlos Malpica, **Mito de la ayuda exterior**: sec.primer: “derroche e imprevisión”, y sec. segunda: “América para los americanos”.

(3) El historiador Isaac Deutscher escribe: “El estallido de la Primera Guerra mundial puso fin abruptamente a la edad de oro del capitalismo liberal europeo, al parlamentarismo y al socialismo reformista que habían florecido juntos durante casi medio siglo de paz, interrumpido únicamente por guerras de importancia secundaria en las colonias y en la periferia balcánica. Dos generaciones de europeos habían crecido en la creencia optimista de que el hombre había progresado lo suficiente para asegurarse el dominio sobre la naturaleza y para cambiar y perfeccionar su medio ambiente por medio del razonamiento, la conciliación y el voto de las mayorías. La acumulación de riqueza en Europa en general había sido tan impresionante y rápida que parecía garantizar la prosperidad creciente de todas las clases de la sociedad y desterrar los conflictos sociales violentos “ (Isaac Deutscher: **Trotsky, el profeta armado**. Cap.VIII: “La guerra y la internacional”). Apenas concluida la guerra mundial, Lenin afirmaba: “ ... hemos probado que la guerra de 1914-1918 ha sido, de ambos lados beligerantes, una guerra imperialista (esto es, una guerra de conquista, de bandidaje y de robo), una guerra por el reparto del mundo, por la partición y el nuevo reparto de las colonias, de las “esferas de influencia” del capital financiero, etc.... La propiedad privada fundada en el trabajo del pequeño patrono, la libre concurrencia, la democracia, todas esas consignas por medio de las cuales los capitalistas y su prensa engañan a los obreros y a los campesinos, pertenecen a un pasado lejano. El capitalismo se ha transformado en un sistema universal de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del planeta por un puñado de países “avanzados”. Este “botín” se reparten entre dos o tres potencias rapaces del poderío mundial, armados hasta los dientes (Estados Unidos, Inglaterra, Japón), que, por el reparto de su botín, arrastran a su guerra a todo el mundo”(Prólogo a las ediciones francesa y alemana de



El imperialismo, fase superior del capitalismo). Historiadores de la época contemporánea, como Wolfgang Mommsen y otros, nos entregan capítulos enteros de sus obras bajo el título de “La Primera Guerra Mundial: la crisis mortal de la vieja Europa” y se refieren, por ejemplo, a uno de los componentes ideológicos de dicha crisis: “Los primeros días de agosto de 1914, los pueblos europeos partieron a la guerra, en su inmensa mayoría con un entusiasmo casi religioso. La lucha por la patria parecía dar a la vida de repente un contenido nuevo e infinitamente más rico. Una ola de entusiasmo bélico nacionalista se apoderó de las masas y arrolló en todos los sitios a los grupos que se habían opuesto a la guerra, o al menos los redujo en un primer momento al silencio. Esta irrupción de pasiones nacionalistas transformó radicalmente las formaciones políticas” (Wolfgang Mommsen, **La época del imperialismo**). En 1917 fue publicado, y no por pura casualidad, la primera edición de la obra de Oswald Spengler, **La decadencia de occidente**. En el Perú, a su retorno de Europa, José Carlos Mariátegui, aparte de publicar artículos sobre la Europa post-bélica, que luego irían a conformar diferentes volúmenes (**La Escena Contemporánea y Figuras y Aspectos de la Vida Mundial** y otros), dictó en las Universidades Populares González Prada una serie de conferencias, ante estudiantes y obreros de Lima, justamente sobre la crisis mundial y cuyos textos y esquemas están publicados bajo el título **Historia de la crisis mundial**.

(4) Sobre el crac de octubre de 1929, es decir, la quiebra y derrumbe de la Bolsa de New York que desencadenó la gran crisis mundial del capitalismo de los años 30, son innumerables las crónicas y las obras de historia. Pueden ser consultadas algunas de ellas. Galbrait, **El crac de 1929**. Gordon Thomas y Max Morgan-Witts, **El día en que se hundió la bolsa**. Sobre el impacto del crac y la reproducción de la crisis en América Latina puede verse de Tulio Halperin Donghi, **Historia contemporánea de América Latina**, cap.6 “Crisis del orden neocolonial”.

(5) Luis Valcárcel, **Memorias**, “Actuación política y primer viaje a Lima” y “Entre la educación y la política”, págs. 159-181. Para una mayor información sobre la coyuntura nacional de 1912, el triunfo de Billinghurst y su administración, se puede consultar de Jorge Basadre, **Historia de la República del Perú**, t.XII, págs. 207-306.

(6) La derrota política y militar, se refiere a la insurrección popular de Trujillo de 1932 que fue aplastada sangrientamente por el gobierno de Sánchez Cerro. La feroz violencia desatada por dicho gobierno y el ejército a su mando se prolongó hasta 1933. Para mayores elementos de juicio sobre aquella insurrección y su derrota, se puede consultar de Guillermo Thorndicke, **El año de la barbarie**.



Nota

Nuestro trabajo de tesis quería satisfacer una inquietud motivada por la celebración de los "centenarios" de escritores e intelectuales, provenientes mayormente de provincias, cuyas vidas y obras transformaron el pensamiento y la cultura peruanos: Abraham Valdelomar, Luis E. Valcárcel, Hildebrando Castro Pozo, César Vallejo, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre y muchos otros. Para explicarnos el papel protagónico que jugaron en los nuevos rumbos de la vida nacional, en el curso de las tres primeras décadas del siglo XX, pretendimos abarcar el estudio de todos los movimientos intelectuales surgidos en las provincias del Perú en ese período; pronto nos dimos cuenta que esto excedía largamente a los esfuerzos de una sola persona y, más aún, en medio de las actuales circunstancias de grave deterioro de las condiciones materiales de existencia de los profesores de las Universidades como de otros centros educativos del Estado, que impiden invertir el tiempo y los recursos necesarios para tareas de esta naturaleza; y, como es obvio, hemos ido delimitando nuestro trabajo, por una parte, a las tendencias generales del pensamiento y la cultura peruanos, sin dejar de referirnos a su relación con los procesos de cambio en las provincias en general y, por otra, de manera más amplia y detenida, a los núcleos y movimientos intelectuales del Cusco.

El presente trabajo ha sido desarrollado con cierta lentitud y ha sufrido frecuentes interrupciones. Aparte de tener que dictar clases en la Universidad, nuestro pensamiento y nuestras emociones han sido y son jaloneados por los acontecimientos nacionales e internacionales en las más diversas y sorprendentes coyunturas de este fin de siglo. Tenemos la obligación de interpretarlos. A pesar de todo, creemos haber logrado el ingreso al territorio de los movimientos intelectuales en provincias y en el conjunto del país, correspondientes a la primera etapa del Perú contemporáneo. Consideramos que nuestro estudio es apenas un comienzo de una realidad mucho más vasta y compleja. Esperamos proseguir la tarea que nos hemos propuesto y, en consecuencia, poder ampliar y profundizar nuestros conocimientos.

En el transcurso de elaboración de este trabajo, hemos contado con varias formas de apoyo y solidaridad de amigos y colegas. Quiero mencionar aquí a algunos de ellos. La creciente presión ejercida por Gonzalo Espino Relucé para apurarme en la redacción y, luego, el tiempo que me ha dispensado para leer y comentar mis borradores. Los encuentros y desencuentros con Miguel Angel Rodríguez Rea quien, aparte de proporciónarme los primeros libros, se las ingenió para reiterarme con sentido del humor y con insistencia el mismo saludo: "¿Y para cuándo está la tesis?", gesto que he considerado como un estímulo. La generosidad de Marco Martos para aceptar ser mi asesor de tesis y la paciencia que ha tenido conmigo para tolerar mis recurrentes promesas de trabajar con mayor celeridad y acortar plazos. Finalmente, las exigencias y críticas muchas veces amables y otras tantas impacientes, pero siempre entusiastas y esperanzadas, de mi compañera Aurora Marrou para, por fin, dedicarle mayor entrega al cumplimiento de esta tarea. Gracias por todo.



PRIMERA PARTE:

**TRANSITO DEL SIGLO XIX AL SIGLO XX:
DEMOCRACIA Y MODERNIDAD
EN UN PAIS PRE-MODERNO**





DEMOCRACIA Y MODERNIDAD EN UN PAIS PRE-MODERNO

Entre 1895 y 1915, dos tendencias predominantes conmovieron a la población civil y produjeron sendos movimientos culturales. Según Luis Alberto Sánchez, a quien pertenecen dichas afirmaciones, esas dos tendencias fueron: 1) Los “adictos y secuaces” del Circulo Literario y de González Prada, alejándose del éxito político para refugiarse en la prédica social. 2) La Universidad, bajo la influencia del neoidealismo (Bergson, Guyau, Rodó), tratando de constituir una elite directora sin mucho contenido social. En esos 20 fecundos años aparece una nueva generación con dos direcciones. La una tiene su máximo exponente en José Santos Chocano; la segunda, en Riva Agüero, José Gálvez y Francisco García Calderón. “Desde el ángulo ideológico ninguno inyecta elementos nuevos a la vida nacional” (énfasis nuestro). Desde el punto de vista formal, los unos siguen, con variantes, la huella escultórica de González Prada, y los otros tratan de adecuarse al ritmo musical de Rubén Darío (1).

En estas líneas Luis Alberto Sánchez resalta bien un aspecto de la realidad cultural, al referirse a esa nueva generación con dos direcciones, que ideológicamente no aportaron nada particularmente nuevo a la vida nacional aunque, desde luego, se trataba de escritores destacados y brillantes. Pero, al mismo tiempo, este es un reconocimiento de que el pensamiento de González Prada, cuyas ideas matrices habían sido elaboradas y difundidas públicamente en el curso de los 10 o 15 años posteriores a la guerra del Pacífico, no sólo había constituido una ruptura con el pensamiento oficial civilista de entonces sino que continuaba ocupando un lugar de predominio en la visión y debates de los problemas fundamentales del país en los primeros lustros del siglo XX. En el mejor de los casos, la



aparición de nuevas agrupaciones y/o tendencias intelectuales, con diversos méritos en el campo académico y político, no significó necesariamente mayor renovación ideológica, por lo menos hasta 1912 - 1915 (2).

En lo que respecta a la democracia, ésta se había instaurado en 1895, desalojando al segundo militarismo del poder político, logrando mantenerse estable a través de sucesivos gobiernos hasta 1914 en que fue interrumpido por un golpe de Estado para luego ser restablecida tan sólo por breve tiempo. Esa democracia había sido posible gracias a la reconstrucción de la clase dominante oligárquica y de su Estado, luego de haber sufrido desintegración y derrumbe en la Guerra del Pacífico. Fue una democracia implantada por los civilistas para restaurar sus antiguos privilegios. Una democracia que, por eso, no se planteó como necesidad la erradicación de los rezagos más tradicionales de la existencia peruana, es decir, de los rezagos precapitalistas. En suma, era una democracia que no pretendía ninguna solución de los aspectos más lacerantes de la herencia colonial. Pero democracia a pesar de todo eso, la incipiente democracia de la República Aristocrática, era una forma de dominación política con discurso modernizante en un país aún no capitalista. Era, en ese sentido, una democracia señorial (3).

En el transcurso de esos 20 años, llegó a tener muy notoria presencia en la escena nacional la generación intelectual asociada a las tendencias de cambio del civilismo en el control del poder político y que, como tal, se identificaba con la República Aristocrática en marcha o, más precisamente, con lo que dentro de ella representaba modernidad y/o modernización. En la historia del pensamiento social y de la literatura, sus miembros son conocidos como “Generación del 900” y, también, como “arielistas” o “modernistas”. Hasta las vísperas de la Primera Guerra Mundial, habían predicado con optimismo la consulta popular y la democracia liberal, comprometiéndose intelectual y vitalmente con la posibilidad de la construcción de una nación moderna. Pero el comienzo del resquebrajamiento del poder coaligado de la clase dominante y de la República Aristocrática a partir de 1912 y, casi sobre la marcha, el impacto en nuestro subcontinente del estallido de la Primera Guerra, conmovieron los cimientos mismos de esta elite intelectual y apresuraron su tránsito del “optimismo” al “desencanto”. El debilitamiento y



casi ocaso del empuje liberal en la propia Europa civilizada, capitalista y democrática, remeció con mucha fuerza el piso interno ya resquebrajado y acabó con suma celeridad con las frágiles convicciones de muchos de nuestros liberales (4).

Mientras tanto, la otra tendencia, la gonzalezpradista, que se expresaba básicamente a través de la creación literaria y de la crítica literaria, de la crítica social y política al sistema de dominación imperante, mantenía a todo trance una lucidez y una vitalidad inquebrantables, tratándose particularmente del propio maestro quien prosiguió escribiendo y publicando hasta 1918, año de su muerte. Su papel de escritor crítico estuvo orientado principalmente, desde su retorno de Europa, por el pensamiento anarquista y, por esta razón, sus contemporáneos y las juventudes de entonces lo conocieron asumiendo compromisos de conductor ante las primeras experiencias de organización y movilización de los trabajadores. El maestro y los escritores de su entorno, mantuvieron constancia en los diversos campos de la denuncia y la crítica al sistema imperante. Habría que recordar que si alguien representaba una cierta excepción, entre los numerosos y destacados escritores gonzalezpradistas, por su poca o ninguna devoción a principios en el terreno de la ética política, ese era el poeta José Santos Chocano. El lugar de prestigio alcanzado por éste fue, casi exclusivamente, como representante local del modernismo literario hispanoamericano (5).

Sobre estas tendencias básicas de los movimientos intelectuales de fines del siglo XIX y principios del siglo XX en el Perú, debemos decir algo más, señalar los contenidos centrales de sus hallazgos y de sus creaciones, la amplitud y profundidad de su influencia en la sociedad peruana de su tiempo. Y, también, debemos tratar de establecer qué aspectos de su obra constructora y creadora pasaron a constituirse como herencia para los movimientos y generaciones siguientes y para el conjunto de la sociedad peruana.



Capítulo I

El pensamiento radical de Manuel González Prada entre el liberalismo revolucionario y el anarquismo militante.

“González Prada no interpretó este pueblo, no esclareció sus problemas, no legó un programa a la generación que debía venir después. Más representa, de toda suerte, un instante -el primer instante lúcido- de la conciencia del Perú.”

J.C. Mariátegui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*

En principio, la precedente afirmación de Mariátegui pareciera poco pertinente; sin embargo, encierra el mejor reconocimiento en el viejo maestro a una de las figuras más representativas que en las postrimerías del siglo XIX anunciara un Perú nuevo. El simple hecho de representar “el primer instante lúcido” de la conciencia del Perú, aunque sin haber llegado a formular un proyecto nacional y un programa de transformaciones radicales y globales de esta sociedad, ya constituye algo así como un primer capítulo de la historia peruana contemporánea. El mero hecho de haber organizado un enfoque o una visión general de la realidad peruana, desempeñando el papel de acusador del pasado, identificando algunos de sus graves problemas, en contraste con la visión oficial dominante, era no sólo demasiado osado para su tiempo sino seguramente un acto casi subversivo. Y, por eso mismo, como parece reconocerlo el propio Mariátegui, las ideas y las reflexiones del maestro se constituyeron en puntos de partida y/o precedentes de actitudes y trabajos más sistemáticos que serían elaborados por intelectuales de las generaciones siguientes.



Ruptura y conflicto: opción por el Perú real

Se reconoce en González Prada a una de las figuras más insólitas y vigorosas en el firmamento intelectual peruano. Algunas de las razones para eso son aquellas que tienen que ver con su capacidad de ruptura y autonomización intelectual y vital. En efecto, él se fue forjando desde muy joven a través de sucesivas y simultáneas rupturas con diversos niveles y aspectos del orden de dominación existente. Ruptura, por ejemplo, con la ideología y las normas de vida de la aristocrática institución familiar de la que provenía, con el espíritu elitista y escolástico de la institución universitaria de su tiempo, con la Iglesia Católica y particularmente con su alta jerarquía, con el orden social excluyente de las mayorías nacionales (indígenas) impuesto por el poder oligárquico, con el militarismo garante de ese orden y, en fin, con todo aquello que significaba el "Perú oficial". En una palabra, ruptura con su clase y con los intereses que ésta representaba. Los términos del cuestionamiento del orden social establecido y la ruptura con sus principales instituciones, como actitud intelectual y vital, reflejaban pues, en el caso de González Prada, algunas de las premisas básicas para que, luego, él pudiera representar realmente ese instante lúcido de la conciencia nacional. Luis Alberto Sánchez diría de manera puntual, en su prólogo a **Páginas Libres**, que el futuro maestro pudo lograr la liberación de sí mismo "... al desechar sus títulos nobiliarios, los prejuicios católicos de su hogar y las ideas conservadoras de su padre, para convertirse en el adalid del anarquismo, del anticlericalismo, del antilimeñismo y de la nueva literatura precursora del modernismo..." (6).

De otra parte, la rebeldía y la tenacidad inquebrantable en los combates librados por parte de don Manuel González Prada, en contra del "Perú oficial" y por la construcción de un Perú nuevo, pasaron a constituir paradigmas de toda una cultura política, especialmente desde los tiempos de la fundación del Círculo Literario y de sus primeros discursos radicales (1886-1887) y del más famoso de ellos que fue el del Politeama (1888), pasando por la fundación del partido radical, la *Unión Nacional* (1891), hasta su opción por el anarquismo militante durante su estadía en Europa y que, a su retorno al Perú (1898), lo convirtió en el más importante agitador y propagandista de dicho movimiento libertario. Lo realizado por el maestro, en el pensamiento y en la acción, en el transcurso de una vida tan



intensa, es reconocido por sus mejores intérpretes como una de las contribuciones más genuinas a la cultura peruana contemporánea. Sobre la vida y obra de Manuel González Prada y su singular lugar en el firmamento intelectual peruano, tenemos algunas contribuciones muy valiosas, como las siguientes: **Don Manuel**, biografía novelada de Luis Alberto Sánchez; de Mariátegui, las páginas dedicadas a don Manuel González Prada, en “proceso de la literatura peruana” de sus 7 ensayos, contienen quizás algunas de las más densas y compactas ideas sobre un hombre y su época, sobre una figura paradigmática en una nación que busca construirse como tal; de Augusto Salazar Bondy, “El pensamiento de González Prada”, primer capítulo de **Historia de las ideas en el Perú contemporáneo**,

Entre algunos de los nuevos y decisivos hechos en la nueva etapa de constitución de esta cultura nacional, post derrota peruana en la guerra del Pacífico, son identificables, como incuestionables puntos de partida, primero, *la aparición de la generación de 1886*, la misma que se constituyó en un potencial grupo de protesta y rebeldía de intelectuales frente al militarismo reinante; segundo, la realización de actos y discursos públicos, cuya figura central fue el propio González Prada, y la convocatoria a una cruzada de reivindicación nacional; y, tercero, las tensiones y conflictos entre estos gestos insurgentes que aparecían hegemonizando el nuevo pensamiento nacional “no oficial” y el poder político tradicional que representaba básicamente la reinstauración del “Perú oficial”, es decir, el reestablecimiento del poder de la oligarquía terrateniente-comercial. Era evidente que en esas circunstancias estaba produciéndose, o ya se había producido, una profunda grieta o ruptura en la hegemonía intelectual civilista. Resquebrajada y paralizada ésta, comenzaba a construirse una interpretación diferente de la realidad peruana y de los acontecimientos que ocurrían en su seno. Por ejemplo, en ese camino, “El discurso del Politeama señalaba un cambio generacional en el Perú: González Prada denuncia con verbo vibrante a los que considera principales causantes de la derrota de 1879, identificando entre ellos especialmente al civilismo, a los militares, al clero, al hispanismo y a Lima; discurso memorable, bruñido a juego, que termina alguno de sus párrafos con la célebre admonición “los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra” (7).



Pero no se puede dejar de señalar que, previamente a su ingreso al terreno de la crítica literaria y de los combates políticos, Manuel González Prada se había consagrado casi exclusivamente a la producción de una delicada obra poética. En la propia creación literaria ya existían elementos de ruptura con lo tradicional. Innumerables poemas escritos entre 1867 y 1883 fueron ordenados por su propio autor bajo el título de “Cantos de otro siglo”. También corresponden a esa época sus “Baladas” y parte de ellas son las “Baladas Peruanas”. Según lo precisa Luis Alberto Sánchez, “Durante todo el período comprendido entre 1867, fecha de su primera publicación en **El Comercio**, y 1883, año en que terminó la ocupación de Lima, González Prada compuso innumerables poemas, los mismos que están coleccionados en dos cuadernos manuscritos ... y que han sido publicados en los volúmenes titulados **Libertarias** (1938), **Letrillas** (1975) y **Cantos de otro siglo** (1978). En realidad el título general que dió González Prada a sus composiciones primigenias e inéditas fue el de “Cantos de otro siglo”. Se puede decir que el poeta y la casi silenciosa multiplicación de sus versos, habían precedido al prosista y al combatiente político. Según el propio Sánchez, “...González Prada era una sorpresa poética de escaso auditorio y de grandes altura y delicadeza, en términos tales que sus versos, distintos del romanticismo prevaleciente, se considerarán más tarde como el primer preludio al modernismo. Federico de Onís, insigne crítico y maestro español, coloca a González Prada en primer lugar entre los precursores del modernismo en su espléndida **Antología de la poesía española hispanoamericana (1888-1934)**, publicada en 1934 y reeditada en Puerto Rico veinte años después ... Eran dos los rasgos característicos de su personalidad. La ternura y el sarcasmo, el amor y la ironía, el madrigal y el panfleto”. Muchos años tuvieron que transcurrir para que González Prada pudiera reaparecer en el campo literario con una nueva producción poética: lo hizo al publicar en 1911 su obra **Exóticas**, poemario de un gusto exquisito, en el cual tiene su partida de nacimiento la nueva poesía peruana, como sería reconocido por José María Eguren en su dedicatoria de la **Canción de las Figuras** (1916), por Abraham Valdelomar y el grupo de Colónida (1916) y uno de cuyos integrantes era Alfredo, hijo del maestro, quien a su vez era redactor principal de **La Prensa** de Lima y co-autor del poemario **Las Voces Múltiples**. César Vallejo también expresó su reconocimiento al valor de la obra poética del maestro en su emocionada dedicatoria de “Los dados eternos”, poema inserto en los **Heraldos Negros** (1918). Para una amplia y pormenorizada información bibliográfica y



para el conocimiento directo de la producción poética del autor, la actual mejor contribución como fuente impresa está representada por sus definitivas Obras Completas (8).

Actitud apostólica y estilo profético

Una nueva etapa en la vida y obra de González Prada arranca en circunstancias dramáticas: las derrotas y el desastre peruanos en la Guerra del Pacífico. Ciertamente, en estas mismas circunstancias también se iniciaba una nueva etapa de la historia social y política del Perú.

Como cuestionador del orden tradicional de dominación social en el Perú e implacable crítico de los agentes o garantes de ese orden, Manuel González Prada se preocupó por entender su sociedad y su época y dejó como herencia, sino sistemáticamente elaborados pero sí presentados de manera contundente y muchas veces lapidaria (denuncias, críticas, ataques, reclamos, ideas, reflexiones), algunos planteamientos que habrían de ser tomados en cuenta a lo largo del siglo XX en las tareas de reconstrucción e interpretación de la historia peruana, en la caracterización del Perú republicano y en la formulación de nuevos proyectos nacionales y de programas de transformación. Al respecto, podemos recorrer las páginas de sus diversos escritos y encontrar los más sorprendentes pensamientos e imágenes sobre el Perú y, de ser indispensable, glosar en el camino algunos de los más significativos pasajes.

Con la publicación de su artículo "Grau" (1885) y con la fundación del Círculo Literario (1886), arranca una nueva etapa en la vida y obra de Manuel González Prada. Según Luis Alberto Sánchez, en su ya mencionada introducción, "El primer escrito en prosa de González Prada parece haber sido su "Grau"... del cual hay cuatro versiones ... *Es una magnífica demostración de prosa viril con cinceladas metáforas y con aliento patriótico de crítica y revancha, indicios claros de lo que sería en adelante su autor. Se convirtió en el profeta de la reconstrucción nacional y en el sagitario de las corruptelas que provocaron el desastre de 1879. De un solo golpe, el dulce poeta de las baladas, rondeles y triolets se*



puso a la cabeza de su generación conocida como la 'generación de 1886' (énfasis nuestro). Tuvo que adoptar una actitud apostólica y un estilo profético, inspirado en el Víctor Hugo del Año Terrible y en las clarinadas de Deroul". En esta inaugural prosa de González Prada, los elogios a las virtudes de Grau desfilan en frecuente contraste con alusiones a los caudillos civiles y militares que se desempeñaron con probada incompetencia en su condición de gobernantes o de generales en los campos de batalla. Aparecen algunas de las primeras imágenes gonzálezpradianas acerca de las particularidades de aquella clase dominante y de aquel Estado que se embarcaron irresponsablemente en la Guerra del Pacífico. En diversos momentos de su bruñida prosa aparecen pasajes furiosos como estos:

“Epocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú en 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola, era Grau”.

“!Qué escándalo no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inexplicables dispersiones en masa, desde la fuga traidora de los caudillos hasta las sediciones bizantinas, desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!”

“En la guerra con Chile no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se disculpa el encalle de una fragata con tripulación novel y capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos o cobardes, se concibe el amilanamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar y tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandros y Césares” (9).

Se trata pues de un primer texto del maestro destinado a enjuiciar a grupos concretos de la clase dominante que manejaron el Estado y ejercieron el control del poder político y que, por esa razón, no sólo condujeron los asuntos de la guerra sino que fueron los directos responsables de la derrota y los desastres peruanos. Lo único rescatable es Grau. Esta crítica del poder, inaugurada por González Prada hace más de un siglo, se constituyó en un ejemplo a seguir y ha alimentado una fecunda línea de razonamiento sobre nuestra realidad



histórica. Esta línea aún no se ha agotado con el transcurso del tiempo. Más bien se ha enriquecido.

En 1886 se fundó en Lima el *Círculo Literario*, réplica rebelde del *Club Literario* que había sido formado por la generación romántica y que fuera dirigido por don Francisco García Calderón, el mismo personaje que se vio obligado, en las horas trágicas que siguieron a las derrotas de San Juan y Miraflores y la toma de Lima por las fuerzas invasoras, acceder a la función de presidente del Perú. El *Círculo Literario* tenía como su presidente a don Luis E. Márquez y a González Prada como su vicepresidente. Don Manuel, en dos discursos suyos, uno pronunciado en el Ateneo de Lima en aquel mismo año y otro en el Palacio de la Exposición en 1887, definió los rumbos del *Círculo Literario*. En ese momento, dos cuestiones se convirtieron en temas candentes: la propuesta del partido radical de la literatura y el anticlericalismo. Para González Prada el *Círculo Literario* debía convertirse en el "Partido Radical de la Literatura", o dicho sin rodeos, en el Partido Radical del Perú. Por esos tiempos el Partido Radical Francés se había lanzado al ataque de la Iglesia Católica considerándola aliada y rezago de la monarquía de los Luises que había sido derrocada por la Revolución de 1789. A semejanza del Radicalismo francés, se constituyeron partidos radicales en Argentina (la Unión Cívica), en Chile (el Partido Radical), en Ecuador (el Partido Liberal Radical). Y en el Perú se constituiría en 1891 bajo la denominación de "Unión Nacional". Pero, previamente, en el camino hacia ese objetivo, en aquellos dos discursos de 1886 y 1887, González Prada definió pues los rumbos del *Círculo Literario*. El primero de ellos es, por una parte, un largo recorrido erudito por las literaturas europeas contemporáneas (española, francesa, alemana), destacando a sus principales exponentes y, por otra, una virulenta crítica a muchos de los escritores y poetas peruanos a quienes consideraba solamente imitadores de España en literatura y los llamaba a que ejercieran su capacidad de creación y de construcción originales. Glosamos algunos pasajes finales de ese extenso primer discurso:

"Cien causas actúan sobre nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América y del siglo XIX seamos americanos. Y no tomemos por americanismo la prolija enumeración de



nuestra fauna y de nuestra flora o la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorológicos, en lenguaje saturado de provincialismos ociosos y rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo en todas partes), como en la sincera expresión del yo y en la exacta figuración del medio social ...

“Si los hombres de ayer trabajaron por nosotros, los de hoy estamos obligados a trabajar por los de mañana. Contamos con un acreedor, el porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirigen a la danza macabra, desfilen como legiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de pasiones fecundas; en sus labios, el presagio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor y de las rosas! ¡Que nuestros prosadores, en lugar de afeminarse o enervarse con la prosa cortesana y enfermiza, usen la prosa leal y sana, prefiriendo al crepúsculo de las sectas, el día sin nubes de la Razón, viendo más allá del círculo estrecho de familia y patria el horizonte de la humanidad!”

“En ninguna parte conviene más que en las naciones sudamericanas enaltecer el brillo de artes y ciencias sobre el deslumbramiento de victorias militares. Los americanos vivimos entre la época secundaria y la época terciaria, en el reinado de reptiles gigantescos y mamíferos colosales. Que palabra y pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación y mentira. La inteligencia no tiene por qué abdicar ante la fuerza; por el contrario, la voz del hombre razonable y culto debe ser un correctivo a la obra perniciosa de cerebros rudimentarios” (10)

Como resulta evidente, en lo que fue su primera presentación pública, González Prada sometió a una mordaz crítica aquello que hasta entonces constituía la literatura del Perú republicano, denunciándola como literatura no nacional y cortesana y reclamando de los escritores la fundación de una nueva literatura que se caracterizara por ser, a un mismo tiempo, cosmopolita y nacional. A partir de ese llamado, la propaganda de la causa de una literatura nacional será una constante en la vida del maestro. El segundo discurso, bastante breve, pronunciado en ocasión de tener que suceder a Luis E. Márquez en la presidencia del *Círculo Literario*, es un saludo y bienvenida a los jóvenes que se incorporaban a esa institución y una invitación a los escritores y poetas a no desdeñar basarse en las deducciones de la Ciencia positiva:

“Las Musas de l’antigüedad duermen el sueño de la muerte bajo el artístico mármol de Paros, la Fe de la Edad media descende a hundirse en el polvo de las catacumbas; pero las fuentes de la inspiración no se agotan



ni se agotarán. La Ciencia tiene flores inmortales de donde pueden las abejas extraer miel de poesía.

“El arte ocupa la misma jerarquía que Religión i Ciencia. Como posee música o ritmo, escede a la Ciencia en armonía; i como no depende de creencias locales ni se manchó jamás con sangre , escede a la Religión en lo universal y lo immaculado”.

Rompamos el pacto infame y tácito de hablar a media voz

Después vinieron el discurso en el Olimpo y el discurso en el Politeama en 1888. El primero fue un texto de explícito carácter programático del *Círculo Literario* como centro militante y propagandista y el cual, poco después, daría paso al partido radical la Unión Nacional. Allí, en uno de sus pasajes finales, fueron estampadas estas duras expresiones de incomodidad y repudio frente al espíritu dominante de entonces en visibles medios sociales y políticos: *“rompamos con el pacto infame y tácito de hablar a media voz”*. El segundo, el discurso en el Politeama, se ha convertido desde la partida misma en el más famoso de todos los escritos en prosa de don Manuel, no sólo por las circunstancias de frustración colectiva y de emotivas prédicas de revanchismo y reivindicación nacional en las que fue pronunciado sino, sobre todo, porque en él fueron identificados los principales factores de la derrota peruana en la guerra del Pacífico y señalados sus responsables directos desde la entera clase dominante hasta el propio Estado y quienes se turnaban en el poder político. Leamos algunas de sus graves y violentas frases:

“En la orgía de la época independiente, vuestros antepasados bebieron el vino generoso y dejaron las heces. Siendo superiores a vuestros padres, tendréis derecho a escribir el bochornoso epitafio de una generación que se va, manchada con la guerra civil de medio siglo, con la quiebra fraudulenta y con la mutilación del territorio nacional” ...

“Sin especialistas, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía Política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Tácticas y Estrategias . . . ¡Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertiginosas apariciones y desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles, en



esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa y vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde y silencioso” ...

“ Si la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, acudamos a la Ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la Naturaleza, adoremos la Libertad, esa madre engendradora de hombres fuertes” ...

“Hablo, señores, de la libertad para todos, y principalmente para los más desvalidos. *No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera.* Trecientos años há que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre. A vosotros, maestros de escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía del juez de paz, del gobernador y del cura, esa trinidad embrutecedora del indio” (11).

La clase dominante y sus fracciones en el control del Estado peruano por más de medio siglo, son caracterizados por González Prada con extrema severidad: “Orgía de la época independiente”, “fermentación tumultuosa de todas las mediocridades”, “apariciones y desapariciones de figuras sin consistencia de hombre”, “ignorancia vanidosa y vocinglera”. Después de un trato así, ya no podía depositarse confianza alguna en esa misma gente o sus socios que retornaban al poder. Había que depositar esperanzas en otros hombres y fuerzas sociales nuevas. Había que formar el verdadero Perú, dirigir la mirada a las muchedumbres de indios diseminados en los Andes, enseñarles a leer y escribir, hacer que se eleven a la dignidad de hombre. Acabar con la trinidad embrutecedora del indio, convertirlo en ciudadano e incorporarlo como actor central de la vida peruana. De este modo surge la idea de nación o de comunidad imaginada en el pensamiento de González Prada. Es en estos términos que debe ser restituída la memoria histórica de nuestro pueblo.

En los años siguientes a 1888, continuaron apareciendo escritos nacionalistas y revanchistas de don Manuel y, también, otros de corte anticlerical. Y, entre estos, un texto admirativo y documentado sobre Francisco de Paula Vigil y de quien terminaría diciendo: “En fin, por la fortaleza de su carácter, por la sinceridad de convicciones, por lo inmaculado de la vida, Vijil redime las culpas de toda una jeneración. No tuvo rivales ni deja sucesores,



i descuella en el Perú como solitaria columna de mármol a orillas de río cenagoso”. No es frecuente encontrar columna de mármol en la historia peruana y cuando la hay es realmente solitaria. Fueron los casos de Vijil o de Grau en el siglo XIX. Eso mismo habría que decir del propio González Prada.

En mayo de 1891 González Prada funda la *Unión Nacional*, partido radical, que acogió a los sobrevivientes del *Círculo Literario* y proclamó las ideas del federalismo, laicismo, revanchismo, y un esbozo de indigenismo: *estaba naciendo un nuevo Perú*. Pero al poco tiempo, el hombre de quien se pensaba que estaba a punto de convertirse en el esperado jefe político, se marchó a Europa por motivos especiales de carácter familiar. La primera edición de lo fundamental de su producción en prosa, incluidos sus rudos y virulentos ensayos anticlericales, fue publicado en París en 1894, bajo el título de **Páginas Libres** (12).

Horas de lucha: la cuestión del indio es económica y social

A su retorno de Europa en 1898, habiendo recorrido básicamente España, Francia y Alemania, Manuel González Prada reinició sus actividades en Lima leyendo una conferencia sobre “Los partidos políticos y la Unión Nacional”. El discurso fue una dura crítica al sistema de los partidos políticos y a la propia *Unión Nacional*. Habló de la vocación electorera y demagógica que dominaba en los partidos, de las ambiciones personales y de grupo que se imponían sobre los intereses colectivos y nacionales, de la necesidad de abstenerse en las elecciones que se preparaban para 1899 y no caer en lo que él consideraba simulacro de elecciones. Poco después, en otra actuación pública, el maestro se pronunció fervorosamente por el anarquismo, es decir, hizo públicas sus simpatías y militancia en esta corriente ideológica y política de carácter revolucionario. Esta reunión se llevó a cabo en un local obrero, porque el presidente demócrata Nicolás de Piérola había prohibido que su viejo e implacable adversario pudiera presidir dicho acto en el Teatro Politeama. A su vez, con este hecho quedaba inaugurada una etapa nueva en la trayectoria del todavía naciente movimiento obrero peruano.



Quienes se sucedieron en el ejercicio del poder político, tanto Piérola como Romaña, clausuraron o empastelaron o interfirieron todo periódico en donde apareciera la huella de González Prada, quien a menudo firmaba con seudónimos (algunos de esos periódicos eran **La idea libre, La luz eléctrica, Los parias**). El prosista mayor del país era temido nada menos por quienes manejaban el poder político. Como frecuentemente ocurre en el Perú, la fuerza del poder político, que es ante todo la fuerza brutal del aparato del Estado, del dinero y de las armas, temía la fuerza de las palabras y de las ideas del maestro.

Una nueva publicación de la prosa de González Prada vino a ser **Horas de Lucha**, la misma que fue editada en Lima en 1908. Sobre ella Sánchez diría *"Pocas veces se ha presentado un cuadro más amargo y realista al mismo tiempo sobre los usos de una sociedad*. Aparte de los elementos críticos y hasta negativos, González Prada descubre en "Nuestros Indios", artículo fechado en 1904, algo muy importante y fecundo: *el indio no es en el Perú sólo una raza biológica, sino una raza social*. Se es indio porque se es pobre y explotado, pero si el indio se enriquece, se blanquea, y, al revés, el blanco que empobrece se aindia. Perfeccionando este concepto casi treinta años más tarde, Erasmo Roca, de orientación socialista, publicará un libro titulado "Por la clase indígena". **Horas de Lucha** contenía, en suma, un conjunto de ensayos sobre la realidad nacional. Algunos de esos eran, aparte de "Nuestros indios", "Nuestros conservadores", "Nuestros liberales", "Nuestra aristocracia", "Nuestros magistrados", "Nuestros licenciados Vidriera", "Nuestros periodistas", etc. y, también, su discurso de 1898 sobre los partidos políticos. Se trata pues de una furibunda crítica a las instituciones republicanas durante ese período de auge en el poder de lo que Basadre llamó la "República Aristocrática" (14).

Todos los ensayos de **Horas de Lucha** (1908) eran abiertamente polémicos para la época en que fueron publicados. En verdad, lo han sido durante todo el siglo XX debido a la continuidad de los graves problemas denunciados en aquel entonces. Los graves problemas de carácter nacional, social, político o religioso, pueden haber cambiado de rostro pero en esencia han persistido y persisten crónicamente en este país. Uno de los ensayos más polémicos era efectivamente "Nuestros indios", escrito en 1904 pero publicado recién con la segunda edición de **Horas de Lucha** en 1924, aunque las ideas



básicas de dicho texto fueron difundidas frecuentemente a través de otras numerosas publicaciones. En su nota a la edición de 1986, LAS considera que, a pesar de lo tardío de su publicación, “*El ensayo imprimió un violento viraje a los trabajos indigenistas y es el inspirador directo de los trabajos de Pedro Zulen, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, José Uriel García y Luis E. Valcárcel*”. Algunas pasajes de este memorable ensayo, “Nuestros indios”, pueden dar cuenta de lo que venimos señalando:

“El verdadero tirano de la masa, el que se vale de unos indios para esquilmar y oprimir a los otros es el *encastado*, comprendiéndose en esta palabra tanto al cholo de la sierra o mestizo como al mulato y al zambo de la costa. En el Perú vemos una superpoblación étnica: excluyendo a los europeos y al cortísimo número de blancos nacionales o criollos, la población se divide en dos fracciones muy desiguales por la cantidad, los *encastados* o dominadores y los indígenas o dominados. Cien a doscientos mil individuos se han sobrepuesto a tres millones”.

“La República sigue las tradiciones del Virreinato. Los Presidentes en sus mensajes abogan por la redención de los oprimidos y se llaman *protectores de la raza indígena*; los congresos elaboran leyes que dejan atrás a la *Declaración de los derechos del hombre*; los ministros de Gobierno expiden decretos, pasan notas a los prefectos y nombran delegaciones investigadoras, todo *con el noble propósito de asegurar las garantías de la clase desheredada*; pero mensajes, leyes, decretos, notas y delegaciones se reducen a jeremiadas hipócritas, a palabras sin eco, a expedientes manoseados ...”

“¿Bajo la República sufre menos el indio que bajo la dominación española? Si no existen corregimientos ni encomiendas, quedan los trabajos forzados y el reclutamiento. Lo que le hacemos sufrir basta para descargar sobre nosotros la execración de las personas humanas. Le conservamos en la ignorancia y la servidumbre, le envilecemos en el cuartel, le embrutecemos con el alcohol, le lanzamos a destrozarse en las guerras civiles y de tiempo en tiempo organizamos cacerías y matanzas como las de Amantani, Ilave y Huanta”

“La cuestión del indio, más que pedagógica es económica, es social ...”

“La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores. Si el indio aprovechara en rifles y cápsulas todo el dinero que desperdicia en alcohol y fiestas, si en un rincón de su choza o el agujero de una peña escondiera un arma, cambiaría de condición, haría respetar su propiedad y su vida. A la violencia respondería con la violencia, escarmentando al patrón que le arrebatara las lanas, al soldado que le recluta en nombre del Gobierno, al montonero que le roba ganado y bestias de carga”.

“Al indio no se le predique humildad y resignación sino orgullo y rebeldía. ¿Qué



ha ganado con trescientos o cuatrocientos años de conformidad y paciencia? ...”

“En resumen: el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche” (15).

En estos pasajes, son identificables diversidad de problemas o, mejor aún, ya fueron identificados hace casi cien años por González Prada. En la sociedad peruana de su tiempo, eran demasiado notorias las tensiones y conflictos de carácter interétnico y las peores víctimas de esta situación eran las mayorías indígenas. El discurso oficial proveniente desde los más altos niveles del poder político, que muchas veces se traducían en disposiciones legales para la protección de la raza indígena, no eran sino demagogia como la practicada por Piérola o por Leguía; era enorme la contradicción entre el discurso oficial y la realidad de los oprimidos. La brutalidad de la República, en tanto que forma de Estado y sistema de dominación de reducidas minorías sobre la mayoría de la población, con su sobrecarga de racismo, marginamiento y las más salvajes formas de represión, denunciaba la persistencia de la Herencia Colonial en vísperas de cumplirse el primer centenario de la Independencia. En lo fundamental, el problema del indio, más que pedagógica es económico-social, los opresores nunca admitirán este hecho salvo de palabra. No puede haber solución por fuera de esta maciza realidad. Tremendo hallazgo y denuncia de González Prada que se ha convertido en inagotable herencia intelectual.

Don Manuel: una imagen paradigmática

Sucesivas generaciones, en el curso de las tres primeras décadas del siglo XX, asumieron, aunque con énfasis diferentes, determinados aspectos de la herencia intelectual, literaria y política de Manuel González Prada. Por ejemplo, podemos tomar en cuenta, entre los más representativos de esas generaciones o movimientos, a Ventura García Calderón, José de la Riva Agüero, Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez. En los escritos de cada uno de ellos se encuentran pasajes de admiración dedicados a la obra del maestro. En los casos de García Calderón y Riva Agüero, los reconocimientos al papel creador y renovador del pensamiento gozalezpradista no están exentos de crítica. También esto sucede en el caso de Mariátegui,

091367





pero se trata de críticas de distinto signo. Los demás, Haya, Sánchez y otros, se declararán abiertamente como los discípulos y continuadores del maestro y de su obra. Pero, además de los escritores, entre los seguidores del pensamiento o partidarios de la prédica de González Prada, a lo largo del siglo XX, deben ser tenidos en cuenta diversos sectores de trabajadores y en especial sus capas de vanguardia: los obreros y sus organizaciones de tendencia anarquista, los trabajadores protagonistas de las Universidades Populares González Prada, etc.

Don Manuel González Prada, que nunca tuvo interés por ser empleado público y/o funcionario del Estado peruano, a sus 68 años de edad apareció como uno de los protagonistas en una de las disputas dentro de este incómodo y molesto territorio de la administración pública. Al producirse en 1912 la obligada renuncia del prestigioso tradicionalista don Ricardo Palma a su único y vitalicio cargo público, al comenzar el gobierno del presidente Guillermo Billingurst, don Manuel González Prada fue nombrado como nuevo Director de la Biblioteca Nacional. Como es sabido, antiguas diferencias de orden personal entre los dos famosos escritores, fueron convertidas en ruidoso conflicto político por intelectuales y personalidades del civilismo que precisamente en esas circunstancias (1912) acababan de sufrir una grave derrota electoral. El autor de **Horas de Lucha**, como protesta por el golpe militar de 1914, renunció a dicho cargo. Escribió muy duros ataques contra la dictadura instaurada por el entonces coronel Oscar R. Benavides. Estos ataques no eran nada sorprendentes viniendo de un hombre que había combatido sin descanso a todos los gobiernos de la República Aristocrática. En 1916 don Manuel fue repuesto en el cargo por el nuevo gobierno de José Pardo.

La muerte de González Prada, ocurrió en julio de 1918. *“La muerte física de González Prada marca el comienzo de su resurrección intelectual y social. Lo más importante es que su nombre continúa siendo una bandera de combate contra la inmoralidad pública, la oligarquía nacional, el centralismo limeño, el clericalismo y se ha convertido en un símbolo de reivindicación social y política al par que un magnífico ejemplo de pureza estética”*. Son palabras de LAS. Es verdad, la corriente gonzalezpradista, los gestos y acciones de reconocimiento y admiración a la trayectoria



intelectual y política del ilustre combatiente y maestro, se hicieron aún mucho más intensos a lo largo del agitado y violento siglo XX (16).





Capítulo II

La generación del novecientos: entre el liberalismo, el arielismo y el conservadurismo

“No somos los quijotes que se estrellan noblemente contra los molinos de viento, sino los sanchos fracasados expuestos al manteamiento, en medio de la risa universal”

Víctor Andrés Belaunde:
Carta a José de la Riva Agüero, diciembre de 1916

Algunos de los más destacados y prestigiosos nombres de la generación del 900, fueron los de José de la Riva Agüero y Osma, Víctor Andrés Belaunde, José Gálvez Barrenechea, Felipe Barreda y Laos, Juan Bautista de Lavalle y García, Fernando Tola, Francisco García Calderón Rey, Ventura García Calderón Rey, Luis Miro Quesada, Oscar Miro Quesada, etc. A ellos les correspondió anunciar, con sus múltiples estudios e investigaciones, el ingreso del Perú a su etapa contemporánea. Políticamente, ésta se había inaugurado en 1895 con el retorno del civilismo al control del poder del Estado y la instauración de la llamada República Aristocrática. Económicamente, con la introducción y establecimiento del capital moderno en el país y, en consecuencia, con los procesos de emergencia de nuevas fuerzas sociales. En los campos de la literatura y la ideología, se encontraban en auge el modernismo y el espiritualismo bergsoniano respectivamente (17).

La generación del 900 a través de sus críticos

Lo que generalmente se ha sabido, a lo largo de este siglo que termina, acerca de la “Generación del 900”, no ha sido necesariamente fruto del conocimiento directo de la vasta producción intelectual de sus principales integrantes, sino de cuanto produjeron al respecto



la crítica literaria y la crítica política, básicamente en términos polémicos y desde el frente adversario. Estas críticas empezaron bastante temprano y durante mucho tiempo han sido y son todavía los pilares de la versión más extendida (Mariátegui, Haya de la Torre, Sánchez). Mientras tanto, las propias obras de los novecentistas y los frecuentemente sesudos estudios que les han sido consagrados por quienes se consideran sus discípulos, especialmente en las últimas décadas, parece que no han trascendido más allá de reducidos círculos académicos, vinculados casi exclusivamente a la Pontificia Universidad Católica.

Probablemente una de las primeras andanadas, no tanto contra la generación del 900 sino contra uno de sus miembros en particular, fue publicada en dos números consecutivos de la revista *Colónida* que dirigía Abraham Valdelomar. Fue a raíz de la aparición de la obra de Ventura García Calderón *La literatura peruana (1535-1914)*. El temible contrincante era nada menos que el escritor puneño Federico More. Desde la partida, refiriéndose a las primeras publicaciones de García Calderón, éste fue acusado sino de plagiarlo por lo menos de imitador o, en el mejor de los casos, de simple compilador. Sobre su obra en cuestión, se decía burlescamente *“El libro –llámese así- tiene noventa páginas. Y es la historia literaria de un país en trecientos sesentinueve años de vida. A cada año le corresponden menos de tres décimos de página, es decir, menos de doce renglones, pues treinticuatro renglones tiene cada página, promediadamente. Esto es lo que en limeño hablar se llama candelejónada”* (énfasis nuestro), etc. Como se puede ver, la obra y su autor son descalificados desde el inicio mismo de la crítica y es probable que- transcurrido casi un siglo- este modo muy criollo de discutir todavía esté vigente en buena parte bajo ese modelo. Es más. Federico More le reprochaba a Ventura García Calderón por escribir desde Europa donde vivía como funcionario diplomático del Estado peruano, por colaborar en revistas escritas en francés y, por eso, se pensaba *“... existe el temor de que América y el Perú tengan por cierta la palabra de este autor de tantos libros abominables”*. Hay mucho más en este orden de cosas. Pero aparte de toda esta artillería dirigida contra el autor, podemos resumir lo que More planteaba acerca del contenido y carencias de la obra misma: debía titularse no *“La literatura peruana”* sino *“La literatura limeña”*, lo único interesante es lo referente a la época colonial, su autor aún es colono de España, vive carente del sentido de patria; hablando de los tiempos de la independencia, están ausentes muchos autores



como Olmedo (“Olmedo es peruano como Napoleón es francés”); pasando a la República, Ventura García Calderón no entendió el problema del romanticismo que en el Perú fue moda, aunque pudo tener algunas figuras importantes; no aparecen Samuel Velarde y Renato Morales, “esos dos faroles ebrios de pura luz lírica”; no hay casi nada referido a la transición del romanticismo a la audacia del arte moderno, no cita a Teobaldo Elías Corpancho, a Domingo Martínez Luján quien “vale muchísimo más que el laureado señor Gálvez”; sobre la personalidad del tradicionalista Ricardo Palma, don Ventura arriesga algo relativamente nuevo y “como es natural se equivoca”; don Manuel González Prada “no necesitaba, después del arduo, profundo y fulgente juicio de Blanco Fombona, que el señor García Calderón le arrojase quince vulgaridades a la cara”; sobre Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero, “ninguno de los dos tiene originalidad, inquietud, don de sugerencia”, etc; luego, More se lamenta que no hayan sido mencionados numerosos autores contemporáneos suyos, o que hayan sido apenas tomados en cuenta, a pesar de sus méritos, etc. Al finalizar su largo texto, Federico More se dirige a Ventura García Calderón en los siguientes términos: *“Usted no conoce nuestra literatura; usted ha copiado de todo el mundo; usted va de equivocación en equivocación; usted no sabe nada del Perú; usted no posee ni originalidad ni estilo; usted no tiene sino el bastardo matiz parisino; usted no debe desprestigiarnos ante el extranjero”* (énfasis nuestro). Y hay que recordar que la revista **Colónida** tuvo fuerte impacto en los medios intelectuales del país, tanto en Lima como en provincias, como expresión de un movimiento de renovación y, en consecuencia, tuvo considerable difusión la imagen construida por More acerca de Ventura García Alderón (18).

En setiembre de 1925, Víctor Raúl Haya de la Torre, entonces exiliado político, escribió desde Londres una extensa carta a los directores de la revista **Sagitario** de Buenos Aires, en la que les habló de la revista **Mercurio Peruano** y la generación del 900. Una revista con ese nombre había existido en Lima a fines del siglo XVIII. Otra nueva con el mismo nombre fue fundada en 1918 por Víctor Andrés Belaunde y se publicaba de manera regular inclusive durante la dictadura leguista. Es a esta última publicación que se refería Haya de la Torre. Arrancó señalando, para información del lector extranjero, que los intelectuales peruanos habían seguido dos tendencias: “la tradicionalista de Ricardo Palma



y la avancista de González Prada, nuestro más alto apóstol. En torno de Palma se agruparon los señoritos de la intelectualidad aristocrática limeña; con Prada se fueron los provincianos, los modestos y los *huachafos* como les llaman los otros, dejando resbalar este vocablo por sobre cualquiera de los hombros”. Para el atento lector peruano de ayer y de hoy, esto es un problema no tan simple. Es cierto que los unos (escritores aristocratizantes) se agruparon en torno de Palma, pero éste no era ni aristócrata ni conservador; y los otros, que lo habían hecho en torno de González Prada, no lo hacían por ser antipalmistas. En realidad, el problema era un poco más complejo. Ricardo Palma y Manuel González Prada, eran dos de las más grandes y prestigiosas figuras de la literatura peruana, provenientes del siglo anterior, pero separados y cada vez más distantes entre sí debido, con frecuencia, a problemas de orden político y coyuntural. Justamente acontecimientos de esta naturaleza ocurridos en 1912, envenenaron mucho más las nunca buenas relaciones entre los dos personajes y fue en esas circunstancias que un apreciable sector de intelectuales, encabezados por los de la generación del 900, se refugiaron bajo la sombra de don Ricardo Palma. En la mencionada carta, Palma fue reivindicado por Haya de la Torre al sostener que nuestro viejo bibliotecario “fue tradicionalista y no un tradicionalista”, idea ésta que desde entonces ha sido difundida con éxito, asumida y enriquecida por muchos otros y finalmente ha terminado siendo legitimada. En cambio, Haya criticaba con extrema rudeza, aunque fundamentalmente en el plano ideológico y político, a los hombres de la generación del 900. Los consideraba intelectuales del civilismo. Los criticaba con acritud por sus intentos (frustrados) de organizadores políticos de la oligarquía civilista:

“El cenáculo de los señoritos del palmismo literario fundó un partido político –por su supuesto. Por un instante se creyó que ese era el partido de la juventud de aquella época. Los apellidos más sonoros retumbaban en la casa política que era a su vez la casa familiar del solemne jefe de la agrupación: don José de la Riva Agüero y Osma, quien acaba de pagar algunos miles de libras por la revalidación de un título de marqués en España. Aunque el partido dio en llamarse Nacional Democrático, y los señoritos, sus líderes, se hacían llamar futuristas (?), la agrupación no era sino la “rama joven” de la gran casta de terratenientes y burgueses del Perú que como organización política se titula “civilismo” o Partido Civil, por haber nacido en horas de reacción contra el militarismo que imperó en el Perú hasta 1872. Ahí los Miró Quesada, los Lavalles, los Osma, los Belaunde, etc.; ahí los Jeunesse dorée de la Lima virreinal, señora del Perú abandonado”.

“El partido tuvo poca vida. Los niños bien no pudieron imponerse



disciplina alguna ...murió el partido, y terminado el período del “pardismo”, otra rama civilista, la de Leguía, asaltó el poder. Era la demagogia. El señor Riva Agüero, horrorizado, se escapó del Perú santinguándose; Belaunde continuó algunos meses en su “comedero” de Montevideo, hasta que las medidas violentas de Leguía contra todas las otras ramas del civilismo –inclusive con la futurista- impuso a las gentes del conservadurismo de todos los grupos antigubernistas diferente actitud”.

“Pero el fracaso definitivo de aquella agrupación de señoritos vino pronto...A principios de 1921 se inició una campaña de defensa de los fueros del poder judicial, del que Leguía se burlaba con cinismo. Todos sabemos, inclusive el señor Belaunde, lo que es el poder judicial en el Perú ...” (19).

Y, refiriéndose a **El Mercurio Peruano**, Haya decía que en dicha revista había dos clases de firmas: los de la vieja generación y los de la nueva. “José Carlos Mariátegui, el verdadero representante del grupo de intelectuales nuevos del Perú; Jorge Basadre y Raúl Porras y Manuel Beltroy no pueden confundirse con los Belaunde y compañía. Los grupos de nuevos intelectuales van a **El Mercurio Peruano** para usar la tribuna ... en ciertos momentos no importa usar los púlpitos para dar el grito de revolución ... Por su parte, **El Mercurio Peruano** habría muerto por falta de circulación –a pesar de su base económico-burguesa- si nuevas firmas no lo vivificaran. Un artículo de los viejos redactores de **Mercurio** se cae de las manos cuando hay tanto que leer en el mundo ...” (20).

Quizás una de las críticas a la generación del 900, que más difusión ha tenido y sigue teniendo, es la que José Carlos Mariátegui desarrolló en sus **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**. Se trata de una crítica mucho mejor organizada que en los dos casos anteriores, menos parcial y fragmentaria. Como ha sido observado acertadamente por César Germaná, Mariátegui discute el pensamiento de los del 900 no sólo en el capítulo “proceso de la literatura” sino a través de toda la obra; en otras palabras, éste fue escrito en permanente polémica con los planteamientos históricos, ideológicos y políticos de aquellos escritores e intelectuales (21).

Las críticas de Luis Alberto Sánchez fueron quizás las más cáusticas, a pesar de sus declarados esfuerzos posteriores por atemperar frases o ideas sobre autores y obras, sobre trayectorias individuales y colectivas, etc. El propio título del libro de Sánchez, **Balance y**



liquidación del 900, anuncia ya el contenido y la tónica de sus enjuiciamientos aunque, es verdad, el autor mismo –nacido en 1900- considere su obra también un poco autobiográfico. Sánchez confiesa con orgullo que él y sus contemporáneos tuvieron por maestros de su primera juventud a los hombres de la “generación del 900” y sus equivalentes latinoamericanos (Rodó, Darío, Vasconcelos, etc.). Pero luego, refiriéndose a los peruanos del 900, el mismo Sánchez diría: *“La ciega admiración o, mejor dicho, el deslumbramiento de entonces, se vió seguido por una reacción sañuda contra los adalides. En 1925 quemé definitivamente los ídolos de “mi 1914”. La mayoría de edad se afirmó en mí tan sólo cuando, desencantado del espejismo novecentista, dirigí el paso a través de nuevos senderos”* (22).

Algunas de las ideas de Sánchez sobre la generación del 900, sus orígenes y el lugar que ocuparon en el país, presentadas de manera sumaria, serían las que siguen: el novecentismo brotó del confort, y lució y luce como flor de invernadero, como exponente de lujo. Su expresión y su ideario –su estilo- traducen alegrías de disfrute, júbilo de vivir. Periodistas y escritores más jóvenes, como Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui y Ladislao Meza, eran miembros disidentes del novecentismo, pero marcados para siempre por su amor al verbo. Pero todos militaban en el arielismo que se había adueñado de cátedras universitarias, sinecuras burocráticas, secretarías de legaciones y direcciones de revistas y que alimentaba en su espíritu ese idealismo vagaroso que Romain Rolland ha denunciado en **Quince años de combate**: *“La mentira idealista de los estetas y rectores”*. El hecho de militar en las filas del arielismo podría haber creado la sensación, por un tiempo, de que los hombres del 900 ejercían un papel de liderazgo sobre los más jóvenes. En realidad, éstos carecían de guías; sus modelos, sus maestros eran más bien de ultramar y pertenecían a encontradas escuelas, agitaban las ideas más antagónicas. En 1918, fue fundada la revista **Mercurio Peruano**. Su principal fundador y director fue Víctor Andrés Belaúnde. Muchos jóvenes estudiantes asistieron durante dos o tres años a las tertulias de la “protervia”, que así se llamaba aquel interesante y culto grupo. El idealismo de aquellas gentes radicaba más en la palabra que en la conducta. En 1935, en el entierro de don José María de la Jara y Ureta, Riva Agüero pronunció el discurso fúnebre y hablaba allí del “fracaso” de su generación. A manera de réplica a esta confesión, Sánchez diría *“En verdad*



no fracasó sino que no se preparó para una época distinta a la de su nacimiento ... Manifestó el sermonero que su 'generación' profesó amor a la libertad, pero que, desengañada de aquel error, emprende hoy la obra de robustecer a la autoridad política y al dogmatismo religioso". El novecentismo se nutrió de confort, de influencia económica extranjera, vivió de las inyecciones optimistas del imperialismo yanqui, del eco remoto del eclecticismo francés. "Pero esos hechos determinaban un clima social ... Los unos hurgaban el problema de la injusticia pero la mayoría de los representantes del 900 se sumó al poder. Prefirieron lucir, brillar y gozar, a sufrir ...Se refugiaron en un "idealismo" cómodo. Los del 900 mantuvieron un criterio estético, deslumbrador pero egoísta, erudito pero circunscrito y ajeno a nuestra realidad. Mientras ellos, - los "estetas y rectores"- exhibían su ironía; el dramático curso de los acontecimientos condujo a la gente nueva hacia el patetismo ...El esteticismo inficionó a buena parte de la promoción del Novecientos. El esteticismo opacó con su fulgor a lo sustancial. Hablaron desde la torre de marfil de su sapiencia. Francisco García Calderón decía "El Perú se salvará bajo una montaña de libros". La consigna de los arielistas en lo tocante a la democracia: "elevemos el nivel cultural de las masas para que puedan ejercitar conscientemente sus derechos", daba cuenta de los límites ideológicos y políticos de los integrantes de aquella generación. (23).

La generación del 900: intentos de reivindicación

A partir de los años 80, hay en marcha un intento de recuperación y reivindicación del 900. En realidad, arrancó con motivo de las celebraciones del centenario del nacimiento de Víctor Andrés Belaúnde. Uno de los interesados en la tarea, Pedro Planas, plantea la necesidad de "emprender un balance definitivo del 900, reincorporando a sus miembros en nuestra memoria colectiva, al lado de otros importantes pensadores políticos peruanos del siglo XX". Planas cree que el novecentismo peruano ha estado ausente por mucho tiempo de las reflexiones sobre el Perú y que sus miembros han sido conocidos habitualmente a través de la imagen que de ellos ofrecieron sus detractores y que dicha imagen, tras la cual anidaban antiguas pasiones políticas, se alzó como razón suficiente para suponerlos prescindibles. Para Planas, tales detractores son los del Centenario pero especialmente José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez. Seguramente Luis Alberto Sánchez es uno de



los críticos más puntuales y punzantes o mordaces. Es demasiado conocida su obra **Balance y Liquidación del 900** y a la que ya nos hemos referido (24).

Hay otra postura, aquella que trata de conocer e interpretar a los novecentistas peruanos a condición de ubicarlos dentro del contexto histórico nacional de fines del siglo XIX y principios del XX. En este caso, se asume una posición equidistante respecto de las mordaces críticas de la Generación Centenario y de la exégesis de quienes pretenden una desbordante reivindicación. El trabajo mejor logrado en esta dirección es probablemente el de Osmar González, **Sanchos fracasados, los arielistas y el pensamiento político peruano** (25).

Pero hay una posición *suigeneris*, la de Hugo Neira. Este sostiene que el novecentismo no fue ni una corriente ni una escuela y añade que fueron una generación de francotiradores. “Se anticiparon al indigenismo y al marxismo, viniendo del positivismo y por oposición al exceso de cientismo, del espiritualismo. Plantearon los grandes problemas peruanos mucho antes que la generación de la Reforma universitaria, pero luego son cotocircuitados”. Para Neira, la separación de estas dos oleadas de intelectuales es substancial. Esto último es demasiado evidente. Pero no parece fácil de admitir la calificación de francotiradores para los integrantes de dicha generación, salvo que se aluda a la actuación en el campo político de algunos de sus integrantes al fundar un partido destinado a una breve existencia o específicamente a la opción ideológico política de José de la Riva Agüero en los años 30. Porque en otros campos, antes que políticos, los del 900 fueron destacados estudiosos, pensadores y creadores. Y no fueron escritores de circunstancias, para consumo inmediato en coyunturas breves y pasajeras. Según el mismo Neira, arielistas y mesiánicos se precedieron y enfrentaron, se conocieron y combatieron. Estos últimos, la generación de Haya de la Torre y Mariátegui, buscaron y obtuvieron un público de obreros y sindicatos. Los primeros, en cambio, buscaron hacerse escuchar por el poder reinante, por la clase dominante en el control del Estado. Desde luego, no lo consiguieron (26).



Visión de la sociedad peruana: nacionalismo y capitalismo

La Generación del 900 fue la directa heredera del peso de la catástrofe de la Guerra del Pacífico. La casi totalidad de sus miembros había nacido en la trágica década del 80. Por eso seguramente, fue ella la que adquirió el deber de identificar y analizar las reales causas del fracaso bélico y de la generalizada catástrofe interna, los términos de la “reconstrucción nacional”, las posibilidades y perspectivas de resurgimiento del país. Tratando de cumplir con su misión, se convirtieron en figuras destacadas del pensamiento peruano y en el curso de la primera década del siglo XX escribieron lo más creativo y fundamental de sus obras (27).

En esa tarea, los jóvenes escritores e intelectuales de la generación del 900, se dieron con que se encontraba en plena marcha el Perú contemporáneo. Por un lado, oficialmente ya se había cumplido la llamada “reconstrucción nacional” (sobre todo, reconstrucción de la vieja clase dominante y de su Estado oligárquico), habiéndose logrado salir desde el fondo de la más aplastante derrota política y militar, del arrazamiento y escombros del aparato productivo y de la parálisis económica causadas por la Guerra del Pacífico y la ocupación del territorio por las fuerzas invasoras; por otro lado, y esto era lo nuevo, el país estaba siendo incorporado, aunque tardía y tangencialmente al proceso de internacionalización del capital y, por esta razón, también se constituía en uno de los escenarios latinoamericanos donde necesariamente emergían y tendían a desarrollarse modernas fuerzas sociales y políticas: las correspondientes a la era del capitalismo moderno. Este hecho nuevo no podía ser ignorado o silenciado por los del 900 (28).

Por el contexto en que le correspondió actuar y por su extracción social, el 900 fue una generación fundamentalmente nacionalista y universitaria. Sus integrantes, en su gran mayoría, procedían de las filas de la aristocracia conservadora. Aunque, en cierto modo, buscaban crear un conservadurismo progresista como podía haber sido el caso de Francisco García Calderón. Su procedencia y carácter universitarios fueron expresados, por ejemplo, a través de las tesis que varios de sus integrantes presentaron en San Marcos para sus grados de bachiller y doctor, las mismas que luego se convirtieron en algunas de las



principales obras del pensamiento peruano y que hasta hoy gozan de prestigio. Nos referimos, por ejemplo, a las tesis de José de la Riva Agüero, José Gálvez, Julio C. Tello, Francisco García Calderón, Ventura García Calderón, etc. (29)

Ellos, los novecentistas, impulsaron un afán nacionalista y sin su influencia no se habría producido, como piensa Osmar González, la generación siguiente, es decir, la del Centenario. Es decir, en la medida que los del 900 antecedieron a los otros en la primera lectura más o menos sistemática realizada acerca de la realidad peruana, en la identificación de algunos de sus grandes problemas y en las propuestas de solución de los mismos. Los que serían integrantes de la generación siguiente, la del Centenario, pudieron conocer tanto los trabajos orgánicos e ideas como la conducta política de aquellos y se constituyeron en sus más lúcidos y aguerridos críticos. Sin esta inevitable y al mismo tiempo útil experiencia, porque realmente desencadenó discrepancias y polémicas, no se conciben, por ejemplo, los movimientos de reforma universitaria y las primeras movilizaciones obrero estudiantiles de orientación antioligárquica, las acciones similares contra la dictadura de Leguía, la fundación y puesta en marcha de las Universidades Populares González Prada y, poco más tarde, la aparición de dos de las obras más significativas del pensamiento peruano del siglo XX: **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana** de Mariátegui y **Por la Emancipación de América Latina** de Haya de la Torre, etc. (30).

Los intelectuales de la Generación del Centenario, discrepaban, pues, con quienes los habían precedido, polemizaban con ellos al tener que hacer una lectura distinta de la realidad histórica peruana, al tener que interpretar el significado concreto y rumbos posibles de las nuevas fuerzas materiales y sociales en el Perú. Por altos méritos académicos que pueda haber tenido, ningún escritor o intelectual del 900 llegó a ser considerado maestro de los de la Generación del Centenario. Estos aceptaron como su maestro a don Manuel González Prada, un hombre mucho mayor que los del 900 pero cuya actitud y pensamiento crítico contra el orden de dominación se habían convertido en ejemplos singulares y dignos de admiración (31).

Es innegable que las obras de la Generación del 900 estimularan un cierto sentido



peruanista, especialmente en medios académicos e intelectuales. Por sus trabajos de historia, literatura, sociología y por sus reflexiones sobre la realidad política, no se les puede regatear el mérito de haber inaugurado los estudios e interpretación sistemáticos de la sociedad peruana. Hugo Neira los considera como los fundadores del Perú contemporáneo. Luego, estas mismas tareas adquirirían una dimensión mayor con los aportes de Mariátegui, Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, César Vallejo, Luis Valcárcel y otros.

Los novecentistas, habiendo sido los primeros en reflexionar sistemáticamente sobre las particularidades y perspectivas del capitalismo en el Perú, fueron también, quizás por eso mismo, quienes elaboraron las primeras teorías globales sobre la sociedad peruana. Las primeras síntesis al respecto se encuentran en sus obras publicadas básicamente en la primera década del siglo. Ellos llevaron a cabo un examen de las circunstancias nacionales cuando particularmente las oligarquías financieras atravesaban un momento de gran optimismo. Organizaron una versión de la totalidad social con anticipación a Luis Valcárcel y, también, a Luis Alberto Sánchez, Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre, Raúl Porras, etc. Aunque sin nombrarlo abierta y directamente, pensaban que el capitalismo en el Perú tenía perspectivas de desarrollo y transformaría al conjunto de la sociedad en términos capitalistas y burgueses. Sin embargo, tal como ahora se comprende con mayor claridad que hace noventa o cien años, ese inédito e inevitable proceso de introducción de capital no cambiaría de manera radical esta sociedad ni su lugar en el orden internacional de dominación. En otras palabras, a pesar de todo su papel transformador, el capitalismo no afectaría -y no afectó- lo esencial de la herencia colonial. Esta continuaría manteniéndose casi intacta. El Perú, como muchos otros países, particularmente los de América Latina, desde entonces hasta la actualidad, esto es a lo largo de todo el siglo XX, nunca ha podido dejar de ser periférico dentro del sistema internacional capitalista, y con mayor razón si se tiene en cuenta que en su suelo se establecieron y se desarrollaron apenas niveles de capitalismo dependiente. Probablemente esos rasgos eran de algún modo visibles o perceptibles para intelectuales cosmopolitas o bastante familiarizados con la cultura europea de aquella época. Sin embargo, los de la generación del 900 se plantearon la posibilidad de que este capitalismo pudiera desarrollarse a la manera europea y que, en ese



sentido podría, por ejemplo, desarrollarse aquí en términos de capitalismo nacional y burguesía nacional, y por supuesto de Estado nacional, y llegar así a su fase industrial más avanzada. Se trataba, desde luego, de reflexiones casi obvias por parte de intelectuales liberales peruanos y latinoamericanos a principios de siglo (32).

Pero es evidente que los del 900 fueron la primera “intelligencia libre”. Fue relativamente limitada su influencia y, por ejemplo, no lograron convencer a los dueños del poder acerca de las reformas que se juzgaban necesarias y hasta urgentes. Puede decirse que, en cierto modo, el novecientos libró un combate de solitarios. Políticamente, ante el civilismo hegemónico. Intelectualmente, ante la versión tranquila, profesoral y conservadora del positivismo: Javier Prado, Manuel Vicente Villarán, Carlos Lisson, Carlos Wiese, Joaquín Capelo. De esto no puede desprenderse de que hayan sido constreñidos y aplastados entre dos fuerzas. Para ser más precisos, no estaban tan solos políticamente; aunque pequeñas y débiles, o todavía incipientes, habían varias agrupaciones y corrientes que también combatían al civilismo o a sus fracciones tradicionales.

La Generación del 900, criticaba el ordenamiento político y cultural del país. Ciertamente, sus voceros más calificados distaban de ser los voceros de los sectores tradicionales de la clase dominante (terratenientes feudales). Más bien, trataban de expresar los intereses de los sectores modernos o modernizantes. En este sentido, asumían una posición liberal. Se les podría reconocer un liberalismo quizás entre entusiasta y radical en sus horas iniciales pero para muy pronto trocarse en un liberalismo apenas moderado. Andando el tiempo, especialmente desde cuando fue desencadenada la Primera Guerra Mundial en el corazón mismo de la civilización occidental y cristiana, sus ideas como su actitud política se fueron distanciando del liberalismo hacia el conservadurismo. El caso más patético fue el de José de la Riva Agüero, como podremos referir más adelante.

Como escritores e intelectuales comprometidos con la construcción de la nación peruana, los novecentistas tenían más fe no tanto en los valores cristianos que profesaban sino en el progreso material, en el desarrollo de las instituciones políticas y en la integración social. Sin embargo, también es verdad que no llegaron a convertirse en



caudillos o conductores de movilizaciones políticas en esa dirección.

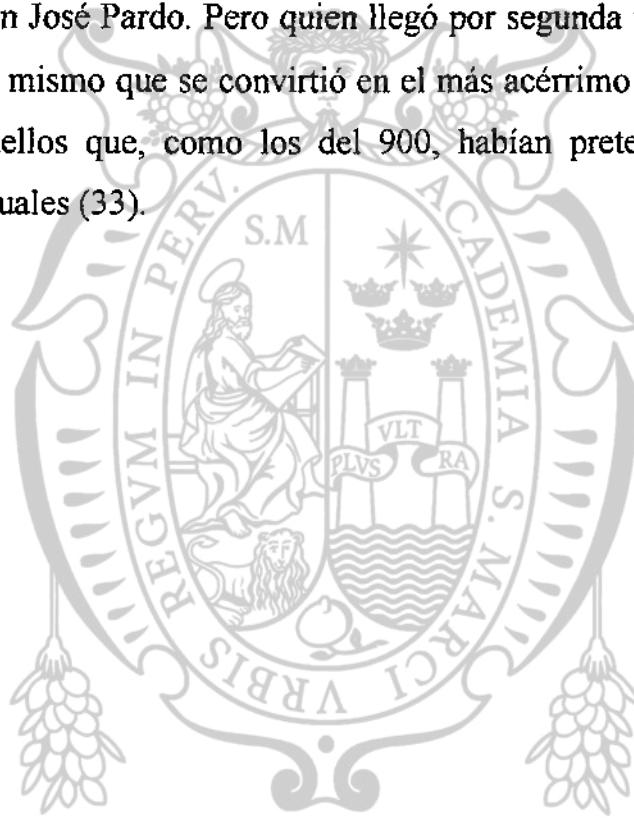
En sus obras, que presentaron la imagen del país, fundamentalmente en términos sociológicos y políticos, se plantearon la necesidad y posibilidad de erradicar las estructuras de la dominación tradicional. En este terreno, fue seguramente *El Perú Contemporáneo* de Francisco García Calderón, publicado en 1907, la primera obra orgánica de esta generación en la que se estudiaba la cuestión de la guerra y el universal desastre peruano. También, desde luego, fueron planteadas las posibles perspectivas de desarrollo de la economía y sociedad peruanas.

Los novecentistas o arielistas construyeron un pensamiento complejo y contradictorio. Esto es, en su primera etapa, cuestionando por ejemplo lo tradicional, lo precapitalista o más concretamente problemas como el latifundismo feudal. Pero, al mismo tiempo, lo hicieron sin proponerse su liquidación efectiva, la que sólo podía ser posible derribando los fundamentos materiales y legales de ese orden. Desde dentro de la clase dominante, eran críticos de las fracciones tradicionales de la misma, por considerarlas obstáculos para toda obra de carácter nacional, liberal y capitalista. Pero, simultáneamente, no estaban dispuestos a romper con ellas. Seguramente debido a problemas de esta naturaleza que liberaban o mancomaban el pensamiento y las manos de los del 900, algunos de sus estudiosos sostienen que sólo a condición de vincular a la generación arielista con su contexto histórico, podemos explicarnos alguna originalidad de su pensamiento, por lo menos durante la primera etapa de sus faenas literarias, intelectuales y políticas.

A partir de 1912 comenzó una nueva etapa para la generación del 900, al producirse el primer resquebrajamiento de la alianza entre las fracciones de la clase dominante peruana, y, poco después, al producirse a mediados de 1914 el estallido de la Primera Guerra Mundial. Se hizo cada vez más notorio el debilitamiento del empuje liberal de los integrantes del 900 y sus alrededores. Los intentos por recuperar alguna vitalidad, apenas quedaron en eso, en intentos.



En 1915, don José de la Riva Agüero fundó el Partido Democrático Nacional (PDN). Hecho sorprendente si se tiene en cuenta que los del 900, si bien identificados con la causa del liberalismo político, nunca se habían planteado disputarle o arrebatarle el poder político a la oligarquía peruana. El PDN fue, al parecer, el único proyecto político generacional y, también, el último intento en la búsqueda de una alternativa de dirección política liberal para el Perú. También fue llamado el partido “futurista”. Intentó desde un principio organizar juventudes en Lima y provincias. Pero no pudo caminar lejos dicho proyecto. Sus últimas intervenciones en la actividad política, como partido, tuvieron lugar en 1918 y 1919, buscando contribuir a la conformación de una alianza política que sucediera en el control del poder a don José Pardo. Pero quien llegó por segunda vez al poder político fue Augusto B. Leguía, el mismo que se convirtió en el más acérrimo enemigo del civilismo y especialmente de aquellos que, como los del 900, habían pretendido ser sus naturales representantes intelectuales (33).





Capítulo III

TIEMPOS DE REVUELTA LITERARIA: VALDELOMAR

“Colónida” representó una insurrección –decir una revolución sería exagerar su importancia- contra el academicismo y sus oligarquías, su énfasis retórico, su gusto conservador, su galantería dieciochesca y su melancolía mediocre y ojerosa. Los colónidas virtualmente reclamaron sinceridad y naturalismo. Su movimiento demasiado heteróclito y anárquico, no pudo condensarse en una tendencia ni concretarse en una fórmula. Agotó su energía en su grito iconoclasta y su orgasmo esnobista”.

J. C. Mariátegui:

7 ensayos de interpretación de la realidad peruana

Los propios protagonistas y los más atentos observadores de los acontecimientos de los años 1912-1916, tenían clara conciencia de que se trataba efectivamente de tiempos de revuelta literaria en el Perú, puesto que se estaban sucediendo notables rupturas no sólo con respecto a las muy arraigadas tradiciones de la cultura dominante sino inclusive frente a recientes tendencias renovadoras, como el modernismo literario que en el Perú era acaudillado por Chocano o el pensamiento arielista dominado por la generación del 900. Los principales protagonistas de estas rupturas fundaron, por iniciativa de Abraham Valdelomar y bajo su liderazgo, la revista *Colónida* y cuyos únicos cuatro números fueron publicados en el primer semestre de 1916. *Colónida* fue también el nombre con el que se conoció al propio movimiento o insurrección de escritores y poetas. Sus animadores representaban pues una actitud y una sensibilidad nuevas en la creación literaria y artística. Ellos anunciaron también, con su actitud de desafío ante al orden cultural dominante y por



el contenido y la orientación renovadores de sus creaciones, el nacimiento no sólo de la vanguardia literaria sino también de la vanguardia ideológica y política de los años 20 y cuyos exponentes serían mayormente jóvenes procedentes de provincias (34).

Una digresión: los modernistas desbrozaron el camino

Los colónidas, como movimiento o como grupo representativo de una insurrección literaria, no podían haber aparecido de la nada o de un momento a otro, como “relámpago en cielo sereno”. Esto es obvio. Se trataba de jóvenes que se habían ido forjando como escritores, poetas y artistas en el curso de los diez años previos a 1916. Pero también contaban con precedentes bastante significativos en la ruta de la renovación literaria, tanto a nivel peruano como latinoamericano. En el ámbito nacional ellos constituían, en cierto modo, la culminación de un proceso de renovación cultural y, al mismo tiempo, el punto de partida de una nueva etapa de cambios mucho más radicales.

Dentro del campo cultural de América Latina, ya desde fines del siglo XIX, digamos desde mediados de los años 80, habían ido emergiendo tendencias de crítica o de renovación frente a la literatura que vivía indefinidamente sometida a la influencia de las letras españolas. El desarrollo de estas tendencias llevó al surgimiento del **Modernismo** como movimiento literario que rápidamente conquistó un lugar hegemónico, desenvolviéndose con relativa fluidez por espacio de casi tres décadas en diversos países del Continente. En el Perú le tocó abrirse paso con cierta tardanza y en medio de tensiones y conflictos muy complejos. Es que aquí se encontraba mucho más enraizada y casi intacta la tradición hispanista y, además, habíamos tenido los contratiempos generados por la Guerra del Pacífico y la difícil y lenta resurrección de lo que Basadre llamó el “Perú yacente”.

El Modernismo, constituido en el principal movimiento de independencia y autonomización cultural hispanoamericana, ejerció influencia hegemónica entre los poetas y escritores del continente entre mediados de los años 80 del siglo XIX y comienzos de la Primera Guerra Mundial. En el transcurso de ese período, fue produciéndose una inserción



creciente de poetas y escritores latinoamericanos en la visión europea del mundo. Esto es, la inserción de los modernistas en la modernidad occidental, bajo el impacto de las tendencias renovadoras producidas por esa misma modernidad no precisamente en España sino especialmente en Francia y Alemania. En el caso peruano, este proceso arranca algo tardíamente debido en lo fundamental a los catastróficos problemas de orden nacional, económico y social creados por la Guerra del Pacífico y que habían desplazado a un segundo plano las preocupaciones de orden cultural. Pero, cuando finalmente se pone en marcha este proceso cultural, al concluir la guerra y la ocupación, se trata de una difícil ruptura con la previa y prolongada tradición de exclusiva y acentuada subordinación de la literatura peruana a la española. Como se recordará, la necesidad y urgencia de esta ruptura había sido reclamada enérgicamente por Manuel González Prada ya en su discurso de 1886 y él mismo se había constituido, gracias a su lucidez y capacidad de compromiso con los cambios, en uno de los precursores de los que vendrían a ser los nuevos movimientos literarios de las primeras décadas del siglo XX. En tal sentido, con él se había iniciado, como sostenía Mariátegui, el tránsito de la literatura colonial a la literatura cosmopolita. Y, a su vez, este tránsito no era sino aquel que llevaba hacia el nacimiento de una literatura nacional (35).

En los términos de Anderson Imbert, el modernismo como movimiento literario fue un descubrimiento que los escritores latinoamericanos fueron haciendo por su cuenta. Esta captación, auscultación, este singular entusiasmo hacia la belleza, nació aquí, desde las entrañas de la propia América Latina. El modernismo fue un gran salto, el primer movimiento literario de América Latina, el primer movimiento nuestro, el primer gran movimiento de independencia. Los modernistas son básicamente poetas, periodistas, escritores de prosa breve. Rubén Darío es uno de los primeros casos -el primer caso- y es su más alto exponente. En él se da cierto palpito genial, antes de conocer directamente Europa y la decadencia de la urbe europea (36).

De otra parte, según el mismo Anderson Imbert, los modernistas tuvieron cierto orgullo de formar parte de una minoría. Tenían entusiasmo por el sentido heroico de la vida, pero habiendo experimentado notorios cambios el clima político en América Latina,



no pudieron ser héroes de la acción. Se convirtieron en héroes del arte. “Con gesto amargo, irónico, decepcionado, según los casos, se apartaron de la lucha y se dedicaron a la literatura. Y aun dentro de la literatura se apartaban hacia tonos nostálgicos, hacia estudios humanísticos, hacia ideales de perfección formal, vistos y entrevistados en escritores europeos, especialmente franceses”. Esto se refiere básicamente a la llamada **primera generación de modernistas**. Sin embargo, debe resaltarse que entre ellos hubo un caso excepcional: José Martí. Él fue a la vez héroe de la acción y del arte, novelista y combatiente político, poeta y luchador por la independencia de Cuba (37).

Hay que subrayar, aunque no parezca necesario, que el modernismo como movimiento cultural surge y se desarrolla en un contexto de cambios en la economía y sociedad latinoamericanas. Eran cambios impulsados por la introducción del capitalismo moderno, fundamentalmente a través de la modalidad de enclaves y, secundariamente, a través del establecimiento de centros fabriles en las principales ciudades en todos y cada uno de nuestros países. En el curso de este proceso de cambios, fueron apareciendo y pasando a un primer plano las contradicciones entre ciudad y campo, entre atraso y desarrollo, entre capitalismo y no capitalismo, entre explotados y nuevos explotadores. Ciertamente, en lo más ancho del universo económico y social latinoamericano continuaba siendo vigente el orden precapitalista o premoderno aunque cada vez más subordinado al dominio del capitalismo monopolístico internacional. Fue sobre este nuevo piso histórico, que el Modernismo se constituyó como el primer movimiento literario hispanoamericano y, al mismo tiempo, significó el ingreso de hispanoamérica al estadio cosmopolita de la literatura. Es probable que esto no se habría dado antes de la penetración capitalista imperialista en nuestros países y mucho menos al margen de ella. Es decir, como bien anota Emir Rodríguez Monegal, es inconcebible el Modernismo sin la previa existencia de las Cosmópolis Latinoamericanas, visibles productos de la penetración capitalista. O, mejor, sin la utopía de las Cosmópolis. Queremos transcribir unas cuantas líneas del texto de Rodríguez Monegal al respecto:

“En los últimos ciento cincuenta años los escritores latinoamericanos nacidos y criados en América Latina han tratado de crear una verdadera Utopía latinoamericana. De todas estas versiones, ninguna es más



hermosa que la Utopía modernista, creada persuasivamente a fines de siglo por Rubén Darío y José Enrique Rodó. Ambos escritores estaban profundamente empapados de cultura francesa y habían sido influenciados por el movimiento simbolista; ambos eran hombres cultos y vivieron en las capitales más internacionales de la América Latina de su tiempo; ambos fueron (brevemente) amigos. Pero sus visiones eran, aparentemente, tan opuestas que habitualmente se usó una imagen para negar, y hasta destruir, la otra. Sólo en los últimos tiempos, el origen común de sus respectivos discursos críticos y su dependencia de un común modelo ideológico se han vuelto evidentes. Sus contrastadas Utopías -Cosmópolis o Isla de Ariel- tienen un código común: el simbolista” (38).

Además de lo señalado, volvemos con Anderson Imbert para recordar que el Modernismo hizo bastante uso de lo retórico. El modernismo viene a ser el cultivo de las formas literarias como forma suprema de escritura. Es la construcción de “rascacielos verbales”. La pasión formal los llevó al esteticismo. *“Mucha literatura naturalista, indigenista, criollista, es modernista. Mucha literatura americanista también es modernista”* (énfasis nuestro). En el Perú, fue José Santos Chocano seguramente uno de los más altos representantes del modernismo literario con esas connotaciones. Pero, sobre todo, debe reconocerse, a pesar de todos los matices, como lo hace Washington Delgado, que “el modernismo fue una corriente literaria donde se manifestó una mayor capacidad creadora, una más nítida originalidad o, por lo menos, una peculiaridad más singular regida por normas racionales, por un gusto depurado, por un idealismo en general bien intencionado y que se relacionaba más estrechamente con literaturas europeas distintas de la española” (39).

En el Perú los representantes del modernismo fueron predominantemente limeños. Tanto su rebelde precursor González Prada como sus propios constructores, sea en el territorio de Chocano o en el de los arielistas, eran mayormente capitalinos. Era bajo su influencia y liderazgo que se aproximaban o se incorporaban a los cauces de la nueva corriente los poetas y escritores de provincias. Justamente Abraham Valdelomar y los jóvenes de su generación no fueron ajenos a esta influencia.



Valdelomar, del modernismo al postmodernismo

Alguien que como Valdelomar habría de presidir una revuelta literaria, también se tenía que haber insertado en la visión occidental del mundo -en la cultura de la modernidad- y él lo había hecho asimilándose, en cierto modo, al modernismo en marcha como movimiento latinoamericano. ¿Y a partir de qué momento o circunstancias lo hizo?. Al respecto, han sido establecidas algunas precisiones básicas por cuenta de sus biógrafos. Habiendo llevado una casi feliz infancia entre la aldea costeña de San Andrés de los Pescadores, el pueblo de Pisco y la ciudad de Ica, Valdelomar llega a Lima en 1900 para estudiar secundaria en el entonces prestigioso Colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Tenía apenas 12 años de edad. Desde entonces, estará obligado o vivamente interesado en ir descubriendo el mundo urbano: Lima, la vieja capital colonial, la capital de la república y la principal sede de los modernistas. Su experiencia de colegial guadalupano, por espacio de cuatro años (1900, 1901, 1903 y 1904), sería una de las más importantes de su vida. Allí conocerá a otros provincianos como él, procedentes de distintos puntos del país, que tienen no sólo similar extracción de clase y cultura aldeana sino también aspiraciones más o menos comunes de orden profesional y/o intelectual. Conoció y naturalmente hizo muchas amistades con los muchachos limeños de cultura urbana de entonces. Pero sobre todo, tuvo el privilegio de conocer a un colectivo de profesores destacados. Refiriéndose a esta temprana y singular experiencia colegial de Valdelomar, Luis Alberto Sánchez escribe:

“La impronta de este grupo de profesores, casi todos finos, y todos muy capaces, se grabó indeleblemente en el ánimo del adolescente iqueño. Me atrevería a decir que ellos le formaron tanto como la madre, el mar, la brisa, los gallos, la pesca, las leyendas, los fantasmas y los acróbatas de la infantil playa de San Andrés de los Pescadores; del frutal Caucato; de la eglógica Chincha; de la apacible y cálida Ica. Naturaleza y lección humana se dieron cita en aquel muchacho sencillo, curioso, delicado, imaginativo y sensual; el resto lo hicieron la universidad, la redacción, los libros, los fumaderos, los viajes, las plazuelas y la vida” (40).

La experiencia colegial había significado en la existencia de Valdelomar un primer



encuentro de dos mundos, el urbano y el rural. Luego, probablemente desde los comienzos de su vida universitaria en 1905 y desde su temprana actividad de escritor y caricaturista (**Monos y Monadas**, 1906; **Cinema**, 1908-1909), iría formándose imágenes cada vez más claras de ese mundo urbano sobre el que después habría de instaurar sus dominios. Así pudo avizorar cierta fatiga urbana. Para su percepción, los valeses de Felipe Pinglo habrían de hablar de una urbe ajada. Las relaciones entre el mundo urbano y el mundo rural peruanos, nunca dejaron de estar presentes en el pensamiento y la obra de Valdelomar.

Puede decirse que aquella experiencia de Valdelomar fue algo así como una transición hacia el modernismo, corriente a la que hace su ingreso, quizás, con sus poemas y sus escritos en prosa de 1909 y 1910, y en cuyo seno madura y se consolida como escritor. Desde allí irá descubriendo nuevas vetas para su creación poética y para sus cuentos. Irá avanzando, si se quiere, de un movimiento a otro, del modernista al “colonidista”. Así pues el futuro “colonidista” germina y se desarrolla en el seno del modernismo (41).

La incidencia de la poesía modernista en Valdelomar puede ser fechada de 1909 a 1912. En el transcurso de esos años escribe, por ejemplo, “Ha vivido mi alma” (exotismo, lejanía), “Los pensadores vencidos” (referencias a la cultura greco romana), “La ofrenda de Odhar”(1910), “Los violines húngaros” (1910), “La tribu de Korsabad” (fantasía oriental). También en 1910 escribe un poema que se titula “Brindis”. Este es un poema modernista, pero ya tiene elementos más próximos a la naturaleza y, en este caso, a la provincia peruana, a la belleza de su paisaje y a su gente (aunque todavía de manera ornamental y declarativa). Este, lo había escrito y leído en acto público durante su breve permanencia en Arequipa a donde había viajado juntamente con numerosos estudiantes universitarios de San Marcos. Fueron 200 estudiantes universitarios que visitaron Arequipa y Cusco, dirigidos por el profesor Curletti, siendo recibidos entusiastamente por las juventudes estudiantiles de esas ciudades. Entre los más destacados representantes de los excursionistas estuvieron los poetas Abraham Valdelomar y Alfredo González Prada. De los provincianos que los recibieron, basta con citar a Percy Gibson y a Federico More, dos estudiantes representativos de la Universidad mistiana, el uno arequipeño y el otro puneño (42).



Habría que recordar también que en esas mismas circunstancias, alcanzaba fama nacional José Gálvez como “poeta de la juventud”. Y el poeta más famoso del Perú y rodeado de inmensa popularidad era José Santos Chocano y a quien Valdelomar admiraba.

El joven Valdelomar de 1910, alrededor de los 22 años de edad, aparte de publicar los textos que conformarán **La argelina al viento** y sus versos arriba indicados, escribe una serie de cuentos incaicos –por ejemplo, “Los hermanos Ayar”- que más tarde, sumados a otros, serán publicados bajo el título de **Los hijos del Sol**. En la advertencia a la primera edición de esta obra (1922), el profesor Manuel Beltroy recuerda:

“Efectivamente, el año de 1910, cuando en los claustros de San Marcos fuimos condiscípulos del 1er. Año de Letras con Abraham Valdelomar, tuvimos el placer de escucharle la lectura que de tres o cuatro de los más escogidos de aquéllos nos hizo, en las pequeñas cuartillas satinadas en que se alineaba su inteligente escritura, en la que ponía lo mismo que en todos los actos de su vida, aquella distinción artística que muy luego lo iba a singularizar ... Desde aquella fecha, algo lejana ya, el escritor había concebido un plan concreto de un libro de leyendas o cuentos incaicos, llevado por el entusiasmo de sus ávidas lecturas de los Cronistas coloniales, que dieron pábulo a su innato y profundo amor por la raza, fundamental sostén de nuestra nación. Y, poniendo por obra dicho plan, escribió, en el decurso de varios años, una serie de cuentos poemáticos, basados los unos en las gestas tradicionales de los Incas, que traen los citados Cronistas, y los otros, fruto enteramente original de su artístico talento ...Este libro es entre los de Valdelomar el que más compendia las calidades estéticas de literato y el que más fresco, lozano y palpitante brotó de su pluma ... Al editarlo, cumplimos un deber para con el autor y otro para con el público. Al primero tributamos este póstumo homenaje por artista, por vivificador de las letras patrias y por enamorado de la raza indígena, cuerpo y alma del Perú de todos los tiempos; y al segundo, como editores de libros nacionales, entregamos éste al que anima el alma ancestral de la Nación, espléndida, como cuando bajo sus alas áureas cobijaba a medio Continente” (43).

En la misma edición, el prólogo elogioso y al mismo tiempo polémico de este libro de cuentos y leyendas, fue escrito por Clemente Palma y transcribimos algunas líneas finales del mismo:

“Sólo desde que he leído a Valdelomar, sólo después de haber escuchado sus conversaciones entusiastas, sus admiraciones desbordantes por la



poesía que encierra el alma del indio, sus delicados matices de sentimentalismo, sus heroísmos, sólo después de escuchar unas veces y leer otras las descripciones que Valdelomar hacía de las maravillas espirituales y materiales del pasado incaico, tanto en la acción pública como en la privada, es que he comenzado a creer en la posibilidad de que el arte explote bella y noblemente el pasado remoto de nuestra existencia india, puramente india, y que sólo hace falta el ingenio capaz de compenetrarse con el alma de la raza y traduzca a la mentalidad moderna toda la belleza y grandiosidad del ciclo incaico”.

El propio Valdelomar había anunciado en diferentes momentos la publicación de su obra y, seguramente por eso, escribió en 1916 una “*Introducción a la serie de cuentos criollos que formarán parte del libro Los hijos del Sol*”, en verso y bajo el título de “La aldea encantada”, donde habla del poder del Inca Pachacútec, del Sol, del bautismo de su aldea con el nombre de Pisscco, etc. (43).

Las condiciones de la revuelta literaria se configuran desde 1912

El año 1912 se constituye en un primer hito significativo en la historia social peruana del siglo XX. Ese año tuvo lugar el triunfo electoral del antiguo demócrata y pierolista don Guillermo Billinghurst sobre el civilismo y su aristocrático candidato don Antero Aspíllaga; luego, sobrevinieron la instalación e inicios de un gobierno de conotaciones populistas. Valdelomar se había desempeñado como secretario de Billinghurst desde los tiempos de la campaña electoral y, por lo mismo, tenía a su favor esa temprana experiencia de protagonista en medio de un clima político conflictivo, agitado y áspero. Lo que esencialmente ocurrió en 1912 fue el comienzo del resquebrajamiento político del civilismo, ese partido de la clase dominante terrateniente-comercial que se había reconstruido después de la Guerra del Pacífico y que en 1895 había retomado el control del Estado –de su Estado-, poniendo en marcha la llamada República Aristocrática. Pero justamente uno de sus renombrados miembros, Augusto B. Leguía, como presidente de la República de 1908 a 1912, se encargaría de torpedear e interrumpir con sus maniobras la continuidad del civilismo en el poder político, marcando él mismo distanciamientos y diferencias con ese partido y con las fracciones más tradicionales de la clase dominante y, por supuesto, desplazando su apoyo hacia la candidatura del adversario político. De otra parte, las luchas políticas de 1912 revelaron de manera muy visible la presencia en la



escena nacional de nuevos actores sociales, esto es, de las emergentes clases medias las que precisamente se constituyeron en uno de los decisivos factores para el triunfo de la candidatura de Billinghurst. A partir de esa coyuntura política, esas clases medias en formación intervendrían de manera cada más acentuada en las luchas políticas de orientación democrático nacional. En fin, a partir de 1912 se irán agudizando las contradicciones en la sociedad peruana: entre el campo y la ciudad, entre Lima y las provincias, entre la costa y la Sierra y, en fin, entre la oligarquía civilista y las clases medias y sectores populares. El golpe militar de febrero de 1914, el derrocamiento de Billinghurst, su humillante encarcelamiento y final exilio, destinados a la recuperación del control directo del Estado por los civilistas, hicieron aun más compleja esta etapa de la historia peruana (44).

. Valdelomar ya era un personaje conocido por su colaboración asidua en periódicos y revistas. Los datos artísticos del escritor, previos a sus andanzas políticas, fueron como ya se ha dicho fundamentalmente las caricaturas y hay en ellas cierta influencia oriental. Llega en cierto modo a teorizar sobre la caricatura (“Dios ha sido el primer caricaturista”). La caricatura fue su primera inquietud artística y fue canalizada y cultivada gracias a un gran talento. En sus trabajos de esta naturaleza cuentan la línea y los colores. También tiene influencia del arte alemán en la caricatura (Revista **Simplicísimo**). Presenta sobre todo la fisonomía de los escritores. Al mismo tiempo, Valdelomar también era conocido y tenía prestigio como poeta y, en fin, abordaba casi todos los géneros literarios. Sus mejores biógrafos reconocen y destacan el hecho de que trabajaba con gran fervor estético. Todo lo que hace apunta a evidenciar, a través de su creación literaria, la belleza (45).

En el contexto de 1912, arranca una nueva fase en la creación valdelomariana. En el grupo de poesías clasificables como post-modernistas ya podemos percibir el ruralismo. Existe un ruralismo que apunta al contorno, al paisaje, a la flora. Existe otro aspecto en el post-modernismo: un ruralismo familiar, el hogar, el padre, la madre, el ámbito de lo familiar, de los vínculos fraternos. También existe un ámbito introvertido: un hundirse en sus sentimientos, en sus dudas, en sus dolores personales entrañables. Estas incidencias son perceptibles en unos poemas más que en otras. Se puede decir que comenzaba la fase



postmodernista en la creación literaria de Valdelomar (46).

Al parecer, desde muy temprano, en la escritura de Valdelomar habían elementos que apuntaban hacia una superación del modernismo digamos oficial. El mismo Luis Alberto Sánchez nos dice: “Es evidente que el primer choque literario que sufrió Abraham fue con los parnasianos y, por tanto, con la historia y con la leyenda; ejemplo: “Ha vivido mi alma en las Edades viejas,/ En un guerrero heroico y un galán trovador,/ Y en gentiles mancebos de enredadas guedejas \ Enamorados siempre de una prohibición” (47).

Se puede sostener que la poesía post-modernista de Valdelomar, una de las manifestaciones de la ya famosa revuelta literaria, fue desarrollada de 1913 a 1919. Simultáneamente, continuó desarrollándose su producción en prosa: cuentos, ensayos, leyendas, etc. (48).

Voces provincianas: provincia, ruralismo

En el contexto nacional peruano de principios de siglo, al que hacemos referencia de manera reiterada en el curso de este texto, fue creciente la intervención y la presencia públicas de jóvenes escritores y poetas de provincias, pero esto sucedió de manera más acentuada en los años que van de 1912 para adelante. Se trata seguramente de la primera importante ola de jóvenes provincianos, provenientes principalmente del seno de aquellas emergentes clases medias provincianas. Unos migran o hacen estadías temporales en Lima. Otros, aparecen como protagonistas en periódicos y revistas de sus propias provincias y, a partir de ello, sus nombres y sus creaciones aparecerán también cada vez más con mayor frecuencia en periódicos y revistas limeñas (49).

Hasta entonces, principios de siglo, los provincianos que se trasladaban para residir en la capital de la república, eran principalmente aquellos que siendo personajes conocidos y con poder local o regional, por ser parte o estar vinculados habitualmente al gamonalismo, se hacían elegir como senadores o diputados. O, en el menor de los casos, eran quienes venían a estudiar en colegios como Guadalupe o en la Universidad de San



Marcos. Esta etapa ya se estaba agotando. Se iniciaba otra nueva, como la que estamos señalando.

Por todo eso, en lo que respecta a los escritores y poetas de la revuelta literaria, se trata, sobre todo, de la intervención de las voces provincianas cuyas preocupaciones son la provincia como tema, una mayor aproximación, cuando no el conocimiento directo, a su realidad, a la vida cotidiana de su gente, incluida la vida familiar y aldeana. Básicamente de estos temas y motivos se nutre la literatura que busca renovar o superar al modernismo. El movimiento *Colónida* trae la voz de las provincias muchas veces remotas y soterradas (49).

El ruralismo fue cuestión fundamental en la vida y obra del propio Valdelomar. Este ruralismo en su obra ya significa una especie de temprano ingreso a lo que más tarde sería el indigenismo. En tal sentido hay, sin duda, un avance hacia el descubrimiento y la comprensión de lo andino.

Los temas provincianos están presentes con frecuencia en la obra de Valdelomar. En gran medida, su esfuerzo de poeta buscará la captación de lo estético en el campo y aquí se incluyen sus hallazgos en el propio mundo aldeano de la Costa y, en cierto modo, de la vida marinera a sus incipientes puertos o caletas.

De otra parte, el criollismo aparece inserto en los cuentos del Valdelomar. Pero lo criollo estaría vinculado a la auscultación de lo rural, a la búsqueda e identificación de una presencia rural en la vida urbana. En este sentido, lo criollo apuesta más a un contenido antropológico: personas, costumbres, tradición, cultura, etc. Eran dos las génesis del criollismo, según Valdelomar: a) Dicharachos; b) Manifestaciones más vigorosas y sencillas de la vida nacional.

En Cajamarca habría descubierto un mundo rural dramático, de tristeza, de violencia. Hasta qué punto se confunde lo rural y lo criollo concretamente en Valdelomar?. En fin, el postmodernismo incita un poco al descubrimiento de lo andino, pero siempre con predominio de lo estético



De Colónida a la peregrinación por provincias

1916, es el año en que cambia de eje la historia cultural del Perú. Nuevas problemáticas: la provincia, lo rural, lo popular. Se los mira y entiende desde dentro. Se descubren y se expresan las contradicciones, los conflictos y las tensiones entre la ciudad y el campo, entre la capital y las provincias, entre lo popular y lo aristocrático y burgués. Los protagonistas de esta actitud son gentes de clases medias. En cierto modo, es el primer esfuerzo significativo por aprehender la biografía del Perú (50).

El nuevo eje de esa historia cultural, estará representada por la revista **Colónida**. En enero de 1916 apareció su primer número. En total sólo se publicarán cuatro números. El último aparecerá en mayo de ese año. Siendo una revista de ruptura, rinde homenaje, reservándole sus portadas, a las figuras de quienes representaban el espíritu de renovación en la literatura durante los primeros lustros del nuevo siglo como José María Eguren y Percy Gibson pero, también, lo hicieron con personajes con los que no sintonizaban pero que eran respetados y admirados por ellos como José Santos Chocano y Javier Prado. La existencia de la revista y del movimiento fue breve, como una insurrección. Y como tal, sacudió la escena entera y dejó marcadas huellas.

El año 1916, transcurre entre la publicación de los cuatro números de la revista **Colónida**, el retorno de Valdelomar a Pisco para visitar los rincones de sus recuerdos y pulsar una vez más las invisibles cuerdas del mundo urbano a la aldea, entre Lima y la provincia. Este mismo año tuvo lugar la polémica del grupo *Colónida* con López Albújar sobre el tema del criollismo. Fue intenso el impacto producido por la revista **Colónida**. En primer lugar, en el propio campo de la literatura, tanto en Lima como en provincias.

Sobre Valdelomar, después de la experiencia de **Colónida**, colaborador de la también fugaz revista **Nuestra Epoca** y viajero por provincias hasta encontrar la muerte en Huamanga, Mariátegui escribe en sus 7 ensayos las siguientes líneas:



“Valdelomar, sin embargo, había evolucionado. Un gran artista es casi siempre un hombre de gran sensibilidad. El gusto de la vida muelle, plácida, sensual, no le hubiera consentido ser un agitador; pero, como Oscar Wilde, Valdelomar habría llegado a amar el socialismo. Valdelomar no era un prisionero de la torre de marfil. No renegaba su pasado demagógico y tumultuario de billingurista. Se complacía de que en su historia existiera ese episodio. Malgrado de su aristocracismo, Valdelomar se sentía atraído por la gente humilde y sencilla. Lo acreditan varios capítulos de su literatura, no exenta de notas cívicas. Valdelomar escribió para los niños de las escuelas de Huaura su oración a San Martín. Ante un auditorio de obreros, pronunció en algunas ciudades del norte durante sus andanzas de conferencista una oración al trabajo. Recuerdo que, en nuestros últimos coloquios, escuchaba con interés y con respeto mis primeras divagaciones socialistas. En este instante de gravedad, de maduración, de tensión máximas, lo abatió la muerte” (51).

De sus andanzas de conferencista por provincias del norte y sur del país, a lo largo de quince meses como el propio Valdelomar lo recuerda en unos de sus últimos discursos pronunciados en Cusco, merecen ser destacados una serie de cuestiones:

Primero, la enfática y reiterada declaración pública de Valdelomar, en respuesta a algunos de sus críticos, de que no estaba realizando una gira de carácter político para captar simpatías electorales. Más bien, Valdelomar fustiga ese tipo de política que la considera tradicional y responsable del atraso de la sociedad peruana. Reivindica la acepción moderna de la política, la que consiste en educar al pueblo y que es esa la tarea que le ha sido encomendada por un grupo de la juventud intelectual. Después de su gira inicial por Huacho y Huaura y por las provincias del Norte, entre mayo y diciembre de 1918, habiendo visitado numerosos pueblos de La Libertad, Piura, Lambayeque y Cajamarca, Valdelomar aparece en un reportaje (el propio escritor era el autor de sus reportajes) hablando del “espíritu y la razón de sus conferencias” y no es poco lo que dice:

“Un grupo brillante aunque muy limitado de nuestra juventud intelectual, convocado por mí, acordó, en vista del desconcierto nacional en que vivimos, emprender una campaña nacionalista, completamente desinteresada, y fundar un periódico que fuera el órgano de la juventud nacional, para difundir en el país nuestras ideas, orientaciones, principios



y programas en orden a la cultura cívica, artística y de progreso general de los pueblos del Perú, forma inicial de combatir mientras no hayan otros elementos, el centralismo, el analfabetismo, la inercia colectiva. Estamos acordes en que para fundar un periódico de tales alcances y finalidades, lo primordial era, naturalmente, conocer el país, estudiarlo, analizarlo y comprenderlo” (52).

En ese mismo reportaje, al tiempo de señalar que en sus giras hablaba sobre cuestiones nacionales y artísticas, Valdelomar recuerda algunos de los títulos de sus conferencias: “La necesidad de formar en el Perú el espíritu nacional”, “El verdadero y el falso patriotismo”, “Religión y patriotismo”, “La significación de las clases obreras en una democracia”, “La belleza de la moral cristiana”, “Educación y organización de las clases obreras”, “Cuento de Otoño en Primavera” (conferencia para niños), “El criollismo en la literatura”, “El amor en la vida y en el arte” (conferencia escrita especialmente para la sociedad de Piura), “Orientaciones nacionales”, “Los ideales de la estética moderna”, etc.

Durante sus andanzas de conferencista, Valdelomar también visitó las provincias del sur del país. Recorrió los pueblos de Ica, Arequipa, Cusco y Puno, presidiendo veladas en los teatros de cada ciudad. El público era básicamente juvenil. En sus diversas conferencias habló fundamentalmente de educación y arte y, muchas veces, desarrolló discursos de denuncia y crítica acerca de la historia política de la república e inclusive hizo, en los términos de la época, convocatorias de carácter patriótico. En una de sus conferencias en la ciudad del Cusco, la primera de varias según las evidencias, su tema central fue el problema de las graves diferencias sociales y las injusticias contra el indio; se refirió largamente a ese *“crimen de lesa humanidad que se llama gamonalismo ... ese maldito gamonalismo que ha hecho en el Perú lo que ningún pueblo hizo con ninguna raza del mundo, que ha convertido al hombre en una especie que fluctúa entre el esclavo y la llama ...”* (énfasis nuestro). En otra de sus conferencias en la misma ciudad, a la que también asistieron autoridades políticas y el rector Giesecke de la Universidad San Antonio Abad, Valdelomar habló sobre el arte y la patria. Entre las imágenes construidas sobre el papel del artista y el poeta, aparecen incrustadas expresiones como éstas: *“en el Perú, señores, todos somos obreros de un gran edificio ideal, el edificio casi arruinado de nuestra democracia, en cuyo punto más alto debemos poner, cuando lo hayamos concluido, la bandera de la Libertad”* (53).





NOTAS

- (1) Luis Alberto Sánchez, **La Literatura Peruana**, t.IV : "Democracia y modernismo".
 - (2) Idem. op.cit. "Nuestros modernistas (1895-1915)".
 - (3) Burga y Flores Galindo, **Apogeo y crisis de la República Aristocrática**, "El consenso y la violencia", págs. 87-113.
 - (4) Acerca de la trayectoria intelectual y política y la respectiva periodificación de la Generación del 900, o de una parte de sus representantes, puede verse Luis Alberto Sánchez (LAS), **Balance y Liquidación del 900** y de Osmar González, **Sanchos Fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano**.
 - (5) Para una mayor información, LAS, **Aladino o vida y obra de José Santos Chocano**.
 - (6) Luis Alberto Sánchez, Prólogo a **Páginas Libres** (Manuel Gonzalez Prada, Obras).
 - (7) Luis Alberto Sánchez, Introducción Gonzalez Prada, **Obras**, tomo I. vol. 1, pág. 11-12.
 - (8) Idem. Para una información más completa de la poesía de Manuel Gonzalez Prada (MGP) puede verse lo que sigue: **Minúsculas; Presbiterianas; Exóticas; y, Baladas Peruanas** prologadas por LAS; **Trozos de vida** con Advertencia a la primera edición de Alfredo Gonzalez Prada en **Manuel Gonzalez Prada, Obras** (tomo III, volumen 5). Manuel González Prada, **Grafitos, Libertarias, Baladas, Adoración, Poemas desconocidos** en **Manuel González Prada, Obras** (tomo III, volumen 6). Manuel González Prada, **Letrillas, Cantos de otro siglo** en **Manuel González Prada, Obras** (tomo III, volumen 7).
 - (9) Manuel González Prada, "Grau" en **Páginas Libres**. La primera edición fue publicada en París, 1894. Allí fueron reunidos sus discursos y ensayos escritos a partir de 1885 y que en su mayoría fueron de conocimiento público. Los de crítica de la literatura peruana: "Conferencia en el Ateneo de Lima", "Discurso en el Palacio de la Exposición", "Discurso en el Palacio Olimpo", "Discurso en el entierro de Luis Márquez". Los de crítica política: "Grau", "Discurso del Politeama", "Perú y Chile", "15 de Julio". También sus escritos anticlericales y acerca de escritores y acontecimientos europeos en **Nuevas Páginas Libres** publicada en Santiago de Chile 1937. Estas dos obras conforman el volumen 1, tomo I de **Manuel González Prada, Obras**.
- Aquí podemos mencionar lo fundamental de la prosa de Manuel González Prada, **El tonel de Diógenes; Figuras y Figurones y Bajo el Oprobio** en **Manuel González Prada, Obras** (volumen 2, tomo I). **Horas de Lucha y Anarquía** en **Manuel González Prada Obras** (volumen 3, Tomo II). **Propaganda y Ataque y Prosa Menuda** en **Manuel González Prada, Obras**. (volumen 4, Tomo II).
- (10) Manuel González Prada, "Conferencia en el Ateneo de Lima", en **Páginas Libres, Manuel González Prada, Obras**, tomo I, vol. 1, págs. 35-59.
 - (11) Manuel González Prada, "Discurso del Politeama", **Páginas Libres**, París, 1894.
 - (12) Manuel González Prada, **Páginas Libres**, París, 1894.
 - (13) LAS: Introducción. **Manuel González Prada, Obras**, tomo I. vol. I. pág. 20



(14) Cf. Manuel González Prada, **Horas de Lucha** (Lima, 1908)

(15) Idem, "Nuestros indios, págs. 195-210

(16) LAS, "Manuel González Prada", **Obras**, pág.21-22

(17) Entre los más destacados intelectuales del civilismo o asociados a él o los que pretendían ser intelectuales orgánicos de sus tendencias progresistas, activos desde principios de siglo XX, podemos mencionar, además de sus maestros positivistas y/o bergsonianos como Carlos Wiese (Tacna, 1859), Alejandro Deústua (1849-1945), Manuel Vicente Villarán (1873-1958) y Javier Prado (Lima, 1871-1921), a los nacidos mayormente en los años 80 del siglo XIX, los mismos que más tarde fueron bautizados como los hombres de la "Generación del Novecientos". Una relación apretada y provisoria de sus principales representantes sería la siguiente:



Felipe Barreda y Laos	(Lima, 1886)
José de la Riva Agüero y Osma	(Lima, 1885-Lima, 1944)
Víctor Andrés Belaunde	(Arequipa, 1883-Lima, 1966)
Pedro M. Oliveira Sayán	(Lima, 1885)
Luis Miro Quesada	(Lima, 1880-Lima, 1977)
Oscar Miro Quesada	(Lima, 1884-Lima, 1973)
Luis Alayza Paz Soldán	(Lima, 1883)
Toribio Alayza Paz Soldán	(Lima, 1885)
Francisco García Calderón Rey	(Valparaíso, 1883-Lima, 1953)
Ventura García Calderón Rey	(París, 1886-París, 1959)
Pedro Yrigoyen	(Lima, 1886)
Luis Antonio Eguiguren	(Piura, 1887)
Alberto J. Ureta	(Ica, 1887)
Juan Bautista de Lavalle	(Lima, 1887)
Julio C. Tello	(Huarochiri, 1880)
José Gálvez Barrenechea	(Tarma, 1885)
José María de la Jara	(Lima, 1885)
Jorge Prado y Ugarteche	(Lima, 1887)
Juan José del Pino	(Ayacucho, 1887)
Carlos Concha	(Lima, 1888)

Para Sinesio López, el grueso de estos intelectuales pertenece a la llamada "derecha civilista", la misma que tiene la hegemonía durante una primera fase del primer ciclo cultural del Perú contemporáneo. Esto es, hasta por lo menos 1912. A su vez, unos fueron influenciados por el positivismo y otros por el espiritualismo.

a) Algunos de los más destacados intelectuales de la corriente positivista fueron: Javier Prado, Jorge Polar, Joaquín Capelo, Mariano H. Cornejo, Carlos Wiese, Manuel Vicente Villarán. Ellos fueron profesores de los novecentistas.

b) Entre los intelectuales de la corriente espiritualista, pueden ser considerados: Alejandro Deústua, Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde, José de la Riva Agüero y Oscar Miroquesada. La corriente metafísica y espiritualista de derecha crece al sumarse otra oleada intelectual a sus cauces. Entre los intelectuales de esta oleada destacan Mariano Iberico y Honorio Delgado, que se suman a los intelectuales espiritualistas del ciclo anterior.



c) En referencia a las propuestas de los intelectuales del civilismo, encontramos interpretaciones como esta: "Así, a partir de la integración política de los propietarios, el país lograría la coherencia y estabilidad necesarias a fin de conseguir la inserción -periférica- de su economía en el mercado internacional y, a partir de ella, acumular los capitales que, a su vez, reforzarían la integración política de la población alrededor de la clase propietaria y el Estado. De esta manera García Calderón se planteó la solución de los dos problemas cardinales que afectaban la existencia del Perú como país: la falta de recursos económicos y la centralización política". Ver de Julio Cotler, "La república aristocrática", **Clases, estado y nación en el Perú**, pág. 122.

(18) Federico More, "La hora undécima del señor don Ventura García Calderón" (**Colónida** Nos. 2 y 3, febrero y marzo de 1916).

(19) Víctor Raúl Haya de la Torre, "La nueva y vieja generación de intelectuales en el Perú" (1925), en **Por la emancipación de América Latina (Obras completas, tomo I, págs.94-100)**.

(20) Idem.

(21) José Carlos Mariátegui, **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**; César Germaná, **El socialismo indoamericano de José Carlos Mariátegui: proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana**.

(22) Luis Alberto Sánchez, **Balance y liquidación del 900**

(23) Idem. Prefacio.

(24) Pedro Planas, **El 900, Balance y recuperación**

(25) Osmar González, **Sanchos fracasados, los arielistas el pensamiento político peruano**.

(26) Hugo Neira, **Hacia la tercera mitad, Perú siglo XVI-XX. Ensayos de relectura herética**. Idem. "Los del 900 no fueron una corriente ni una escuela, fueron aventureros". Esto puede ser cierto, pero en el sentido de que sus protagonistas no lograron o no se propusieron convocar y movilizar a sectores de la sociedad, a nombre de un Proyecto o de un programa, o como adherentes de una corriente de pensamiento. Sólo en ese sentido. Considerarlos como aventureros, podría admitirse sólo si se refiere a su intención frustrada de representar, como intelectuales orgánicos, a las fracciones modernas de la clase dominante.

(27) Ver, de Hugo Neira, **Hacia la tercera mitad, Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética**. Cap. "La inteligencia Mesiánica". De la propia "Generación del 900", que organizó las primeras explicaciones sistemáticas del proceso histórico Peruano, pueden consultarse de Francisco García Calderón, **El Perú Contemporáneo**, cap. II, "La evolución de las ideas y los hechos en el Perú republicano", págs. 57-141; de José de la Riva Agüero, **Carácter de la literatura del Perú independiente (Obras Completas)**; de Víctor Andrés Belaúnde, **El Perú antiguo y los modernos sociólogos (Obras Completas)**.

(28) Las modernas fuerzas sociales, en el Perú de las primeras décadas del siglo XX, fueron emergiendo de manera más o menos lenta y conflictiva. En conflicto, pues, con todo aquel universo económico, social y cultural que no era moderno, que era uno de los más tradicionales de América Latina. Habían entrado en marcha los procesos de formación básicamente de determinadas capas de la clase media y, al mismo tiempo, de la clase obrera en situación antagónica a una burguesía



moderna incipiente. La premisa indispensable para que eso ocurriera era obviamente el establecimiento y presencia de relaciones sociales de producción capitalista.

Para un conocimiento más preciso de los actores y/o fuerzas sociales internos que intervinieron de diverso modo durante la ocupación del territorio por el ejército invasor, puede consultarse de Nelson Manrique, **Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile**; del mismo autor, sobre aspectos de la “reconstrucción nacional” y las nuevas tendencias económicas y sociales, consultar **Historia de la República**, cap. VI, VII y VIII. También de Manuel Burga y Flores Galindo: **Apogeo y crisis de la República Aristocrática**. Entre las obras de los propios novecentistas, habría que citar en primer lugar, de Francisco García Calderón, **El Perú Contemporáneo**.

(29) Ver, de Osmar González, **Sanchos Fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano**; de Francisco García Calderón, **El Perú Contemporáneo**, cap. I, “El renacimiento peruano”, págs. 33-56; de Víctor Andrés Belaunde, **Meditaciones Peruanas (Obras Completas, tomo II)**

(30) Osmar González, Op. citada.

(31) Para mayor información se puede consultar de Francisco García Calderón, **El Perú contemporáneo**(en 1981 se publica la 1ra. Edición en castellano); de César Germaná, **El socialismo Indoamericano de José Carlos Mariátegui**, cap. I: “El carácter específico de la formación social peruana”.

(32) Los del 900 como críticos del orden establecido: “Evolución del pensamiento de los representantes del 900”, ver de Osmar González, op. citada.

(33) El Partido Nacional Democrático fundado por Riva Agüero. Ver: Pedro Planas, **El 900, balance y recuperación**.

(34) Luis Alberto Sánchez, **Valdelomar o la “BELLE EPOQUE”**; Mariátegui, “Proceso de la Literatura”, en los 7 ensayos...

(35) Mariátegui, “González Prada”, en “Proceso de la literatura” de los 7 ensayos...

(36) Enrique Anderson Imbert, “Plenitud del modernismo”, **Historia de la literatura hispanoamericana**, pág. 362-365.

(37) Idem.

(38) Emir Rodríguez Monegal, “La utopía modernista: el mito del nuevo y viejo mundo en Darío y Rodó” (**Revista Iberoamericana**, Nos. 112-113, Julio-Diciembre de 1980).

(39) Anderson Imbert, op. citada; Washington Delgado, **Historia de la Literatura Republicana**, pag 94-98.

(40) Luis Alberto Sánchez, **Valdelomar o la “belle epoque”**, pág. 37-38.

(41) Para una mayor información acerca de la revuelta literaria y de su contexto, concretamente de Valdelomar y Colónida, puede consultarse, el texto citado de Sánchez.

(42) Idem.



- (43) Para mayor información, se puede consultar: **Valdelomar Obras**, t. I págs. 203-268.
- (44) Los acontecimientos de 1912 en el Perú. La elección a la presidencia de don Guillermo Billinghurst, en contra del candidato oficialista del civilismo don Antero Aspíllaga, constituyó la primera derrota política de la coalición que venía ejerciendo desde 1895 el gobierno de la República Aristocrática. Este hecho se constituyó en todo un hito de la política peruana. Fue el comienzo de un proceso irreversible de resquebrajamiento del poder político oligárquico cuya manija la tenían los civilistas. Fue también el que marcó más notoriamente el avance de la expansión de la clases medias. También, ese año los intelectuales y personalidades del civilismo derrotado, trataron de manipular en provecho suyo la obligada renuncia a su cargo de Director de la Biblioteca Nacional del tradicionalista don Ricardo Palma. Quisieron enfrentarlo a don Manuel González Prada quien acababa de sucederlo en el cargo. Fue una de las últimas faenas del civilismo en su pretensión de recuperar los espacios que comenzaba a perder en el campo de la política y la cultura. El restablecimiento del gobierno de la República Aristocrática, luego del derrocamiento de Billinghurst en 1914, mediante la elección de José Pardo a la presidencia (1915-1919), no pudo detener el desarrollo de las tendencias generales de cambio en el país y menos la erosión interna de la coalición oligárquica. Para mayor información, puede verse de Jorge Basadre, **Historia de la República**, t. XII, cap. CLV-CLVIII.
- (45) Luis Alberto Sánchez, op. citada, págs. 54-60.
- (46) Estas breves referencias las hemos encontrado en algunos apuntes de las clases que fueron dictadas por nuestro esmerado profesor Willy Pinto. El Doctor Willy Pinto Gamboa, estuvo vinculado desde un primer momento a los estudios de Maestría de la Facultad de Letras. Fue nuestro profesor y en de sus cursos el tema central fue Valdelomar.
- (47) Luis Alberto Sánchez, op. citada.
- (48) De Abraham Valdelomar, **Poemas, 1912-1919; Con la argelina al viento (1910); Los hijos del sol; La ciudad muerta. Por qué no me casé con Fracinette; El caballero Carmelo (Valdelomar, Obras, tomo I)**. Igualmente, del mismo autor, **Ensayos; Psicologías; Belmonte el trágico; Artículos de Colónida; Entrevistas y reportajes; y, Discursos y conferencias (Valdelomar, Obras, tomo II)**.
- (49) Rénique y Deustua, **Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú 1897-1931**.
- (50) Sobre Valdelomar y Colónida, ver **Colónida** en edición facsimilar (1981) el Prólogo de Luis Alberto Sánchez y la carta de Alfredo González Prada acerca de Abraham Valdelomar y el Movimiento Colónida. De José Carlos Mariátegui, “Colónida’ y Valdelomar”, cap. VII, “Proceso de la Literatura” en su **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**.
- (51) José Carlos Mariátegui, “Colónida’ y Valdelomar”, en “Proceso de la Literatura” de los **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**.
- (53) Valdelomar, “Discursos y conferencias”, **Valdelomar, Obras**, t. II, págs. 471-615.
- (54) Idem.



SEGUNDA PARTE:

**NUEVAS CORRIENTES DE PENSAMIENTO
CRECIENTE PRESENCIA
DE INTELLECTUALES DE PROVINCIAS**





NUEVAS CORRIENTES DE PENSAMIENTO

Los integrantes y contingentes de las nuevas corrientes de pensamiento en el país, surgidas después de la Primera Guerra Mundial, fueron básicamente los forjadores de las posiciones antioligárquicas y antimperialistas, los principales protagonistas de la vida nacional en los agitados años 20 y, además, quienes han tenido una de las más intensas y prolongadas actuaciones en la historia peruana contemporánea. Han cubierto las más diversas áreas de la actividad intelectual. Son quienes han producido las ideas más lúcidas y consistentes acerca de la sociedad peruana y su historia. Ellos interpretaron los problemas históricos de la dominación y el poder en el mundo andino y en América Latina. Los principales afluentes de estas caudalosas corrientes fueron en su mayoría gentes procedentes de los núcleos intelectuales de provincias y, como es demostrable, contribuyeron a dar vida a todos los matices y tendencias del pensamiento que se hizo hegemónico a lo largo de toda una época. El conjunto de estos intelectuales pero particularmente aquellos con mayor vocación por las tareas de propaganda, de agitación y de organización, cumplieron con incorporar a las masas populares a la arena política en contra del “Perú oficial” lo que, a su vez, ocurría por primera vez en la historia republicana, en función de proyectos nacionales y de programas políticos modernos destinados explícitamente a la construcción del un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo (1)



Capítulo I

Ingreso en escena de la "Generación del Centenario"

Los fundadores de las corrientes antioligárquicas y antimperialistas en el Perú fueron los hombres jóvenes pertenecientes a lo que se llamó la "Generación del Centenario". Con este nombre fueron bautizados por el poeta José Gálvez en 1921, con motivo de la presentación que él hiciera en la revista *Mundial* del grupo de estudios *Conversatorio Universitario* el cual se había constituido durante las luchas estudiantiles sanmarquinas por la reforma universitaria. El ingreso en escena de esta generación se produjo con bastante celeridad, en el curso de apenas unos cuatro o cinco años, gracias a la intervención destacada de muchos de sus integrantes en una serie de acontecimientos que modificaron el rostro cultural y político del país. Se trata probablemente de uno de los hechos más significativos en la historia del pensamiento y la cultura peruanos del siglo XX (2).

En efecto, aquel ingreso en la escena nacional fue el de contingentes juveniles vinculados básicamente a la vida universitaria y que, al mismo tiempo, pasaban a ejercer papel de liderazgo intelectual y político de los movimientos sociales insurgentes. Tuvo lugar en circunstancias muy especiales bajo la presión y el impacto de diversos factores de orden nacional e internacional. Los de orden nacional eran, básicamente, la crónica persistencia en el control del Estado de un poder oligárquico excluyente, la emergencia y ampliación crecientes de las capas sociales medias con explícita vocación por la disputa del poder, las sublevaciones campesinas indígenas contra la acentuación de los abusos del gamonalismo, las primeras victorias reivindicativas de los trabajadores asalariados, la



presencia activa de las primeras organizaciones obreras bajo influencia ideológica anarquista y la conquista de la Jornada de las ocho horas, la realización de los primeros congresos campesinos indígenas, con sus propuestas y debates de carácter nacional y social, etc. En suma, una etapa y un proceso de agudización de las tensiones y conflictos sociales y políticos en todo el país. En el orden internacional, los hechos que tuvieron mayor influencia en segmentos de trabajadores en proceso de sindicalización, en sectores sociales medios y, desde luego, en el ambiente estudiantil universitario, fueron: la *revolución mexicana* de 1910-1917 con sus conquistas de carácter nacional y social, desencadenada bajo el liderazgo de las clases medias y fortalecida con la intervención directa en los acontecimientos revolucionarios de vastas masas campesinas y que, desde la partida misma, se trajeron abajo una larga y silvestre dictadura; la *Reforma Universitaria de Córdoba* de 1918 cuyo eco remeció la estructura de poder tradicional de la universidad peruana y de otros países del continente e impulsó la radicalización de los movimientos estudiantiles en gestación; la *revolución rusa* de 1917 que lanzó al mundo el mensaje de la revolución socialista, el ejemplo de los *Soviets* como instancia de poder democrático de masas, además del brillo y el prestigio de su liderazgo bolchevique; y, en fin, los diversos *movimientos democráticos y nacionales* que en otras partes de Europa y del mundo, antes y durante la Primera Guerra Mundial, terminaron por resquebrajar y derribar los últimos viejos imperios (3).

Por supuesto, es necesario señalar que frente a los diversos movimientos de liberación de los explotados y los dominados del mundo, que derribaban regímenes imperiales tradicionales, estaba en pleno ascenso el nuevo sistema de explotación y dominación cuya presencia se hacía cada vez más visible y agresiva y este era el imperialismo mundial capitalista. Parte hegemónica de esa estructura mundial de dominación era el imperialismo yanqui y el cual acrecentaba sus dominios especialmente en América Latina contando para eso, con harta frecuencia, con el consentimiento y/o la complacencia de las oligarquías nativas que se convertían en sus aliados y socios menores (4). No fue pues por casualidad que justamente en los países latinoamericanos, en los enfrentamientos dicha estructura de poder, habrían de surgir las primeras corrientes antioligárquicas y antimperialistas.



En medio de aquel contexto nacional e internacional, recorrido por diversos procesos de agudización de contradicciones sociales y políticas, con movimientos revolucionarios en marcha y varias revoluciones triunfantes, los segmentos juveniles y universitarios del Perú en trance de radicalización no se dejaron encandilar por mucho tiempo por el nuevo discurso oficial del presidente Leguía, quien prometía la construcción de una república moderna: *Patria Nueva*. En los años iniciales de su gestión, el presidente Leguía, aparentó atacar aquello que constituía uno de los mayores problemas no resueltos del Perú, el problema indígena, lo que implicaba necesariamente tener que entrar en conflicto con los sistemas más tradicionales de dominación en el país y, concretamente, con el gamonalismo. De haberse materializado desde la cúspide del poder del Estado una política real y efectiva de solución del problema indígena, se habría estado cumpliendo, en cierto modo, con una de las premisas sustantivas para la construcción de la tantas veces prometida y esperada nación moderna. Esto podría haber ocurrido aproximadamente en los términos de la nación mexicana, post revolución 1910-1917, el que constituía la referencia más cercana y reciente. Pero la política leguista apenas pudo producir un indigenismo retórico, administrativo y burocrático, sin intervención alguna de las propias masas indígenas. La *Patria Nueva*, una de cuyas promesas era precisamente la incorporación de las masas indígenas a la vida nacional, sólo había sido un engaño conscientemente administrado desde el poder (cinismo y demagogia), ajeno y contrario a la intervención directa de las propias masas indígenas en pos de la consecución de su liberación social y, en ese sentido, no dejó de ser una pura ilusión para muchos de sus simpatizantes y para las mayorías habitualmente inocentes ante los siempre turbios manejos de la política criolla. Frente a ésta y otras trampas del leguismo, fueron desplegados de manera creciente la crítica y el cuestionamiento del poder por parte de segmentos importantes de las clases medias, la organización y la movilización de los estudiantes universitarios y la alianza de éstos con las organizaciones de los trabajadores. Sus principales escenarios de prédica y de acción fueron las ciudades, especialmente Lima, Cusco, Puno, Arequipa, Trujillo, Piura, etc. Así fue creciendo intelectual y políticamente la Generación del Centenario. Y este nombre le llegaría ya al cabo de varias hazañas (5).



La reforma universitaria

La Reforma Universitaria de 1919, fue seguramente el acontecimiento que llevó de manera directa al nacimiento de la Generación del Centenario. Los actores tanto colectivos como los que habían llegado a desempeñar determinados niveles de liderazgo en la gestación, el desarrollo y el triunfo de la lucha estudiantil universitaria de ese año, se convirtieron en más que obligados protagonistas de los acontecimientos nacionales de los años siguientes, durante el apogeo, la declinación y el abrupto término, vía un golpe de Estado, del oncenio de Leguía (6)

La Reforma Universitaria de 1919, inmediatamente antecedida por la también histórica conquista de la *jornada de las ocho horas*, la misma que contó con la solidaridad activa de la recién creada Federación de Estudiantes, constituyó una abierta ruptura con lo que hasta ese entonces era la función de la Universidad de San Marcos bajo orientación y control hegemónicos del civilismo. En tal sentido, se trataba de un enfrentamiento a la orientación oligárquica y aristocrática de la Universidad que la mantenía ajena a los grandes problemas y necesidades de orden nacional. El carácter tradicional de la educación peruana en general y de la Universidad en particular, había sido cuestionada desde los inicios de siglo por cuenta inclusive de los propios intelectuales del civilismo formados bajo la influencia del positivismo. Transcurridos dos décadas enteras del discurso crítico y cuestionador que pronunciara Manuel Vicente Villarán, bajo el título *Las profesiones liberales en el Perú*, no había ocurrido ninguna modificación significativa en la vida de la universidad peruana, salvo el caso local de la reforma en la Universidad San Antonio Abad del Cusco, a raíz de las luchas estudiantiles de 1909 (7)

En San Marcos, las cosas habían llegado a ser insostenibles. El estallido se produjo en la Facultad de Letras en mayo de 1919, cuando aún era presidente de la República don José Pardo, genuino representante de los intereses aristocráticos y conservadores del civilismo. Los postulados de la reforma universitaria, enarbolados inicialmente por los estudiantes de dicha Facultad, eran un conjunto de reivindicaciones generales como las siguientes: la necesidad de elevar el nivel de la enseñanza, la jubilación de los catedráticos antiguos y



desactualizados, poner límites al derecho de propiedad de las cátedras que era ejercido indefinidamente y atraer a los profesores jóvenes, creación de la cátedra libre, derecho a la libre asistencia a las clases, la enseñanza práctica, aplicada y técnica a través de laboratorios, museos e instrumental adecuados, la orientación nacionalista en los estudios, la incorporación de los graduados elegidos por los estudiantes al Consejo Universitario, la extensión de los conocimientos a quienes procedían de sectores sociales populares (8).

El Memorial del *Comité de Reforma*, el cual ya representaba a los estudiantes de todas las Facultades, dirigido al Consejo Universitario de San Marcos, a principios de agosto de aquel año, organizó las reivindicaciones estudiantiles en 14 puntos en los que quedaban incluidas todas las anteriores: orientación nacionalista de los estudios, provisión de las cátedras por concurso, supresión de las adjuntías, de las listas de clase y de los premios, establecimiento de la cátedra libre en su forma más amplia, supresión de las inútiles pruebas de los grados doctorales y su reemplazo por otra de carácter práctico, publicación de programas analíticos de todos los cursos con las debidas fuentes bibliográficas, participación de los delegados de los estudiantes en el Consejo Universitario y en los Consejos de Facultades, examen por balotas, creación de bibliotecas y campos deportivos, envío de alumnos y de profesionales al extranjero, aumento de sueldos a los catedráticos, separación de los profesores tachados en cada una de las Facultades (9).

Un mes más tarde, el Decreto firmado el 20 de setiembre ya por el nuevo presidente Leguía y su Ministro Arturo Osores, recogiendo muchos de los planteamientos del movimiento estudiantil reformista, estableció en las Facultades cátedras libres, previa aprobación del Consejo Universitario. Con el establecimiento de la cátedra libre quedaba satisfecha la exigencia cardinal del movimiento: la separación de los profesores tachados a través de la cátedra libre. Parecían sancionadas, además, sus principales reclamos: asistencia libre, participación en los Consejos, supresión de premios y otras. Ordenó que las cátedras fueran otorgadas a quienes, provistos de los requisitos de la ley para ser catedráticos, solicitaran algún curso correspondiente al plan de estudios. Advirtió que este permiso no se daría sin el requisito de un programa analítico y duraría un año con posibilidad de una ratificación, si bien era viable también cancelarlo en cualquier momento.



Dio al solicitante el recurso de apelar al Consejo Universitario si la Facultad negaba su solicitud. Estableció que las cátedras libres percibirían igual renta que las principales y que esa renta sería abonada por el gobierno. Ordenó que los delegados elegidos por los alumnos formaran parte del Consejo Universitario siempre que fueran doctores en alguna Facultad y que tuviesen un mandato de dos años sin derecho a un nuevo mandato. Entregó el reglamento para dicha elección al Consejo Universitario. Suprimió las listas de asistencia a clases. Autorizó al Consejo Universitario a resolver los demás puntos del litigio (10).

La visión crítica de la educación nacional y de la universidad, había ido adquiriendo cada vez mayor fuerza y consistencia, también difusión, a lo largo de varios años, en función de las nuevas tendencias de cambio en el país y en el mundo. En ese sentido, lo que hicieron los estudiantes de la reforma no fue precisamente descubrir algo nuevo sino renovar y actualizar los reclamos planteados por lo menos a lo largo de dos décadas y, como culminación de sus demandas, arrancar concesiones reales del poder político. Pero, esta vez, los estudiantes organizados y movilizados y sus conquistas, significaron una importante ruptura con el pasado. Desde luego, esto no sucedió como relámpago en cielo sereno. Como ya se ha señalado, hacía un buen rato que el ruido reformista se había ido produciendo en el país (11).

Ya se anotó que en 1900, en la inauguración del año académico de la Universidad de San Marcos, el Doctor Manuel Vicente Villarán, que en el debate del problema de la educación representaba el pensamiento democrático-burgués, en su referido discurso *Las profesiones liberales en el Perú*, planteaba la necesidad de imprimir un carácter pragmático sobre todo a la educación universitaria. Deploraba la herencia colonial y decía: *“El Perú debía ser por mil causas económicas y sociales, como han sido los Estados Unidos, tierra de labradores, de colonos, de mineros, de comerciantes, de hombres de trabajo; pero la fatalidad de la historia y la voluntad de los hombres han resuelto otra cosa, convirtiendo al país en un centro literario, patria de intelectuales y semillero de burócratas. Pasemos la vista en torno de la sociedad y fijemos la atención en cualquiera familia ... es indiscutible que habrá en ella algún abogado o médico, militar o empleado, magistrado o político, profesor o literato, periodista o poeta ... Casi todos miramos con horror las profesiones*



activas que exigen voluntad enérgica y espíritu de lucha ... Todas las preferencias de los padres de familia son para los abogados, los doctores, los oficinistas, los literatos y los maestros ...” (12).

En sus propios debates, respondiendo con frecuencia a sus adversarios, los estudiantes sanmarquinos de 1919 recordaron a quienes en el transcurso de varios años habían ido formulando sus críticas a la educación universitaria y que en las circunstancias mismas de los combates de esos días expresaban opiniones favorables a la reforma. Se mencionaban los nombres de Alejandro Deustua, Manuel Vicente Villarán, Víctor Andrés Belaúnde, Felipe Barreda y Laos, los argentinos Alfredo Palacios y Gabriel del Mazo, etc. Además de ellos, otros varios catedráticos habían manifestado su simpatía por dicha causa.

José Carlos Mariátegui, en su ensayo “El Proceso de la instrucción pública”, nos presenta imágenes de la sociedad y la educación peruanas que por sí solas constituyen la más elaborada y maciza justificación de las luchas estudiantiles por la reforma universitaria. Mariátegui, ya con formación teórico-ideológica socialista y experiencia cosmopolita, fue uno de los primeros intelectuales en sostener la idea de que el mayor problema del Perú republicano y, por supuesto, de la instrucción pública, era la *herencia colonial*. Sus juicios y afirmaciones en esta línea de razonamiento son graves: “...*El problema está en las raíces mismas de este Perú hijo de la conquista ... Somos un pueblo en el que conviven, sin fusionarse aún, sin entenderse todavía, indígenas y conquistadores. La República se siente y hasta se confiesa solidaria con el Virreinato. Como en el Virreinato, la República es el Perú de los colonizadores, más que de los regnícolas. El sentimiento y el interés de las cuatro quintas partes de la población no juegan casi ningún rol en la formación de la nacionalidad y de sus instituciones ... La educación nacional, por consiguiente, no tiene un espíritu nacional: tiene más bien un espíritu colonial y colonizador. Cuando en sus programas de instrucción pública el Estado se refiere a los indios, no se refiere a ellos como a peruanos iguales a todos los demás. Los considera como una raza inferior. La República no se diferencia en este terreno del Virreinato ... España nos legó, de otro lado, un sentido aristocrático y un concepto eclesiástico y literario de la enseñanza. Dentro de este concepto, que cerraba las puertas de la*



Universidad a los mestizos, la cultura era un privilegio de casta. El pueblo no tenía derecho a la instrucción. La enseñanza tenía por objeto formar clérigos y doctores ... El igualitarismo verbal en la República no tenía en mira, realmente, sino al criollo. Ignoraba al indio. La República, además, nació de la miseria. No podía permitirse el lujo de una amplia política educacional ... Subsistió la mentalidad colonial, en la educación como en casi todas las cosas, "disminuída la efervescencia de la retórica y el sentimiento liberales, reapareció netamente el sentimiento del privilegio ... En el culto de las humanidades se confundían los liberales, la vieja aristocracia terrateniente y la joven burguesía urbana ... La herencia española no era exclusivamente una herencia psicológica e intelectual. Era ante todo una herencia económica y social. El privilegio de la educación persistía por la simple razón de que persistía el privilegio de la riqueza y de la casta ... El concepto aristocrático y literario de la educación correspondía absolutamente a un régimen y a una economía feudales ..." (13). La visión de Mariátegui respecto de estos problemas era también la de muchos de sus contemporáneos, limeños y provincianos, académicos o políticos, que tenían en común una actitud de cuestionamiento del orden social de dominación vigente. Es más. La correspondencia entre esa visión y la realidad histórica, ha sido confirmada por diversos estudios e investigaciones más específicas o monográficas producidos durante la segunda mitad del siglo XX.

Como mucha gente sabe, las acciones estudiantiles en San Marcos por la reforma universitaria, se desencadenaron bajo la inmediata influencia de la reforma universitaria de Córdoba cuyo grito de lucha había sido lanzado en junio de 1918. El movimiento reformista de Córdoba había recibido el activo apoyo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, a través de su presidente Gabriel del Mazo y, fortalecido con dicho respaldo, se extendió a todas las universidades de la república argentina. Después, la chispa reformista se propagó a Chile, Perú, Uruguay, Colombia, México y Cuba. Según el Dr. Luis Alberto Sánchez, uno de los protagonistas de las luchas sanmarquinas de 1919, "la Reforma fue el credo de la juventud de los 20. Encarnó la insurgencia y la Revolución". Las banderas del 'Grito de Córdoba' eran básicamente de orden académico, político y social. En lo académico buscó la dinamización y adecuación de los estudios a la nueva realidad nacional e internacional, la nueva y más seria jerarquización de los docentes y la



participación de los estudiante y egresados en el gobierno de la Universidad. En lo político se planteaba la orientación de la Universidad hacia la propia nación y hacia la América Latina, presentádola como abanderada de la democracia y la integración. En lo social se buscaba arrancar a la Universidad del control de una clase dominante y ponerla al servicio de toda la sociedad, democratizádola y extendiéndola. En las circunstancias mundiales de entonces, la reforma universitaria bajo la conducción de los estudiantes, debía constituir un vigoroso movimiento de masas, corresponder al llamado insurreccional y revolucionario de los sindicatos y agrupaciones obreras, organizarse a través de comités democráticos y de poder equivalentes a los soviets y, en fin, ser un movimiento nacionalista e internacionalista (14).

Las luchas estudiantiles en San Marcos se desarrollaron durante junio-julio-agosto-setiembre-octubre-noviembre de 1919 y, como ya se ha señalado, a partir de las reivindicaciones planteadas por los estudiantes de la Facultad de Letras. A fines de junio, la Asamblea de los estudiantes de la Facultad de Letras, aprobó la tacha de profesores y la formación de un comité de reforma universitaria. Entre los miembros de este comité figuraban *Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez, José León y Bueno, Ricardo Vegas García, Manuel Seoane, Alberto Fuentes Llaguno, Jacobo Hurwitz, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea*. Desde un principio, el movimiento contó con el apoyo de varias publicaciones periodísticas y especialmente de *La Razón* cuyos directores eran José Carlos Mariátegui y César Falcón. También tuvo adversarios. Los profesores tachados se resistieron a renunciar. Más bien, la primera victoria estudiantil surgió en la Facultad de Ciencias Políticas al producirse la renuncia del profesor de Derecho Constitucional que iba a ser tachado; luego, se hizo cargo del curso el Dr. Manuel Vicente Villarán, siendo recibido con el entusiasta aplauso de los alumnos. En la Facultad de Letras se acordó una huelga estudiantil (15).

El 4 de julio se produjo el Golpe de Estado que derrocó al presidente José Pardo y apresuró el retorno al poder de Augusto B. Leguía. Dentro de aquella coyuntura, el acontecimiento fue una ayuda decisiva a la causa estudiantil. Arrancaron tachas de profesores en distintas Facultades. Se formó un Comité Central cuya presidencia fue



encomendada al estudiante de Medicina *José Manuel Calle*. Entre los miembros de este Comité Central figuraban *Raúl Porras Barnechea, Manuel G. Abastos, Elías Losada Benavente, Ricardo Jerf, Carlos Ramos Méndez y David Pareja por Jurisprudencia; Víctor Raúl Haya de la Torre por Ciencias Políticas; Eleazar Guzmán Barrón y Juan Francisco Valega por Medicina; Abel Rodríguez Larrain y Rodrigo Franco Guerra por Ciencias; Federico La Rosa y Raúl Iparraguirre por Odontología; Oscar Rojas, Félix Mendoza y Raúl Payel por Farmacia* (16).

El presidente Leguía, que gozaba de enorme popularidad en los momentos iniciales de lo que luego sería el largo y cada vez más autoritario “oncenio”, se hizo presente el 1º de agosto en la juramentación de la nueva directiva de la Federación de Estudiantes cuyo nuevo presidente era Hernando de Lavalle quien acababa de imponerse con una fácil victoria sobre Raúl Porras Barnechea. Los anteriores presidentes, desde 1917, habían sido Fortunato Quezada, Carlos Barreda Laos y Felipe Chueca. Justamente por iniciativa de esta Federación de Estudiantes, Leguía había sido declarado en 1918 “Maestro de la Juventud”. Pero la Federación no estaba demostrando una identificación activa con el movimiento reformista del 19 y menos aún bajo el comando de su nuevo presidente Lavalle, prominente descendiente de familias de la aristocracia limeña. Frente a ello, la Asamblea estudiantil del 2 de agosto, presidida por el Comité de Reforma, decretó la huelga general y organizó la marcha estudiantil del 4 de agosto a la Plaza de Armas para presionar por la atención gubernamental de sus reclamos. La situación en Lima se hacía cada día más agitada y conflictiva. El 10 de setiembre ocurrieron ataques de turbas gobiernistas a las imprentas de **El Comercio** y **La Prensa** lo que generó fuertes protestas. Leguía se vió obligado a emitir el decreto del 20 de setiembre y el cual atendía buena parte de los reclamos del movimiento universitario reformista. Las luchas estudiantiles no terminaron allí pero, de este modo, había llegado a su culminación una primera fase de la reforma universitaria. (17).

Universidades Populares González Prada

Otro hecho importante en el camino inicial de la generación del centenerario, lo constituye la puesta en marcha de las Universidades Populares González Prada. Ellas



aparecieron justamente como una actitud de crítica y denuncia de la Universidad tradicional. La Universidad debía contribuir, entre sus principales funciones, a la construcción del proyecto de la nación peruana. Al entrar en marcha, las Universidades Populares González Prada se constituyeron en factor de presión, desde fuera, para que las Universidades asumieran tales nuevos compromisos y funciones. En la ruta señalada, coincidentemente con las nuevas inquietudes al término de la Primera Guerra Mundial, quizás las primeras nuevas imágenes sobre el Perú, América Latina y el mundo hayan sido planteadas desde las Universidades Populares González Prada y de su principal vocero la revista *Claridad*. Seguramente por eso, Ricardo Portocarrero sostiene que “Las UPGP representaron un espacio social de aguda concienciación política, donde el nexo entre política y cultura tuvo un rol gravitante. Espacio social además del cual surgieron dos de los partidos políticos populares más importantes del presente siglo ... En ese sentido, creemos que el interés de la historia por estudiar cómo se elaboraron estos dos proyectos políticos debe establecer sus vínculos con los sujetos sociales que los sustentan, y de los cuales surgieron sus líderes históricos” (18).

Entre 1921 y 1927, las Universidades Populares se convirtieron en un referente importante para los sectores de vanguardia de los obreros y los estudiantes de Lima, quienes habían coincidido en la necesidad de romper con los marcos estrechos de una educación y cultura elitistas propugnadas por el civilismo. De ser inicialmente una institución con fines estrictamente educativos y culturales, las Universidades Populares pasaron a convertirse en un espacio social de participación política de los sectores populares y de la clase media, por ejemplo, en Lima, Trujillo y Cusco. En estos términos, las Universidades Populares González Prada también estaban concebidas para hacer posible la materialización de un Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales, como ya lo había reclamado mucho antes el viejo maestro, panfletario y anarquista (19).

Los años de vigencia de las Universidades Populares González Prada en Lima, fueron de mayor acercamiento entre el movimiento sindical y los sectores estudiantiles liberales y radicales de la UNMSM. Este acercamiento ya se había iniciado con la solidaridad activa que los estudiantes de la UNMSM otorgaron a la huelga obrera por la jornada de las ocho



horas en enero de 1919, y que tuvo como una de sus consecuencias inmediatas la fundación de la Federación de Trabajadores en Tejidos del Perú. Luego, en 1920, en el Primer Congreso Nacional de la Federación de Estudiantes realizado en el Cusco, se aprobó la moción de fundación de las Universidades Populares González Prada. Y en junio de 1921, en el Primer Congreso Obrero Local de Lima, se aprobó una moción de adhesión (20).

En las Universidades Populares González Prada, la influencia del anarco-sindicalismo aún era significativa. Esta corriente estimuló, desde las primeras faenas de organización y movilización anarquistas, el surgimiento de un fenómeno cultural que forjó una identidad obrera basada en el sufrimiento del trabajo y en la defensa de sus derechos frente al capital. Esta cultura obrera en formación, tuvo dos expresiones iniciales íntimamente ligadas entre sí: la prensa y la poesía (21).

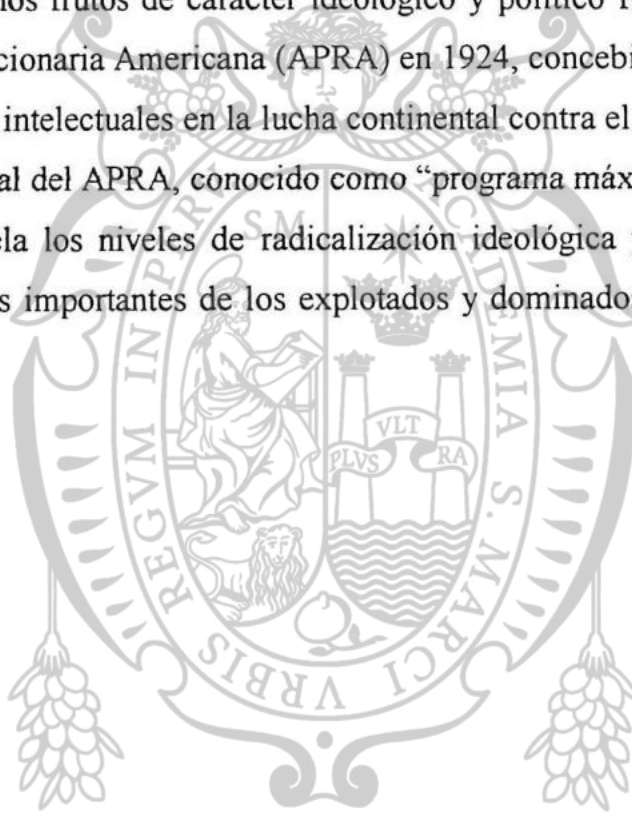
En lo que respecta a la revista *Claridad*, órgano de las UPGP, ésta tuvo dos etapas bien marcadas. La primera, bajo la dirección de su fundador Víctor Raúl Haya de la Torre y, la segunda, bajo la dirección de José Carlos Mariátegui. Entre los autores cuyos artículos o ensayos fueron publicados durante la primera etapa, pueden ser mencionados algunos de los más representativos de la época: Henry Barbusse, “La internacional del pensamiento”; José Vasconcelos, “Discurso en visita a Chile”; Manuel González Prada, “Fragmentos de Páginas Libres”; “Reportaje a José Carlos Mariátegui”, “El ocaso de la civilización europea”; César Vallejo, “Escalas”; Pío Baroja, Alfredo Palacios y otros. Durante la segunda etapa, aparecieron fundamentalmente textos sobre el socialismo marxista, la revolución rusa y Lenin. Se podría decir que ya en esas tempranas circunstancias iban apareciendo sobre la superficie los primeros síntomas de futuras discrepancias ideológicas y políticas entre Haya y Mariátegui (22).

De manera simultánea a los hechos mencionados, ocurrieron dos acontecimientos especiales que en el campo literario marcaron la enorme capacidad de ruptura y de creación de los hombres jóvenes del Centenario: la publicación en 1919 de **Los Heraldos Negros** y en 1922 de **Trilce**. Con esos dos obras poéticas de César Vallejo había nacido una nueva época en la poesía peruana, tal como lo subrayara Mariátegui en su “proceso de la



literatura” (23).

La aparición de los poemas de Vallejo, la fundación y puesta en marcha de las Universidades Populares González Prada, la publicación de *Claridad*, las clases dictadas por Mariátegui sobre la “crisis mundial” a un público obrero estudiantil y la manifestación estudiantil y popular del 23 de mayo de 1923, contra el intento de Leguía y de la alta jerarquía de la Iglesia Católica de consagrar Lima al Corazón de Jesús, representaron una rápida radicalización y maduración política de la Generación Centenario. Ya en este tramo, uno de sus más tempranos frutos de carácter ideológico y político fue la fundación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en 1924, concebida como un frente de trabajadores manuales e intelectuales en la lucha continental contra el imperialismo yanqui. El programa internacional del APRA, conocido como “programa máximo”, consta de cinco puntos generales y revela los niveles de radicalización ideológica y política que estaba ocurriendo en segmentos importantes de los explotados y dominados del Perú y América Latina (24).





Capítulo II

La polémica del indigenismo, 1927

Bajo esta denominación, nos referimos a una cuestión no precisamente nueva en la evolución de las ideas en el Perú sino, más bien, a momentos de más avanzado debate sobre un tema y/o un problema ya conocido en los ambientes académicos y políticos como era el indigenismo tanto en la literatura como en el campo social y político. En efecto, éste era un movimiento que venía desarrollándose por lo menos desde fines del siglo XIX, a partir de la enérgica prédica reivindicatoria por cuenta del radicalismo liberal cuyo más alto representante fuera don Manuel González Prada y de las tempestades desatadas por la publicación en 1889 de *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner. Luego, un buen trecho de esta conflictiva y difícil ruta fue recorrido por la *Asociación Pro Indígena* que entre 1909 y 1917 desplegó una intensa campaña en la defensa de la raza indígena, contando con el respaldo de numerosos intelectuales y personalidades representativas de Lima y provincias, bajo la conducción de Pedro Zulen y Dora Mayer de Zulen. Y en 1920 apareció la primera edición de **Cuentos Andinos** de Enrique López Albújar, constituyendo una singular sorpresa en el terreno de la creación literaria y, a su vez, un testimonio sobre diversos aspectos de la existencia individual y colectiva del indio y de su lugar de excluido colectivo en el Perú republicano. Así en términos tan evidentes a la luz pública, se presentaba el problema del indio en el Perú del siglo XX que inclusive el presidente Leguía, durante los primeros años de lo que sería el “oncenio”, tuvo que poner en marcha una política indigenista desde el poder del Estado. En ese entonces, ya ninguna corriente de pensamiento moderno podía ignorar o evadir el tratamiento de este problema y considerarse, por eso, más o menos indigenista. Por eso mismo, pero con mayor convicción



y con argumentos históricos y políticos más elaborados y consistentes, *el indigenismo sería una de las dimensiones básicas de las corrientes antioligárquicas y antimperialistas y concretamente del pensamiento de la Generación del Centenario* y fue precisamente entre sus integrantes que se librarían algunas de las polémicas más significativas sobre el Perú contemporáneo y sus grandes y graves problemas (25).

La polémica del indigenismo, quizás la primera de toda una serie de polémicas de importancia decisiva que tuvieron lugar en la segunda mitad de la década del veinte, contó entre sus principales protagonistas justamente con los intelectuales de la Generación del Centenario (Mariátegui, Sánchez, Seoane, Valcárcel, etc.). Los polemistas centrales fueron dos: José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez. Esta confrontación de ideas o, mejor aún, de dos visiones discrepantes, se llevó a cabo en forma más o menos episódica desde las páginas de publicaciones limeñas. También intervinieron, en su gestación o en la intensificación y/o prolongación del debate, otros escritores e intelectuales ya largamente conocidos para entonces como Enrique López Albújar (1872-1966) y José Angel Escalante (1884-1966), ambos de procedencia provinciana, el primero de Piura y el segundo del Cusco, cada cual con sus biografías personales repletas de realizaciones. También aparecieron interviniendo en dicho debate, aunque de manera un tanto indirecta, el filósofo norteño Antenor Orrego y el escritor limeño Ventura García Calderón (26).

Motivando la polémica

Una serie de artículos y/o ensayos sobre el indio y la cuestión del indigenismo habían ido apareciendo en algunas publicaciones limeñas a finales de 1926 y principios de 1927. Justamente la puesta en circulación pública de ideas y puntos de vista, a través de dichos artículos, que despertaban cierto interés para las réplicas, iría creando las condiciones para la que sería en determinado instante la polémica central. Veamos esta parte.

"El indio es una esfinge de dos caras: con la una mira al pasado y con la otra, al presente, sin cuidarse del porvenir. La primera le sirve para vivir entre lo suyos; la segunda para tratar con los extraños. Ante los primeros se manifiesta como es; ante los segundos



como no querría ser". En estas líneas se encuentran las premisas y hasta cierto punto las ideas centrales que presiden y recorren el desarrollo de todo el ensayo *"Sobre la psicología del indio"* de Enrique López Albújar, publicado en la revista *Amauta* No.4 de diciembre de 1926. Este ensayo es una especie de ideario presentado en 70 enunciados. A través de éstos, se habla del indio que vive una permanente dualidad: por una lado, pertenece a su ayllu, a su comunidad, allí donde están los suyos; por otro, no puede evitar entrar en relaciones con gentes de fuera, extrañas, los mistis de la urbe, esto es, con los que dominan o están asociados a la dominación en el Perú. Son pues dos mundos en tensión y conflicto cuyos elementos esenciales los descubre o los intuye López Albújar y con ellos organiza una visión de la realidad interior del indio y lo hace con la maestría que le da su habilidad de escritor, su previa formación de abogado y su experiencia de Juez de Primera Instancia en pueblos de la sierra. Este autor, agudo observador y estudioso de procedencia costeña, no pretende tener la razón en todo lo que dice y probablemente en no pocos casos exagera o distorsiona los misterios y recovecos del alma y la vida indígenas pero, justamente por eso, es polémico (27).

Otro de los personajes cuya contribución a la discusión del indigenismo fue más provocadora que reflexiva y conceptual, fue el periodista y afamado político cusqueño José Angel Escalante (1884-1966). En algún momento de los primeros años del "oncenio" (digamos "fase democrática"), este hombre se había convertido en ferviente partidario de Leguía, había llegado a ser su ministro de Justicia, Instrucción y Culto y luego, ya en una "fase antidemocrática", continuaba rindiéndole pleitesía a este "Wiracocha" criollo; en los días de su intervención en la polémica era diputado por Acomayo, su provincia natal. Mucho más antes, en su juventud, fue fundador y director de dos periódicos en el Cusco, "El Comercio" y "El Sol", y activo participante en 1909 de la huelga universitaria de esa ciudad. Pero por sobre todo era un viejo y combativo indigenista. Así pues, lo encontramos en 1927 criticando lo que él consideraba "indigenismo costeño"; en su opinión, los costeños no debían ni podían tratar del indio. En ese preciso sentido, publicó un extenso artículo bajo el título *"Nosotros los indios"* en *La Prensa* del 3 de febrero de 1927. Escalante decía que la literatura del escritor costeño era especial y pintoresca, una literatura de frases hechas y lugares comunes "que sólo tienen cotización en el mercado de Lima, porque en la sierra



apenas provoca sonrisas despectivas o comentarios humorísticos”. Según Escalante, para los costeños el indio era un ser desconocido y que los problemas de la raza habían sido convertidos “en tema socorrido de la literatura barata y en arma siempre manejable de las oposiciones políticas”. Palabras fuertes y agresivas. Estas palabras estaban dirigidas principalmente a López Albújar y de manera casi explícita al glosar una serie de frases del ensayo de este autor para tacharlas de falsas e ignominiosas. Al entender de Escalante, la visión de López Albújar resultaba inverosímil al contrastarla con la realidad del indígena, con sus posibilidades de resurgimiento y, desde luego, con la protección que le significaba la política indigenista del gobierno de Leguía (28).

José Angel Escalante también tuvo un casi encontronazo con José Carlos Mariátegui. Este había publicado en *Amauta* No.5, de enero de 1927, un artículo de presentación y bienvenida al *Grupo Resurgimiento* y, también, los Estatutos del mismo. El señor Escalante se creyó en el derecho de pensar que se trataba de una manera de refutar y desmentir los términos de su artículo “*Nosotros los indios*” y, por eso, contra-atacaba con su artículo “*Literatura indigenista*” publicada en la revista *Mundial* del 4 de marzo de ese año. A Mariátegui lo consideraba “catequista de nuevos ritos” y respecto del manifiesto del *Grupo Resurgimiento* decía que “sobre todo en el Cuzco son piezas literarias sin valor ni eficacia alguna”. Pero Escalante se cuidaba de entrar en polémica con el propio Mariátegui, es decir, con sus escritos que en esas mismas circunstancias aparecían organizados en términos explícitamente polémicos sobre el problema del indio y el indigenismo y, de ese modo, no hace ninguna referencia a tres artículos suyos que bajo el título de “*El indigenismo en la literatura nacional*” habían sido publicados en números sucesivos de la revista *Mundial*, en el transcurso de enero y febrero. Escalante prefiere invertir tinta y energías en restarle importancia y legitimidad al *Grupo Resurgimiento* que encabezaban sus paisanos, intelectuales y luchadores como él, Luis E. Valcárcel, José Uriel García, Luis F. Paredes, Casimiro Rado, Roberto La Torre y otros (29).

El verbo apasionado del propio Luis Valcárcel, el más connotado representante de aquel indigenismo peruano en pleno auge, no podría haber estado ausente en estas lides. El 22 de enero del 27, Valcárcel había dictado su conferencia titulada “*El problema del indio*”



en la Universidad de Arequipa. Luego el texto correspondiente apareció publicado, ese mismo mes, en *Amauta* No. 5. Valcárcel hablaba del dominio que habían desarrollado los Hijos del Sol sobre la geografía y la naturaleza panandinas, de la diversidad y persistencia de su herencia. Le recordaba a su público académico y mestizo que los Inkas, dentro de su obra titánica, habían creado un oasis en pleno desierto, como una avanzada del espíritu andino sobre el mar: Arequipa. Era convincente: “Y desde los nombres de los montes nevados, Misti, Pichupichu, Chachani, hasta los de sus ríos y lugares de recreación, Chili, Uchumayu, Yanaguara, Tingo, Paucarpata, el keswa dejó en sus voces la huella que los siglos no borran”. Al mismo tiempo, se refería a una cuestión que era de su más sentida y estusiasta preocupación: la resurrección del campesinado indígena como fuerza social destinada a desempeñar papel protagónico en la transformación de la sociedad peruana. Por ello, Valcárcel anunciaba: “En la sierra se incubaba un nuevo estado social” (30).

Por su parte, como se ha señalado, Mariátegui publicó tres artículos bajo el título “*El indigenismo en la literatura nacional*”, en números sucesivos de *Mundial* (21 y 28 de enero y 4 de febrero del 27). Entre sus ideas básicas, pueden ser anotadas las siguientes:

El indigenismo literario traduce un estado de ánimo, casi un estado de conciencia del Perú nuevo; este indigenismo está sólo en un período de germinación; podría ser comparado al mujikismo de la literatura rusa pre-revolucionaria, la que llenó una misión histórica al constituir un verdadero proceso del feudalismo ruso del cual salió éste inapelablemente condenado; el indigenismo puede cumplir una misión similar al del mujikismo ruso; el indigenismo de la literatura peruana no está desconectado de los demás elementos de su época; por el contrario se encuentra articulado a ellos; el problema indígena tan presente en la política, la economía y la sociología no puede estar ausente de la literatura y el arte; esta corriente indigenista, de otro lado, encuentra un estímulo en la asimilación por nuestra literatura de elementos de cosmopolitismo (31).

El criollismo no ha podido prosperar en nuestra literatura como una corriente de espíritu nacionalista, ante todo porque el criollo no representa todavía la nacionalidad; los peruanos somos una nacionalidad en formación; nuestro criollo carece del carácter que



encontramos, por ejemplo, en el criollo argentino; en el Perú, el criollismo, aparte de haber sido demasiado esporádico y superficial, ha estado nutrido de sentimiento colonial; no ha constituido un sentimiento de autonomía; de otro lado, el indigenismo aquí no es esencialmente literario como el “nativismo” en el Uruguay, conlleva un subjetivismo económico y político (32).

El indigenismo en el Perú, tiene fundamentalmente el sentido de la reivindicación de lo autóctono; si el indio ocupa el primer plano en la literatura y el arte peruano, no será seguramente por su interés literario o plástico, sino porque las fuerzas nuevas y el impulso vital de la nación tienden a reivindicarlo (33).

Polémica en marcha

Aun no había tenido lugar, a través de los artículos y ensayos antes mencionados, exactamente una polémica acerca del indigenismo. El áspero “*Nosotros los indios*” de José Angel Escalante no había sido respondido por López Albújar ni Luis Valcárcel, por Sánchez ni Mariátegui. La aparición del *Grupo Resurgimiento* recién había suscitado gestos de saludo o algún desconcierto. El propio Sánchez, no había conseguido promover debate alguno con su extraño y todavía insustancial artículo “*Un incensato anhelo de demolición*”, en el cual ni siquiera había aludido a los tres artículos de Mariátegui aparecidos en las semanas previas. Sin embargo, un poco más hacia adelante sí habría polémica. De todos modos, en el curso de unas cuantas semanas, **Mundial**, **La Prensa** y **Amauta**, al dedicar sus páginas a problemas de carácter nacional por resolver o dilucidar, como el problema del indio y el indigenismo, habían estado contribuyendo a crear las condiciones para el debate. No interesa saber minuciosamente quien lo inició. Fue más bien una especial coyuntura que la hizo posible. Ciertamente, los principales protagonistas fueron Luis Alberto Sánchez y José Carlos Mariátegui.

Luis Alberto Sánchez, comenzó provocando el debate con su segundo artículo de la temporada titulado “*Batiburrillo indigenista*” y que aparece en **Mundial** el 18 de febrero del 27. Allí habla de los escritores costeños, entre los que él mismo se incluye, quienes se



encontraban realizando una vigorosa campaña a favor del indio, aplaudiendo al mismo tiempo “las exaltaciones líricas de Valcárcel en pro del Incanato y las crueles y demoledoras apostillas de López Albújar en contra del mismo indio”. Como a él le parece que estos escritores han monopolizado la ciencia indigenista, no cree que se puedan agregar más palabras a lo dicho por ellos, porque “por allí surgen pidiendo silencio los clamores de la caterva pseudo indigenista”. Para Sánchez, los de la caterva ignoran la realidad del indio, son propagandistas sectarios, gentes que hacen dudar de que su meta sea el provecho del indio, antes que el provecho de ellos mismos. En cambio, le parece que Pedro Zulen había procedido como hombre abnegado, desinteresado, fervoroso y tenaz como pocos.

Luis Alberto Sánchez, apoyándose en los juicios de José Angel Escalante sostiene que hay contradicción, que no hay lógica, entre dos fervores: por una lado, aceptar la palabra de Valcárcel y, por otro, la de López Albújar. Sánchez se asombraba y alarmaba de que las cuestiones nacionales, como el indigenismo, tuvieran que tratarse “oponiendo ‘gallo a gallo’, hombre a hombre, región a región, sierra a costa, colonialismo a indigenismo, como lo hace Mariátegui”. Todo ello, a su parecer, “retrotrae anticuados hábitos intelectuales, reemplaza las viejas figuras retóricas por otras no menos huecas, pasea por la superficie de las cosas y reduce a choques de pasiones y palabras lo que necesita una intensa intervención humana”. Sánchez consideraba que se estaba tergiversando el problema y que se hacía necesario rectificar las exajeraciones y equivocaciones pero, como se puede observar a lo largo de su artículo, él mismo aun no llega a producir conceptos, ideas o teorías sobre la cuestión del indigenismo (34).

José Carlos Mariátegui responde a Sánchez y escribe “*Intermezzo polémico*” que es publicado en **Mundial** del 25 de febrero. Aprovecha la ocasión para esclarecer situaciones y organizar ideas. Le llama la atención que Sánchez reclame coherencia y unidad “en algo que todavía no es un programa sino apenas un debate en el cual caben voces e ideas diversas, que se reconozca animadas del mismo espíritu de renovación”. Advierte que no se debe mezclar y confundir todas las expresiones positivas y negativas del movimiento indigenista y que no se puede exigir una perfecta congruencia entre especulaciones críticas, afirmaciones doctrinales e imágenes poéticas. Desde el punto de vista de Mariátegui, las



tendencias y grupos renovadores, como el indigenismo, no tienen todavía un programa cabalmente formulado y menos aun uniformemente aceptado; y dice que en estas condiciones, su esfuerzo “no tiende a imponer un criterio, sino a contribuir a su formación”. Refiriéndose a la obra de López Albújar y Luis Valcárcel, a los que Sánchez opone entre sí y extrae conclusiones simplistas de sus trabajos, Mariátegui prefiere ser más reflexivo, preciso y afirmativo:

“El trabajo de Valcárcel es de índole distinta del trabajo de López Albújar. Valcárcel hace síntesis; López Albújar, análisis. Valcárcel es lírico; López Albújar, crítico. Hay en Valcárcel el misticismo, el mesianismo de la generación post-bélica; hay en López Albújar el naturalismo, el criticismo, tal vez hasta el escepticismo, de la generación anterior. Los planos en que ambos actúan son, en fin, diversos. No trataré, por mi parte, de conciliarlos. Pero niego a su diferencia -más que oposición- el alcance que Sánchez le supone”.

También, en esta misma ocasión, Mariátegui afirma la necesidad y posibilidad de la aleación entre “indigenismo” y socialismo y “nadie que mire el contenido y la esencia de las cosas puede sorprenderse”:

“El socialismo ordena y define las reivindicaciones, de la clase trabajadora. Y en el Perú las masas -la clase trabajadora- son en su cuatro quintas partes indígenas. “Nuestro socialismo no sería, pues, peruano, -ni sería siquiera socialismo- si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas. En esta actitud no se esconde nada de oportunismo. Ni se descubre nada de artificio, si se reflexiona dos minutos en lo que es socialismo. Esta actitud no es postiza, ni fingida, ni astuta. No es más que socialista”.

Mariátegui, como queda señalado, aprovecha la oportunidad de su respuesta a Sánchez, para definir su pensamiento respecto del indigenismo y para proclamar abiertamente su socialismo (35). Veremos si a continuación Sánchez pudo hacer algo similar.



Desde un comienzo, Sánchez ofrece sacar en limpio muchas cosas del artículo de Mariátegui. Por ejemplo, admite la filiación socialista de éste. Mientras tanto, él se considera solamente nacionalista, peruanista. Cree encontrar contradicción entre el enunciado y la práctica de Mariátegui, al acusar a éste de haber dado cabida en su revista *Amauta* “a artículos de la más variada índole, a escritores de los más encontrados matices, perfectamente distantes de su ideología”, a pesar de haber anunciado tener “una filiación y una fe”. Sin embargo, al manifestar que su interés es “esclarecer problemas nacionales”, sostiene básicamente lo que sigue: Mariátegui no acepta la oposición evidente entre el pensamiento de Valcárcel y el de López Albújar; no se debe sospechar que quien discrepa ya es enemigo del indigenismo; no se debe exaltar “sólo” el elemento indígena serrano, olvidando al cholo, olvidando al criollo; en vez de separarlos, hay que reunirlos; no se deben fomentar odios sino, más bien, amparar cordialidades. De otro lado, Sánchez le recuerda a Mariátegui que “en sus condiciones -que yo he lamentado como nadie, Ud. lo sabe bien- Ud. no puede valerse de otros medios que la transmisión oral, interesada, y libresca, igualmente interesada” (36).

Luego aparecieron los artículos que darían por terminada la polémica: “*Réplica a Luis Alberto Sánchez*” y “*Punto final con José Carlos Mariátegui*”. No se habían agotado sino apenas comenzado los debates sobre problemas tan significativos de la vida nacional. Pero fueron emergiendo un tono un tanto personal en ciertos pasajes y alusiones innecesariamente ofensivas por ambos lados, suficientes como para interrumpir lo que ellos mismos habían dado en llamar “diálogo polémico”.

En su “*Réplica a Luis Alberto Sánchez*”, más allá de cuestiones de orden personal a las que ve obligado hacer referencias, Mariátegui trata de proseguir esclareciendo los tópicos que le parecen fundamentales. Aparte de señalar que de los escritos de Luis Alberto Sánchez no se puede deducir fácilmente su filiación ideológica y que, a pesar de los méritos de sus estudios, carece de una posición en el contraste de las doctrinas y los intereses, Mariátegui escribirá lo que sigue: “Ser nacionalista por el género de los estudios, no exige serlo también por la actitud política, en el sentido limitado o particular que nacionalismos extranjeros han asignado a ese término”; “El nacionalismo de las naciones europeas, donde



nacionalismo y conservatismo se consustancian, se propone fines imperialistas. Es reaccionario y antisocialista. Pero el nacionalismo de los pueblos coloniales -sí, coloniales económicamente, aunque se vanaglorien de su autonomía política, tiene un origen y un impulso totalmente diversos. En estos pueblos, el nacionalismo es revolucionario y, por ende, confluye con el socialismo. En estos pueblos la idea de la nación no ha cumplido aún su trayectoria ni ha agotado su misión histórica ". Por lo demás, "el primer problema que hay que resolver aquí es el de la feudalidad, cuyas expresiones solidarias son dos: latifundio y servidumbre" (37).

En su "*Punto final con José Carlos Mariátegui*", Luis Alberto Sánchez no dejará de ser algo irónico unas veces y un poco agresivo otras; sin embargo, también buscará definir varias cuestiones que lo diferencien de los indigenistas, aunque sin por eso llegar a asumir una posición opuesta a ellos. Más bien, desde un comienzo, su posición era la de un centrista o, si se quiere, la de un equidistante de los extremos supuestos por él mismo. Le dice a Mariátegui que lo "que no estaba claro en el debate eran sus insistentes alusiones al odio de sierra y costa, y su exclusivismo indigenista"; que su móvil al intervenir en la polémica ha sido clarísimo: "desnudar el pensamiento embozado de José Carlos y llevarlo a un totalismo peruanista, apartarle de exajeraciones desorientadoras y recordarle la necesidad de unir y no de cisionar [...], lejos del criterio de *elite*, pero también del criterio de *ayllu*" (38).

Sánchez acusa a Mariátegui de muchas otras cosas. Por ejemplo, de haber "escrito numerosos artículos encumbrando sólo al indio, fincando sólo en él la salvación del Perú [...] contraponer demasiado costa y sierra", vociferar "contra la servidumbre y el latifundio" en *La Sierra*, etc. Parece que era difícil debatir con Sánchez, porque él ponía en labios de su contendor frases aisladas del conjunto y después rebatía esas mismas frases. Divergía, pues, más de cuestiones aparentes y de frases que de la línea de razonamiento de su contradictor. Por todo esto, el lector tiene la sensación de que en las horas de la polémica el Doctor Sánchez todavía no tenía un pensamiento desarrollado o definido respecto del problema del indio y del indigenismo y que, seguramente por eso, sólo planteaba generalidades o refutaba cuestiones inexistentes. Esta situación se prolonga y se reitera en



su artículo "*Más sobre lo mismo*" aparecido en **Mundial** el 25 de marzo, cuando ya formalmente la polémica había sido cerrada (39).

Se podría decir que los que finalmente salieron ganando en aquella polémica fueron la causa del indigenismo y los lectores o seguidores de la revista **Amauta**. En este sentido, el propio Mariátegui se encargó de hacer algunas precisiones en su artículo "*Polémica finita*", publicado también con posterioridad a la confrontación formal. Respondiendo a Sánchez, quien había calificado de académica a la revista **Amauta**, recuerda que ésta "ha sido unánimemente calificada en América y España como una revista de vanguardia"; desde el primer número el público "ha reconocido en **Amauta** una ideología, un espíritu"; "Amauta ha publicado artículos de índole diversa porque no es sólo una revista de doctrina social, económica, política, etc. sino también una revista de arte y literatura"; "los que damos a **Amauta** tonalidad, fisonomía y orientación, somos los que tenemos una filiación y una fe, no quienes no las tienen y que admitimos, sin peligro para nuestra integridad y nuestra homogeneidad, como accidentales compañeros de viaje. Somos los vanguardistas los revolucionarios. Los que tenemos una meta, los que sabemos a dónde vamos". "Amauta, por otra parte, en cuanto concierne a los problemas peruanos, ha venido a inaugurar y organizar un debate; no para clausurarlo. Es un comienzo y no un fin" (40).

La resonancia de la polémica del indigenismo fue probablemente mucho más creativa y de mayor densidad en el plano de las ideas y en la renovada visión de la realidad peruana; en estos términos se prolongó hasta 1930. Entre los principales escritos podemos mencionar los siguientes: "Carta al Grupo Resurgimiento", escrito desde el exilio por Manuel Seoane; "El problema de la tierra" y "El problema del indio", densos y significativos capítulos de los 7 ensayos de José Carlos Mariátegui; "Se han sublevado los indios", de Luis Alberto Sánchez; "Prólogo a Tempestad en los Andes", de José Carlos Mariátegui; "Colofón a Tempestad en los Andes", de Luis Alberto Sánchez; "La Literatura Peruana por Luis Alberto Sánchez", de Mariátegui; "Datos para una semblanza de José Carlos Mariátegui", de Luis Alberto Sánchez (41).



Capítulo III

Amauta:

Encuentro entre lo nacional y lo internacional

Amauta fue el más solvente vocero del pensamiento crítico en el Perú de las primeras décadas del siglo XX o, mejor aún, fue la expresión de las tendencias más avanzadas del pensamiento de la modernidad en el mundo andino. En el campo literario, la revista *Colónida* puede ser considerada como su antecedente más cercano y notable y, en el campo social y político, seguramente la revista *Claridad*. La revista *Amauta* aparece como un proyecto mayor. Se propuso primordialmente la difusión de los estudios y las reflexiones capaces de contribuir al conocimiento y comprensión cada vez más lúcidos del conjunto de la sociedad peruana, alentando para eso el desarrollo y profundización de la reconstrucción de su historia, convocando a la confrontación y el debate entre sus nuevos intérpretes, recogiendo en sus páginas los trabajos más aptos para organizar una nueva visión de la realidad, redescubriendo o desocultando algunas de sus dimensiones olvidadas o ignoradas por la historia oficial; en ese mismo sentido, llenó sus principales espacios con lo mejor y más renovado de la creación artística y literaria del país. Al mismo tiempo, supo recoger en sus páginas la más avanzada producción de los escritores y artistas de otras partes de América Latina y del mundo que eran, ante todo, críticos del sistema de dominación capitalista burgués y/o intérpretes de los intereses de los explotados y dominados (42).



Amauta, cuyo primer número apareció en setiembre de 1926 y el último en setiembre de 1930, perteneció a uno de los periodos más singularmente conflictivos del mundo contemporáneo. Justamente en el curso de las primeras tres décadas del siglo XX, la escena mundial había sido recorrida por muy fuertes tensiones y conflictos tanto de carácter económico-social, como ideológico y político, los mismos que fueron desembocando en las más complejas, profundas y muchas veces violentas rupturas y transformaciones en el conjunto de relaciones existentes hasta entonces y que habían ido siendo sometidas al creciente dominio del capital a lo largo del siglo XIX. Pues en el curso de aquellas primeras tres décadas del siglo XX habían tenido lugar, por un lado, la más acelerada expansión del capitalismo en su fase monopólica en los propios centros metropolitanos del sistema y, por otro, la simultánea subordinación a su dominio de todos los niveles y formas de existencia social de las regiones pre-capitalistas y pre-industriales del mundo; de ese modo, habían ido procesándose significativos cambios en las bases materiales de países y continentes, haciéndose cada vez más notorias las modificaciones en la vida económica y social de las sociedades desarrolladas y de las sociedades atrasadas. Fue en esas nuevas condiciones históricas, que emergieron y se desarrollaron nuevos movimientos sociales o ingresaron a una nueva etapa los ya existentes; pasaron a ocupar un primer plano, tanto en los países desarrollados como en los atrasados, las tendencias de renovación en el pensamiento político, en la concepción de la historia y en la creación artística y literaria. Era también la época de internacionalización de los movimientos revolucionarios y de las revoluciones. No es difícil percibir que fue en ese contexto mundial que, quienes concurren a la fundación de la revista **Amauta** y en especial el propio José Carlos Mariátegui, se ocuparon del análisis y esclarecimiento de los problemas peruanos, de la identificación y difusión de sus más genuinas expresiones culturales, con el explícito propósito de contribuir a la creación de "un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo" (43).

Amauta se gestó y apareció en el último tramo -los años 1926-1930- de aquel complicado y agitado período y precisamente, por eso, como desde un privilegiado mirador, pudo organizar y ofrecer las visiones más consistentes de los grandes procesos y acontecimientos, de los conflictos y rupturas, de los hechos que estaban transformando el mundo. En tal sentido, **Amauta** fue pues la primera publicación peruana de acento



universalista. Se planteó conocer los problemas del mundo en cuanto dan carácter a las épocas. La sociedad peruana no fue ajena a esos cambios sino, más bien, a despecho de su marcado arcaísmo, era uno de sus potenciales escenarios (44).

Los grandes problemas de orden mundial, habían sido estudiados con excepcional lucidez por el propio Mariátegui. Lo evidencian sus innumerables escritos durante los cinco o seis años previos a la fundación de *Amauta*. Allí están, por ejemplo, sus artículos enviados desde Italia y publicados en *El Tiempo* de Lima, en el lapso comprendido entre el 2 de mayo de 1920 y el 23 de abril de 1922 -en una etapa en que Mariátegui “cumplía la estación decisiva de su formación ideológica”, al decir de sus editores-, sobre la política europea de post-guerra relacionada con el Tratado de Versalles y el papel de la entente, acerca de las principales tendencias ideológicas y políticas en países como Italia y Alemania, la revolución rusa y sus tensas relaciones con Occidente y la Tercera Internacional y, por supuesto, algunos vistazos sobre arte y literatura, etc. (*Cartas de Italia*, prólogo de Estuardo Núñez). También, sus innumerables artículos sobre temas de la misma naturaleza publicados casi exclusivamente en “*Variedades*” (*Figuras y aspectos de la vida mundial*, Vols. I y II). Sus conferencias acerca de la crisis mundial de la sociedad capitalista burguesa, la crisis de la democracia burguesa liberal, el proletariado y la revolución y la revolución socialista rusa ofrecidas en las Universidades Populares González Prada en el transcurso de 1923 y 1924 (*Historia de la crisis mundial*) y, desde luego, sus escritos más elaborados y densos que dieron lugar a su primer libro orgánico *La escena contemporánea* que fuera publicado en 1925. Con este itinerario recorrido con tanta tenacidad y brillo intelectual, Mariátegui estaba calificado más que nadie para plantear y discutir los problemas internacionales de su época y contribuir a desentrañar los problemas de dimensión nacional (45).

La voz de la “nueva generación” peruana

Amauta representaba una declarada y enérgica ambición de su director y fundador, José Carlos Mariátegui: contribuir a la orientación y organización de las fuerzas sociales que debían asumir la transformación revolucionaria de la sociedad peruana (el proletariado,



el campesinado pobre, etc.) y, más explícitamente, concurrir a la creación del movimiento socialista en el Perú, a la construcción de un Proyecto de una futura sociedad socialista peruana y latinoamericana. De ese modo, **Amauta** debía responder a las exigencias y desafíos de su época (46).

Pero **Amauta** fue, como es obvio, la obra de todo un colectivo y no sólo de su fundador y director. El campo intelectual peruano de los años 20 se encontraba, por lo menos a partir de la Reforma Universitaria, en un activo proceso de renovación. Habían elementos comunes que unificaban a los individuos y diferentes grupos de Lima y provincias, pertenecientes fundamentalmente a las clases medias. Se identificaban con la causa de los marginados, explotados y dominados y, en ese sentido, cuestionaban el régimen social de dominación establecido (47).

Ya existían movimientos en marcha. En general, allí estaban las corrientes antioligárquicas y antimperialistas, aglutinando los más diversos contingentes de un frente bastante amplio. En ese terreno, **Amauta** vendría a representar un movimiento y un espíritu. Sería la voz de un movimiento y de una generación. Se constituyó en una instancia que coordinó la voz y la inquietud de los espíritus renovadores. Nació para coadyuvar la realización de una tarea histórica. Pero, la dirección hegemónica de **Amauta** era y debía ser de carácter socialista. En el pensamiento de Mariátegui, eso era el socialismo revolucionario (48).

Radicalismo democrático indoamericano y socialismo revolucionario indoamericano

Respecto del contenido y orientación ideológico-político de la revista **Amauta**, habría que señalar que esta fue concebida en un principio como una revista representativa de un frente básicamente de carácter intelectual. El frente de carácter marcadamente político, existente desde 1924, era el *Apra*, interesado en la organización y movilización antioligárquicos y antimperialistas y una de cuyas tendencias era justamente el socialismo revolucionario. **Amauta** buscaba fundamentalmente impulsar el desarrollo de las diversas corrientes de renovación intelectual, propiciaba el debate entre las nuevas tendencias



ideológicas y políticas de la vida nacional a condición que ellas ostentaran como uno de sus rasgos característicos el cuestionamiento al régimen de dominación social establecido. Estaban convocadas, en ese sentido, las tendencias democrático-nacionales, las tendencias socialistas revolucionarias, las tendencias anarquistas, etc. Por estas razones, *Amauta* fue por un tiempo una revista de definición ideológica. Mantuvo explícitamente ese carácter hasta su número 16. Durante esta primera etapa, el *Apra* y *Amauta* fueron percibidos por muchos de sus contemporáneos como complementarios. En este sentido, el propio Haya de la Torre escribió desde Londres su artículo titulado “*Nuestro frente intelectual*”, en el que decía:

“Al volver esta noche (2 de noviembre de 1926) de París, donde queda fundado y ya en pleno trabajo el primer grupo de jóvenes peruanos que van a dirigir las actividades del A.P.R.A. en Europa, me he encontrado con el primer número de *Amauta* que es el mejor mensaje que yo podía haber deseado por parte de la sección de trabajadores intelectuales del Perú, militantes en nuestro gran frente de acción, que, con los trabajadores manuales, va a conquistar para el país los caminos de justicia ...” (49).

Mariátegui, como director de la revista, no hizo especiales observaciones ni comentarios críticos a ésta y otras colaboraciones de Haya. Simplemente las publicó como contribuciones al debate sobre el destino del Perú y las grandes tareas de transformación y, en este sentido, estaba siendo coherente con los principios enunciados al fundar su revista. Otros miembros del *Apra* e intelectuales no afiliados aún a una corriente ideológica y política fueron tratados del mismo modo. *Amauta* publicó colaboraciones de Manuel Seoane, Carlos Manuel Cox, Antenor Orrego, etc. Pero luego, en el transcurso de los años de 1927 y 1928, fueron apareciendo algunas diferencias en el plano teórico e ideológico y éstas serían cada vez más irreconciliables.

A partir del número 17 (Setiembre de 1928), Mariátegui se propuso hacer que la revista *Amauta* fuera solamente el órgano de expresión de los comprometidos con las ideas socialistas. Pensaba que la etapa de definición ideológica ya se había cumplido, puesto que hasta ese entonces ya se habían configurado básicamente dos corrientes de pensamiento político en el Perú. Si se quiere, se trataba de las dos corrientes que, de allí para adelante,



debían disputarse la hegemonía de la dirección política de masas. En parte, eso era cierto y constituía el transfondo del problema. Pero el factor detonante que llevó las cosas hasta el punto de ruptura fue un tanto anecdótico: un áspero intercambio epistolar entre Mariátegui y Haya de la Torre en circunstancias en las que se discutían cuestiones sustantivas como el frente, el partido y la revolución. Las diferencias de concepción sobre estas cuestiones estaban ya suficientemente clarificadas y a una parte de ellas hizo alusión Mariátegui en el editorial del No. 17 de la revista:

“En nuestra bandera inscribimos una sola, sencilla y grande palabra: Socialismo (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista pequeñoburgués y demagógico) ... La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada no necesita ya llamarse revista de la ‘nueva generación’, de la ‘vanguardia’, ‘izquierda’, ‘renovación’. Para ser fiel a la revolución, le basta ser una revista socialista ... La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será, simple y puramente, la revolución socialista ...” (50).

Pero la firmeza de convicciones que se percibe en aquel pronunciamiento, no llevó al director de *Amauta* a asumir necesariamente actitudes excluyentes o de sectarismo. Si se revisan los números de la revista que continuaron publicándose en vida de Mariátegui, es decir, desde el número 17 hasta el 29 incluido (verano de 1930), se verá que en sus páginas apenas desaparecieron pocos nombres, como el de Haya de la Torre, y que el espíritu de amplitud de la revista se mantuvo invariable especialmente en el campo del arte y la literatura. La decisión aparentemente excluyente de Mariátegui terminó siendo más un asunto de tono declarativo. Sólo los 3 números finales de *Amauta* (30, 31 y 32), particularmente los dos últimos, publicados con posterioridad a la muerte de Mariátegui, acabaron con la previa característica de amplitud, de creatividad y de debate. Fue básicamente esta actitud burocrática y el evidente sectarismo político de quienes la capturaron (Eudocio Ravínez y compañía), los que en realidad apresuraron la autoclausura de la revista. Sobre este problema, hay una información ilustrativa proporcionada por Sandro Mariátegui: “*Amauta* llegó a su número 32 en medio de una lucha interna muy enconada en la que Eudocio Ravínez imponía su voluntad y ejecutaba las consignas recibidas, hasta el extremo de pretender sustituir el nombre de *Amauta* por el de “Mensajero Comunista”. Prueba de este intento fue su intención de publicar, a espaldas de



Martínez de la Torre, en la contracarátula de ese número de *Amauta*, el anuncio de la inminente aparición de “El Mensajero Comunista”. Así como cambió el nombre del Partido Socialista, fundado por Mariátegui en 1928, quiso también cambiarle el nombre nada menos que a *Amauta*. Ante la enérgica reacción de Martínez de la Torre, se suprimió el aviso con un recurso gráfico” (51). Pero, este acto ya era el capítulo final en la breve e intensa vida de la revista.

Amauta, por encima de contingencias puntuales, contribuyó a la definición de dos grandes corrientes ideológicas y políticas en el Perú: *el reformismo democrático-nacional indoamericano*, cuya más cabal expresión organizada fue el *Apra* fundada por Haya de la Torre, y *el socialismo revolucionario indoamericano*, que se expresó inicialmente en el partido socialista de 1928-1930 fundada por Mariátegui y que ha pugnado por reaparecer, no sólo como frase sino fundamentalmente como movimiento, más de una vez, en el Perú del siglo XX (52).

El problema del indio y los movimientos campesinos indígenas

Durante el “oncenio” nacieron los primeros partidos populares de orientación revolucionaria, antioligárquica y antimperialista, y la cuestión indígena pasó a ocupar el centro del discurso político. Por eso, *Amauta* registró en primer término al pueblo indígena como sujeto social, incorporándolo a sus páginas así como ya había ocurrido antes con los estudiantes y los obreros que habían logrado destacada presencia en las Universidades González Prada y en la revista *Claridad*. La presencia del indio en la escena nacional había ido siendo cada vez más notoria y en el transcurso de sus luchas había surgido un liderazgo indígena que llegó a constituir, por ejemplo, el Comité Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo el que, a su vez, llevó a cabo la organización de tres Congresos Indígenas en 1921, 1922 y 1923 (53).

Ya desde los primeros discursos radicales de González Prada, varias décadas antes, fue desarrollándose la idea de que no puede ser construida la nación peruana sin los indios



(como raza y como cultura). Y los artículos que acerca del indio aparecen en *Amauta* abren el debate precisamente sobre el problema nacional. Asuntos de carácter nacional como éstos, ocuparon un lugar de privilegio en las páginas de la revista. Fueron acogidos todos los textos y/o discursos referidos al problema indígena, desde la simple información, la denuncia y la crónica periodística, pasando por los estudios económico-sociales, hasta la prosa novelada, la poesía y otras expresiones artísticas. Se trataba, según Mariátegui, de conocer el mundo marginado e ignorado por el Perú oficial, de estimular el desarrollo de las manifestaciones culturales de ese mundo de tradiciones milenarias, de afirmar su capacidad de resistencia a la agresión de los dominadores, sus posibilidades de resurrección, de recreación y continuidad. No había pues otra manera de contribuir a la construcción de un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo, de la nación peruana o, mejor aún, de una sociedad moderna. Fue en esa ruta que se publicaron fragmentos de *Tempestad en los Andes* de Luis Valcárcel, quien anunciaba el advenimiento del indio resurrecto y predicaba el resurgimiento del Incario. Apareció nada menos como el primer artículo del primer número de *Amauta* Y esto no ocurría por mera casualidad. En el prólogo a la posterior publicación del libro de Valcárcel, Mariátegui decía:

"La empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta. No se propone meramente registrar los hechos que anuncian o señalan la formación de una nueva conciencia indígena, sino traducir su íntimo sentido histórico, ayudando a esa conciencia indígena a encontrarse y revelarse así misma. La interpretación, en este caso, tal vez como en ninguno, asume el valor de la creación ... *Tempestad en los Andes* no se presenta como una obra de doctrina ni de teoría. Valcárcel siente resucitar la raza *queswa*. El tema de su obra es esta resurrección. Y no se prueba que un pueblo vive teorizando y razonando, sino mostrándolo viviente. Este es el procedimiento seguido por Valcárcel, a quien, más que el alcance o la vía del renacimiento indígena le preocupa documentarnos su evidencia y realidad" (54).

Varios otros trabajos de Valcárcel sobre la realidad histórica de los Andes aparecieron en los siguientes números de la revista. También de Uriel García, de la misma generación de aquél, aparecieron sus estudios de la música incaica y la terrenalidad del nuevo indio. De Dora Mayer de Zulen, una de las infatigables protagonistas de la Asociación Pro-Indígena (1909-1917), fueron publicadas con frecuencia sus denuncias y



crónicas acerca de usurpaciones de tierras de comunidades indígenas por obra de gamonales y de los poderes locales a su servicio y, también, denuncias sobre masacres y otras diversas modalidades de represión por parte del Estado oligárquico-civilista; aparecían también los reclamos de aquellos desposeídos y preteridos, por intermediación de Dora Mayer de Zulen, a través de memoriales dirigidos a las autoridades. También llegaría al público, en varias entregas, **Amauta Atusparia**, crónica novelada del periodista huaracino Ernesto Reyna, sobre la sublevación campesina indígena de Ancash en 1885. Pero esta temática no estaba confiada sólo a los intelectuales. El propio Mariátegui mantenía relaciones personales y directas con líderes indígenas, con algunos de esos personajes casi míticos de las sublevaciones campesinas. Realizaba frecuentes entrevistas a dichos personajes a fin de conocer directamente el mensaje vital de la raza. Así lo hizo ya desde su retorno de Europa. Conoció y trabó amistad, por ejemplo, con Ezequiel Urviola, uno de los líderes del campesinado puneño y de quien, al ocurrir su muerte en Lima hacia 1925, pudo decir en una nota periodística: *"Urviola representaba la primera chispa de un incendio por venir. Era el indio revolucionario, el indio socialista. Tuberculoso, jorobado, sucumbió al cabo de dos años de trabajo infatigable. Hoy no importa ya que Urviola no exista. Basta que haya existido. Como dice Valcárcel, hoy La Sierra está preñada de Espartacos"*. La revista **Amauta** impulsó, además, la aparición y circulación de nuevos voceros de los movimientos indigenistas y/o andinistas y así lo hizo, por ejemplo, al servir como tribuna del grupo *Resurgimiento* de raíces cusqueñas (55).

Pero **Amauta**, al mismo tiempo que acogía en sus páginas la contribución de las diversas tendencias del pensamiento crítico, y en este caso acerca del problema indígena y del indigenismo, expresaba la maduración y la síntesis de todas ellas. Por eso, llegó a plantearse la posibilidad histórica de construir una nación peruana pluriétnica y pluricultural. Esta noción que se iba construyendo seguramente desde fines del siglo XIX por parte de algunos de los más destacados pensadores de América Latina (ejm. José Ingenieros, Vasconcelos, González Prada, etc.), Mariátegui y sus contemporáneos la hicieron suya. Pero, si habría que rastrear más allá de América Latina los orígenes de esta noción, será necesario recordar que dentro de la concepción marxista fue manejada por los bolcheviques rusos especialmente en los primeros tiempos de de la revolución, cuando se



planteaban la Federación Socialista multinacional y multiétnica y Mariátegui tenía considerable familiaridad con dichas reflexiones y debates (56).

El arte, la literatura y la vanguardia literaria

En este punto es pertinente recordar que si bien Mariátegui es conocido fundamentalmente por su obra sociológica y política, él se desempeñó con igual o quizás mayor solvencia intelectual en el campo de la literatura y más precisamente de la crítica literaria. Como ahora se sabe bien, gracias a la publicación en 8 volúmenes de sus escritos juveniles, o de su llamada "edad de piedra", la formación que fue adquiriendo entre 1911 y 1919, hasta antes de partir para Europa, fue la de un escritor literario; el oficio de periodista le permitió cultivar un estilo sencillo y ágil, de refinado brillo y de economía en las palabras. Luego, ya en Europa, pudo madurar como crítico literario y, desde luego, como pensador social. Por eso, al referirse a sus logros durante su estadía europea, él mismo decía: "más que cambiado, he madurado" (57).

No puede extrañar, entonces, que buena parte de *Amauta*, en todos y cada uno de sus números, por lo menos hasta el 29, haya sido destinada a comentar y/o interpretar críticamente las más destacadas obras de la narrativa y de la poesía, tanto nacional como internacional y a la difusión de los textos mismos con harta frecuencia. Refiriéndonos a la literatura nacional, en primer lugar, fueron reconocidos como sus más altos valores don Manuel González Prada, Abraham Valdelomar y José María Eguren. En buena cuenta, estos tres escritores presidieron el desfile por las páginas de *Amauta*, de todos los demás, entre ellos de los numerosos jóvenes narradores y poetas de Lima y provincias, la inmensa mayoría de ellos portadores de la modernidad desde las entrañas del mundo andino. Casi inmediatamente después de aquellos tres predecesores y maestros, César Vallejo era sin duda la figura más plena y vital de la nueva creación literaria. Luego, estaban pues los más jóvenes, los fundadores de la llamada vanguardia indigenista, quienes cultivaban básicamente la narrativa breve y la poesía. Una muy nutrida producción de numerosos integrantes de esta vanguardia apareció con frecuencia en *Amauta*. Algunos de sus cultores fueron Emilio Armaza, Armando Bazán, Alejandro Peralta, Gamaliel Churata, Bustamante



y Ballivian, Mario Chabes, Nazario Chávez Aliaga, etc. Y, al lado de ellos, aparecieron también con frecuencia, los nombres de quienes sin sentirse necesariamente distantes del indigenismo, eran los exponentes de una vanguardia literaria un tanto cosmopolita que se sustentaba sobre el piso de las realizaciones materiales y técnicas de la modernidad capitalista burguesa o, en el caso peruano, por lo menos de la modernización capitalista. Entre estos pueden ser mencionados Xavier Abril, Blanca Luz Brum, Juan Parra del Riego, Alberto Hidalgo, Martín Adán, Carlos Oquendo de Amat, Cesar Moro, Juan José Lora, etc. Pero, además de esto, las ilustraciones de la revista estaban hechas con imágenes de las obras de artistas de vanguardia, de los entonces ya destacados pintores como José Sabogal, Julia Codesido, Camilo Blas y otros. Es probable que similares movimientos literarios y artísticos de renovación, a lo largo de este siglo, nunca hayan contado en el Perú con un impulso tan entusiasta y comprometido como ocurrió a través de *Amauta*. Y siempre haciendo referencia a la vanguardia, las creaciones de los mayores representantes de esta tendencia tanto de América Latina como de Europa, tampoco dejaron de estar presentes ilustrando la revista de Mariátegui (58).

Crítica al capitalismo y a la modernidad occidental

La constitución de un nuevo campo intelectual en el Perú de los años 20 implicó, como sostiene Germaná, la indispensable autonomización intelectual de los jóvenes valores respecto de la generalidad de sus maestros y de sus predecesores inmediatos. Este fenómeno de producía principalmente en y desde las provincias y emergía desde el seno de las clases medias. Es así cómo se formó el movimiento intelectual de la “nueva generación”: un movimiento animado por el espíritu de cambio, de renovación. Y fue en ese trance cómo un amplio conjunto de intelectuales se liberaron de la tutela de la oligarquía y de su cultura (59).

En *Amauta* se fue desarrollando un esclarecedor debate entre aquellos intelectuales de la “nueva generación” los mismos que, a su vez, aparecían asociando sus nombres a las corrientes indigenistas, nacionalistas radicales o socialistas revolucionarias. Desde el punto



de vista de Mariátegui, los debates debían desarrollarse entre los exponentes de dichas corrientes -debates de definición ideológica- hasta llegar a la delimitación de un proyecto específico: el socialismo indoamericano. Esto suponía también llevar a cabo la lucha teórico-política por la hegemonía cultural, en combate contra la cultura secretada por la dominación capitalista burguesa en general y contra la cultura oligárquico-criolla en particular (60).

Las obras de la vanguardia literaria ya encerraban de por sí una crítica al sistema capitalista dominante. En Europa, además, dicha crítica se había estado haciendo de manera sostenida. Las corrientes más lucidas y combatientes eran las de los socialistas revolucionarios, de sus teóricos, aunque éstos nunca fueran necesariamente militantes en tanto que integrantes de aparatos partidarios; eran más bien, militantes de una causa (61).

El socialismo revolucionario, en tanto que una las expresiones más avanzadas de la modernidad y un método de orientación para la organización y movilización de los explotados y dominados, en términos anticapitalistas y antiburgueses, fue difundido al publicar no sólo fragmentos selectos de las obras de sus mayores representantes sino, también, reproduciendo textos, comentándolos y promoviendo intensos debates (62).

De otra parte, también se brindó espacios a la difusión de nuevos hallazgos y reflexiones respecto del mundo y el hombre modernos. Mereció sucesiva difusión el pensamiento de Freud. El psicoanálisis, especialmente como crítica a la concepción del hombre moderno, a la imagen paradigmática del hombre de occidente en particular. Esto es, el modelo de hombre según la concepción burguesa fue cuestionada en sus fundamentos mismos. En la misma dirección, de crítica a las instituciones de la sociedad burguesa, fueron acogidos artículos o ensayos de Bernard Shaw e incluso del propio Mariátegui, acerca del arte y la sociedad burguesa, el arte y la revolución, la revolución y la decadencia de la civilización capitalista, el arte burgués y el arte proletario, etc. También un denso ensayo de León Trotsky, titulado "Vladimir Ilich Lenin", en el que polemizaba con el famoso novelista Máximo Gorki sobre problemas nocivos como el culto a la personalidad. Según Trotsky y el propio Lenin, la revolución y sus líderes no requerían de



ninguna deificación, ellos y sus obras pertenecían al mundo terrenal y debían ser juzgados como tales (63).

Finalmente, queremos recordar unas palabras premonitorias del propio Mariátegui en la presentación que hizo al primer número de *Amauta*: "Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta de que al Perú le nace en este momento una revista histórica". No podría negarse que el tiempo le ha dado la razón. Han habido intentos por continuar la obra, por reiniciar el camino. Seguramente habrán otros nuevos intentos, en nuevas condiciones históricas, quizás más próximos a la emancipación de los explotados y dominados.





Capítulo IV

Haya y Mariátegui: dos proyectos de modernidad

Es evidente que fue *Amauta* la revista que, en cierto modo, desencadenó y sirvió de vehículo inicial a lo que ha venido en llamarse “polémica” librada entre Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui. Las armas básicas del conocimiento teórico e histórico los habían estado forjando y afiatando desde mucho antes, en el contexto de crecientes inquietudes generacionales y colectivas por interpretar y dilucidar la realidad y el rumbo histórico de la sociedad peruana. Ciertamente, su mejor aprendizaje lo hicieron en Europa en cuyos ambientes intelectuales y políticos de aquella época las polémicas eran acontecimientos frecuentes y muchas veces dominantes y los problemas en debate eran de igual o similar naturaleza: capitalismo-socialismo, reforma-revolución, revolución burguesa o revolución socialista, etc. La que se llevó a cabo entre Haya de la Torre y Mariátegui fue, al mismo tiempo, una polémica de carácter nacional y parte de la polémica internacional. Se discutían problemas peruanos concibiéndolos como partes de un sistema mundial bajo el dominio del capitalismo. Se trataba de descubrir las particularidades nacionales dentro de la generalidad, de confirmar con evidencias de que la particularidad contiene la generalidad. Los hallazgos de nuestros dos protagonistas y las ideas que lograron construir antes, durante y después de la polémica, se contituyeron en los pilares de dos de las principales corrientes de pensamiento antioligárquico y antimperialista en el Perú y de los recurrentes y encendidos debates a lo largo de las cuatro o cinco décadas siguientes, los mismos que trazaron los horizontes de los nuevos movimientos intelectuales, sociales y políticos. Esto ha sido así por lo menos hasta los años ochenta.

Hallazgos y avances en la comprensión de nuestros problemas



En el agitado y candente escenario nacional e internacional de aquella época, especialmente desde el estallido de la Primera Guerra Mundial, fueron haciéndose cada vez más crecientes la necesidad y la urgencia de aquellos estudios y debates. Y se tenía clara conciencia de ello en las capas de vanguardia de los movimientos sociales y políticos del mundo entero. El 10 de julio de 1925, en la revista **Mundial**, Mariátegui publicó su artículo *“Hacia el estudio de los problemas peruanos”*. Allí reconocía sustantivas evidencias de renovación y avances en los estudios y comprensión de la realidad peruana y sostenía lo que sigue:

“En el haber de nuestra generación se puede y se debe ya anotar una virtud y un mérito: su creciente interés por el conocimiento de las cosas peruanas. El peruano de hoy se muestra más atento a la propia gente y a la propia historia que el peruano de ayer. Pero esto no es una consecuencia de que su espíritu se clausure o se confine más dentro de las fronteras. Es, precisamente, lo contrario. El Perú contemporáneo tiene más contacto con las ideas y las emociones mundiales. La voluntad de renovación que posee a la humanidad se ha apoderado poco a poco de sus hombres nuevos. Y de esta voluntad de renovación nace una urgente y difusa aspiración a entender la realidad peruana” (64).

Luego de aquellas constataciones, en la misma publicación, Mariátegui hizo una rápida revisión crítica de las generaciones pasadas las que, según él, se habían caracterizado por una escasa comprensión de los problemas nacionales y por una débil comunicación con su época. Sometió a una severa crítica fundamentalmente a los principales miembros de la Generación del 900 y a la revista **Mercurio Peruano** la misma que, desde su fundación en 1918, se publicaba con regularidad en los conflictivos años 20, curiosamente sin sufrir mayores molestias por parte del presidente Leguía. Luego, presentó los elementos que constituían una tendencia o un movimiento predispuesto a comprender la sociedad peruana, tanto en la literatura, el arte y la historia como en el campo económico y social. Algunos de sus síntomas se habían generando desde hace buen rato. Sostuvo, por ejemplo, que *“Valdelomar, no obstante su elitismo y su aristocratismo literarios, extrajo sus temas y sus emociones más delicadas de la humilde y rústica tierra natal... No ignoró, en su literatura, las cosas y los tipos plebeyos”*. Como otros destacados ejemplos en esa ruta, fueron tomados en cuenta muchos otros nombres: César Falcón, Enrique López Albújar, Luis E.



Valcárcel, Augusto Aguirre Morales, César Ugarte, Julio C. Tello, Honorio Delgado, Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, Víctor Raúl Haya de la Torre. Y entre tantos ilustres escritores y renovadores del pensamiento peruano, mencionó con especial admiración a Pedro Zulen (65).

Por su parte, aunque desde el destierro, Haya de la Torre escribía con frecuencia sobre las mismas cuestiones que preocupaban a José Carlos Mariátegui y ofrecía a sus lectores constataciones y evaluaciones similares. Ya desde mediados de 1923, cuando fue obligado a marcharse al destierro, al hacer sus primeras visitas a México y los países centroamericanos y del Caribe, fue realizando sus primeros descubrimientos acerca de “la realidad dolorosa del avance imperialista” de los Estados Unidos de Norteamérica sobre los países de América Latina y por ende en el Perú; también hablaba de la muy grave e irrecusable “complicidad unánime de los gobiernos y diplomacias de nuestros pueblos” con la política expansiva yanqui, “económica por estirpe y capitalista por arquitectura” (66). En el curso del año 1924, proseguirá escribiendo y clarificando mucho más sus ideas respecto del problema del imperialismo yanqui (67). Durante 1925, Haya de la Torre escribe extensos artículos sobre la realidad del Perú (observaciones y reflexiones sobre las peculiaridades de la dominación colonial hispánica, el carácter de la independencia, la clase dominante en la república aristocrática, etc.), pronuncia discursos sobre el pensamiento de la nueva generación antimperialista latinoamericana, la vieja y nueva generación de intelectuales en el Perú, mantiene relación epistolar con intelectuales y dirigentes como Gabriel del Mazo a quien le habla de la experiencia revolucionaria rusa y plantea, comparativamente, las que podrían ser tareas fundamentales de una futura revolución peruana, por ejemplo, “*la 'humanización', digamos así, de cuatro millones de hombres aproximadamente, bestializados por un sistema económico criminal*”. Y agrega: “*Yo no creo que el indio pueda redimirse sin resolver el problema de su tierra, que es el problema de su vida*”. Ya por entonces, tempranamente, Haya plantea la necesidad de organizar la acción y dice: “*Estoy de acuerdo en formar un partido. Más aún: nuestra Alianza debe llegar a ser partido*”. Este último tema, el del partido político, es el que se desarrolla con mayor amplitud en dicha carta (68).



Se puede sostener, por lo que estamos exponiendo, que los intelectuales de la Generación Centenario hicieron, desde sus respectivas posiciones y especialidades, una común lectura de la realidad histórica peruana. Fueron produciendo, con sólo algunas diferencias de matices, una interpretación y una visión general de la realidad que era compartida por muchos de ellos. Economistas, sociólogos, historiadores, políticos, escritores, artistas, etc., produjeron conocimientos e imágenes complementarios acerca del pasado y presente de esta sociedad andina. Buena parte de estos conocimientos e imágenes contruidos crecientemente en los años 20, se constituyeron en componentes destacados de lo fundamental del pensamiento y la cultura nacionales durante casi todo lo que quedaba del siglo XX. Como es obvio, éstos nunca llegaron a ser adoptados y/o asimilados, tan siquiera parcial o fragmentariamente, por el Perú oficial y el pensamiento oficial siempre asociados al poder del Estado oligárquico, salvo el tardío y breve gobierno reformista y nacionalista que presidiera el general Juan Velasco Alvarado entre octubre de 1968 y agosto e 1979 y que se proponía, ingenuamente, contruir una nueva sociedad “no capitalista y no comunista” (69).

Lo cierto es que en los años 20 se decidieron muchas cosas de hondo significado. Con Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui como sus principales protagonistas, se llevó a cabo seguramente el más importante debate del siglo XX acerca de la realidad peruana, sus tendencias básicas y sus perspectivas de cambio y cuyos temas medulares y rectores fueron el carácter histórico de esta sociedad y el carácter de la revolución para transformarla. Se razonaba, en realidad, acerca de problemas de dimensión nacional y continental. Se hacía imprescindible investigarlos y conocerlos en su totalidad, buscando descubrir sus principales tendencias de cambio y tratando de prever sus perspectivas. El mundo andino y latinoamericano, debía ser transformado radicalmente, convocando para eso la intervención directa en los acontecimientos de los más amplios sectores sociales, de las grandes colectividades humanas. Y, obviamente, buscando articular a los grupos dirigentes, a las elites emergentes en todo lugar: en Lima y en provincias, en las ciudades y en el campo. Esta era la tendencia predominante en los círculos intelectuales y en las capas de vanguardia de la clase obrera y los sectores populares de casi todos los países latinoamericanos. Al mismo tiempo, hay que rescatar lección de que el debate entre Haya y



Mariátegui, como todo debate fecundo, ayudó a que, aparte de las muchas coincidencias, se hicieran cada vez más visibles y explícitas las diferencias y discrepancias sobre todo en el campo de los proyectos para construir la modernidad en el Perú y en las sociedades dentro del contexto latinoamericano. Desde luego, estas diferencias de pensamiento tuvieron inmediato impacto en el liderazgo de los movimientos de de masas emergentes y, progresivamente, en las mentalidades colectivas (70).

Desde los tiempos de la reforma universitaria y las Universidades Populares González Prada, Haya y Mariátegui habían tenido coincidencias fundamentales en la acción contra la política dominante y en el enfoque de los grandes problemas de la realidad peruana. En cambio, las discrepancias recién fueron apareciendo de manera explícita al abordar la cuestión de las alternativas de transformación y de la naturaleza de los medios para organizarlas y concretarlas. Esto es, sobre la cuestión de un nuevo proyecto nacional y sobre las fuerzas sociales capaces de materializarlo. Algunos de los principales temas y/o problemas de la polémica fueron los siguientes: carácter de la formación social peruana, carácter de la dominación imperialista, carácter de la revolución, las fuerzas sociales protagónicas, sectores sociales dirigentes y/o aliados, carácter del partido político, el problema del Estado y el poder. No se hace necesario reiterar aquí que con posterioridad, a lo largo de sesenta años de debates recurrentes, fueron manejadas las categorías que introducidas o creadas por aquellos personajes (71).

Cuando de modo casi inadvertido arranca aquella la polémica, aproximadamente a partir de 1927, cada uno de sus protagonistas acude al manejo de conocimientos adquiridos en el curso de varios años de investigación y reflexiones, en cuyas faenas también habían participado muchos otros intelectuales especialmente de la generación del Centenario. Sin los aportes de éstos, la historia de aquella polémica habría sido menos densa de lo que es y menos ilustrativa de lo que ha sido. También se trataba de una polémica librada entre quienes se habían colocado desde su más temprana juventud, por una parte, en la trinchera crítica y combativa contra el poder establecido y la cultura criollo-oligárquica y, por otra, en los más elevados escalones de identificación y solidaridad con las luchas de los explotados y dominados del mundo, con sus revoluciones y sus victorias.



Sociedad peruana “semifeudal” y “semicolonial”

Acercas de la formación social peruana, los puntos de vista de los contendientes fueron mayormente coincidentes. Ofrecieron iguales o similares interpretaciones de la evolución de la economía, del problema del indio y de la tierra, del lugar de las clases medias, de los rasgos particulares de la burguesía y el Estado, etc..

Dentro del período al que nos estamos refiriendo -primeras décadas del siglo XX-, resulta que uno de los aspectos centrales de la sociedad peruana contemporánea que merecía ser visualizado y subrayado tenía que ver con el proceso de constitución de una nueva y compleja problemática: *la coexistencia entre el capitalismo y el precapitalismo*. Es decir, en lo fundamental, las relaciones de coexistencia entre la economía capitalista de los "enclaves" y la vasta economía precapitalista cuyas formas más tradicionales estaban enraizadas en el campo y de manera más acentuada en las regiones de la sierra (feudalismo, esclavismo, semiesclavismo, comunismo, etc). En otras palabras, relaciones de coexistencia entre lo moderno y lo tradicional, entre lo nuevo y lo arcaico. En esos procesos de interrelación, atravesados por tensiones y conflictos cotidianos, *el lugar dominante sobre el conjunto correspondía cada vez más a la economía capitalista moderna*. Sucedió, pues, que entre todos esos modos de producción correspondientes a diferentes estadios históricos, el dominante y hegemónico era necesariamente el más reciente, el más moderno modo de producción y, en este caso concreto de cambios que estaba experimentando el mundo andino, eso era necesariamente el modo de producción capitalista. En esos términos se cumplía, en la realidad histórica concreta, el presupuesto teórico de que, por un lado, en ninguna sociedad hay un modo de producción puro y, por otro, que entre los diversos modos de producción coexistentes en un determinado espacio regional, inter-regional o nacional, es uno sólo el que domina sobre todos los demás y éste tiene que ser el más moderno (72).

Esta realidad de la coexistencia entre el capitalismo y el precapitalismo, en el espacio peruano y latinoamericano, fue percibida o visualizada tanto por Haya de la Torre como por



José Carlos Mariátegui. En su interpretación hicieron suya toda una línea de razonamiento. Coincidieron en su enfoque general y las diferencias o discrepancias fueron de detalles, de matices o de énfasis. Se aludía a una característica particular que asumía el capitalismo al establecerse en el Perú y América Latina, de manera radicalmente diferente a lo que había sido su historia de desarrollo y expansión en su hogar histórico: Europa Occidental. Desde luego, en uno y otro caso, se trataba de realidades en permanente movimiento, cambio y transformación. Este capitalismo, el que se desenvolvía a nuestros escenarios, nunca había nacido en el Perú o en otro país de América Latina sino que fue introducido desde los centros metropolitanos del sistema -los EE.UU. y los países de Europa Occidental- recién en la época de los monopolios y del imperialismo capitalista y se encontró aquí con un ancho y complejo mundo precapitalista dentro de un cuadro general llamado “herencia colonial”. Todos estos estadios precapitalistas que encontró a su llegada, el capitalismo no trató de erradicarlos sino, más bien, pasó a articularse con ellos, a coexistir en conflicto, de manera contradictoria y al mismo tiempo complementaria. Es esta realidad económica y social la que fue caracterizada tanto por Haya de la Torre como por Mariátegui como “semifeudal” y “semicolonial” (73). Estas categorías incorporadas en el análisis y caracterización de la realidad, alimentaron y orientaron por mucho tiempo los debates peruanos. Hoy, al finalizar el siglo XX, bajo el imperio del pragmatismo, pareciera que nadie se ocupa de temas de esta naturaleza. Pero, es probable que éstos volverán después de un tiempo.

Dominación imperialista en el Perú: nacional y social

Los estudios y debates sobre la cuestión del imperialismo, rasgo esencial de la era monopólica del capital, tenían relativamente una larga data. Ya desde principios de siglo se llevaban a cabo en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. En 1902 se publicó en Londres y Nueva York la obra **El Imperialismo** del economista inglés J.A. Hobson. En 1910 se publicó en Viena el **Capital Financiero** del austriaco Rudolf Hilferding. En plena Primera Guerra Mundial, Lenin escribió **El imperialismo, fase superior del capitalismo**, cuya primera edición apareció en Petrogrado a mediados de 1917 y la segunda en Francia y Alemania en 1920. Igualmente, en los mismos graves momentos de aquella guerra, Nicolai



Bujarin escribió *La economía mundial y el imperialismo* cuya primera edición también apareció en Petrogrado a fines de 1917. En cualquier debate acerca del carácter de la época, no podía estar ausente el problema del imperialismo y no es difícil imaginar la trascendencia que tenían, no sólo en los medios políticos sino también en los medios intelectuales, las obras de personajes eminentes y realmente polémicos como los mencionados y como Lenin en especial por su peculiar estilo en la controversia y el destacado lugar que había conquistado en el firmamento intelectual y político de aquella época. En mayo de 1924, en México, Haya de la Torre anunció la “acción contra el imperialismo yanqui” al inscribirlo como el primer punto del programa máximo del Apra. En el Congreso Antimperialista de Bruselas de 1927, al que habían asistido básicamente representantes de organizaciones vinculadas a la Segunda y Tercera Internacional, se encontraban también delegados latinoamericanos como el cubano Julio Antonio Mella, los peruanos Eudocio Ravínez y Víctor Raúl Haya de la Torre, etc. y, uno de los principales temas que se discutió en dicho Congreso fue precisamente la cuestión del imperialismo y allí aparecieron las primeras discrepancias significativas al respecto que luego tendrían prolongada resonancia en la propia Europa, en América Latina y otros continentes (74).

La polémica entre Haya de la Torre y Mariátegui sobre el carácter y particularidades de la dominación imperialista en el Perú y América Latina fue, en cierto modo, prolongación y continuación de lo ocurrido en Bruselas. Desde un principio, fueron apareciendo diferencias fundamentales de concepción. En este caso, los puntos de partida teóricos e históricos no fueron necesariamente los mismos. En consecuencia, tampoco pudo ser leída y entendida de un mismo modo la naturaleza específica de las relaciones de dominación que fueron estableciéndose en nuestros países, desde fines del siglo XIX, bajo la hegemonía del capital monopólico.

A manera de premisas internas, la economía y sociedad peruanas eran, en los términos ya señalados, de carácter semifeudal y semicolonial. Ya sabemos que en esto coincidían los puntos de vista de Haya y Mariátegui. Inclusive pudieron sospechar sus perspectivas, de mantenerse esas condiciones. La república y las instituciones republicanas, estaban establecidas sobre esas bases semifeudales y semicoloniales, la dominación



capitalista y burguesa modernas (imperialistas), habían acentuado esa condición. En su dimensión económica, estos rasgos se mantuvieron casi intactos hasta fines de la Segunda Guerra Mundial y recién en el curso de las dos o tres décadas siguientes (las décadas de los 50 y los 60) algunos de sus componentes más tradicionales fueron erosionándose, de modo simultáneo a la decadencia o final ocaso del poder oligárquico y del gamonalismo. Pero en su dimensión social y cultural, lo colonial fue y es no sólo la más persistente herencia sino que tenía y tiene entrañas y rostros mucho más odiosos y, a pesar del tiempo transcurrido, aún no ha sufrido mutaciones significativas hacia su eliminación, hacia su extinción, en camino a la modernidad (75).

La dominación imperialista en el Perú y América Latina era un hecho que no se ponía en duda por parte de los intelectuales de la generación del Centenario. La dominación imperialista era una realidad mundial que pertenecía a la era del capitalismo monopólico. Esta cuestión la entendían así muchos escritores, artistas, poetas e intelectuales de la América Latina. *Lo que aquí se discutía de manera más precisa era el carácter particular que dicha dominación asumía en esta parte del mundo y en cada uno de nuestros países.* El debate a este nivel era fundamentalmente histórico y teórico. Pero las conclusiones a las que se llegarían tendrían luego múltiples y decisivas implicancias ideológicas y políticas. Los principales protagonistas del debate o de la polémica para el caso peruano y en cierto modo latinoamericano fueron, pues, Haya y Mariátegui (76).

Haya de la Torre, ingresó a esta polémica poniendo en cuestión una de las principales herencias teóricas de Lenin y la figura era planteada en términos aparentemente razonables. En primer lugar, si bien el imperialismo es como sostiene Lenin, *“la última fase del capitalismo”*, eso es correcto y válido sólo para Europa; en cambio en el Perú y América Latina el imperialismo constituye recién *“la primera fase”* de nuestro capitalismo; mientras el capitalismo europeo llega a su madurez con el imperialismo y éste constituye por eso su *“fase superior”*, en América Latina el capitalismo es un proceso que recién se inicia con el imperialismo y, en consecuencia, éste es su *“fase inferior”*. En segundo lugar, según el punto de vista de Haya de la Torre, el imperialismo en América Latina, sin dejar de ser una dominación social, es fundamentalmente una dominación de carácter nacional, es decir, se



trata de la dominación que imponen y ejercen las grandes potencias del mundo desarrollado sobre pueblos y/o naciones atrasadas y débiles; esas potencias extranjeras establecen en nuestros países una dominación que afecta intereses nacionales. En tal sentido, el imperialismo aparece básicamente como un factor externo que interviene, agrede y domina nuestros países (77).

El punto de vista de Mariátegui será otro. En primer lugar, siguiendo la línea de razonamiento de Lenin, sostiene que el imperialismo es *la última fase* del capitalismo y es así visto desde cualquier lugar del mundo, desde los países desarrollados o desde los países atrasados; en otras palabras, el imperialismo es *la fase superior* del capitalismo concebido éste históricamente como un sistema mundial. En segundo lugar, para cualquier parte del mundo y, en este caso, para la América Latina, el imperialismo es fundamentalmente una dominación de carácter social y sólo secundariamente una dominación de carácter nacional y esto es así, inclusive en los casos de pequeños países como los del Caribe o Centroamérica que, bajo la dominación del imperialismo yanqui, ven afectados visiblemente sus intereses nacionales; en otras palabras, la dominación imperialista en el Perú y América Latina es, sobre todo, una dominación de clase, la de la burguesía internacional monopólica sobre los asalariados y trabajadores en general; esto es, el imperialismo en nuestros países es la dominación del capitalismo en su más alto grado de desarrollo cuyas tendencias de expansión desbordan todas las fronteras. El imperialismo no alude sólo a un factor externo sino también a su correspondencia interna. En este sentido, se trata de una relación entre el todo y sus partes (78).

Las implicancias de estos dos puntos vista, radicalmente discrepantes entre sí, acerca del carácter y las particularidades de la dominación imperialista en el Perú y América Latina, fueron decisivas en la orientación política de las luchas antimperialistas durante el siglo XX. Sería muy interesante e ilustrativo rastrear cual de esas concepciones fue asumida, y en qué grado, por las corrientes políticas y los numerosos intelectuales, escritores y artistas, que se consideraban hasta poco de izquierda en general y socialistas en particular (79).



Revolución: democrático-nacional o socialista.

Para el pensamiento de Víctor Haya de la Torre como para el de José Carlos Mariátegui, es inconcebible modernidad en el Perú y América Latina sin revolución. El propio largo camino de la modernidad occidental está sembrado de revoluciones.

La revolución aparecía como uno de los problemas más candentes de la escena mundial durante las primeras décadas del siglo XX. La literatura al respecto era inclusive mucho más amplia, más densa y rica que la que había sobre los temas antes referidos. En este terreno, la primera referencia histórica era, aquí como en cualquier otro lugar del mundo, la revolución francesa cuyas proezas y prestigio estaban vivas en la memoria histórica de los pueblos, especialmente del mundo occidental y, por lo mismo, de América Latina; en el caso peruano en particular, la historia de la revolución francesa figuraba en los programas oficiales de las escuelas y colegios, en cuyas clases los maestros fueron con frecuencia protagonistas emocionados; también tenían extendido prestigio en nuestros países las revoluciones de la independencia hispanoamericana, que también merecen ser consideradas como un capítulo de la marcha de nuestros pueblos a la modernidad; luego, para mencionar sólo dos casos recientes, estaban muy frescas en la memoria de los pueblos latinoamericanos la revolución mexicana y la revolución rusa, revolución democrático-nacional la primera y socialista la segunda. Estas eran algunas de las premisas y referencias paradigmáticas de nuestros polemistas y de un público receptor cada vez más amplio y atento (80).

Desde el punto de vista de Haya de la Torre, la revolución en el Perú era planteada fundamentalmente como un problema de carácter nacional (liberación nacional) y sólo en segundo término como un problema social (social y no socialista); mientras tanto, para Mariátegui la revolución peruana debía ser fundamentalmente un problema de carácter social y sólo secundariamente un problema de carácter nacional. Es verdad, según los dos puntos de vista, la revolución debía tener una orientación antimperialista; sin embargo, esto mismo implicaba dos líneas diferentes de razonamiento (81).



Haya de la Torre había planteado su concepción del antimperialismo en los siguientes términos: *"Somos revolucionarios porque somos antimperialistas"*. Esto es, la revolución peruana y latinoamericana debía llevar a la liberación de nuestros países de la dominación extranjera y, en particular, del imperialismo yanqui y esta gesta debía ser considerada como el logro de una segunda independencia. A su vez, esta sería sólo una primera etapa de la revolución latinoamericana (82). Mariátegui planteaba el problema en otros términos: *"Somos antimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa"*. Esto es, sólo se puede ser consecuentemente antimperialista siendo anticapitalista y antiburgués, asumiendo de que se debe combatir al imperialismo no tanto por ser extranjero sino por ser un sistema de dominación de clase (83).

La línea de razonamiento de Haya de la Torre, llevaba a plantearse la construcción de un nuevo modelo de la sociedad que implicaba lo siguiente: el desarrollo de un capitalismo nacional y autónomo, la construcción de un Estado nacional antimperialista fuerte, como en México, capaz de impulsar el cumplimiento de tareas antif feudales y antioligárquicas -tareas democrático-nacionales que las burguesías locales han sido incapaces cumplirlas - las que, a su vez, abrieran el camino para la formación de la una burguesía nacional y de un mayor desarrollo de la clase obrera. Esta será, en el pensamiento de Haya de la Torre, *la primera etapa de la revolución*. En la base de esta concepción subyace el argumento de que en países rezagados y atrasados, semif feudales y semicoloniales como el nuestro, no es posible el salto a la revolución socialista. Esta última sólo puede ser, históricamente, *la segunda etapa de la revolución* después que hayan sido cumplidas las tareas de la primera. Vale la pena recordar que ya en aquellos tiempos Haya pensaba, refiriéndose a la revolución rusa dirigida por los bolcheviques, que por haber tenido lugar en una sociedad atrasada y de capitalismo incipiente, ella no significaba la construcción de una sociedad socialista de acuerdo al discurso oficial soviético sino, mas bien, de un capitalismo de Estado (84).

La línea de razonamiento de Mariátegui, llevaba al salto a una revolución socialista,



sin tener que pasar por la realización capitalista burguesa, como el único camino a la transformación socialista de la sociedad. En el curso general de esas transformaciones debían ser cumplidas las tareas democrático burguesas que las burguesías enfeudadas al imperialismo de nuestros países no han sido capaces de cumplir. En esta concepción, no se trata de dos etapas de la revolución sino de un proceso ininterrumpido de transformaciones revolucionarias (85).

Desde el punto de vista de Haya de la Torre, las fuerzas sociales de la revolución peruana debían ser las clases medias, la clase obrera y el campesinado. A su vez, éstas debían conformar una alianza de clases o un frente único. La dirección política debía ser asumida por las clases medias. Desde el punto de vista de Mariátegui, las fuerzas sociales de la revolución peruana debían ser el proletariado revolucionario y el campesinado pobre; las clases medias podrían ser aliadas. O, si se quiere, la alianza obrero campesina bajo dirección hegemónica proletaria.

El de Haya y Mariátegui, fueron *dos proyectos de modernidad con revolución* para nuestros países y dos caminos diferentes para su consecución. Trechos importantes de la historia peruana del siglo XX, han estado habitados por uno y otro sueño en sectores sociales significativos. Pero la modernidad en ninguna de sus acepciones aún no ha podido ser realizada en el Perú, hasta el momento.



NOTAS:

(1) Los intelectuales que se convirtieron en políticos profesionales e intervinieron en la organización y movilización políticas de las masas fueron, entre otros, Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Seoane, Luis Alberto Sánchez, Antenor Orrego, Alcides Spelucín, Carlos Manuel Cox, etc. todos militantes del partido aprista peruano; José Carlos Mariátegui, Ricardo Martínez de la Torre, Eudocio Ravínez, Luciano Castillo y otros militantes de partido socialista del Perú. Para una información más detallada, puede consultarse: Luis Alberto Sánchez, **Testimonio Personal, 1: El Aquelarre 1900-1931** y **Haya de la Torre o el político Felipe Cossio del Pomar, Haya de la Torre, el indoamericano** y **Víctor Raúl, biografía de Haya de la Torre**. Jorge del Prado, **Los años cumbres de Mariátegui**.

(2) La serie de acontecimientos en los que intervinieron quienes serían reconocidos como integrantes de la Generación del Centenario, fueron: La jornada de las ocho horas, la Reforma Universitaria, las Universidades Populares González Prada, la manifestación contra los intentos de consagración del Perú al Corazón de Jesús, la fundación del Apra.

(3) Para el contexto internacional de la época, puede consultarse lo que sigue: José Carlos Mariátegui, **La escena contemporánea** y **El hombre matinal y otras estaciones del hombre de hoy**. Eric Hobsbawm, **Historia del siglo XX**, Primera parte: “la era de las catástrofes”, págs.29-225.

(4) Tulio Halperin, **Historia contemporánea de América Latina**, Cap. 5: “Madurez del orden neocolonial”, pág. 280-255.

(5) Entre los más destacados intelectuales, unánimemente críticos del sistema oligárquico de dominación, aunque con diferente énfasis, nacidos en su mayoría en la última década del siglo XIX o a principios del siglo XX, tenemos a los hombres y mujeres de los más diversos oficios y vocaciones profesionales: historiadores, sociólogos, economistas, políticos, narradores, poetas, pintores, etc. Aparte de Abraham Valdelomar (Ica, 1888-Lima, 1919) y Pedro Zulen (Lima, 1889-1925), un poco mayores pero muy próximos a ellos intelectual y emocionalmente, pueden ser mencionados los siguientes:

César Vallejo	(Trujillo, 1892- París,1938)
Luis Eduardo Valcárcel	(Moquegua, 1891-Lima, 1987)
José, Carlos Mariátegui	(Moquegua, 1894- Lima, 1930)
Víctor Raúl Haya de la Torre	(Trujillo, 1895- Lima, 1979)
José Uriel García	(Cusco, 1889-Lima,1965)
Raúl Porras Barrenechea	(Pisco, 1897-Lima, 1960)
Luis Alberto Sánchez	(Lima, 1900-Lima, 1994)
Jorge Basadre	(Tacna, 1903- Lima, 1980)
Jorge Guillermo Leguía	(Lima, 1898-Lima, 1934)
Emilio Romero	(Puno, 1899- Lima, 1985)
Alejandro Peralta	(Arequipa,1899-Lima,1965)
Arturo Peralta (G.Churata)	(Arequipa,1897-Lima, 1969)
Alberto Hidalgo	(Arequipa, 1897-Argentina 1967)
Alcides Spelucín	(Trujillo, 189)
Antenor Orrego	(Piura 189.-Trujillo, 19..)
Carlos Manuel Cox	(Trujillo, 189....)
Manuel Seoane Corrales	(Lima, 1899-EE.UU.1963)
Magada Portal	(Lima, 189.-.....)



Luciano Castillo	(Piura, 1895-Lima, 1985)
Hildebrando Castro Pozo	(Piura, 1891-Lima, 1945)
Eudocio Ravínez	(Cajamarca, 1895-México, 1983)
Ricardo Martínez de la Torre	(Trujillo, 1898-.....)
José Sabogal	(....., 1888-Lima, 1956)
César Moro (Alfredo Quispez Asín)	(Lima, 1903-1965)
César Falcón	(Lima, 1892-México, 1965)
José Diez Canseco	(Lima, 1904-Lima, 1949)
Carlos Oquendo de Amat	(Puno, 1905-España, 1936)

Se sostiene, según diversos estudiosos, que los años 20 fueron los del vendaval de las clases medias. Ese fue el contexto de constitución de un nuevo campo intelectual. Sus síntomas ya eran perceptibles por lo menos desde 1916-1918. Su precedente más cercano fue el grupo Colónida. Estos intelectuales de los años 20 se liberaron abierta y plenamente de la tutela de la oligarquía y de su cultura y, por eso, fueron capaces de forjar proyectos de carácter nacional y de protagonizar los más importantes y fecundos debates de este siglo. No pretendieron polemizar con alguna fracción moderna de la clase dominante. De hacerlo, sus resultados habrían sido estériles tal como les sucedió a los intelectuales del novecientos.

(6) Sobre Reforma Universitaria, Luis Alberto Sánchez, **Testimonio Personal, El Aquelarre 1900-1931**.

(7) El Discurso de Manuel Vicente Villarán, *Las profesiones liberales en el Perú*, ha sido citado o glosado muchas veces por numerosos estudiosos del problema de la educación peruana. Sobre la reforma universitaria del Cusco, consultar más adelante el capítulo correspondiente a la Tercera Parte del presente trabajo.

(8) Basadre, Jorge, *“Por primera vez los universitarios hablan al país en nombre del ideal de cultura”* en *La vida y la historia*, págs. 175-237; Luis Alberto Sánchez, **Testimonio personal**, Cap. IX: “Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver”, págs. 121-139.

(9) Idem.

(10) Idem.

(11) Luis Alberto Sánchez, **Los burgueses**, págs. 7-20.

(12) Manuel Vicente Villarán, op. cit.

(13) José Carlos Mariátegui, *“El proceso de la instrucción pública”* en **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**, págs. 105-161.

(14) **La reforma universitaria**, T.1: *El movimiento argentino*, compilación y notas de Gabriel del Mazo.

(15) Jorge Basadre, Op. cit.

(16) Jorge Basadre, op. cit.



- (17) Jorge Basadre, op. cit.
- (18) Ricardo Portocarrero, Introducción a la edición facsimilar de *Claridad*.
- (19) *Claridad*, ed. Facsimilar.
- 20) Sobre el Congreso de la Federación de Estudiantes, ver; Jorge Basadre, op. Citada; sobre el Congreso Obrero de Lima, JCM, **Ideología y política**.
- (21) Ver el trabajo de Gonzalo Espino Relucé, **La Lira Rebelde Proletaria. Estudio y antología de la poesía obrera anarquista (1900-1926)**. Para un conocimiento más amplio de la trayectoria del anarquismo en el Perú, pueden ser consultados: de Piedad Pareja, **La protesta 1911-1926, contribución al estudio del anarquismo en el Perú**, Tesis de Br. en historia, PUC, Lima, 1973; **Anarquismo y sindicalismo en el Perú 1904-1929**, ediciones Rikchay Perú, Lima, 1978. Para una información más pomenorizada acerca del itinerario de las UPGP y, al interior de ella, de las tendencias anarquistas, consultar: Julio Portocarrero, **Sindicalismo peruano. Primera etapa 1911-1930**, cap. III: “*la universidad popular*”, págs. 82-135, Lima, 1987.
- (22) *Claridad*, Ed. Facsimilar.
- (23) Interpretaciones sobre las primeras obras poéticas de Vallejo, se pueden encontrar en: José Carlos Mariátegui, “El proceso de la literatura”, en los **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**; Antenor Orrego, prólogo a la primera edición de Trilce. Washington Delgado, **Historia de la literatura peruana**.
- (24) Ver: Haya de la Torre, “¿Qué es el APRA?” en **Por la emancipación de América Latina**, págs. 129-135. Acerca de la fundación del Apra y su significado en la historia del Perú contemporáneo, la literatura política es frondosa, a favor y en contra y, también, existen las de carácter puramente académico.
- (25) Para un mayor conocimiento sobre el problema del indio y la cuestión del indigenismo en el Perú, puede verse: de Luis Enrique Tord, **El indio en los ensayistas peruanos 1848-1948**, Editoriales unidas S.A., Lima, 1978; Augusta Alfajeme y Mariano Valderrama, “El surgimiento de la discusión de la cuestión agraria y del llamado problema indígena” y “Viejas y nuevas fracciones dominantes frente al problema indígena: 1900-1930” en **Indigenismo, clases sociales y problema nacional**, Ediciones CELATS, Lima; Wilfredo Kapsoli, **El pensamiento de la Asociación Pro Indígena**, Centro Las Casas, Cusco, 1980; José Carlos Mariátegui, “El problema de la tierra” y “el problema del indio” en **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**; Efraín Cristal, **Una visión urbana de los Andes, Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930**.
- (26) Para una más amplia información consultar: **La polémica del indigenismo**. Textos y documentos recopilados por Manuel Aquézolo Castro. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez.
- (27) Idem. págs. 15-22.
- (28) Idem. págs. 39-52.
- (29) Idem. págs. 57-59.
- (30) Idem. págs. 22-31



- (31) Idem. págs. 31-33
- (32) Idem. págs. 34-36
- (33) Idem. págs. 36-39
- (34) Idem. págs. 69-73
- (35) Idem. págs. 73-77
- (36) Idem. págs. 77-81
- (37) Idem. págs. 81-85
- (38) Idem. págs. 86-91
- (39) Idem. págs. 94-96
- (40) Idem. págs. 91-93
- (41) Idem. págs. 123-177
- (42) Según el Doctor Alberto Tauro del Pino, *Amauta* alcanzó un lugar y una función equivalentes a *Mercurio Peruano* (1791-1794), cuyas páginas fueron animadas por los precursores y los gestores ideológicos de la Independencia y a la *Revista de Lima* (1859-1863 y 1873), tribuna de la elite del liberalismo peruano. En el largo plazo, probablemente esta afirmación tenga sentido: representar y/o expresar las tendencias renovadoras de una época.
- (43) Para una visión de la escena mundial en las primeras décadas del siglo XX, puede consultarse en primer lugar al propio Mariátegui: *Historia de la Crisis Mundial, La escena contemporánea, "25 años de sucesos extranjeros", etc.* También puede verse de Trotsky: *Historia de la revolución rusa* (2 vol.) SARPE, Madrid, 1985; de Isaac Deutscher: *Trotsky, el profeta armado*, ERA, México, 1973; de Nicolai Bujarin: *La economía mundial y el imperialismo*, Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973.
- (44) Mariátegui: **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**, Biblioteca Amauta, Lima, 1986.
- (45) Aníbal Quijano: "José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate", prólogo a los **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**, Biblioteca Ayacucho, Caras-Venezuela, 1979; del mismo autor, Selección, prólogo y notas introductorias a **José Carlos Mariátegui: textos básicos**.
- (46) Fernanda Beigel: "La 'nueva generación peruana' en la praxis editorialista de José Carlos Mariátegui", Simposio Internacional *Amauta y su época*, págs. 61-87.
- (47) Fernanda Beigel, Idem. César Germaná: "El campo intelectual peruano de los años 20 y el proyecto creador de Amauta", Simposio Internacional *Amauta y su época*, págs. 107-134.
- (48) César Germaná, Idem.



- (49) Ver *Amauta* No.4, pág. 3, diciembre de 1926.
- (50) Las discrepancias fueron surgiendo en el curso de 1927-1928, pero se acentuaron al producirse el debate sobre el carácter de clase del partido político revolucionario. La editorial del No.17 de *Amauta* expresaba la culminación de ese proceso. Los principales protagonistas de dicho debate fueron Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui.
- (51) Simposio internacional “*Amauta y su época*”, 1997. Discurso de inauguración por Sandro Mariátegui Chiappe, *Amauta y su época*, págs. 21-25.
- (52) Mayores elementos de juicio sobre la formación de los dos movimientos políticos indoamericanos, puede encontrarse en Aníbal Quijano: “José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate”; César Germaná: *El socialismo indoamericano de José Carlos Mariátegui: Proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana*, serie centenario, AMAUTA.
- (53) Durante el oncenio de Leguía tuvieron lugar diversos movimientos campesinos indígenas en el Perú y, entre ellos, los movimiento milenaristas y mesiánicos. Fueron los tiempos turbulentos “De Incas Redentores y de Profetas Libertarios que recorren las aldeas anunciando la era del Tahuantinsuyu y de la libertad”, de pueblos que buscan la constitución de una “nación inca”. Para mayores detalles, se puede consultar de Wilfredo Kapsoli: *Ayllus del sol, anarquismo y utopía andina*.
- (54) José Carlos Mariátegui: *Prólogo a Tempetad en Los Andes*, Minerva, Lima, 1928.
- (55) José Carlos Mariátegui, *Idem*.
- (56) Algunas de las reflexiones de Mariátegui sobre estos problemas, pueden ser vistos en sus trabajos que conforman *Ideología y Política* (vol. 13 de las obras completas): “Problema de las razas en América Latina”, “Punto de vista antimperialista”, “Antecedentes de la acción clasista en el Perú” y en los artículos que integran “motivos polémicos” que es la III parte del mencionado volumen.
- (57) Mariátegui, es uno de los más importantes escritores del movimiento que se inicia bajo es estímulo y la obra de Abraham Valdelomar
- (58) Para una mayor información sobre la vanguardia literaria, especialmente dentro de las corrientes indigenistas, ver de Jasmin López Lenci, *El Laboratorio de la vanguardia literaria en el Perú*.
- (59) Ver de César Germaná, “El campo intelectual peruano en los años veinte y el proyecto creador de *Amauta*”, *Amauta y su época*, pág. 107-134.
- (60) *Amauta* fue la más importante revista de debate acerca de los problemas y corrientes de pensamiento de la época. Era un espacio debate sobre la cuestión del indigenismo, el socialismo y el nacionalismo democrático, la reforma y la revolución.
- (61) La vanguardia literaria se plantea la creación del hombre nuevo.
- (62) J. C. Mariátegui: *Peruanicemos al Perú*, pág.69).
- (63) *Amauta*, si no se habría planteado la crítica de la civilización capitalista burguesa,



probablemente no tendría el significado y la vigencia que se le reconoce.

(64) Revista **Mundial**, 10 de julio de 1925.

(65) *Idem*.

(66) VER: Haya de la Torre, “La unidad de América Latina es un imperativo revolucionario del más puro carácter económico”, comentario crítico al libro de Manuel Ugarte “Destino de un continente”, en **Por la emancipación de América Latina**, págs. 11-16.

(67) Haya de la Torre, *Idem*, “Literatura imperialista”, págs. 50-54.

(68) Haya de la Torre, *Idem*, “Carta a Julio Barcos”, Buenos Aires, junio de 1925; Discurso en París, junio de 1925; y, Carta a Gabriel del Mazo, junio de 1925. págs. 59-100.

(69) El gobierno del general Juan Velasco Alvarado, de octubre de 1968 a agosto de 1975, producto de un Golpe Militar acaudillado por él, se autodenominaba “Gobierno revolucionario de las fuerzas armadas”. Su ideología reformista y nacionalista, recogía muchos elementos creados y/o elaborados por los movimientos antioligárquicos y antimperialistas nacidos en los años 20. Esas mismas fuerzas armadas que por espacio de 30 o 40 años habían combatido a estos movimientos, persiguiendo a sus líderes u obligándoles a la clandestinidad, como sucedió con el Apra, predicaban, durante el septenato un proyecto de construcción de una sociedad peruana “no comunista y no capitalista”. Lo cierto es que, más allá de las palabras, el gobierno del general Velasco Alvarado desencadenó un conjunto de reformas que pusieron término a los últimos vestigios de la oligarquía peruana.

(70) En el Perú y demás países de América Latina de aquellos tiempos, atrasados y arcaicos en el contexto del capitalismo internacional, eran revolucionarios tanto los movimientos democráticos nacionales como los movimientos socialistas.

(71) Los dos protagonistas de la polémica, Haya de la Torre y Mariátegui, tenían una experiencia cosmopolita de primer orden. Ambos conocían Europa, habían recorrido varios países y asistido a importantes debates políticos. Habían tenido acceso a una abundante literatura sobre la revolución rusa y los diez años del poder soviético.

(72) Se trata de uno de los aportes de la teoría materialista de la historia que ha sido confirmada por la realidad histórica concreta. Que se sepa, esta teoría no ha sido refutada por nadie.

(73) Ver: Mariátegui, **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**; “Punto de vista antimperialista”, en **Ideología y política**; Haya de la Torre, **Por la emancipación de América Latina**; **El Antimperialismo y el Apra**.

(74) Para mayor información sobre el problema del imperialismo y su debate, puede consultarse: Paolo Santi, “El debate sobre el imperialismo en los clásicos del marxismo”; Rodolfo Banfi, “A propósito de ‘El Imperialismo’ de Lenin”, en **Teoría marxista del imperialismo**, Cuadernos de PyP, Córdoba, Argentina, 1969.

(75) Para mayores elementos de juicio sobre los rasgos esenciales de la sociedad peruana en las primeras décadas del siglo XX, puede consultarse: Aníbal Quijano, **Imperialismo, clase sociales y estado en el Perú 1890-1930**; Julio Cotler, **Clases, estado y nación en el Perú**, cap. 3 y 4.



(76) Acerca de la polémica Haya-Mariátegui, puede consultarse: Alberto Flores Galindo, **La agonía de Mariátegui**, la polémica con la Komintern; Aníbal Quijano, **Reencuentro y debate: una introducción a Mariátegui**.

(77) Haya de la Torre, **El antimperialismo y el Apra**.

(78) Ver: Mariátegui, "Punto de vista antimperialista", en **Ideología y Política**.

(79) Sobre la cuestión de la dominación imperialista en el Perú y América Latina, es probable que todos o casi todos los "mariateguismos" en el Perú, a partir de 1930, hayan hechos suyos no precisamente la concepción de Mariátegui sino la de Haya de la Torre.

(80) Para tener una imagen sobre el impacto ecuménico y prolongado de la revolución francesa, puede consultarse de Eric Hobsbawm, **Las revoluciones burguesas**, ediciones Guadarrama, Madrid, 1964.

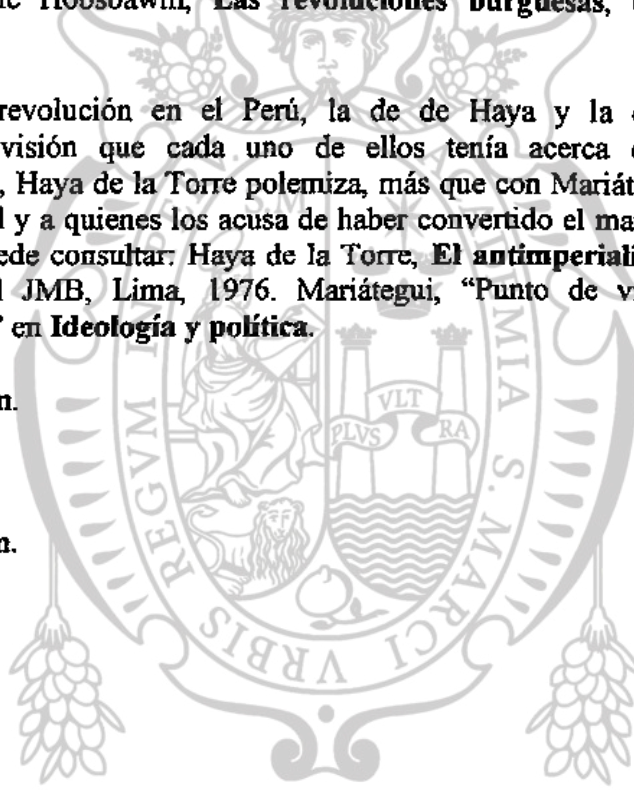
(81) La concepción de revolución en el Perú, la de Haya y la de Mariátegui, guarda correspondencia con la visión que cada uno de ellos tenía acerca del capitalismo y del imperialismo. Ciertamente, Haya de la Torre polemiza, más que con Mariátegui, con los dirigentes de la Tercera Internacional y a quienes los acusa de haber convertido el marxismo en dogma. Para mayor información, se puede consultar: Haya de la Torre, **El antimperialismo y el Apra**, Obras Completas, t. 4, editorial JMB, Lima, 1976. Mariátegui, "Punto de vista antimperialista" y "Principios programáticos" en **Ideología y política**.

(82) Haya de la Torre, *Idem*.

(83) Mariátegui, *Idem*.

(84) Haya de la Torre, *Idem*.

(85) Mariátegui, *Idem*





TERCERA PARTE:

**MOVIMIENTOS INTELECTUALES EN PROVINCIAS
EL CASO DEL CUSCO**





MOVIMIENTOS INTELECTUALES EN PROVINCIAS

Los movimientos intelectuales que surgieron y se desarrollaron en las provincias durante la primera etapa del Perú contemporáneo, es decir, en el curso de la primera modernización capitalista-burguesa de la sociedad peruana, son aquellos cuya historia arranca realmente a fines del siglo XIX y cuyos rasgos básicos fueron definiéndose y afirmándose a lo largo de las primeras tres décadas del siglo XX. Los integrantes o protagonistas de estos movimientos -fundamentalmente maestros, periodistas, poetas, narradores, dirigentes políticos, juventudes universitarias- procedían en su gran mayoría de los sectores sociales medios en proceso de formación principalmente en las ciudades. Casi sin excepción, ellos fueron los principales forjadores de la modernidad, esto es, de determinadas tendencias y niveles de pensamiento crítico. En este caso, se trataba de procesos de constitución de una *modernidad andina* sobre la base de dos herencias históricas: el pensamiento occidental europeo y el pensamiento andino no occidental, es decir, modernidad basada en la articulación del logos y el mito. Sus principales núcleos se constituyeron, en varios momentos, especialmente en Cusco, Puno, Arequipa, Trujillo, Piura, Jauja-Huancayo-Tarma, Huánuco, Huaraz. A lo largo de más de treinta años, esos núcleos fueron apareciendo y cubriendo espacios notoriamente vacíos hasta fines del siglo XIX, en las más importantes ciudades de provincias y que en muchos casos eran capitales de departamentos (1).



Los movimientos intelectuales de provincias fueron conformándose, en buena parte, en tanto que fuerzas impulsoras o adherentes de *movimientos democrático-nacionales* en gestación, los mismos que cristalizarían en la década del 20 y en el curso de la gran crisis de los años 30, al constituirse en grandes movimientos de masas y al ocupar lugar protagónico en la conducción ideológica y política de sectores importantes de explotados y dominados en el enfrentamiento a sus explotadores y dominadores que detentaban el poder económico y el poder del Estado. Segmentos de las clases medias emergentes y sectores populares, buscaban realizar las tareas históricas –como, por ejemplo, la liquidación de la feudalidad y la servidumbre- que la clase dominante o sus fracciones burguesas en el poder habían sido incapaces de cumplir. Todo esto no fue sino la constitución de los primeros, grandes y genuinos movimientos antioligárquicos y antimperialistas en la historia del Perú contemporáneo. Todo esto significaba el nacimiento de una nueva cultura política, democrática, dentro de la cual debían intervenir, como constructores de la nación, el campesinado indígena y demás grupos étnicos y culturales hasta entonces marginados. Algo similar estaba ocurriendo, como movimiento cultural y como prédica política, precisamente en esas mismas circunstancias, en casi todos los países de América Latina. Aquí en el Perú sus tendencias ideológicas y políticas más avanzadas, aunque discrepantes al mismo tiempo, se expresaron fundamentalmente a través del Apra de Haya de la Torre y del socialismo revolucionario de Mariátegui. A su vez, estas eran las dos vertientes ideológicas y políticas más avanzadas de la modernidad en nuestro medio. Vale decir de la modernidad andina. Su temprana y más alta expresión poética dentro de los movimientos de vanguardia era, sin duda, César Vallejo. Y entre los más reconocidos precursores de todas estas realizaciones de la modernidad en el Perú, un lugar central en la memoria histórica ocupaban don Manuel González Prada y Abraham Valdelomar (2).

Dentro de los procesos de constitución de los *movimientos democrático-nacionales*, los jóvenes intelectuales de provincias, vinculados muchos de ellos a la vida universitaria y profesional, aparecían protagonizando, en la partida, movimientos como el regionalismo, el indigenismo, el descentralismo. Como diría el historiador José Luis Renique, indigenismo y descentralización son en las primeras décadas del siglo, las expresiones que asume el



regionalismo en respuesta a una modernización tan amenazante como prometedora. Esto vale fundamentalmente para el Cusco y el Sur Andino, pero también puede extenderse para los casos de las demás provincias del país. En efecto, si se mira con mayor detenimiento, los jóvenes intelectuales del Cusco, al igual que otros grupos de la inteligencia de provincias, aparecían debatiendo las mismas cuestiones centrales: la cuestión agraria y campesina, el “problema del indio”, la cuestión de la mujer, la cuestión de la educación, el problema del centralismo, el regionalismo, la ciudadanía, la cuestión nacional y la revolución social. Los unos y los otros se nucleaban en revistas y otras publicaciones que justamente tenían la virtud de mostrar la diversidad de matices del debate (3).

Por otra parte, es necesario recordar que aquellos movimientos intelectuales de provincias recibieron, por lo menos en dos o tres momentos diferentes y decisivos de su evolución, impulsos de ruptura y renovación provenientes de Lima. En primer lugar, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, desde mucho antes de la coalición pierolista-oligárquica, tenemos que reiterarlo, estaba el mensaje de don Manuel González Prada quien ya en el célebre discurso del Politeama había roto los fuegos en la batalla contra la dominación oligárquica de los terratenientes, denunciando la incapacidad y la corrupción de la clase dominante y de sus Fuerzas Armadas, la sujeción de las masas campesinas a la ignorancia y a la servidumbre y, al mismo tiempo, llamando a la juventud a la lucha contra esa deplorable realidad. Poco después, en el Teatro Olimpo, arremetía contra la mediocridad y el servilismo hipócrita de los intelectuales oficialistas, reclamando a la nueva generación "romper con el pacto infame y tácito de hablar a media voz". Y, luego, publicaba "Propaganda y Ataque" señalando que el verdadero fundamento de la nación lo constituían las masas indígenas y que hasta tanto ellas no estuvieran plenamente representadas en el Estado no se podía esperar un cambio sustantivo de los problemas del país. Don Manuel González Prada, que aparecía representando la versión revolucionaria del liberalismo, no se limitaba, como había sido hasta entonces en el campo liberal, a la crítica de los vicios políticos e ideológicos solamente, sino que avanzaba hasta poner en cuestión la base misma del orden oligárquico, introduciendo en el debate nacional aquello que vino a ser uno de sus temas centrales por varias décadas, el problema del campesinado indígena, y estableciendo los primeros elementos consistentes de un proyecto democrático-burgués



avanzado, que no puede ser considerado como una mera prolongación del liberalismo anterior. Y, asociado a todo esto, entraba en debate el problema del "colonialismo interno" que era el fundamento de la falta de integración nacional. Por lo demás, a su retorno de Europa, casi al finalizar el siglo, González Prada fue el representante más destacado del anarquismo en el Perú y sus ilustres ideas fueron difundidas, durante los primeros lustros del nuevo siglo, en numerosas y frecuentes publicaciones asociadas fundamentalmente a la prensa obrera. En segundo lugar, entre 1912 y 1919, años en los que ya estaban siendo erosionadas las bases de la coalición oligárquica para desembocar finalmente en el golpe leguista (1919), la figura dominante en el terreno de la creación y renovación literaria fue Abraham Valdelomar y ejerció significativa influencia en plano nacional. El inspiró el movimiento **Colónida** y la revista que se publicó con dicho nombre en 1916 constituyó especial estímulo para las juventudes de las provincias y generó agrupaciones y publicaciones locales. Con sólo la publicación de sus únicos 4 números, **Colónida** representaba ya un nuevo estado mental que aprendía a cuestionar la presencia de la mentalidad señorial y su academicismo. No podían haber actuado de otro modo quienes que como él se sentían herederos de las enseñanzas del maestro Manuel González Prada. El mismo año de 1916 fue publicada por Valdelomar y sus amigos más cercanos **Las Voces Múltiples**, produciendo también, por las mismas razones, gran impacto especialmente en medios intelectuales y literarios. En tercer lugar, vendrán las corrientes ideológico-políticas de la década del 20 y una de cuyas principales sedes fue Lima. En esta ciudad aparecieron sus más destacados órganos de prensa y a través de ellos se librarían los debates acerca de los grandes problemas de la sociedad peruana y latinoamericana. Sus mayores líderes serían Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, en realidad los más radicales y profundos críticos del poder tradicional habidos hasta entonces en el Perú republicano. En esta parte, debe considerarse de manera especial, por razones ya conocidas, que la actividad intelectual de Mariátegui fue ejercida exclusivamente en Lima y desde aquí fueron difundidas sus ideas a las demás regiones y provincias peruanas. Es cierto que también él se nutrió de la savia de éstas. Desde su retorno de Europa en 1923, Mariátegui desplegó intensa actividad para articular Lima y las provincias o, más precisamente, a los diversos núcleos intelectuales de provincias a través de la creación literaria, de la crítica literaria y artística y del pensamiento socialista. El hecho de que esta articulación haya tenido lugar en el Perú de



los años 20, permite sostener de que los diversos núcleos de las provincias, como después lo hiciera el propio Mariátegui, habían estado explorando y desarrollando la misma perspectiva intelectual: una perspectiva de racionalidad no necesariamente eurocéntrica. La revista **Amauta**, los **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**, los textos que conforman **Ideología y política** y otros escritos de esos años lograron dar cuenta de ese peculiar transfondo (4).

Aquella modernidad en proceso de elaboración tanto por la inteligencia de las provincias, como por el propio Mariátegui y también por Haya de la Torre, en el curso de los años 20, era radicalmente distinta a la “modernización”, a esa quimera de modernidad sin revolución de la sociedad, sin mutación del sentido mismo de su historia, como quería la inteligencia criollo-oligárquica de Lima. *Ciertamente, para toda o una parte de la inteligencia peruana antioligárquica y antimperialista, incluidos sus diversos matices, la modernidad era concebida como racionalidad, organización, eficiencia, pero no sólo como “progreso” o “desarrollo”. Para ellos la modernidad en el Perú implicaba necesariamente cambio, ruptura, otro sentido de la historia. En estas concepciones y convicciones radicaba la autonomía y capacidad de resistencia para no dejarse doborar por el positivismo leguista o más tarde por el stalinismo (énfasis nuestro).* Al margen de estas condiciones y/o premisas, difícilmente encontrarían explicación consistente algunas de las más permanentes y genuinas expresiones de la vida artística y literaria y de la cultura política peruana (5).

En la década del 20, sobre todo en su segunda mitad, fueron posibles avances sustantivos en los esfuerzos por la desoligarquización del Estado, por la democratización y nacionalización de la sociedad y por el desarrollo de un proyecto de identidad histórica. Pero en los primeros años de la década del 30, en una situación de crisis generalizada y de agudización de los conflictos sociales y políticos, sobrevinieron la primera contención y derrota para los movimientos y tendencias, intelectuales y políticos, que conducían aquellos esfuerzos. El resurgimiento y ciertamente un desarrollo más amplio de estos movimientos y sus nuevas tendencias (ante el ocaso oligárquico, mayor democratización, ampliación y maduración de las fuerzas sociales interesadas en la construcción de un proyecto de



identidad histórica), pertenecen a una historia más reciente, esto es, a los cuarenta años posteriores al término de la Segunda Guerra Mundial. Sólo que, a estas alturas, en esta década final del siglo XX, debemos anotar que casi todos los avances alcanzados en las varias etapas de esta ya larga ruta de democratización y nacionalización de la sociedad, no han podido ir más lejos sino que, por el contrario, se han desmoronado o han colapsado ante nuestros ojos en el contexto de un inesperado y sorprendente triunfo de una contrarrevolución mundial (6).





Capítulo I

Panorama general en provincias

Movimientos intelectuales en el Sur Andino

En el Sur Andino (Arequipa, Cusco y Puno), extensa región precapitalista bajo el dominio del capital mercantil-comercial y, desde fines del siglo XIX, escenario de frecuentes rebeliones indígenas, la historia de formación de núcleos de escritores e intelectuales fue intensa y repleta de acontecimientos y conflictos.

El Sur Andino, fue configurándose como la tercera región en importancia del país, además de la Costa Norte y la Sierra Central. Esta extensa región del sur había sido prácticamente intocada por las fuerzas chilenas durante la guerra del Pacífico y la ocupación, a pesar de su cercanía a los campos de batalla que estuvieron en los territorios peruanos que luego terminaron en poder de Chile y a pesar de su vecindad con la también derrotada y mutilada Bolivia. Arequipa, Cusco y Puno no llegaron a constituir escenarios siquiera temporales de confrontaciones bélicas entre invasores e invadidos, lo que no significa que, en el contexto de la catastrófica derrota peruana, no hayan estado atravesados por crecientes tensiones sociales y políticas. Constituyeron, sobre todo, un inmenso espacio para el prolongado reinado del capital mercantil-comercial, que explotaba o acaparaba ingentes recursos de materia prima sin tener que alterar o modificar las relaciones sociales de producción precapitalista. El cuartel general de todo el movimiento mercantil-comercial estaba asentado en la ciudad de Arequipa. El ferrocarril Arequipa-Puno-Sicuani-prolongado más tarde hasta la propia ciudad del Cusco- amplió la intercomunicación aunque tampoco transformó esta región. Esta línea ferrocarrilera del sur, que sirvió para



ligar el interior de Puno, Cusco y Arequipa con los puertos de Islay y Mollendo, transportaba lanas (de alpaca y oveja) y cueros que salían con destino básicamente a Inglaterra y secundariamente a Lima. Subsidiariamente, trasladaba dentro de la región tanto a campesinos indígenas como a los pobladores de ciudades que se movían entre los diversos espacios comerciales (1).

Otra cuestión importante en el Sur Andino, especialmente en Cusco y Puno, fue la relativa frecuencia de “rebeliones indígenas” como parte de todo un *nuevo ciclo de movimientos campesinos* que a nivel nacional se desencadenó al término de la guerra del Pacífico y se prolongó hasta comienzos del oncenio de Leguía. Se puede decir que este *nuevo ciclo* arrancó en las sierras de Ancash con el levantamiento campesino de Atusparia de 1885 y fue cerrado con el levantamiento campesino de Huancané de 1923. Por su duración, intensidad y frecuencia, este *ciclo* sólo puede ser comparable con aquel otro que durante gran parte del siglo XVIII sacudió el poder de la dominación colonial hispánica en el mundo andino. Quizás la más apropiada denominación de aquellos movimientos campesinos indígenas que reaparecieron en los inicios mismos del Perú contemporáneo, sea la acuñada por el historiador y maestro Luis E. Valcárcel: *tempestad en los andes* (2).

Los movimientos campesinos indígenas en el Sur Andino habían sido prologados, en cierto modo, por el levantamiento ocurrido entre 1867 y 1868, bajo el liderazgo Juan Bustamante, de las comunidades aymaras y quechuas asentadas a orillas del Lago Titicaca, pertenecientes básicamente a Lampa y Azángaro. Aparte de hacer frente a formas concretas de la dominación del gamonalismo y del Estado, este movimiento se caracterizaba por retomar una ideología incaista y utópica: la restauración del Tahuantinsuyo. En las dos décadas siguientes al término de la guerra del Pacífico, al reiniciarse y acentuarse la ofensiva del gamonalismo, estallaron otras rebeliones indígenas aunque en forma más o menos aislada y dispersa, principalmente de carácter antifiscal y en defensa de sus tierras comunales. Luego, casi coincidiendo con los hechos de la Primera Guerra Mundial, entre 1913 y 1917, se desencadenó en el Altiplano un segundo levantamiento de campesinos, nuevamente en Lampa y Azángaro, partiendo de los ayllus, las parcialidades y las comunidades; su principal líder fue el mayor Teodomiro Gutiérrez Cuevas (Rumi Maqui).



Aparte de razones de carácter coyuntural, también en esta oportunidad la imaginación campesina fue recorrida por la idea de restauración del imperio de los Incas. Finalmente, los movimientos campesinos ocurridos en la región entre 1920 y 1923 han sido denominados como La Gran Sublevación y sus principales escenarios fueron Puno y Cusco. En el Cusco tuvieron lugar numerosos levantamientos siendo el más conocido el de los campesinos de Tocroyoc (Espinar), bajo la conducción de Domingo Huarca. Estas numerosas y diversas rebeliones indígenas eran conocidas en las ciudades del sur aunque no llegaran a suscitar inmediata y activa solidaridad. Más bien, suscitaban preocupaciones de carácter académico e intelectual: estudiar y conocer mejor el problema del indio (3).

EN CUSCO, entre los más importantes centros de quehacer intelectual, lo primero que se constituyó fue el *Centro Científico* y su **Boletín Científico**, entre 1897 y 1907, bajo la principal influencia de los profesores de orientación positivista que enseñaban en los centros académicos de esa ciudad; luego vino la *Asociación Universitaria*, fundada y conducida por los estudiantes que desencadenaron el movimiento reformista en la Universidad San Antonio Abad en 1909; los mismos estudiantes fundaron su revista **La Sierra**; luego, apareció la **Revista Universitaria** como órgano oficial de la Universidad, dirigido por el rector Alberto Giesecke, constituyéndose desde un principio en eje de la investigación científica y del debate en la región y cuya primera etapa se prolongó de 1912 a 1927. En la década del veinte aparecieron el grupo *Kosko* y su revista del mismo nombre (1924-1925), bajo conducción de muchos de los elementos que se habían formado durante la mencionada experiencia reformista; el grupo *Resurgimiento*, un frente indigenista conformado por algunos de los intelectuales más destacados como Luis Valcárcel; el grupo *Ande* y su revista **Kuntur** (1927-1928) integrado básicamente por quienes planteaban un indigenismo radical moviéndose entre el nacionalismo democrático y el socialismo; y, el grupo que publicó la revista **La Sierra** (1927-1930), de orientación indigenista pero dentro de una concepción más claramente democrático-nacional. Las obras más representativas y culminantes de la vida intelectual cusqueña de aquella época fueron **Tempestad en los Andes** de Luis Valcárcel y **El nuevo indio** de José Uriel García (4).

EN PUNO, primero bajo el impacto del movimiento *Colónida*, fue formándose la



constelación del **Boletín Titikaka**, y cuyos más destacados propulsores fueron los hermanos Alejandro y Gamaliel Churata; luego, Alejandro y Gamaliel Churata (Arturo Peralta), poetas los dos, fundaron en 1926 el *Grupo Orkopata* junto con Mateo Jaica, Emilio Armaza, Dante Nava, José Bedregal, Víctor Enrique Saavedra y Benjamín Camacho. Precisamente este grupo editó, entre 1926 y 1929, la revista literaria **Boletín Titikaka**; este Boletín también publicaba colaboraciones de intelectuales cusqueños y limeños e igualmente de intelectuales bolivianos. Una de las connotaciones de este movimiento era un singular “indigenismo” (una tendencia a producir un discurso indígena) y, como tal, representó una de las expresiones más originales de la vanguardia literaria peruana. Personajes puneños contemporáneos a esas inquietudes fueron Emilio Romero, Ezequiel Urviola, José Antonio Encinas, Francisco Chukiwanca Ayulo, José Frisancho Macedo y otros. Pero, previamente a esa experiencia, existió en Puno, durante varios años, la *Bohemia Andina* y publicaba una revista literaria denominada *Tea* (1917-1918); también, tuvieron cierto impacto y alguna fuerza cohesionadora publicaciones como **Ondina**, dirigida por Gustavo Manrique, **Ritmos Andinos**, dirigida desde Arequipa por Emilio Romero, Juan Jiménez y Antonio Salguero. La obra mayor que produjo el movimiento puneño Orkopata, fue la de Gamaliel Churata: **El Pez de Oro, Retablos de Laykhakuy**. Esta obra fue escrita probablemente en 1927, su publicación en los momentos aurales fue frustrada por la dictadura de Sánchez Cerro y, por eso, no pudo ser conocida por mucho tiempo. La primera edición apareció recién en 1957 en La Paz, Bolivia, país donde su autor había vivido por más de treinta años. En 1987, la obra fue reeditada por Corde-Puno en Lima (5).

EN AREQUIPA, en 1890 un núcleo de intelectuales formó la *Asociación Patriótica* como canal orgánico del nuevo mensaje nacionalista luego de la catástrofe que significó para el Perú la Guerra del Pacífico (en Lima, existía el Círculo Literario desde 1886); algunos de los nombres más destacados que conformaron aquella asociación arequipeña fueron: Eliodoro M. del Prado, Manuel Pío Chávez, Francisco Gómez de la Torre, José Segundo Osorio, Arturo P. Linares; ellos fundaron el semanario local **La Patria**; en algunos de sus escritos declaraban que ideológicamente hacían suyo los postulados de la Revolución Francesa, tomando como la mejor herencia la noción de libertad; defendieron



también las ideas del progreso, insistente mito del pensamiento positivista; en el plano político, condenaron los tratados con la Grace y combatieron al gobierno de Cáceres; sus contactos con Lima se produjeron a través de las coordinaciones con la Unión Nacional y la sistemática colaboración mutua entre **La Patria** y los semanarios limeños **La Linterna**, **El Callao** y **La Integridad**, en los cuales escribían los miembros del Círculo Literario; su nacionalismo beligerante de las primeras horas, así como su rápida identificación con el radicalismo de González Prada, generó fuertes tensiones con el poder local arequipeño. Luego, quienes habían sido miembros de la *Asociación Patriótica* constituyeron en 1897 la *Liga de Librepensadores* y a cuya cabeza se encontraba Francisco Mostajo; difundieron el **Libre Pensamiento** panfleto de indiscutible contenido anticlerical y, a su vez, antigamonal y antioligárquico; también se nutrían de las corrientes naturalistas y positivistas así como también del modernismo en el campo literario; para responderles, resurgieron agrupaciones y círculos católicos. Un segundo momento de quehacer intelectual y político contestatarios, fue la formación del *Partido Liberal Independiente* en 1900-1901; fue una especie de "jacobinismo" liberal, representó una seria ruptura con el dominio clerical en la región, sus más conocidos representantes fueron Mariano Lino Urquieta (1867-1920) y Francisco Mostajo (1874-1953); cohesionaron a segmentos de explotados y dominados tras el anticlericalismo y contra el poder aristócrata-católico; de ese modo, el movimiento liberal aparecía conformado por núcleos de artesanos, intelectuales, profesionales, pequeños propietarios agrícolas y empleados del comercio; otros de los líderes del liberalismo radical arequipeño fueron Choquehuanca Ayulo, Campos, Málaga, Samuel Velarde, Víctor Lira, etc. Además, en 1901 fueron fundados **El Ariete**, la **Sociedad Antropológica** y **Filarmónica**; en 1905 el diario **El Pueblo** y la revista **Juventud**. En 1906 se celebró por primera vez el 1ro. de mayo, día internacional de los trabajadores; Francisco Gómez de la Torre dictó la conferencia "Algo sobre el socialismo"; en 1907 se fundó la Escuela Normal de Mujeres. Augusto Aguirre Morales y Fortunato Morales de Rivera fundaron **El Ateneo de Arequipa**; en 1907 fueron fundados las revistas **Prisma** y **Albores**; en 1909 aparecieron **Arlequín**, **Arequipa Ilustrada** y **Sucesos**. Por entonces serían publicados **Cirrus** de Renato Morales y del cual se dice que es el primer libro político importante del siglo XX en Arequipa. Poco más tarde, durante la segunda década del siglo XX, se fue conformando un movimiento intelectual-artístico destacado; al parecer, con ellos habría empezado el



abandono del modernismo; algunos de sus integrantes fueron César A. Rodríguez, Belisario Calle, Miguel Angel Urquieta, Alberto Hidalgo; este último y otros, migraron prontamente hacia Lima, entre ellos Percy Gibson, y se vincularon a los escritores y artistas que marchaban bajo el comando de Abraham Valdelomar (6).

Movimientos intelectuales en la región norte

Los movimientos intelectuales en el norte del Perú, constituyen también otra de las fuentes decisivas del pensamiento peruano contemporáneo del siglo XX. En la región norte, desde fines del siglo XIX, la penetración capitalista sobre suelo feudal se había producido con la mayor fuerza e intensidad y la modernización capitalista en la economía y la sociedad había marchado con bastante celeridad (7).

Dentro de ese proceso, la Costa Norte se convirtió en la región económica más moderna y potente del país y cuyo núcleo lo conformaron, primero, las haciendas agroindustriales de los departamentos de La Libertad y Lambayeque y, poco después, a éstas se agregaron la actividad extractiva del petróleo en los yacimientos de la Brea y Pariñas en Talara. Además, en el Norte mismo, pero en la sierra de la Libertad, el gran capital explotaba las minas de Quiruvilca. En suma, se trataba de la explotación y dominación establecidas por los grandes enclaves capitalistas en dicha región. Más o menos desde 1890 para adelante, los que más tarde serían llamados "barones del azúcar" fueron desplazando de su antiguo poder hegemónico a los herederos de la aristocracia señorial trujillana que detentaban la propiedad y tenencia de las tierras más extensas y productivas. Había empezado lo que sería una sistemática desnacionalización de tierras en el Perú. Se debe anotar aquí que, en realidad, el punto de partida de esta desnacionalización ya había tenido lugar con la transferencia de los títulos de propiedad de terretenientes peruanos a extranjeros en los tiempos de la invasión del ejército chileno, con el argumento de poder mantenerse a salvo de sus correrías destructivas, saqueos e imposición de cupos. De modo simultáneo a esta desnacionalización, el capital moderno desencadenó un intenso proceso de concentración de tierras, poniendo en marcha variados mecanismos para la adquisición, compra o acaparamiento de tierras de las numerosas haciendas, de fundos, de medianas y



pequeñas propiedades y de tierras comunales. Se podría decir que con esta experiencia de modernización adquiría terrenalidad la ley histórica según la cual el capitalismo no consiente la fragmentación de la propiedad de la tierra. De este modo, con la concentración de tierras, se echaron a andar una de las indispensables bases internas para la constitución de los “enclaves” agroindustriales de la Costa norte. Durante esta misma etapa, la antes próspera y aristocrática ciudad de Trujillo fue estancándose y languideciendo cada vez más, en términos económicos y comerciales, al debilitarse sus relaciones con la gran actividad agraria de la región. El poder económico de las familias de apellidos aristocráticos fué experimentando una irreversible declinación. Como se sabe, el azúcar y el algodón eran economías para fuera, es decir, para la exportación como materia prima y no para su transformación y comercialización en el mercado interno (8).

Por lo demás la economía capitalista de enclave, por lo menos en el Perú, no se caracterizó por inyectar vitalidad a las ciudades ya existentes y menos por crear otras nuevas como centros urbanos modernos de comercialización o de producción.

La enorme mayoría de los miles de trabajadores asalariados, sino la totalidad, concentrados en los enclaves del Norte peruano, era de reciente extracción campesina, reclutada mediante el tradicional sistema de enganche fundamentalmente en zonas de la serranía que abarcaban diversos espacios hasta Cajamarca. A la larga, éstos constituyeron el proletariado agrícola de la región. Para alimentar a esos miles de trabajadores, las empresas capitalistas compraban productos de origen precapitalista y, desde luego, a bajos precios. Así fue imponiéndose la monopolización del comercio interno: el capital moderno fue acaparando vorazmente productos del mundo precapitalista (haciendas, pueblos, comunidades indígenas, etc.). Poco más tarde, a la actividad agroindustrial de La Libertad y Lambayeque se sumaría la actividad extractiva del petróleo de Talara, en el departamento de Piura, explotando los yacimientos de la Brea y Pariñas, también básicamente para la exportación. Este fue, hasta 1968, el único y gran “enclave” petrolero en el Perú, motivo de muy enconados debates y de las más violentas confrontaciones políticas. De otra parte, fue este escenario regional de la Costa norte el que fue denominado por la literatura política como el “sólido norte” y cuyas connotaciones serán vistas más adelante (9).



EN TRUJILLO se formó el *Grupo Norte*. En sus comienzos fue conocido como *Bohemia de Trujillo*. Sus principales integrantes fueron: Antenor Orrego, César Vallejo, Carlos Valderrama, José Eulogio Garrido, Francisco Imaña, Alcides Spelucín, Juan Espejo Asturrizaga, Francisco Sandoval y Víctor Raúl Haya de la Torre. El de Trujillo fue, sin duda, uno de los movimientos intelectuales de provincias de mayor vitalidad y cuyo surgimiento estaba dirigido no solamente contra los tradicionales grupos de poder oligárquico sino también frente al inmenso poder del capital moderno en acción precisamente en La Libertad y la región norte del país. Acerca del surgimiento de intelectuales contestatarios en aquel contexto, el profesor Peter Klaren dice lo siguiente:

"A pesar de la intransigencia general de la estructura de poder local y nacional frente a la aparición de las presiones sociales, en 1915 surge en Trujillo un pequeño grupo de liberteños intelectualmente inquietos que, al cuestionar las costumbres generales de la ciudad de Trujillo, oportunamente llegó a desafiar el dominio político de la elite de la región. Con la denominación de *Bohemia Trujillana*, que le asignó el periodista y escritor limeño Juan Parra del Riego, que visitó Trujillo en 1916, este grupo se formó como una especie de club literario de avant garde. Sus fundadores fueron José Eulogio Garrido, poeta y escritor local, y Antenor Orrego Espinoza, periodista trujillano y posteriormente el principal ideólogo del movimiento aprista. El grupo que en su apogeo probablemente no contó con más de diez a quince miembros, en su mayor parte estudiantes de la clase media de la Universidad de Trujillo, incluyó entre otros al poeta César Vallejo, al pintor Macedonio de la Torre y al después fundador del aprismo Víctor Raúl Haya de la Torre ... Al mismo tiempo que defendía posiciones literarias de vanguardia, que a menudo escandalizaban a los demás literatos de Trujillo, el grupo también la emprendía contra otros aspectos conservadores de la sociedad y cultura de Trujillo que aún presentaba el cuadro de una ciudad peruana de siglos pasados, estética y ranciamente aristocrática..."

Algunos de los nombrados, tuvieron que salir muy pronto de Trujillo deseosos de elevar sus conocimientos y ampliar sus horizontes. Haya de la Torre en 1917 y Vallejo en 1918, viajaron a Lima y se matricularon en la Universidad de San Marcos. Spelucín viajó al extranjero. Sus andanzas y hazañas, hasta por lo menos 1923, constituyeron momentos decisivos para la historia literaria y política del Perú. En ese lapso, César Vallejo publicó dos de sus obras poéticas fundamentales: **Los Heraldos Negros** (1918) y **Trilce** (1922).



Mientras tanto, el grupo inicial de Trujillo y otros nuevos integrantes, como Carlos Manuel Cox, escribían en periódicos locales y asumían la defensa de los trabajadores del valle de Chicama, por ejemplo durante las huelgas de 1918 y de 1921. Entre varias cuestiones, los trabajadores buscaban organizarse en sindicatos. En 1922, Alcides Spelucín regresó del extranjero. En 1923, Alcides y su hermano Belisario Spelucín, Antenor Orrego, Federico Esquerre, Juan Espejo Asturrizaga y Carlos Manuel Cox, fundaron el periódico **El Norte** y conformaron el correspondiente cuerpo de redactores. "En el Trujillo conservador, muy pronto **El Norte** ganó la reputación de periódico liberal y reformista, generalmente afín con los intereses de los sectores emergentes bajos y medios. Frecuentemente aparecían artículos y editoriales que defendían intereses como los de los braceros azucareros, de los pequeños propietarios, de los empleados y los intereses mercantiles de la comunidad, intereses que, como hemos visto, de un modo u otro estaban comprometidos en hacer frente a la política de las grandes compañías azucareras..." (10). En 1922-1923 señalaron en forma más o menos clara la disolución de la original *Bohemia de Trujillo*, cuyo punto culminante fue el *Grupo Norte*. Estos hechos quedaron registrados como puntos de partida de una posterior, prolongada y singular historia. Elementos procedentes de Cajamarca, como el periodista y luego dirigente político Eudocio Ravines, el poeta Armando Bazán y otros, estaban vinculados mayormente a Trujillo.

Aparte de Trujillo, EN PIURA surgió el principal grupo intelectual en torno a la revista **Ariel**; algunos de sus integrantes fueron Ricardo Vega García (Galterio sin haber), Enrique López Albújar y otros. La obra literaria de López Albújar está seguramente entre las más conocidas del país. Otras figuras destacadas de la intelectualidad piurana fueron Hildebrando Castro Pozo y Luciano Castillo. Castro Pozo escribió acerca de las Comunidades Indígenas y el Cooperativismo Incaico. Luciano Castillo fue estudioso de la economía y fundador del Partido Socialista, con posterioridad al Partido Comunista Peruano que fundara E. Ravines. Además, Luciano Castillo fue organizador y líder de los trabajadores petroleros de Talara. Casi todos estos personajes escribieron en la revista **Amauta** de José Carlos Mariátegui, quien ejercía el más alto liderazgo intelectual de todos aquellos que cuestionaban el orden de dominación existente en este país y buscaban su transformación (11).



Región de la Sierra Central y sus provincias

No podemos dejar de referirnos, aunque sea brevemente, a la inmensa región de la Sierra Central y a su pasado inmediato. Su importancia en la configuración del Perú del siglo XX ha sido decisiva. A partir de 1901, la Sierra Central se convirtió en otra de las regiones más importantes de la etapa contemporánea del país. Aún no terminaba de salir de las violentas convulsiones que había sufrido durante la Guerra del Pacífico y la ocupación. Esta región había sido escenario de las frecuentes correrías, saqueos y destrozos cometidos por soldados del ejército chileno durante los meses y años que duró la ocupación (enero de 1881- octubre de 1883). Andrés A. Cáceres y las fuerzas de resistencia interna, tuvieron a esta región como su principal teatro de operaciones. Nos estamos refiriendo básicamente a los actuales departamentos de Cerro de Pasco, Huánuco, Junín, Ayacucho, Apurímac y Huancavelica. Casi nada quedó a salvo de la actividad destructiva de las fuerzas invasoras. Las incursiones del ejército chileno por esos lugares, causaron depredación del ganado, destrucción de minas y haciendas de propiedad de los grupos dominantes serranos. Bajo liderazgo de Cáceres, conocido por la historia como el “héroe de la breña”, tuvieron que ser movilizadas el campesinado, los habitantes de las todavía pequeñas ciudades y los propios grupos dominantes locales y regionales. En realidad, los terratenientes estuvieron sometidos a presiones de dos fuerzas distintas y opuestas entre sí: por un lado, las fuerzas chilenas de ocupación que incursionaban por la región y, por otro lado, las fuerzas campesinas indígenas organizadas en guerrillas y en proceso de progresiva radicalización al transitar de la resistencia de carácter nacional hacia las luchas de carácter social (12).

Concluida la ocupación, los terratenientes exigieron una inmediata paz en todo el país de acuerdo a sus intereses de clase. Esto es una “paz terrateniente”. Se lo plantearon al recién instaurado gobierno del general Miguel Iglesias. Pero en el caso de la región central, la cuestión se presentaba de manera dramática y urgente. Se exigía el desarme de las guerrillas indígenas. Este tipo de paz que apuntaba al restablecimiento del viejo orden terrateniente, fue suscrito tanto por el presidente Iglesias como por su contrincante el general Cáceres. Pero fue a éste que correspondió directamente la ejecución de tal desarme



en la región central del país lo que debía significar no sólo el desarme y la derrota política de las guerrillas campesinas sino, sobre todo, la eliminación física de su liderazgo. Según Nelson Manrique, "la pacificación de la Sierra Central era imperativa porque al concluir la guerra la estructura social terrateniente había sido quebrada: aún en 1888 cuarenticinco de las haciendas más importantes de la región comprendida entre Cerro de Pasco y la provincia de Tayacaja, en el norte de Huancavelica, estaban en poder de los indígenas en armas...La pacificación de la Sierra Central combinó el manejo político de los conflictos, allí donde esto fue posible, con el recurso a la violencia, cuando la beligerancia indígena cerraba el camino a una salida negociada. Cáceres no pudo concluir esta tarea. Recién en 1902 se recuperaron las últimas haciendas ocupadas por los indígenas de Comas, gracias a una movilización militar en la que participaron fuerzas de la gendarmería de Junín, tropas enviadas desde Lima y hombres de la región enganchados por los terratenientes afectados" (13). En plano nacional la pacificación no fue tarea fácil; por años persistió el bandolerismo, que tendió a hacerse endémico en determinadas zonas, dada la debilidad del Estado y su impotencia para ejercer un control efectivo sobre vastas zonas del país.

Aquel escenario de la heroica y popular resistencia comandada por Cáceres, cuyos principales protagonistas fueron los campesinos indígenas, fue contituyéndose, poco después, en la otra poderosa región peruana de los enclaves capitalistas. Desde 1901 fue instaurándose el poder de lo que sería la Cerro de Pasco Corporation. En el transcurso de los primeros treinta años, esta compañía explotó algo más de una docena de yacimientos mineros distribuidos entre Cerro de Pasco, Junín, la sierra de Lima y finalmente Huancavelica. En el curso de esas tres décadas fue modificándose en varios aspectos el paisaje y la vida en la región central del país. Entre varias cuestiones, apareció en sus mismas entrañas un nuevo actor social y político de la región y del país: el proletariado minero. De otra parte, tanto como en el caso de la Costa Norte, en la Sierra Central el capitalismo de enclave, no impulsó el crecimiento o desarrollo de la ciudades capitales de departamentos y de provincias y, menos aún, dió vida a otras nuevas, salvo la ciudad de Cerro de Pasco que fue y es apenas un centro de consumo y no de producción (14).



En la región central y otras provincias o capitales de departamentos, no surgieron precisamente grupos o movimientos intelectuales equivalentes a los del Sur o del Norte; pero sí uno que otro periodista, narrador o poeta. Por ejemplo, el famoso "cholo" Meza (periodista) o Ernesto Reyna, autor de **El Amauta Atusparia** (1927), en Huaraz.. En Tarma, el escritor y maestro Augusto Vienrich, autor de **Azucenas Quechuas** y exponente de la llamada "la otra literatura" o la literatura disidente (15).

Finalmente, tenemos que mencionar una región que no aparece como escenario articulado al Perú de la época que estudiamos. Es la misteriosa región de la selva. Un capítulo importante de la historia contemporánea de la selva peruana, está estrechamente asociada a la furiosa explotación del caucho. Se trata del llamado "boom" del caucho. La época de mayor desarrollo de esta actividad, estuvo comprendida aproximadamente entre 1880 y 1910. Las relaciones de trabajo fueron de semi-esclavitud. Se trataba de los tiempos de venta de nativos, del traspaso de cuentas, de fugas y castigos corporales (16).

Las ciudades en formación en el curso de ese breve período eran muy contadas. Iquitos, la única ciudad importante al término del boom cauchero. Con 9,438 habitantes en 1903, con 12,318 en 1913 y con 24,451 en 1932. Luego, estaban Moyobamba, Puerto Maldonado y otras poco numerosas y pequeñas ciudades.

Había sido muy intensa la actividad comercial en la región de la selva en toda la segunda mitad del siglo XIX. El Estado compró numerosos vapores que surcaron los diversos ríos de la región. No existía la menor articulación económica y comercial ni política entre las inmensas áreas al interior de la propia selva. Y, mucho más grave aún, casi toda la selva era simplemente desconocida y no tenía nada que ver con el Perú "conocido" y el Estado del Perú oficial. Era una de las confirmaciones más elocuente de la profunda fragmentación de la sociedad peruana. Pero esa lejana selva fue invadida, apenas conocida la noticia del caucho, por hombres de diversas razas y naciones. Las riberas de ríos y quebradas fueron siendo pobladas progresivamente, estableciéndose gran número de puestos caucheros o fundos gomeros. Esto llevó, a su vez, al desalojo de los nativos o, en no pocos casos, a su sometimiento y explotación. Desde luego, también a su exterminio en



algunas zonas (17).

Los cauchero eran nómades, trashumantes y no colonizadores. Eran traficantes de caucho, ajenos a tendencias de colonización. Los shiringueros le dieron otra fisonomía a la Selva. Trabajaban en fundos establecidos donde se organizaron puestos permanentes de explotación. Fueron sedentarios y colonizadores. La presencia y frenética actividad de estos personajes, la explotación y el saqueo, constituyó algo así como un primer sacudón de la selva peruana y, a su vez, una especie de violento prólogo de las nuevas y diversas formas de brutal explotación a que ha sido sometida a lo largo del siglo XX.





Capítulo II

MOVIMIENTOS INTELECTUALES EN EL CUSCO

“Fue como el descubrimiento de un mundo y a la vez como el de sentir muy adentro un terremoto personal, la impresión de ver por primera vez la majestad del Cuzco, la supervivencia de una tradición auténticamente imperial y la esplendidez del paisaje que la circunda. Visión de ruínas que parecen bosques, pues las fisuras de las piedras pueden ser comparadas con ramajes de árboles. Ciudad con tiempo propio, no parece él caminar y, sin embargo, se mueve a su manera y hacia sus propias metas. Ciudad donde la plateresca o barroca arquitectura del virreinato, con toda su orgullosa majestad y donde las casas muy inferiores de la República, tienen su mejor e indestructible abolengo en lo indígena, así como en la pintura colonial que allí floreció, lo mejor es el acento propio. Piedras que han gritado durante siglos y siguen gritando. Descubrimiento brusco del mundo indígena que entonces era ignorado o visto con desdén en Lima. Angustia de ver los ojos vivísimos y hermosos y los rostros frescos de los niños y también la dulce belleza de las mujercitas y de pensar que estaban destinadas a ser ojos y rostros de alcohólicos y de “coqueros” o de deshechos humanos. Hombres herméticos que soportan pesadas cargas sobre las espaldas y caminan rítmicamente sobre las piedras puntiagudas. Suciedad y fetidez perfumando maravillas. Andrajos y sumisión al lado de gestos de magnífica dignidad e innata elegancia que, a pesar de todo, esperan. La vista de Tambo Machay y las ruínas de Sacsahuamán son transportadas arbitrariamente por mi recuerdo para colocarlos al lado del púlpito de la iglesia de San Blas y también la iglesia de Santo Domingo está al lado de la casa del Almirante, de muchísimos otros rincones cuzqueños junto con el valle del Urubamba cuyas aguas aparecen en el fondo de un abismo al lado de la selva y al lado de los montes soberbios, guardianes de Macchu-Picchu que no es viejo sino eterno y que, como tantas cosas del Perú prehispánico, ‘coronan y prolongan el esfuerzo geológico ascensional de los Andes’, según la dicho Mariano Iberico”.

Jorge Basadre

“El Congreso de Estudiantes del Cuzco.

Cuzco: piedras que gritan y siguen gritando” (1)



Para todo visitante extraño procedente de cualquier otro lugar del Perú o de un lugar cualquiera del planeta, llegar y contemplar el Cusco siempre ha sido realmente como el descubrimiento de un mundo. Para unos y otros ha sido la ciudad con tiempo propio que se mueve hacia sus propias metas. Allí donde las piedras han gritado durante siglos, hay la sensación que siguen gritando. Sensaciones e imágenes que nos han sido transmitidas tanto por los cronistas como por infinidad de viajeros, exploradores, escritores, etc. (2).

Allí en el Cusco eterno y fuerte, la historia de los primeros movimientos intelectuales contemporáneos, algunas de cuyas constantes fueron el regionalismo, el descentralismo y el indigenismo, podría comprender las siguientes fases: 1) Los antecedentes entre 1897 y 1909: el Centro Científico; 2) Desarrollo del regionalismo y del indigenismo 1909-1920: de la huelga universitaria al primer Congreso de la Federación de Estudiantes; y, 3) La expansión nacional del indigenismo cusqueño, entre 1920 y la crisis de los años 30 (3)

Aquella historia intelectual contemporánea no pudo haber arrancado de la nada. Obviamente, habían tenido lugar interesantes precedentes en esa ruta. En el Cusco del siglo XIX, post-revolución de la independencia, se contaba con servicios de imprenta y se hizo periodismo con relativa frecuencia que, como propone el profesor Tamayo Herrera, en términos generales puede ser denominado “periodismo proandino”. Ejemplos: **El Sol del Cuzco**, **El Duende**, **El Demócrata Americano**, **Museo Erudito** (publicó la primera noticia impresa acerca del drama **Ollantay**, se preocupaba por difundir informaciones y reflexiones sobre la música andina, la pintura cusqueña, la rebelión de Túpac Amaru, etc.) (4). Luego, un cusqueño como Narciso Aréstegui fue el autor de lo que se considera la primera novela indigenista en el Perú: **El Padre Horán**. De otra parte, en el siglo XIX nace el interés en diversos lugares del país y en particular en el Cusco por coleccionar “antiguallas peruanas” (cerámica, orfebrería, textilería, objetos de piedra, keros, etc.); aparecen pues coleccionistas de antigüedades prehispánicas y habitualmente se trata de personalidades distinguidas de la localidad. En el Cuzco, algunas de éstas terminarían fundando museos públicos o privados (El prefecto José Miguel Medina, Ana María Centeno de Romainville, José Lucas Caparó y otros). Estos museos eran visitados por eminentes viajeros y estudiosos extranjeros y, entre numerosos intelectuales peruanos, por



Julio C. Tello. El museo de Caparó Muñiz fue adquirido en 1919 por la Universidad San Antonio Abad. Aludiendo a la autoridad intelectual de este personaje, el propio Tamayo Herrera anota que el entusiasmo y el interés de Luis E. Valcárcel y José Uriel García por el pasado incaico se nutrió en gran medida del fructífero diálogo con la erudición que Caparó atesoraba. El trabajo de Uriel García, **El arte incaico en el Cuzco** (primer libro escrito sobre los incas en el siglo XX), se basó principalmente en las teorías y explicaciones de Caparó Muñiz (5).

También entre las actividades intelectuales del siglo XIX, están la intensa labor del profesor de Letras, político, indigenista y escritor Pío Benigno Mesa (aparte de sus enérgicas protestas periodísticas por la situación de postergación del campesinado indígena, era bibliófilo y dueño de la más importante librería de la ciudad de Cusco) y las de muchos quechuistas y quechuólogos (sacerdotes o laicos, estudiosos de los secretos gramaticales del idioma, traductores de piezas teatrales, etc.). Las actividades de algunos de ellos todavía lograron tener continuidad en las primeras décadas del siglo XX. Refiriéndose a la vigencia de la vieja lengua del pueblo, cultivada por escritores e intelectuales de la Colonia y la República, Tamayo Herrera escribe unas líneas esclarecedoras: “Cuzco y Apurímac son un universo social que se distingue tercamente del resto del Perú, precisamente por eso, por la vigencia omnipresente del quechua, refugiado en el lenguaje rural, infantil y coloquial, y por eso mismo arraigado en lo más profundo de la estructura mental [...]; en la región cuzqueña el quecha sigue siendo necesario inclusive para el “misti” o el blanco de las ciudades. Y estas ciudades mismas siguen siendo bilingües, porque el uso de ambos idiomas continúa siendo indispensable para la eficacia de un nivel mínimo de comunicación interétnica. No es extraño por eso que en la intelligentsia sur andina haya sido una constante cultural el cultivo académico del quechua o el aimaraismo; y lo que es más importante, la existencia de una literatura escrita en los idiomas andinos” (6).

Sólo hemos querido, de este modo, dejar señalado que había existido en el Cusco un piso previo de quehacer intelectual y cultural como para que sobre esa base pudieran surgir, a continuación, movimientos aún más elaborados y modernos (7).



1. Los antecedentes 1897 – 1909: El Centro Científico

“Pero hay además algo que diferencia radicalmente a Clorinda de los indigenistas anteriores del siglo XIX; es el impacto de sus obras; sus novelas alcanzan mucho mayor resonancia que los libros de Aréstegui, Mesa o Bustamante. La Matto supo expresar su mensaje en el momento preciso, cuando la cresta de la ola anticlerical estaba en su cima y los librepensadores de Lima y el Cuzco, los Tresierra y los krausistas, sostenían desde el periódico *El Cuzco* su cruzada antiescolástica. **Aves sin Nido** precedió y coincidió con una conciencia colectiva de los sectores más avanzados de **La Sierra** sur andina que luchaban su postrera batalla contra el último baluarte de la intelligentsia de sotana [...] Los frailes cuzqueños la vieron entonces como una hereje peligrosa y una contestataria que escandalizaba a sus iguales: las mujeres cuzqueñas arrebujadas entre sus mantillas y sus dovocionarios, las pobres señoras provincianas que no conocían otra ley que la confianza eclesiástica y la tiranía de sus hombres. Por mucho tiempo Clorinda fue vista como una revolucionaria demasiado avanzada, pero más por su anticlericalismo que por su indigenismo” (8).

El antecedente más cercano y destacado de las varias y sucesivas etapas de los movimientos intelectuales contemporáneos del Cusco, fue Clorinda Matto de Turner, discípula de González Prada y miembro del Círculo Literario. **Aves sin nido** (1889), la más afamada novela de la autora cusqueña, terminó convirtiéndose en una de las piezas más importantes de la narrativa indigenista peruana. Aunque, en lo inmediato, “más por su anticlericalismo que por su indigenismo” (siendo gonzalezpradista, no había manera de ser indigenista sin ser anticlerical), dicha novela alcanzó enorme resonancia y desencadenó una violenta reacción del clero católico que logró movilizar a los sectores más conservadores del Cusco para que lanzaran condenas a la autora y reclamaran su excomunión la que finalmente llegó a ser brutal realidad. En su momento, ciertamente, Matto de Turner se hizo conocida y famosa en el firmamento intelectual nacional e internacional tanto por ser indigenista como por su anticlericalismo y, seguramente por eso, en lo inmediato terminaría siendo derrotada por la jerarquía de la Iglesia católica y la clase dominante peruana. Tuvo que salir al exilio y jamás pudo retornar a su país (9).



A la generación de Clorinda Matto de Turner pertenecieron, no tanto por razones cronológicas, José Lucas Caparó Muñiz, Antonio Lorena, Fortunato Herrera, Angel Vega Enríquez y otros. Algunos de ellos intervinieron en la organización de instituciones como el *Centro Científico del Cusco* (1897-1907) o el *Museo de Antigüedades Peruanas Precolombinas*. En todos estos casos, se trataba de gentes interesadas en estudiar y entender el tan visible problema indígena y, al mismo tiempo, quizás preferentemente, en desarrollar la investigación científica acerca de otros problemas centrales del Cusco –como sus particularidades regionales- tratando de indagar y plantear las vías más aptas que hicieran posible que esta región serrana lograra salir del aislamiento y atraso provincianos.

Dentro del período comprendido entre 1897 y 1909, encontramos precisamente la fundación en 1897, por iniciativa del entonces prefecto del departamento Pedro José Carrión, del *Centro Científico del Cusco*, el cual se convirtió en la primera academia prestigiosa de la región. Uno de sus principales animadores fue José Lucas Caparó. Los objetivos inmediatos de la nueva institución fueron estudiar la geografía regional y la realidad y perspectivas de las comunicaciones con la selva. En sus propios Estatutos de 1898 decían que se agrupaban con la finalidad de ocuparse de “Los estudios geográficos y científicos, para suministrar los informes que puedan ser útiles a la administración pública y procurar el mayor conocimiento del territorio peruano”. Sus miembros realizaban reuniones regulares de debate y publicaban el importante **Boletín Científico**. La vida de este Centro estaba estrechamente vinculada a la actividad académica universitaria, particularmente de la Facultad de Ciencias, y en cuyo seno había un naciente interés por investigar el problema regional y el cual aparecía fundamentalmente como problema indígena. A diferencia de casi todo el siglo XIX pos-Independencia, durante el cual había estado ausente el problema indígena en las investigaciones y artículos científicos, dentro y fuera de la Universidad San Antonio Abad, al iniciarse el siglo XX aparecieron dos tesis que luego se convertirían en trabajos precursores. De Fortunato L. Herrera el **Ensayo etnográfico acerca de una rama de la raza quechua: Chinchero**, sustentada en diciembre de 1900 y publicada en el **Boletín Científico** del Cusco en 1902; luego, de Manuel J. Bueno la **Etnografía de los indígenas de Ccolquepata**, sustentada como tesis en diciembre de 1903. El autor del primer trabajo, tuvo una larga permanencia en la Universidad San Antonio Abad: como



estudiante de botánica, después como profesor y finalmente como su Rector entre 1929 y 1936. También, realizó investigaciones arqueológicas e históricas y algunas de ellas fueron publicadas en la revista **Cusco Histórico**, órgano de la Comisión Histórica Eclesiástica (1920). Hay que agregar que en 1906, Cosme Pacheco sustentó su tesis **La condición social del indio peruano y su regeneración por medio de la educación**. También en 1901, Angel Vega Enríquez fundó **El Sol** que vino a ser el primer diario cusqueño. En 1903 y 1904 realizó la primera campaña periodística en defensa de los indígenas de la región que eran víctimas de graves maltratos por parte de caucheros locales y extranjeros; los indios eran reclutados y llevados a las selvas de Cosñipata y Madre de Dios; el desencadenante de aquella campaña periodística fue el traslado sobre "lomo de indio" desde el terminal del ferrocarril que salía de Sicuani hasta Madre de Dios, de una lancha metálica moderna provista de motor, importada por unos caucheros franceses. Para la tarea del traslado habían sido reclutados campesinos indígenas de Cata y Karhui y estos llevaban su pesada carga por los difíciles caminos de la Cordillera Oriental de los Andes, primero hasta Paucartambo, después por la cuesta de Tres Cruces y para luego bajar casi verticalmente hasta el llano amazónico. Las enfermedades y las muertes en todo ese trayecto, debidos en parte al paludismo y a la uta, dieron lugar a que se hablara de la "lancha asesina". Así fueron, pues, los comienzos de la prédica indigenista a través del periodismo en el Sur Andino. Escribían en **El Sol**, entre otros, Luis María Robledo, José Angel Rodríguez, Mariano Aguilar, José Castro y Mariano Velasco (10).

Retomando la historia del *Centro Científico del Cusco*, debemos subrayar que entre sus principales fundadores y/o promotores estaban los "notables" del departamento (autoridades civiles y eclesiásticas, parlamentarios, profesores del Colegio Nacional de Ciencias, catedráticos y autoridades universitarias, profesionales y algunos hacendados). Entre sus miembros más destacados estaban Antonio Lorena, Manuel Edmundo Montesinos, Luis María Robledo, Eusebio Corazao y José Lucas Caparó. Todos ellos tenían una común preocupación frente a determinadas cuestiones de carácter nacional y regional: por un lado, definir una posición y línea de acción frente a la nueva situación política creada por el derrocamiento del presidente Cáceres y el ascenso al poder de la coalición demócrata-civilista con Nicolás de Piérola a la cabeza (1895) y, por otro, ante la



inminente llegada a la ciudad capital, prolongándose desde Sicuani, del ferrocarril considerado por muchos como el “símbolo del progreso” pero que, en términos concretos, implicaría que la producción foránea se apropiaría de los mercados locales, el arrieraje desaparecería, las áreas alejadas de la vía férrea quedarían aisladas, las grandes casas comerciales de Arequipa acrecentarían su control sobre la economía departamental y la producción local terminaría dependiendo de un medio de transporte controlado por una empresa británica. Los integrantes del *Centro Científico* se sentían en la obligación de plantear soluciones a estos problemas y, al mismo tiempo, también se planteaban la búsqueda de respuestas a una serie de interrogantes. Por ejemplo, ¿Por qué era tan notoria la distancia no tanto física sino fundamentalmente económica y cultural entre dos ciudades capitales tan importantes como Lima y Cusco? ¿Qué lugar había ocupado el Cusco en varios momentos de la historia posterior a la conquista española? ¿Qué papel le correspondió cumplir en las gestas de la independencia? ¿Cuál era la historia de la economía y sociedad regionales durante el siglo XIX post independencia? ¿Cuáles eran los rasgos particulares del atraso cusqueño al ingresar al siglo XX y factores de qué naturaleza lo habían originado? Y, desde luego, ¿qué debía suceder con los ingentes recursos de la región para que el Cusco pudiera salir de ese atraso?, etc. Estas y muchas otras interrogantes debían ser respondidas. Para esto había que dar inicio a los necesarios estudios e investigaciones y algunos de sus primeros resultados serían pues las tesis universitarias que se ocupaban de las riquezas naturales y de la realidad del indio aunque, en este caso, de corte marcadamente antropológico. La mayoría de los estudios y trabajos de investigación fueron difundidos en el **Boletín Científico** del Cusco el que se publicó entre 1898 y 1907, alcanzando trece números, y en cuyas páginas también habían quedado registrados, como luego se confirmaría, los temores y proyectos de la clase dominante cusqueña (11).

Se puede indicar de manera sumaria que algunos de los estudios y debates promovidos por el *Centro Científico*, primer núcleo intelectual cusqueño de carácter regional, se referían fundamentalmente a los siguientes problemas:

1. Sobre el impacto que tendría la extensión del ferrocarril del sur –Arequipa-Puno-



Sicuaní- hasta la ciudad del Cusco. Para unos el ferrocarril era sinónimo de progreso, el inicio de una nueva era; para otros, se constituía en factor de un irremisible sometimiento a Arequipa, a Lima y al capital foráneo. Según estos últimos, el ferrocarril al unir Cusco con la costa provocaría una verdadera inundación del mercado local con productos más baratos que los nativos. Algo o mucho de estas cuestiones ya eran conocidas desde la llegada del ferrocarril a Sicuaní en 1893. Manuel Edmundo Montesinos, ex - alcalde de la ciudad y presidente del *Centro Científico*, fue uno de los que expuso con mayor elocuencia estos problemas. Según el ex – alcalde, “productos provenientes de los valles de Paucartambo y Marcapata, como café, azúcar, aguardiente, cacao, tabaco y ganado, hallan todavía una buena colocación en la capital del Departamento y provincias, donde aún no ha llegado el ferrocarril y la carretera; pero es indudable que mañana, tocando la última el Cusco, todos estos productos, en especial el azúcar y el aguardiente, quedarán abatidos por la competencia de sus similares de la costa” (12).

2. La salvación del Cusco podría estar en la expansión hacia al oriente. Posibilidad que ya desde mediados del siglo XIX había agitado la imaginación de algunos exploradores. Se argumentaba de que en la vertiente oriental de los Andes estaban los mercados y la despensa del futuro. Las rutas fluviales ofrecerían fácil acceso a esa región de recursos que se apreciaban ingentes e inagotables. A través de los ríos amazónicos los productos de los valles cusqueños encontrarían colocación en las plazas consumidoras fluviales, prolongándose inclusive hasta Iquitos. Se pensaba que accediendo a los ríos Urubamba, Ucayali y Madre de Dios, el Cusco podría conectarse con la Costa Atlántica y, eventualmente, exportar sus productos a Europa. El auge de la explotación del caucho y la goma alentaba el sueño de una rápida colonización. Algunos de los miembros del Centro Científico, como Luis María Robledo, convertidos en expedicionarios, desplegaron labor exploratoria de la región de la selva. En esta parte, es interesante destacar la noción de identidad con el Perú que presidió las expediciones selváticas de los miembros del Centro. Aquellos expedicionarios se sintieron portadores de la nacionalidad y representantes de la soberanía peruana en tierras por conquistar y, más aún, por “rescatar” de manos de sus salvajes habitantes, aún a costa de su exterminio. Luis María Robledo llegó a expresar que *“En el oriente del Cusco está la verdadera patria del Sol; allá está la magnífica heredad*



del Padre. Aún más; dejan que una raza de salvajes pisotee impunemente la causa de la civilización y de la luz y que hombres de otro suelo sienten sus reales en su patrimonio". De esta suerte, la empresa colonizadora de la selva implicaba una doble lucha: contra los naturales y contra los extranjeros que competían con el comercio cusqueño (13).

3. Se planteaba la necesaria intervención del Estado, a través de leyes de protección de los productos locales y de medidas para asegurar el resguardo fronterizo y el orden público en las provincias amazónicas. Se exigía la dación de medidas proteccionistas a las "industrias locales" y lo destacable es que dicho reclamo estaba dirigido no frente a los productos extranjeros sino, más bien, frente a los demás productores peruanos rivales. También se reclamaba la participación del Estado en la realización de estudios sobre recurso naturales, en la explotación minera, construcción de centros de colonización, vías de comunicación y programas de inmigración (14).

4. Pero los mismos científicos que plantearon las cuestiones anteriores, se las ingeniaron para evadir el enfrentamiento de determinados problemas sustantivos y candentes: la situación de las haciendas, su atraso productivo y el problema indígena. Esta actitud era no sólo distante sino contraria a la prédica de Clorinda Matto de Turner y quien era formalmente, aunque desde lejos, una de las más destacadas integrantes del *Centro Científico*. Los interesantes estudios e investigaciones de varios de los científicos del Cusco, como Benjamín de la Torre, Antonio Lorena, Manuel T. Bueno o Fortunato Herrera, no abordaban necesariamente los aspectos sociales de la cuestión indígena sino, básicamente, las condiciones biológicas y antropológicas del indio y de las que muchas veces podían derivarse conclusiones por lo menos limitadas, sino equivocadas, en el plano social y político (15).

5. A pesar de todas las limitaciones, las preocupaciones por conocer la realidad local y regional y las propuestas del *Centro Científico* para enfrentar y prever situaciones, fueron una respuesta relativamente coherente a los desequilibrios que habría de crear la integración del Cusco al mercado nacional vía el ferrocarril (16).



Las cuestiones relativas a la historia del Cusco, no pudieron ser abordadas, salvo tangencialmente, por los científicos cusqueños de entonces. Esta tarea sería cumplida más cabalmente por las generaciones siguientes. Con los estudios e investigaciones de éstas irían clarificándose diversos problemas. Por ejemplo, se conocería con mayor lucidez lo concerniente a los orígenes republicanos y particularidades de los grupos sociales dominantes. En efecto, a mediados del siglo XIX, había comenzado a conformarse la oligarquía financiera y terrateniente de la región. Su riqueza provenía de la explotación y comercialización de la coca, la caña de azúcar, el aguardiente, el cacao y el café producidos en los valles de La Convención y Lares. Subordinada a ese poder oligárquico existía una red de pequeños comerciantes que abarcaba todo el departamento y cuyo centro era la ciudad de Cusco. La acumulación de tierras y la expansión mercantil, uno de cuyos pilares era la explotación de mano de obra indígena, se constituyeron en factores dominantes en la configuración regional posterior a la Independencia. Los indios no lograron convertirse en ciudadanos tal como había sido anunciado en el discurso liberal de la Independencia sino, por el contrario, vino el restablecimiento en todo el país del tributo colonial bajo el nombre de “contribución indígena”. La población indígena cayó bajo el control de los nuevos grupos de poder económico local y regional los que, a su vez, ejercían el poder político a través de cargos públicos como los prefectos, juez de paz, gobernador, etc. (17).

Después de concluida la prolongada guerra del Pacífico, con la desocupación del territorio nacional por las fuerzas invasoras chilenas, los efectos del comercio lanero se acentuaron en la zona, hubo una expansión de la producción de la ceja de montaña y el negocio del caucho comenzó a incrementarse. A su vez, las casas comerciales arequipeñas fueron tomando de manera creciente el control de las exportaciones de coca, cuero y lana e introdujeron una vasta gama de artículos importados. En 1893 el ferrocarril sur llegó a Sicuani, un alud de mercancías costeñas e importadas amenazaba con inundar el viejo Cusco (18).

En 1907 el *Centro Científico* dejó de existir. Luego vendrían algunas de las temidas novedades. La llegada del ferrocarril a la ciudad del Cusco en 1908, acentuó las tensiones y conflictos sociales. Los productos importados de origen industrial que habían invadido y



dislocado la vida económica de la región desde 1893, cuando llegó el ferrocarril de Puno a Sicuani, ahora acentuaban su presencia dominante. Ciertamente, en el ambiente urbano había una sensación de prosperidad. Los caucheros se sentían con mayores facilidades de transporte, se instalaba un centro fabril en el Cusco (Marangani); pero las cuestiones más complicadas tendrían lugar en el campo; sobre todo, se acentuaba y adquiría mayor velocidad el proceso de expansión de latifundios, a través de la usurpación de tierras de comunidades indígenas por parte del gamonalismo; en realidad, proseguía el proceso de expansión terrateniente que se había reiniciado con furia con el triunfo de la coalición demócrata-oligárquica que llegó al poder político en 1895, inaugurando precisamente la llamada "República Aristocrática". Como lo confirman muchos estudios históricos, entre las más importantes fuerzas componentes de aquella coalición se encontraban los terratenientes del Cusco como de otras provincias del Perú. Algunos de los estudiosos y denunciantes de esta renovada agresión contra las tierras comunales fueron Hildebrando Fuentes (**El Cusco y sus ruinas, apuntes geográficos, históricos, estadísticos y sociales**, Lima, 1905), el abogado Luis Felipe Aguilar que se interesó en la defensa jurídica del indio pero que desplegó frenética actividad en otros campos del combate (**Cuestiones indígenas**, Cusco, 1922), José Frisancho (**Del jesuitismo al indianismo**, Cusco, 1931), etc. Unas décadas más tarde, Francois Chevalier anotaba que "un agudo proceso de concentración y privatización de la tierra explica el origen del latifundismo en la región" (**La expansión de la gran propiedad**) (19).



2. Desarrollo del regionalismo y el indigenismo, 1909 – 1920: de la primera huelga universitaria al primer Congreso de la FEP

La segunda etapa de los movimientos intelectuales contemporáneos en el Cusco, entre 1909 y 1920, fue en cierto modo continuación de la primera pero, seguramente, fue la más decisiva en la maduración del movimiento regionalista e indigenista y en la promoción de sus elementos más destacados que luego, en la década del 20 y comienzos del 30, contribuirían con una excepcional producción intelectual que enriqueció los debates de los grandes problemas nacionales. La generación estudiantil universitaria que inauguró esta segunda etapa, conocida como la "generación de 1909" o la "generación de **La Sierra**" o de la "Escuela cuzqueña", fue aquella que organizó y dirigió la primera huelga universitaria del país en 1909 e intervino en el impulso de la primera Reforma Universitaria del Cusco. Los principales protagonistas de esta reforma, entre estudiantes y jóvenes docentes, fueron Luis E. Valcárcel, José Uriel García, José Gabriel Cosío y Félix Cosío, Rafael Aguilar, Luis Felipe Aguilar, Humberto Luna, Francisco Ponce de León, José Angel Escalante, Juan Guillermo Guevara, Roberto Garmendia, Francisco Pacheco, César Antonio Ugarte, José Mendizábal, Luis Rafael Casanova, Miguel Corazao, etc. Acerca de la Reforma Universitaria de 1909, de su gestación y algunas de sus varias expresiones, pueden dar cuenta algunos párrafos de las **Memorias** de Luis Valcárcel:

"Mi generación estaba formada por una juventud entusiasta y con elementos intelectuales valiosos que dió con una realidad universitaria francamente decepcionante. La Universidad cuzqueña era aún una institución colonial, con un cuerpo docente incompetente y rutinario, y gobernada por un grupo reducido de personajes que se repartían los cargos impidiendo el acceso de elementos jóvenes y renovadores. Imperaba el más descarado nepotismo ... Todas estas circunstancias llevaron a que hubiese un descontento cada vez mayor entre los alumnos. Pronto fue constituyéndose un grupo radical que en marzo de 1909 fundó la Asociación Universitaria, cuya presidencia ejerció uno de los alumnos de mayor edad, Demetrio Corazao. A partir de entonces fue haciéndose cada vez más claro nuestro propósito de provocar un movimiento estudiantil que, por medio de la huelga, obtuviera la renuncia del cuerpo de autoridades y profesores anticuados. Deseábamos una vida nueva para la universidad porque no soportábamos el régimen imperante. Después de muchas reuniones se acordó proclamar la huelga el 7 de mayo de 1909. Sería la primera huelga universitaria en Sudamérica ...

"Los acontecimientos del 7 de mayo y la huelga universitaria tuvieron una tremenda trascendencia porque se generalizó la protesta contra ciertos



grupos que hoy llamamos oligárquicos y se inició en el Cusco una nueva etapa. Al conocer los sucesos, el gobierno ordenó la clausura de nuestro centro de estudios, por lo que quedamos recesados durante el año 1909 ... Editamos una revista, se llamó **LA SIERRA** y estuvo dirigida por José Angel Escalante y editada en la imprenta de EL SOL [...] Era una hoja de lucha y propaganda en favor de nuestra causa, aunque sin perder su carácter intelectual, manteniéndose cierto criterio científico en la selección de los artículos" (20).

La revista **La Sierra** que menciona Luis Valcárcel fue publicada entre 1909 y 1911, bajo la dirección inicial de José Angel Escalante y destinada casi exclusivamente a temas de carácter académico, temas asociados naturalmente a la reforma universitaria en marcha. Luego, después de mucho tiempo, dicha revista fue resucitada y publicada entre 1921 y 1924 (**La Sierra**, segunda época), igualmente de orientación y contenido académicos, bajo la dirección de Félix Cosío (uno de los miembros de la generación de 1909), logrando editarse 4 números (Nos. 6 al 10). Y tres años más tarde apareció en Lima una nueva revista con el mismo nombre (conocida como "**La Sierra II**"), pero ya de carácter básicamente ideológico y político, abierta y más agresivamente indigenista, fundada y dirigida por Juan Guillermo Guevara (otro miembro de la generación de 1909) y cuya publicación, entre los años 1927 y 1930, alcanzó 34 números. Entre tanto, las circunstancias nacionales e internacionales ya eran otras.

El receso de la Universidad San Antonio Abad del Cusco se prolongó apenas por un año. Por autorización del propio gobierno ésta fue reabierta en marzo de 1910. Su nuevo rector en esa nueva etapa, la misma que sería bastante prolongada, fue Alberto Giesecke. El era un joven norteamericano, miembro de la Misión Bard, que el gobierno peruano había solicitado a los Estados Unidos para efectuar reformas en el sistema educativo. Había estudiado en varias universidades norteamericanas y europeas. Con él como rector, designado por el gobierno central, se llevó a cabo una para entonces avanzada reforma universitaria en San Antonio Abad. La historia de los 14 años de gestión de Alberto Giesecke ya puede ser un capítulo aparte. Por ahora basta decir que él fundó en 1912 la **Revista Universitaria** que es probablemente la más importante revista cusqueña durante la primera mitad del siglo XX. El propio Luis Valcárcel dice que hubo una completa coincidencia entre los ideales propugnados por Giesecke como educador y los defendidos



por los estudiantes de la más temprana reforma universitaria ocurrida en el Perú. Las múltiples actividades que desplegó en el curso de todos esos años, en el ejercicio de su alto cargo, significaron una orientación realmente renovadora de la vida universitaria (enseñanza e investigaciones, organización y administración) y respuestas solventes a algunas de las aspiraciones de la propia comunidad y región cusqueñas.

Más allá de interrupciones y de urgencias momentáneas, la generación fundadora de la revista **La Sierra** prosiguió con sus estudios, investigaciones y debates en el campo de la actividad académica e intelectual y, en cierto modo, también en el campo social y político cuestionando el gamonalismo y el poder regional tradicional y ésta sería una constante durante toda la segunda década del siglo XX. En la propia revista **La Sierra**, desde un comienzo era notable su preocupación central por el quehacer académico, incluidas cuestiones pedagógicas y didácticas. Por ejemplo, en 1910 fue publicada una oportuna colaboración del entonces joven y ya prestigioso historiador José de la Riva Agüero, acerca del sistema de enseñanza y evaluación en la universidad peruana y el cual implicaba una severa crítica a estudiantes y catedráticos. Entre varias cuestiones, Riva Agüero criticaba el sistema de exámenes universitarios y decía:

“... Viene por fin el examen. En él no triunfan a menudo los que más han estudiado, sino los que tienen más serenidad, más desparpajo, más fácil palabra o más pronta memoria. Esto de hacerlo depender todo del azar de un instante, es altamente desmoralizador: enseña a preferir la labor precipitada al esfuerzo honrado y paciente; crea en los jóvenes hábitos de jugadores o de conspiradores. Y para apreciar la profunda influencia que ejerce en el carácter, repárese en que los exámenes universitarios son la continuación, en todo y por todo, de los del colegio; y que de este modo nuestros estudiantes, desde la infancia hasta la juventud, en la edad más maleable de la vida, reciben sin cesar la renovada y creciente impresión de un método que no es sino el endiosamiento de la casualidad, la imprevisión y la audacia ...”

La responsabilidad de este problema corresponde, según el autor, a catedráticos y estudiantes. A partir de esta descripción de un estado universitario desolador, Riva Agüero recomendaba un conjunto de medidas para reformar el sistema de enseñanza universitaria y que, seguramente, fueron recomendaciones útiles para los debates de los propios



estudiantes cusqueños en arduo combate precisamente en esas circunstancias. En la misma revista, fueron publicados otros trabajos significativos: “Las civilizaciones pre-incaicas del Perú”, texto de una conferencia dictada por el todavía estudiante Luis Valcárcel en la Asociación Universitaria, con un manejo erudito de las principales investigaciones conocidas hasta entonces; “Contribución a la geografía del departamento”, específicamente una serie de cuadros sobre altitud de numerosos centros poblados del departamento (capitales de provincias y distritos, estancias, etc.), mediciones comparativas en muchos casos, recogiendo mediciones y observaciones de innumerables científicos y viajeros (extranjeros en su mayoría), trabajo elaborado por el ya entonces prestigioso investigador y profesor universitario Fortunato Herrera; también, el primer discurso que leyera el nuevo rector Giesecke en la inauguración del año académico, anunciando la conclusión en 1915 de la construcción del Canal de Panamá, “una obra de tanta importancia para todo el mundo y especialmente para el progreso económico del Perú” y, también, expresando su fervor y convencimiento de que con la construcción del ferrocarril panamericano, entre New York y Buenos Aires, recorriendo los territorios de América del Sur, se iniciaría el progreso de pueblos y regiones como el Cusco (un ferrocarril panamericano, había sido tema de discusión por muchos años en los congresos internacionales panamericanos y en los de carácter puramente científico y técnico); Giesecke esperaba que en una docena de años estaría construida esa obra y que, de allí para adelante, con la construcción de sus ramales, las regiones andinas estarían atravesadas por líneas ferroviarias y, en consecuencia, en plena marcha el desarrollo económico y la prosperidad de los pueblos; sin estos sueños, probablemente habría carecido de sentido la presencia de Giesecke en el Perú y en el Cusco. Al lado de estos sueños, no estaba demás el discurso de orden sobre “Psicología Experimental” leído en dicho acto por el catedrático Angel Caparó, correspondiendo al espíritu científicista y a la fe en el progreso aún predominantes (21).

Aparte de aquella revista de la *Asociación Universitaria*, cuya publicación fue interrumpida en 1911, el principal órgano de difusión en la nueva etapa fue la **Revista Universitaria** la misma que, en gran parte, se constituyó en una de las fuentes más ricas para estudiar el pensamiento de la generación de 1909, la historia del desarrollo del indigenismo cusqueño y, en buena parte, del indigenismo peruano. Con esos puntos de



partida o con esos primeros pasos, el quehacer académico y la diversa producción intelectual tuvieron, en el curso de toda la segunda década del siglo, desarrollos bastante consistentes y alcanzaron niveles cada vez más elevados.

La segunda década del siglo fue para la inteligencia cusqueña de afirmación del indigenismo. Entre sus principales exponentes estarían Luis Valcárcel, José Uriel García, José Gabriel Cosío y Félix Cosío. José Uriel García fue el primero en ocuparse de los Incas en su tesis de 1911 **El arte incaico en el Cusco**; luego, Luis Valcárcel publicaba su estudio sobre **Pachacútec**; en seguida vendría su tesis **Kon, Pachacamac, Huiracocha** publicada en 1912 (dedicada a José de la Riva Agüero); luego, en 1916, su tesis para el bachillerato en Derecho **Del ayllu al imperio** y en 1917 **De la vida inkaika, algunas captaciones del espíritu que la animó**. Estas dos obras fueron publicadas por Giesecke en 1925. Este tipo de trabajos han llevado a algunos historiadores a decir que expresaban un entusiasmo incaista o neoincaista. Después de todo, no parece nada arbitrario ni exagerado que esto se haya dicho de ellas, aunque sería necesario distinguir algunos matices en la visión de sus cultores.

Un primer balance sobre lo avanzado en esa década, en el campo de los estudios y las investigaciones, fue presentado por Félix Cosío en 1921 en su discurso "La misión social de la Universidad del Cusco": Decía: "de la producción universitaria del Cusco, un 50% se consagra a estudiar el problema indígena, desde la simple monografía antropológica, hasta los ensayos pedagógicos, históricos, sociológicos y jurídicos". Mientras hacia 1903 las tesis sobre la cuestión del indio apenas comenzaban, entre 1909 y 1920 la abrumadora mayoría de ellas estaban dedicadas a esa temática. Y así habían ocurrido las cosas en el Cusco, cuando en Lima todavía era algo tangencial o aislado hablar del problema del indio, de la tierra y del mundo andino. El propio Cosío publicó una bibliografía sobre aquellas tesis sustentadas en la Universidad de San Antonio, en la **Revista Universitaria** No. 36 de marzo de 1922, como anexo de su discurso de orden. Se trata de una lista considerablemente larga (22).

2.1 El discurso del progreso, mito del positivismo



La **Revista Universitaria**, órgano de la Universidad del Cusco, sólo entre 1912 y principios de 1920 alcanzó la publicación de sus primeros 30 números. Hasta 1927, año en el que nuevamente fue recesada la Universidad San Antonio Abad, por orden del gobierno autocrático de Leguía, la publicación había llegado a su número 50. Los temas básicos a los que prestó atención la revista fueron: realidad socio-económica de la región, estudios geográficos en el departamento, fitogeografía y riqueza forestal, las escuelas rurales, la evolución de la educación universitaria y, sobre todo, estudios de historia, arqueología y antropología. Estas últimas disciplinas ocuparon crecientemente lugares destacados y correspondió a ellas la hegemonía académica e intelectual durante todo ese período.

El rector de la universidad Alberto Giesecke, un hombre imbuido de las ideas de progreso, ideas correspondientes a la ideología liberal democrática del mundo capitalista desarrollado en su etapa competitiva, era uno de los más impetuosos propugnadores de la transformación de las bases materiales de la sociedad (en este caso, departamental o regional), modernizándolas y articulándolas en plano nacional e internacional. Como hemos visto, algo de esto ya lo había adelantado a su llegada al Cusco dos años antes. La universidad debía cumplir papel activo en ese sentido. Giesecke, en su condición de profesor de Economía Política y de rector, se ocupó precisamente de estas cuestiones en la lectura de su “discurso Memoria” en el acto de clausura del año académico de 1912. A un público universitario conformado básicamente por cusqueños pero también por apurimeños, puneños y arequipeños, les ofreció una versión de su propia realidad andina, de la necesidad y las posibilidades de su transformación. Hizo una pormenorizada descripción de los sistemas de cordilleras, ríos y caminos del departamento, con manejo de datos recogidos por él mismo a lo largo de sus visitas y viajes realizados en el transcurso de apenas tres años de residencia en el lugar (“he tenido oportunidad de viajar unas tres mil leguas a caballo en los pocos años que he estado por aquí”), también haciendo referencias, en respaldo suyo, de diversos otros estudios e investigaciones e inclusive recorriendo pasajes de las crónicas del siglo XVI (Cieza de León) para hablar de las características e importancia de los caminos de la época incaica y sobre cuyas huellas aún estaba organizado y se sostenía el sistema del arriero republicano. Se ocupó de los problemas de orden



demográfico: indios, mestizos, blancos y chunchos; en total una población aproximada de 400 mil habitantes; desde luego, los indios formaban la parte inmensamente mayoritaria de aquella totalidad heterogénea. Al hablar de las condiciones de la producción de la riqueza, el principal problema que aparecía visible en la superficie era el aislamiento del departamento pero, al mismo tiempo, se destacaban las bondades de la naturaleza en las regiones templadas y cálidas, de los principales productos agrícolas y ganaderos en cada una de las provincias y de las dificultades o parálisis que enfrentaban las explotaciones mineras por ausencia de líneas ferrocarrileras para la exportación; la vida industrial-fabril se encontraba en estado naciente (Marangani, Lucre, Pucutu), produciendo en pequeña escala; la producción artesanal era la más difundida pero destinada fundamentalmente al autoconsumo: “existe todavía la costumbre entre la mayor parte de los indios de tejer las jergas, bayetas, ponchos y frazadas que necesitan para el consumo personal”. El impulso y consecución de un movimiento económico del Cusco, capaz de dinamizar toda la región, requería según Giesecke, de la construcción de vías de comunicación modernas (ferrocarril, caminos carreteros), del fomento de las industrias, del aliento a la inmigración y la inversión de capitales, de la creación de “nuevos deseos económicos en los consumidores” (diversificación del consumo), de medidas sanitarias y del desarrollo de la instrucción superior (23).

En medio de esa desigual y compleja realidad, la visión de Giesecke respecto del problema indígena y de su posible solución aparecía expresada del siguiente modo:

“La raza indígena se dedica en su mayor parte a la vida pastoril y al cultivo de los productos agrícolas. Sigue en mucho las costumbres de sus antepasados en este respecto; por consiguiente, es una fuerza económica que pierde mucho por falta de estímulo que la saque de su indolencia y de sus costumbres tan atravesadas. No hay hacendado que no deplora de la mala calidad y aún hasta de la poca cantidad de de los braceros, desde el punto de vista económico; y, cuando se les pregunta porqué no modifican el sistema económico, suelen contestar haciendo notar que es difícil, si no imposible cambiar las costumbres que un fuerte atavismo va perpetuando. Por su misma indolencia el indio no se preocupa, por regla general, en educar a sus hijos; se satisface que concluyan unos cuantos años de estudios; y aún eso muchas veces más por la imposición de las autoridades que por su propia voluntad. Además, como tienen pocas necesidades, emplean a sus hijos en el campo y en atender al ganado. Felizmente en esta región son casi desconocidas la falta de cosechas, porque en tal caso sufriría mucho el indio. Como es de jerarquía inferior



en la escala social, obra con bastante dificultades. *Más bien, en el desarrollo económico del departamento, debe propenderse, en lo posible, a inculcarle mediante una educación forsoza, por bancos agrícolas y de ahorro, y por tratamiento personal, la convicción de ser más laborioso, es decir, debe de procurarse que trabaje conforme al alcance de los medios económicos modernos y quitarle muchas de las costumbres tan antieconómicas que conserva hasta hoy* (énfasis nuestros). Esto será una reforma lenta pero sólida, que reportará gran provecho para el bien social y económico del departamento” (24).

En el lenguaje de Giesecke, la “raza indígena es efectivamente la gran riqueza que tenemos a la mano” y cuya existencia tiene sentido siempre que esté guiada por las “verdaderas sendas económicas”. De los otros habitantes (blancos, ¿mestizos?) no es necesario hablar con mayor detenimiento “puesto que son tan conocidos y están más aptos para acoger las indicaciones de reforma que se les haga”; probablemente muchos de éstos estaban presentes en la ceremonia de clausura y algunos de ellos se consideraban a sí mismos ser los elegidos para guiar a los campesinos indígenas por las verdaderas sendas del progreso. Como es notorio, el profesor Giesecke en ningún momento se preguntaba acerca del carácter de la dominación social y política como factor central de la postergación e “indolencia” del indio. Pero, por lo menos, sugería que era posible contar con su participación -del indio- en el desarrollo económico, convirtiéndolo en un “ser más laborioso” a través de una “educación forsoza” (25).

Respecto de la realidad económica de la región y de sus perspectivas, Giesecke ofrece una rápida mirada panorámica y algunas ideas. Según sus constataciones, gracias a la variedad del clima, es posible el cultivo de productos en las regiones templadas y cálidas: por una lado, maíz, papas y trigos; por otro, coca, cacao, caña de azúcar, café, arroz, etc.; como en casi toda la sierra, el cultivo es mayormente en pequeña escala por falta de medios eficaces y modernos. La mayor producción de lana se obtiene en Canas y Canchis, aunque en casi todas las provincias del departamento se consigue este importante artículo para el comercio; generalmente son de oveja, vicuña y alpaca; Chumbivilcas también produce buena cantidad de lana y exporta mucho ganado, pero todo esto es una miseria en comparación con lo que debe producir, tomando en cuenta su extensión territorial y el número de sus habitantes. En Acomayo y Paruro, el trigo es uno de los principales productos. En Acomayo y Calca, hay un considerable desarrollo de productos agrícolas:



coca, caña de azúcar, cacao y en menor escala arroz, café, fruta. En alguna hacienda, cuyo nombre no se indica, se ha iniciado el cultivo del té. Sobre los valles de Urubamba y Santa Ana, los estudios arqueológicos realizados por la Comisión de la Universidad de Yale demuestran que todo el valle de Urubamba hasta Santa Ana ha sido el centro de una población densa, que cultivaba mucho los terrenos de esta sección. Viajando de la ciudad de Cusco a Machupicchu, Giesecke observaba que “la gran feracidad de la tierra y el carácter del clima dejaba crecer lado a lado el maíz y el azúcar”. La provincia de La Convención (15 mil habitantes en ese entonces) es la que tiene una vida agrícola más activa que cualquier otra provincia del Cusco, no obstante la gran dificultad existente para la exportación de sus productos. Existen bosques enormes que no se pueden aprovechar por falta de ferrocarril. Una vez en operación este ferrocarril, tendrán que establecerse fábricas de muebles y molinos para acerrar madera en forma conveniente para diversas clases de construcciones. Las haciendas de La Convención se extenderán con el ferrocarril, hasta más adentro donde hay todavía terrenos inmensos que se pueden aprovechar. El caucho es otro producto de importancia en este valle, pero igualmente es difícil su exportación. En la provincia de Paucartambo se encuentran secciones de sierra y de montaña: en la primera, el cultivo de reduce a papas, trigo y maíz; en la segunda, hay oportunidades espléndidas para la coca de superior calidad; las haciendas de coca antes existentes, han hecho abandono debido a la actitud hostil de los chunchos; por falta de buena y cómoda vía de comunicación, no hay tanto movimiento comercial como debía haber en esta provincia, porque es importante para la entrada a la montaña de mucha mercadería y para la salida de mucho caucho. Quispicanchis y Anta son relativamente importantes para la ganadería, pero nadie se ha ocupado en mejorar la raza del ganado debido, una vez más, a la ausencia de apoyo por parte del Estado (26).

De otra parte, Giesecke habla de las “exploraciones por varios expedicionarios y comerciantes” que han obtenido resultados muy elogiosos que permiten saber de las oportunidades y condiciones favorables para las actividades agrícolas en la montaña. Sólo que “la insalubridad, la falta de brazos y el mal camino son actualmente los grandes obstáculos”. Sin duda, el rector cusqueño no desconocía que los “exploradores” habían sido personajes singulares y de primer orden en los tiempos de ascenso del capitalismo



industrial europeo (segunda mitad del siglo XIX), que hicieron posible el conocimiento de lugares y/o regiones hasta entonces ignorados por la civilización europea (en especial, el vasto interior del continente africano) y, de ese modo, permitieron que se llenaran gradualmente los espacios vacíos de los mapas. La exploración, además de ser un derivado de la política extranjera de las potencias capitalistas, comprendió la participación del entusiasmo misionero, la curiosidad científica y, al cabo de los hallazgos, si éstos fueran especialmente atractivos, la empresa periodística y publicitaria. Explorar no sólo significaba conocer, sino desarrollar, llevar la luz de la civilización y el progreso a lo ignoto, a lo que por definición era “atrasado” y “bárbaro”. Por estas razones, Alberto Giesecke saluda a los epígonos de aquellos exploradores que se internaban por territorios peruanos todavía escondidos o lejanos o inconquistados, para decirnos que debían ser incorporados a la “civilización” que ésta debería transitar por ellos. Y no eran necesariamente los primeros exploradores en recorrer el Perú (27).

La falta de sistemas de vías de comunicación y de transporte modernos en el Perú, fundamentalmente en **La Sierra** y la Selva, es una constatación y una denuncia reiteradas en el discurso de Giesecke. Pues al margen de ellos no tiene sentido hablar de progreso. Países de Europa Occidental y Central y los Estados Unidos de Norteamérica, sedes históricas del desarrollo económico y de la industrialización, habían vivido durante la segunda mitad del siglo XIX su “edad de oro” en la construcción y la expansión de sus comunicaciones: ferrocarriles, cable submarino, telégrafo, transporte marítimo (del barco de vela al barco de vapor). Mediante ellos habían ampliado y afirmado su dominio sobre el resto de países y continentes (el mundo había “progresado” aceleradamente). El Perú, que apenas había paladeado algo de esas novedades (ferrocarriles), continuaba siendo, en plena segunda década del siglo XX, una sociedad básicamente rural, tradicional y preindustrial. Justamente, mucho de esto es lo que observaba Giesecke:

“En fin, la agricultura de la sierra del departamento no está colocada a la altura que le corresponde. El sistema de cultivo por los indios, y aún por muchos dueños de fincas, es todavía primitivo y anti-económico; la falta de un reglamento adecuado de riego hace saltar a la vista la necesidad que hay de arreglar la distribución de las aguas; la división del trabajo no es conforme a los preceptos modernos de la economía política. La falta de buenas vías de comunicación restringe la misma producción destinada a la



exportación y obliga a que el cultivo en gran parte no tenga otro objeto que satisfacer las necesidades primordiales en el ámbito local. Según el criterio económico moderno, se debe aumentar la producción para que pueda ser vendida fuera del departamento [...] Los productos de los valles (la coca, la caña y el cacao), sostienen más bien una gran parte de la vida comercial y económica del departamento; sin embargo no se les ha facilitado con vías de comunicación que den fletes moderados. Hoy en día el departamento tiene más importancia por sus productos agrícolas [...] Su verdadera riqueza parece estar en los minerales. Ellos están distribuidos por todo el departamento (oro, azufre, hierro, cobalto, níquel, plomo, zinc, antimonio, arsénico, plata, etc). Están identificados los lugares que guardan los yacimientos. Por falta de vía de comunicación no son explotados” (28).

A diferencia de los promotores e intelectuales cusqueños del *Centro Científico*, que sentían temor y desconfianza –y pretendían huir hacia oriente- ante la presencia y prolongación del ferrocarril y la penetración de tantos otros productos de la costa peruana y del capitalismo moderno, Giesecke representaba una nueva mentalidad: la que concibe cualquier posibilidad de progreso sólo a condición de que se construya una infraestructura vial efectivamente moderna, en los términos como lo habían hecho los países capitalistas desarrollados y altamente industrializados. Y por largos años desplegó constante prédica en ese sentido. Sólo que en países como el Perú, aún no ha sido posible hasta ahora reeditar ese camino y esos resultados. Pero, a pesar de todo, dicha prédica no siempre fue personal y solitaria. Alimentó las ilusiones de progreso de individuos y segmentos sociales significativos de la región cusqueña (29).

2.2 El discurso de las ciencias geográficas y naturales

El interés y el entusiasmo por los estudios e investigaciones acerca de la geografía y la diversidad de recursos de la naturaleza, de su constitución orgánica, su evolución y su utilidad, pertenecen en general a las preocupaciones científicas del siglo XIX. En el caso peruano, fue alentado por los famosos viajeros y científicos que recorrieron los territorios andinos por lo menos desde Humboldt para adelante. Uno de los capítulos más interesantes de esta historia está representado seguramente por los trabajos de Antonio Raimondi. La presencia e influencia de su obra son inconmensurables (30).



El discurso de las ciencias geográficas y naturales aparecía estrechamente asociado al del progreso o frecuentemente confundido con él. Seguramente por eso, en el caso del Cuzco, se desarrollaba de manera simultánea a las preocupaciones de progreso, por lo menos desde fines del siglo XIX. Este esfuerzo ya se reflejaba tempranamente en algunos trabajos publicados en el **Boletín Científico** y, poco más tarde, no pudieron dejar de aparecer en las páginas de **La Sierra** que publicaban los estudiantes refomistas. Y, de manera regular, los tendremos en las páginas de la **Revista Universitaria**. Pueden ser mencionados aquí algunos de ellos, aparecidos en el transcurso de la primera época (1912-1927) de esta revista: “Estudios geográficos en el departamento”, “Fitogeografía departamental”, “Augusto Weberbauer”, “Las cactáceas de los alrededores de la ciudad del Cuzco”, “Reseña histórica de los estudios botánicos verificados en el departamento del Cuzco”, “La vegetación de la costa peruana” (Fortunato Herrera); “La inmigración de los vegetales en la sección occidental del Cuzco” (Antonio Lorena); “Fragmentos de las monografías de la provincia de La Convención” (Enrique Rosell); “La riqueza forestal del departamento del Cuzco” (Carmen García); “Acción de los glaciares en los valles del Cuzco” (Alejandro Ponce de León), etc..

Muchos o quizás todos los que escribían en la **Revista Universitaria** tenían la sensación de que con el inicio del nuevo siglo el Cuzco había ingresado a una etapa de progreso. En 1915 el profesor Fortunato Herrera exponía sus razones cuando decía: “El advenimiento del presente siglo marca para la historia del Cuzco una etapa de resurgimiento, jamás superada en el pasado, y una verdadera metamorfosis en su vida institucional y desenvolvimiento material, económico y social. Ella constituirá siempre el punto de arranque en que esta abatida capital tomó su vuelo definitivo para hendir, con orientaciones definidas, por el ambiente del progreso, hacia mejores días, preñadas de grandiosas promesas para el porvenir” (31). Es que habían tenido lugar determinados hechos que le hacían decir palabras tan grandes. La extensión de las líneas telegráficas a Paucartambo, Calca, Urubamba y La Convención; la prolongación de la línea férrea a La Convención, que hacía posible la intercomunicación entre ese lejano interior y la costa; la materialización de la comunicación del departamento, por la vía de Paucartambo, con la hoya de Madre de Dios, que también hacía realidad un viejo sueño. Se rendía homenaje a



personajes que habían previsto, precedido, estimulado o impulsado dichas realizaciones. A respecto, el propio profesor Herrera anotaba lo que sigue: “Entre los viajeros y escritores de nota que han visitado esta milenaria ciudad, nos cabe apuntar a la notable publicista Mrs. Robinson Writh, autora de la obra **El Perú**; el Dr. Hildebrando Fuentes, que dió a luz pública en Lima su monografía **El Cuzco y sus ruínas**; al arqueólogo Max Uhle, actual director del Museo Histórico del Perú; al botánico Augusto Weberbauer; a los miembros del Congreso de Americanistas de Buenos Aires, D.R. Lehmann-Nitsch, Seler, Benedetti y otros; a Mr. Hiram Bingham, que visitó las ruinas de Choccequirau y que en compañía de varios otros especialistas yanquis, acaba de explorar los monumentos prehistóricos del valle de Urubamba y Santa Ana” (32). Una especial mención corresponde a Jorge Von Hassel, experimentado explorador que en 1904 recorrió la región del alto Madre de Dios y del Paucartambo, logrando demostrar la practicabilidad de la ruta Paucartambo-Madre de Dios; con sus hallazgos y éxitos, motivó para que una vez más se ilusionaran los caucheros de la región quienes creían que su destino era el de la prosperidad. Nuevamente el profesor Herrera decía: “La exploración de von Hassel a los ríos Alto Madre de Dios y Paucartambo, coronada con el reconocimiento del Alto Urubamba, constituye por los resultados suministrados a la ciencia geográfica, así como a la arqueología y etnografía departamentales, uno de los brillantes esfuerzos realizados en estos últimos años, para la solución de los grandes problemas que habían sido planteados por los geógrafos que le precedieron en sus investigaciones y que juntamente la expedición del coronel Enrique Llosa a los valles de Marcapata verificada en el año de 1906, y las numerosas emprendidas, en diferentes épocas, por mi malogrado amigo don Luis María Robledo, están llamadas a sobrevivir en la historia de la geografía nacional” (33).

En la inauguración del año académico de 1916, el Dr. Francisco Sivorichi, catedrático de Ciencias Naturales, pronunció el discurso central destinado a “desarrollar algunas ideas generales sobre el progreso científico ... y una ligera exposición de datos relativos a la gea”. Resulta interesante leer en las siguientes líneas acerca de su visión de la historia contemporánea y de sus ideas sobre la cuestión de aquel progreso:



“Señores, en el siglo XIX llamó la atención general un libro intitulado **El mundo marcha**. Ese siglo del hierro y del acero en que se acortaron tanto las distancias, se estrecharon más las relaciones internacionales, se inventaron máquinas asombrosas, se fomentaron mucho las ciencias, las artes y las industrias y se creyó haberse llegado al pináculo del progreso mundial, ese siglo que pasó haciendo admirar a todos y comparar el genio militar de un gran emperador con el de los audaces guerreros de la Antigüedad, ha quedado para la Historia como la etapa que marca una verdadera evolución”.

“La idea de progreso comprende, en mi concepto, el adelanto intelectual, material y moral de los pueblos. El primero abarca los conocimientos adquiridos en las Ciencias Naturales, físicas, químicas y la instrucción de las masas que tiende a la disminución del analfabetismo; la segunda, el trabajo, las industrias y las vías de comunicación; y, la tercera, la cultura y la educación en general...”

“El progreso de las naciones sigue su curso trazado no obstante los grandes cataclismos que, de cuando en cuando, sobrevienen a la Humanidad...”

“No obstante los horrores de la actual contienda europea, el progreso científico, debido a la labor benedictina de los sabios desde el rincón de sus gabinetes, continúa marchando con movimiento vertiginoso sorprendiendo, a cada paso, los grandes secretos de la Naturaleza e indicándonos el provecho que debemos sacar de su aplicación práctica, para la vida industrial de los pueblos y su mayor engrandecimiento social y económico (34).”

A pesar del entusiasmo y las esperanzas del profesor Sivirichi, lo que el “progreso de las naciones” ha producido a lo largo del siglo XX, en el orden económico y material, es un abismo cada vez más profundo entre lo que se podría llamar las naciones perdedoras (el mayor número de naciones y la inmensa mayoría de la población mundial) y las naciones ganadoras que son pocas y abarcan un área reducido del planeta pero que concentran la mayor parte de la riqueza que produce la humanidad. Es el abismo entre economías desarrolladas y economías subdesarrolladas, entre el “progreso” y el “atraso”, entre ricos y pobres. Ciertamente, el profesor Sivirichi aún no podía imaginar que el Perú ya era en esos tiempos uno de los perdedores en el concierto de dominación mundial del capital. Pero el tema específico del profesor Sivirich, en el mencionado acto, era el de la gea de la localidad y de la región surandina y el cual fue desarrollado con despliegue de abundante ilustración empírica, matizada de sueños en una futura explotación racional de las riquezas minerales,



para terminar diciendo a modo de conclusión:

“Entonces y sólo entonces, habremos de realizar nuestros preciosos sueños de progreso intelectual, material y moral que armónicamente deben marchar para llegar a la meta de nuestras aspiraciones . Entonces y sólo entonces, podremos plantear con provecho, en el campo de la discusión parlamentaria y de los hechos justificados por nuestro anhelo honrado, la forma más perfecta y racional de gobierno republicano y democrático como es la federal [...] Entonces y sólo entonces, la Perla del Pacífico tocará al mar para llevar con más orgullo su nombre hermoso, cuando los balnearios de Chorrillos, Barranco, Magdalena y Miraflores formen una sola ciudad grandiosa, uniendo Lima con el Callao para ser el puerto del porvenir que rivalice con Río de Janeiro, así como San Francisco lo hace con Nueva York y Valparaiso con Buenos Aires, centinelas avanzados de la civilización en los océanos Atlántico y Pacífico, así el Cuzco, que era la capital del antiguo imperio del Tahuantinsuyo, podrá recuperar su ancestral esplendor siendo, alguna vez, la metrópoli de los E.E.U.U. del futuro Perú” (35).

Con este motivo podríamos decir que, no por casualidad, **Los sueños del Cusco** es el título acertado de una obra y algunos de cuyos pasajes nos parecen muy consistentes.

2.3 El discurso del indigenismo

El acontecimiento fundamental de la vida intelectual peruana en el siglo XX es el crecimiento de la imagen del indio”.

Jorge Basadre

El ingreso del Perú al siglo XX se produjo cuando se encontraba en marcha todo un ciclo de “rebeliones indígenas”, el mismo que se había iniciado en los instantes que el invasor y victorioso ejército chileno desocupaba el territorio nacional en cumplimiento de algunos de los acuerdos derivados del Tratado de Ancón celebrado en julio de 1883. Internamente, este tratado de paz había significado en gran medida una “paz terrateniente”: por un lado, dentro del proceso de rearticulación de la clase dominante, la recuperación de los privilegios y el poder que los terratenientes habían tenido hasta antes de la Guerra del Pacífico y, por otro, la acentuación de su dominación social sobre el campesinado indígena. Uno de los acontecimientos más importantes en aquellas circunstancias fue la rebelión campesina de Atusparia ocurrida en la sierra de Ancash en 1885. De allí para adelante, por



espacio de cuarenta años, hasta los tiempos del oncenio de Leguía, las rebeliones se sucedieron con relativa frecuencia en todo el país, en unas regiones más que en otras. Una de las regiones de mayor frecuencia de estos movimientos fue el sur andino porque, sin duda, en ella fue mayor la ofensiva terrateniente. Por lo demás, la llamada “reconstrucción nacional” había consistido básicamente en la reconstrucción del Perú oficial, es decir, de un Estado y una nación con exclusión de los indios. En ese contexto, se hicieron cada vez más frecuentes, además de las noticias periodísticas de sublevaciones, la creación literaria, los escritos y publicaciones sobre el indio. El indio se convertía de manera creciente en tema de novelistas y cuentistas, de historiadores, antropólogos y sociólogos, de ensayistas y políticos. Cada cual desde su perspectiva construye una imagen del indio. Las imágenes que se construyen del indio aluden habitualmente a su pertenencia a una cultura autóctona que aún sobrevive a pesar de su derrota y aplastamiento por los conquistadores europeos en el siglo XVI. El indio sobrevive a la brutal explotación colonial y al violento y masivo derrumbe demográfico que llevó casi al exterminio de su raza. Y, también, en muchos casos se plantea o por lo menos se sugiere la solución del “problema indígena”; esto equivale a muchas cosas: su reivindicación económica y social, su reivindicación política convirtiéndolo en uno de los actores concientes en la formación de la nación peruana; y, en fin, a la salvación de la cultura indígena. Aquí surgirán no sólo diversos matices sino también posiciones radicales y quizás extremas. De ese modo se irá configurando el indigenismo contemporáneo. No se puede olvidar que algunos de sus afamados precursores habían sido Manuel González Prada y Clorinda Matto de Turner (36).

Es probable que algunas de las bases más elaboradas y consistentes del indigenismo peruano se forjaron en el Cusco, especialmente desde los primeros momentos de la reforma universitaria. Una idea aproximada de esto pueden dar ciertos trabajos de historia, arqueología y antropología publicados durante la primera etapa de la **Revista Universitaria**: “Kon, Pachacamac, Uiracocha”, “El Cuzco precolombino”, “Notas de arqueología peruana”, “Arqueología e historia”, “Glosario de la vida incaica”, “Agonía del Virreinato” (Luis Valcárcel), “Una excursión a Machupiccho, ciudad antigua”, “Informe sobre los trabajos científicos de la expedición de la Universidad de Yale”, “El drama Ollantay”, “El Inca Garcilaso de la Vega”, “Los dramas quechuas “Uscar Paucar” (José



Gabriel Cosío), “Contribución al estudio de la prehistoria”, “La propiedad colectiva del ayllu” (Félix Cosío), “Los Machigangas del Urubamba” (Enrique Rosell), “Los Varayoc” (Pastor Ordóñez), “Historia y Arqueología nacional” (Juan Julio Zárate y Aristides Pareja Urquiza), “El Cuzco de la colonia” (Uriel García), “Las ruinas de Qquenco – Cuzco” (Jenaro Baca), “Un prócer cuzqueño de la Independencia” (Ángel Vega Enriquez), “El Cuzco precolombino” (Rafael Larco), etc.

Como es notorio por el simple desfile de títulos, el indigenismo cusqueño que se expresaba a través de la **Revista Universitaria** era de carácter eminentemente académico. El tema central de estudio e investigación era el pasado histórico: las culturas inca y preinca. Se trataba de revalorar este pasado, de mostrar la continuidad que existe entre el campesinado indígena con el hombre del Tahuantinsuyo. En esas precisas circunstancias, constituirán un especial estímulo el descubrimiento científico de Machupicchu por Hiram Bingham en 1911, su impacto nacional e internacional y la nueva presencia en el Cusco de la Misión Científica enviada por la Universidad de Yale. Esta Comisión realizó intensa labor de exploración y estudio en los departamentos de Cusco y Apurímac, en sus provincias, valles y ruinas. Levantaron mapas y planos topográficos, hicieron estudios de geología, meteorología, patología, osteología, antropología y arqueología. Todo esto destinado a conocer el pasado prehispánico (37).

Pero, no se piense que la actividad académica de los intelectuales del Cusco fuera sinónimo de apoliticismo. Lejos de esto, muchos de ellos tenían simpatías o compromisos con posiciones que postulaban el establecimiento de una vida realmente democrática en el Perú y, en tal sentido, cuestionaban el imperio del poder tradicional. No por casualidad habían sido protagonistas de las luchas de 1909 por la reforma universitaria y justamente, desde entonces, también habrían de producir un discurso político del indigenismo, del regionalismo, del federalismo, etc. A su vez, esto suponía asumir ciertas actitudes políticas concretas. Luis Valcárcel, quien ya aparecía como uno de los más destacados representantes de esta generación, recordaba de sus distancias con el civilismo, de su más que cercana relación con el liberalismo y de su identificación con las ideas políticas de Billingurst. A través de las páginas de sus **Memorias** Valcárcel recuerda que, no obstante



sus primeras simpatías pierolistas, en 1910 decidió afiliarse al Partido Liberal porque consideraba a esa agrupación como la única de ideas avanzadas frente a partidos que denomina anticuados o que actuaban en defensa de intereses circunscritos a determinados grupos de poder; mientras en el Cusco los grandes terratenientes eran civilistas, los universitarios ansiosos de renovación se agruparon en el Partido Liberal. Pero Valcárcel fue un poco más lejos en el quehacer político y él mismo lo cuenta así: *“Pese a mi filiación liberal, participé activamente en 1912 en la formación del Club Billingurista Universitario. Las circunstancias eran muy claras, la candidatura de Billinghurst surgió como defensora del pueblo frente a la de Aspíllaga, que representaba lo opuesto”. Billinghurst se había hecho conocido como anticivilista acérrimo y como partidario de Piérola, aunque su amistad con éste fue deteriorándose. Frente a Aspíllaga, civilista puro, rico agricultor azucarero y propietario de Cayaltí, Billinghurst tenía una imagen que captó rápidamente nuestras simpatías. Aspíllaga daba la impresión de que no tenía nada que hacer con el pueblo y menos con el Cusco, región de la que probablemente imaginaba sus características...”* (énfasis nuestro). Y, luego de conocer a esos dos personajes en el transcurso de su primera visita a Lima en 1912, Valcárcel diría: *“Frente al aristocrático Antero Aspíllaga, Billinghurst me parecía la persona más indicada para gobernar el país”* (idem). Valcárcel participó en la campaña electoral de ese año, colaborando en la secretaría de Billinghurst; poco después fue designado por éste, ya convertido en el nuevo presidente de la república, como Inspector Departamental de Instrucción del Cusco, cargo que ejerció hasta la caída de Billinghurst en 1914 a raíz del golpe militar acaudillado por el entonces coronel Oscar R. Benavides. Durante el tiempo que ejerció el cargo de Inspector, Luis Valcárcel y su secretario Luis Felipe Aguilar desplegaron una intensa campaña indigenista, llevaron a cabo una detallada revisión de la labor educativa en el Cusco y Apurímac, recorriendo todos los pueblos de la zona, tomando contacto con los profesores y alumnos, examinando las necesidades de las escuelas y evaluando a los maestros. En sus viajes de inspección prestó especial interés en conocer las relaciones que los maestros establecían con los alumnos indígenas y a este respecto decía: *“Inculqué a los docentes que debían prodigar un trato amable y respetuoso a los niños que comenzaban a aprender castellano porque eran tan peruanos como los demás, no existiendo motivo para su marginación. Por entonces la enseñanza se realizaba exclusivamente en castellano, ni se pensaba dictar en*



quechua, una lengua rica y antigua, pues no se respetaba en absoluto la cultura indígena y su idioma.” (38).

Luis Valcárcel continuó escribiendo y publicando sobre costumbres indígenas y la historia incaica. También continuó participando en la vida política, más de la vez desde posiciones críticas a los gobernantes de turno y, algunas veces, vinculado a actividades conspirativas. En el campo de la historia, había madurado su idea de que un estudio serio sobre los orígenes del imperio de los incas tenía que partir del ayllu, la célula fundamental de la sociedad andina. Uno de los frutos de las investigaciones que realizaba en ese sentido fue su tesis de bachiller en Derecho, **Del Ayllu al Imperio**, presentada en 1916. Pero sus investigaciones sobre este tema prosiguieron de manera paciente y sistemática (39).

La intensa segunda etapa de los movimientos intelectuales del Cusco llegaría a su culminación con la realización en esa ciudad, en marzo de 1920, del Congreso Nacional de la Federación de Estudiantes. Puede decirse, en realidad, que ese Congreso puso término a una etapa y dió comienzo a otra nueva. Fue organizado por Víctor Raúl Haya de la Torre quien por entonces ejercía la presidencia de la Federación de Estudiantes. Entre los delegados que viajaron de Lima, estaban Raúl Porras Barrenechea, Jorge Basadre, Guillermo Luna Cartland, Humberto del Aguila, Francisco Sánchez Ríos, Augusto Rodríguez Larraín, Manuel García Irigoyen, Carlos Roldán Seminario, Luis E. Galván, José León y Bueno, Eleazar Guzmán Barrón, Napoleón Gil, Héctor Morey, Rafael Pareja, Rodrigo Franco Guerra, Pedro Weis, Artidoro Alvarado Garrido, José Carvallo, Abraham Gómez. El Congreso discutió y aprobó una serie de planteamientos como los siguientes: por un sistema educativo organizado en el Perú bajo la supervigilancia de una entidad autónoma, el Consejo Nacional de Educación; por la descentralización de este ramo; por la reposición de los inspectores provinciales; por el servicio médico escolar; por una adecuada escala de sueldos para los maestros, por la creación de una Facultad de Educación con el objeto de preparar al personal docente en los colegios de instrucción media; por la creación de las Facultades de Farmacia, Ciencias Químicas y Odontología y un Instituto Politécnico también autónomo. Se aprobó la creación de las Universidades Populares. La tendencia de acercarse al proletariado como movimiento estudiantil, suscitó tensiones con quienes al



interior del Congreso tenían una orientación nacionalista y hasta conservadora. Los delegados procedentes de la Universidad de San Marcos, de las Universidades de Trujillo y Arequipa, encontraron en el Cuzco un clima intelectual de tanta vitalidad y de una orientación indigenista tan definida que terminaron por admitir que tenían mucho que aprender. Jorge Basadre, reconoce el profundo impacto que la ciudad imperial había tenido en él y dice: “Aquel recuerdo del Cuzco fue un fenómeno aislado; pero con el transcurso del tiempo, resultó, para mí, tan sólo un punto de partida, egregio e intransferible, en un proceso largo y crecientemente complejo: el de la apreciación y la admiración por la gente del antiguo Perú [...] Cuando pienso en una ciudad del mundo que no se parece a otra porque no es exactamente occidental ni oriental, porque es majestuosa y misteriosa, compleja y extraña, sólida y trágica, no hallo otro nombre más fascinante que éste, hecho con carne de piedra pulida por la sangre, los soles y las lluvias de innumerables siglos, para dejarla allí majetuosamente para nosotros y para el futuro: Cuzco” (40). Por su parte, Haya de la Torre, quien había vivido dos años antes en esta ciudad serrana, en carta dirigida ya desde el exilio a Guillermo Guevara, director de *La Sierra*, se expresaba con igual o mayor elocuencia: “Del Congreso del Cuzco salió la nueva inspiración de la juventud peruana. De él las Universidades Populares, de él el interés de la juventud estudiosa por el problema social, de él la devoción por la causa indígena [...] *El Cuzco transformó la juventud nacional, como me había transformado a mí dos años antes. Por eso yo soy ciudadano del Cuzco, porque creo que el hombre nuevo que llevo en mí, apareció en los principios de mi juventud, durante mis largos meses de permanencia en el Cuzco. Yo no habría sentido devoción por la raza indígena ni amor por el Perú serrano, ni dolor por la injusticia social, ni rebeldía ante la barbarie hecha sistema político, si no hubiera vivido de cerca la vida del Cuzco...*” (41).



3. Expansión nacional del indigenismo cusqueño, los movimientos democrático nacionales y socialistas

La tercera etapa de los movimientos intelectuales del Cusco, comprendida entre 1920 y la gran crisis de los años 30, fue aquella que trascendió los límites locales y regionales, motorizando la difusión y debate de sus ideas en plano nacional, impactando inclusive en determinados segmentos sociales de Lima: periodistas, intelectuales, el joven proletariado fabril, estudiantes universitarios, etc. Ya hemos señalado que el punto de partida esta nueva etapa fue el Congreso Nacional de la Federación de Estudiantes que se llevó a cabo en la vieja capital imperial. El contexto nacional estaría marcado por el ya famoso oncenio de Leguía, por su política económica abiertamente favorable a la penetración del capital norteamericano, por una relativa modernización del aparato del Estado, por su demagogia indigenista y la cosecha de una pasajera popularidad, por su dictadura, descrédito y final caída por medio de un golpe de Estado. Los años 20 y comienzos de los 30 fueron, si se admite la expresión, de creciente agudización y profundización de las luchas de clases en el Perú. El liderazgo intelectual cusqueño estuvo conformado por los elementos más destacados de la década previa, en su mayoría provenientes de la reforma universitaria de 1909, aunque con la aclaración que mientras unos prosiguieron con su actividad académico-intelectual, otros fueron incorporándose al campo de la actividad política y en consecuencia a los ásperos debates ideológicos y a las rudas confrontaciones de fuerzas políticas. Pero se trata, en general, de una etapa no sólo de expansión del indigenismo sino de radicalización de algunas de sus manifestaciones y/o tendencias.

Los órganos más representativos de los movimientos intelectuales cusqueños o procedentes del Cusco, en esta tercera etapa, fueron las revistas **Kosko**, **Kuntur** y **La Sierra**. Las dos primeras tuvieron una circulación básicamente regional, aunque **Kosko** circulara también en Puno, Arequipa y de alguna manera en Bolivia y Argentina, en la medida que sus editores aspiraban alcanzar una circulación continental. En cambio **La Sierra**, que no se consideraba necesariamente una nueva resurrección de las anteriores que habían existido con ese mismo nombre, fue expresamente una revista de circulación



nacional e internacional, siendo editada en Lima y logrando difundirse en todo el país, en Bolivia y Argentina y en los círculos de estudiantes peruanos emigrados en varios países de Europa. Pero, además de dichos voceros, en esta etapa aparecieron las más afamadas obras de sus intelectuales de mayor prestigio como Luis Valcárcel y Uriel García.

3.1 La revista **Kosko**: entre el indigenismo, el nacionalismo y el socialismo

El poeta Luis Nieto señala que, en la transición de la segunda a la tercera etapa de los movimientos intelectuales del Cusco, tres acontecimientos tuvieron influencia significativa: la Reforma Universitaria de 1919, el Congreso Nacional de la Federación de Estudiantes de marzo 1920 (uno de cuyos acuerdos fue la fundación de las Universidades Populares, la misma que después fue inaugurada en el Cusco el 10 de mayo de 1924) y las movilizaciones de mayo de 1923 contra el proyecto de consagración del Perú al Corazón de Jesús. Estos acontecimientos precedieron y, a la vez, impulsaron el desarrollo aún más intenso de los movimientos intelectuales del Cusco. El propio Nieto refiere que localmente, bajo el impacto de esos acontecimientos, “desde 1921 hasta comienzos de 1924, el centro motor, el impulso creador, la raíz de todas las conmociones había sido la *Asociación Universitaria* (segunda época). Los líderes de aquellos años, Julio Corazao, Genaro Fernandez Baca, Domingo Velasco, Atilio Svirichí, Alfredo González Willis, Manuel D. Velasco Núñez, Casiano Rado, Sixto Coello Jara, Luis Yábar Palacio, Juan Manuel Delgado, Luis Llanos y otros, habían provocado la santa insurgencia y desgarrado los velos del templo. Pero es recién en 1924, con la aparición de la revista **Kosko**, que la eclosión intelectual llega a su clímax en el Cuzco y los poetas, los escritores, los estudiantes empiezan a procurar una ubicación frente a los acontecimientos que se suceden en el país y en el mundo [...] Pero, es, repetimos, con **Kosko** que el valor candente y fustigador de los intelectuales cobra contornos implacables” (42).

Kosko fue una revista literaria y polémica. No es necesario decir que una de sus mayores ambiciones fue la difusión de la creación literaria y pensamiento indigenistas. Apareció en el Cusco el 19 de mayo de 1924, como publicación semanal y su primera época se prolongó hasta noviembre de 1925 (habían sido publicados sus primeros 63



números). Dicha revista fue fundada por un personaje original, bohemio y contestatario, el periodista e impresor Roberto Latorre Medina. Los directores formales de la revista fueron, primero, Luis Severo Yabar (director literario) y luego Luis Felipe Paredes Obando, abogado e intelectual ligado a la generación de 1909. Por otra parte, **Kosko** se autocalificaba como revista marxista, aunque no excluía de sus páginas artículos de orientación ideológica diferente pero de contenido crítico al poder político imperante en el país. Por eso seguramente **Kosko** aparecía como una revista de creación, de ideas y debate, en la que se combinaban la poesía, el cuento, el artículo indigenista, el comentario artístico, la información local, la crítica al gobierno de Leguía, y la propaganda de tinte marxista. Su fundador, Latorre Medina se confesaba mucho más tarde como marxista-leninista (en los años 30, ya fallecido Mariátegui). Aparecieron en las páginas de **Kosko** artículos de Luis Valcárcel y Uriel García, los de Luis Velazco Aragón, Angel Vega Enríquez, Gamaliel Churata, Miguel A. Nieto, Rafael Aguilar, Alfredo González Willis, José Frisancho, Lisandro Caller, Francisco Olazo, Agustín Rivero, Encino del Val, Julio Luna, Juan Medina, José Castro, etc. También eran frecuentes las colaboraciones de Haya de la Torre y Mariátegui, Federico More, Carlos Sabat Ercasty, Juan Parra del Riego, Raquel Sáenz, Renato Morales de Rivera, César A. Rodríguez, etc. Su intención difusora del indigenismo fue permanente y se expresaba particularmente en artículos como: "Motivos quechuas", "La tragedia del cóndor", "Idilio Agorero", "Malacasta", "Crónicas pequeñas", "Hacia el regionalismo", "Pequeños poemas", "Sensaciones". A nivel de la iconografía predominaban las reproducciones de José Sabogal, Camilo Blas y Domingo Pantigoso. **Kosko** fue clausurada por el gobierno de Leguía en diciembre de 1925 y su director enviado preso a la isla El Frontón (43).

Julio Gutiérrez, periodista, escritor y combatiente político cusqueño, refiere que la revista **Kosko** informaba en su primer número sobre la inauguración de la Universidad Popular González Prada realizada el 10 de mayo de 1924 en el curso de una solemne actuación en el Salón de la Sociedad de Artesanos ubicada en la Plaza de Armas. Gutiérrez recuerda haber asistido a la ceremonia en la que habló ante el público, entre otros, el Dr. Luis Valcárcel, quien comenzó su discurso con el vocativo "camaradas" causando cierta sorpresa en el auditorio; el orador explicó el uso del término manifestando que el



tratamiento de “señores” era propio de una sociedad feudal dividida en señores y siervos pero que, entre obreros y trabajadores, el trato debía ser de camaradas, de hombres iguales en derechos; en uno de los párrafos de su discurso, reproducido íntegramente por **Kosko**, Valcárcel se refirió interrogativamente a la Revolución Rusa y a su impacto en las juventudes y trabajadores del país, en los siguientes términos:

“¿Cómo no se avivará en vosotros la curiosidad por informaros de lo que acontece en Rusia, donde desde hace siete años, se alza un gobierno obrero que comienza a ser reconocido por todos los pueblos del mundo, después de haber luchado largos años contra la Europa coaligada que creía encontrar en la república de los soviets un tremendo e inmediato peligro?” (44).

En el número 2 de la misma revista, referido también por Gutiérrez, Valcárcel publicó su artículo “Socialismo”, algunos de cuyos párrafos decían:

“El ochocientos fue la edad de la democracia liberal. El novecientos es la del socialismo. La utopía de anteguerra es la realidad de este instante. La Rusia de los Zares es hoy la república de los soviets. Petrogrado es Leningrado; la ciudad de Pedro el Grande recibe el nombre del apóstol del comunismo”.

“¿Y en el Perú? ¿Qué hace la juventud encerrada en las pretenciosas torres de marfil de su exquisitez ... de su egoísmo?. Descienda a la planicie desde los globos cautivos de su egolatría. La hora es de fervor combativo, no de fría contemplación” (45).

Quienes impulsaban la publicación de **Kosko**, interesados en proporcionar información y difundir opiniones sobre problemas sociales y políticos de su época, en promover el arte y la poesía indigenista, anunciaban sus propósitos inclusive en un tono un tanto retórico y panfletario:

“Kosko no terea ni terciará nunca en política de banderas desteñidas con el sudor de los pueblos, ni con esas colonias de parásitos sociales que han convenido en llamarse partidos políticos que, como los gusanos, sólo se desarrollan cuando la putrefacción de un organismo les promete abundante cena [...] En una democracia sana y organizada sólo caben dos partidos: el conservador, de cabeza encanecida que aun vive chupando los pezones ideológicos de la clase media; y el radical, que despliega la bandera roja de la regeneración: su lucha marca la pulsación de la vitalidad de un pueblo ... El ideal tiene que infiltrarse en el pueblo para hacerse carne, su vehículo es la prensa [...] (46)



En las páginas de **Kosko**, hace su aparición el nombre de uno de los más belicosos y demolidores panfletarios de esos días: Luis Velazco Aragón. El expresa una de las actitudes que definían a muchos de sus contemporáneos cusqueños, cuando escribe:

“... Mi serranismo es distinto al de esos que gritan *Federación* y se inclinan al primer limeño que tropiezan. No soy de los que me contento con loar lo incario y con ello enervarme abúlico, como mascando coca y soñando con un tiempo que fué. No odio a Lima. La desprecio como a un ulceroso que va matando la nacionalidad, pero no dejo por eso de combatir también la pasividad serrana sin rebeldías y la piojera gamonalesca que enflaquece al indio. Nuestro serranismo para ser tal, lo primero que tiene que hacer es ser justo en **La Sierra**. Sólo a ese precio de justo aquí se puede combatir la oligarquía centralista de Lima que se ríe de nuestros arrestos regionales, toda vez que ya cien años contempla la domesticación paulatina del serrano por el costeño. Es decir la domesticación del más fuerte por el más adaptado. Nuestro serranismo como tal debe inspirarse en el símbolo trascendental de Túpac Amaru que demandó justicia, muere rebelde en la demanda, antes que ser servil cortesano y palaciego” (47).

A través de las páginas de **Kosko** sus integrantes desplegaron actividades de propaganda y agitación políticas. Trataron de explicar a los trabajadores y sectores populares del Cusco y de la región, haciendo uso de una fraseología marxista que hacía circular la III Internacional, sobre el lugar y las tareas de las clases medias (pequeña burguesía) y el proletariado, sobre el significado del capitalismo y de la burguesía en la sociedad contemporánea, etc. Con similar fraseología, también expresaron su admiración por la revolución rusa y por algunos de sus líderes como Lenin.

“La pequeña burguesía se ha apropiado de la causa proletaria para explotarla en beneficio de sus pasiones siempre personalistas, por eso el proletariado nunca clama como debería ser, ante los poderes imperantes, del excesivo trabajo a que le somete su explotador, del poco salario que el capitalista, el burgués o el pequeño burgués paga por el desgaste máximo de sus energías físicas, de la poca o ninguna instrucción que le ofrece el Estado, de las ingentes sumas con que éste ha gravado los artículos de consumo [...].

“El pequeño burgués no hace más que llenar su rol, el responsable es el proletariado que se preocupa poco de organizarse y se sume en un conformismo desesperante; el responsable es el intelectual que no quiere despertar la conciencia adormecida, agonizante del proletariado; el pedagogo que no sabe sino enseñar a rubricar al proletariado para cuando el político necesita de la firma de aquel en las ánforas electorales [...]



“El elemento clerical ha emprendido una campaña contra la alborada bolchevique que se anuncia en el país ... Pero el cerebro de Lenin iluminará el mundo [...] (48).

Frente a la decisión del presidente Leguía de hacerse reelegir una vez más, la revista **Kosko** se pronunció en contra y denunció la farsa electoral. Al mismo tiempo, asumió la defensa de las Universidades Populares González Prada enfrentando a las fuerzas conservadoras y, entre ellas, a la jerarquía de la Iglesia Católica que buscaban su clausura. Al producirse finalmente esta clausura, la revista emprendió una enérgica campaña reclamando su reapertura y esgrimiendo un discurso anticlerical aún mucho más radical:

“El clericalismo estupidizante, amparados por la fuerza del autoritarismo dominante, lograron ahogar, en su germen aún, aquella institución [...]. Producida la clausura de la Universidad Popular, sus fundadores viéronse perseguidos, confinados o expatriados y la noble idea de mantener en el Cusco un centro de culturización para obreros ha quedado relegada al olvido [...] (49).

Con igual energía, se refirieron a las condiciones de vida y de trabajo de la población indígena, denunciaron los abusos de los gamonales y formularon ciertas alternativas de solución, como una reforma agraria destinada a la eliminación del régimen de propiedad latifundista:

“En el Cusco, especialmente, decenas y decenas de leguas cuadradas de tierras son propiedad de gentes incapaces de hacerlas producir, y es aquí donde se nota la urgente necesidad de hacer un reparto y buscar el bien general [...] (50).

De otra parte, se planteó la necesidad de combatir por las reivindicaciones regionalistas, pero diferenciándose del viejo regionalismo de los caciques o de la incipiente burguesía de provincias. El nuevo regionalismo debía movilizar al pueblo y servir para el logro de reivindicaciones concretas como la protección comercial y el fomento de la industrialización. Acerca de estas cuestiones, el propio fundador de la revista escribía:

“Los que somos amamantados por el agua fresca de los nevados de la cordillera andina, estamos unidos por un vínculo fuerte, inquebrantable: el vínculo étnico. Aunemos a ello el vínculo espiritual, comulguemos el mismo ideal.



“La Sierra, promesa al porvenir de grandes revoluciones, una sustantiva renovación en el pensamiento y la acción, revolución intelectual y artística, social y política, comercial e industrial.

[...] yo encuentro en los hombres de letras y especialmente en el periodismo, la fragua y el yunque en se forjará la recia cadena que unirá la Sierra. El hierro está en el pueblo. Reunámonos en congresos y realicemos exposiciones.

“Conozcámonos bien.

“Levántense oradores y conferencistas serranos sobre todas las tribunas de la Sierra.

“Cuando la familia andina se unifique, no habrá poder que se oponga a la consecución de sus anhelos [...] (51).

En el transcurso de aquellos años en los que se publicaba la revista **Kosko**, habían aparecido otros diversos hechos en el escenario cusqueño que pasaron a hacer parte del contexto local. Se advierte una presencia creciente de la mujer en la Universidad San Antonio Abad. Bajo el comando de Martha Alicia Yépez se organiza el *Comité Feminista del Cusco* la que despliega una intensa labor cultural con la participación de los más destacados intelectuales. Expresión de esas inquietudes se refleja en las colaboraciones que publica el diario **El Comercio del Cusco** o en el periódico **Albores** publicado por las mujeres universitarias. Aparte de Martha Alicia Yépez, la abanderada del grupo de mujeres, deben ser mencionados los nombres de Raquel y Camila Bocángel Montesinos, Rosa A. Rivero, Angélica Alvarez, Lucrecia Núñez de la Torre, Edelmira Guevara, Rebeca y Teresa Villa, Fortunata Jara, Justina Aranibar y otras. Al mismo tiempo, emergieron numerosas instituciones de trabajadores. Se organiza el Sindicato de Choferes con Julio C. Pastor como Secretario General; el Club Deportivo Obrero bajo la presidencia de Antonio Carrasco; la Sociedad Fraternal de Carpinteros con Ignacio Peralta; el Gremio de Zapateros con José L. Castro; los panaderos con Martín Pareja; los constructores con Juan Ramos; la Asociación de Tipógrafos, “a la manera soviética”, según reza su Declaración de Principios, teniendo como su organizador, fundador y Secretario General, justamente, a Roberto Latorre, fundador y director de la revista **Kosko**. Entre estos movimientos, se compartía el nuevo lema de la juventud: “Libertad y Federación. Sufragio efectivo. No reelección” (52).



Kosko no podría haber sobrevivido por más tiempo. Como era de esperarse, no sólo por parte de sus adversarios y/o críticos, la decisión del presidente Leguía fue la clausura de dicha revista en diciembre de 1925. Se habían publicado 63 números. La represión gubernamental se extendió contra los estudiantes universitarios y contra muchos de aquellos que habían colaborado con la Universidad Popular González Prada. Transcurrido casi diez años, la revista reapareció brevemente en 1934 pero, entre tanto, habían cambiado muchas cosas en plano nacional e internacional. El mundo capitalista, aún no se reponía, ni siquiera en sus propios centros metropolitanos, de la gran crisis a la que había ingresado con el crac de 1929; en la URSS, la construcción del socialismo se encontraba, de palabra, bajo la dictadura del proletariado revolucionario pero, en los hechos, había sido engullido por el poder del revisionismo representado por Stalin, es decir, por el oportunismo y el burocratismo que, además del caso ruso, terminaron infectando y desarmando la casi totalidad de experiencias de construcción socialista en el siglo XX. . En el Perú, entre 1930 y 1933, habían sido derrotados los trabajadores, el movimiento popular revolucionario y sus más avanzadas direcciones intelectuales y políticas.

3.2 El Grupo Resurgimiento, un frente nacional indigenista:

En la década del 20, aproximadamente hasta 1928 o 1929, predominaba en América Latina un espíritu de frente entre las diversas tendencias y/o corrientes del pensamiento ideológico-político pertenecientes al campo popular o interesadas en representarlo. Los movimientos antioligárquicos y antimperialistas en general, habían preferido actuar en términos de frente amplio, tanto en plano nacional como continental, y poder de ese modo convocar y aglutinar fuerzas sociales heterogéneas en los combates a los explotadores y dominadores y sus aliados. Y era cada vez más abundante la literatura que circulaba en ese sentido. El indigenismo en el Perú, el indigenismo cusqueño en este caso, no podía aparecer al margen del espíritu de frente que por esos años recorría la escena peruana y latinoamericana. Por eso, seguramente, las diversas tendencias y/o promociones del indigenismo cusqueño llegaron a conformar el *Grupo Resurgimiento* (53).



El *Grupo Resurgimiento*, fundado en diciembre de 1926, fue bastante publicitado especialmente por José Carlos Mariátegui en su revista *Amauta*. Aquel grupo estuvo integrado por indigenistas cusqueños provenientes de varias generaciones: viejos precursores como Luis Felipe Aguilar y Angel Vega Enríquez; los de la generación de 1909, como Luis Valcárcel, Uriel García, Félix Cosío, Rafael Aguilar, etc.; los de la generación siguiente como Luis Felipe Paredes, Luis Velazco Aragón, Alberto Delgado y Víctor Guillén y, además, personas muy jóvenes, alumnos todavía de la Universidad San Antonio Abad, como Casiano Rado, Luis Yábar Palacio, Rosa Rivero, Julio G. Gutiérrez, José Angel Rodríguez y otros. Estos últimos ya tenían por entonces una inicial lectura acerca de cuestiones marxistas. Otros, como Julio Luna Pacheco, hacían suyo el "socialismo peruano" que predicaba el Apra. Luego, en las primeras sesiones del grupo habían sido incorporados "otros fautores del renacimiento indígena": Francisco Choquehuanca Ayulo, Dora Mayer de Zulen, Manuel Quiroga, Julio C. Tello, Rebeca Carrión, Francisco Mostajo, José Sabogal. Poco después, fue incorporado Mariátegui. Pero el *Grupo Resurgimiento* no logró caminar lejos; se disolvió en mayo de 1927. Para conocer su contenido y orientación, será mejor referirnos a sus propios documentos y pronunciamientos y, desde luego, a las páginas de la revista *Amauta*, la más singular revista moderna del siglo XX peruano (54).

Es probable que el *Grupo Resurgimiento* haya sido concebido como punto de partida para una ulterior conformación de un frente indigenista de dimensión nacional. En tal sentido, buscaba abarcar a los diversos grupos indigenistas de las provincias del Perú y de Lima. De ese modo, habría podido tener mayor posibilidad la organización y movilización de las fuerzas indigenistas y, eventualmente, de las propias masas indígenas (campesinado indígena), extendiendo la denuncia y luchas contra el gamonalismo, traspasando los límites simplemente administrativos y legales de los reclamos y reivindicaciones indígenas. La materialización de estas propuestas, en aquellas circunstancias, ya habría significado el cuestionamiento político de las bases mismas del orden de dominación establecido. Y, de haber sido así, habrían estado en la trinchera no solamente el frente indigenista sino, también, los otros activos frentes del campo popular.



Marfil Francke Ballve, quien advierte elementos paternalistas, humanitarios y asistencialistas en el discurso del *Grupo Resurgimiento*, sostiene, sin embargo, que su aparición fue un hecho importante “... en la medida en que fue la única vez que se intentó organizar un frente indigenista a nivel nacional, con proyecciones políticas [...] *Resurgimiento* fue el caso de gente que se agrupó intencionalmente, con objetivos determinados, estatutos, etc. De allí el impacto que tuvo en el ambiente intelectual limeño y en los grupos dominantes del Cusco. Aún hoy día, *Resurgimiento* es el grupo más conocido y es considerado el representante del movimiento indigenista cusqueño. La acogida y la difusión que le dió Mariátegui en *Amauta*, y el hecho de haber sido impulsado por los más brillantes indigenistas cusqueños, ha contribuido a darle esa imagen...” (55).

En “El Proceso al Gamonalismo”, Boletín de defensa indígena No.1, inserto en el N.5 de *Amauta* (enero, 1927), Mariátegui escribe sobre el nacimiento del *Grupo Resurgimiento*, comentando su orientación y programa, nombrando a sus principales fundadores y a sus nuevos integrantes y sugiriendo los nombres de los futuros adherentes. En el mismo Boletín, fueron publicados los respectivos estatutos. Mariátegui, al escribir sus entusiastas comentarios, bajo el título de “La nueva cruzada Pro-indígena”, también señaló las expresiones sustantivas del fenómeno espiritual dentro del cual aparecía esta agrupación:

“El Grupo Resurgimiento no aparece intempestivamente [...] El proceso de gestación del grupo viene de más lejos. Se confunde con el del movimiento espiritual e ideológico suscitado por los que, partiendo de afines principios o comunes sentimientos, piensan, como ya una vez he dicho, que “el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no represente el bienestar de la masa peruana, que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina” [...] Este movimiento anuncia y prepara una profunda transformación nacional [...] Quienes lo consideran una artificial corriente literaria, que se agotará en una declaración pasajera, no perciben lo hondo de sus raíces ni lo universal de su savia. La literatura y la ideología, el arte y el pensamiento nuevos, tienen en el Perú, dentro de la natural y conveniente variedad de temperamentos y personalidades, el mismo acento sentimental. Se cumple un complejo fenómeno espiritual, que expresan distinta pero coherentemente la pintura de Sabogal y la poesía de Vallejo, la interpretación histórica de Valcárcel y la especulación filosófica de Orrego, en todos los cuales se advierte un espíritu purgado de colonialismo intelectual y estético. Por los cuadros de Sabogal y Camilo



Blas y los poemas de Vallejo y Peralta, circulan la misma sangre. En los apóstrofes de Valcárcel, de Haya de la Torre y de Gamaliel Churata se encuentra idéntico sentimiento. Los identifica hasta cierta entonación mesiánica” (56).

En “El Proceso al Gamonalismo”, Boletín de Defensa Indígena, N.2, febrero de 1927, se publica un extenso documento del “Grupo Resurgimiento”, con el título de “La violenta situación de los indios en el departamento del Cusco”. Era una enérgica denuncia a los gamonales de la región y a sus cómplices que habitualmente eran los destacamentos de las fuerzas armadas. Se hace un recuento de los principales hechos criminales cometidos en esos años, en varias provincias, contra los indios: robo de sus ganados, persecuciones, encarcelamientos, asesinatos, masacres, etc. Después de un ensangrentado rosario de denuncias, algunos de los pasajes finales el documento decían:

“En esta situación de extrema violencia en que el indio está acorralado por sus verdugos; en esta situación en que todo remedio ha fracasado –leyes, decretos, sentencias, tribunales, patronato, funcionarios- en este caos de odios salvajes, de intereses inconfesables, de prejuicios inveterados, le toca actuar al Grupo “Resurgimiento”.

“Quienes lo forman, miden en toda su gravedad la amplitud y trascendencia de su misión. Caerán sobre él las calumnias. Tratarán de desacreditar a cada uno de sus componentes y de desprestigiar a la asociación cuantos se sienten culpables”.

“Pero el Grupo, inflexible seguirá adelante. Bajo la tempestad de los intereses creados y comprometidos por su aparición, siempre brillará el relámpago de la esperanza de un estado mejor de justicia social, de reivindicación de los derechos de nuestro hermano el indio”.

“Contra la conjuración de los opresores, presentaremos el “frente único” de todas las conciencias incontaminadas, de todos los espíritus libres”.

“Lucharemos hasta el sacrificio, y uno tras otro saldrán a la luz pública los crímenes del gamonalismo”.

“La verdad de nuestras denuncias, la exactitud de nuestras informaciones, se impondrán por sí solas. Invitaremos al pueblo a ser juez en esta contienda” (57).

Pero el *Grupo Resurgimiento* todavía no se encontraba en condiciones de poder resitir



la más que segura contraofensiva que iban a desatar el gamonalismo y el Estado. En términos de organización y coordinación, recién estaba en proceso de constitución. Pero, también, la heterogeneidad de posiciones en el mismo seno del indigenismo cusqueño no podía favorecer una más rápida y concertada reacción para la defensa y resistencia frente a las circunstancias de más brutal endurecimiento de la represión leguista. El *Grupo Resurgimiento* difícilmente podía evitar sucumbir como frente indigenista. Era pues más un frente indigenista que un frente político y la coyuntura estaba cada vez más dominada por las confrontaciones de carácter político. Luego vendrían las divisiones y los nuevos reagrupamientos. Pero esta vez sería bajo el creciente predominio de propuestas con perspectivas políticas -nacional democráticos y socialistas- y cuyos gérmenes ya estaban haciéndose presentes al interior de movimientos previos y en especial del propio "*Grupo Resurgimiento*" (58).

3.3 La revista *Kuntur*: entre el radicalismo indigenista y el socialismo

Kuntur, también fue una revista de ideas, arte y polémica. Fue fundada en 1927 por el grupo *Ande* que, poco antes, había sido parte integrante del *Grupo Resurgimiento*. Su principal animador fue Román Saavedra (Eustaquio K'allata). Según Luis Valcárcel, otro de sus principales fundadores habría sido Uriel García. En la partida, *Kuntur* tenía básicamente un tono de protesta y de denuncia; al parecer, definía con mayor fervor su orientación indigenista al declarar que "lucha por la ideología serrana, pujante y fervorosa, (que) condena rotunda y varonilmente la hecatombe de la raza india, llevada sistemáticamente a cabo por los sátrapas de esta tierras". *Kuntur* lucha "por la magnífica y vigorosa floración espiritual andina. Lanza como flecha su palabra vibrante de sinceridad juvenil. *Kuntur* es una conciencia nacida de la conjunción racial y telúrica". El propio Eustaquio K'allata, propugna en su artículo "Perú en Ojotas" un candente radicalismo: "Los inmensos latifundios deben desmigajarse, pero pronto, sobran los discursos, falta la acción franca, el vigor, el puño ...hay que crear el espíritu revolucionario, luchar contra el gamonal viejo y hacer el cruce a fuerza (El indio fornido y rebelde vendrá a conyugar con la señoracha). Desmigajar los latifundios, crear como forma política el sovietismo agrario". Existen numerosos pasajes de estas características. Se piensa que uno de los intelectuales



que mayor influencia habría ejercido en dicha revista fue Federico More. Además de las declaraciones generales, también es cierto que se hicieron denuncias concretas sobre diversos abusos de gamonales en la región y sobre el inmenso poder del gamonalismo en el país.

El grupo estudiantil llamado *Ande*, publicaba la revista **Pututo** desde 1926. Era una presencia nueva y muy activa en la Universidad San Antonio Abad. Como tal, fue integrante del *Grupo Resurgimiento* y, después, se convirtió en fundador y editor de la revista **Kuntur**. Se trataba de grupos y movimientos que aparecían más cercanamente vinculados a los sectores indígenas y populares y que reivindicaban los intereses de éstos ante el Estado y frente al gobierno leguista que abiertamente estaba al servicio del capital imperialista aunque, al mismo tiempo, hacía demagogia indigenista. Seguramente por eso, muchos de estos indigenistas radicales que realizaban críticas a la política capitalista y proyanqui de la "Patria Nueva" del presidente Leguía, frecuentemente fueron objeto de persecución, de encarcelamiento, de confinamientos o de deportaciones.

El primer número de **Kuntur**, apareció en octubre de 1927, año en que la Universidad San Antonio Abad se encontraba nuevamente clausurada por el gobierno, como respuesta a una huelga estudiantil, por una nueva reforma universitaria, que se había iniciado en el mes de mayo. El grupo que editó esta revista estaba conformado por estudiantes, intelectuales, artistas y dirigentes sindicales. Muchos de ellos provenían del grupo *Ande* y de la revista **Kosko**. En la relación figuraban César González Willis, Sergio Caller, Carlos Valer, Corina Latorre, Rosa Rivero, Julio Moreno, Estela Bocángel y Aquiles Carrión. Entre sus colaboradores asiduos figuraban Roberto Latorre, Casiano Rado y Rafael Tupayachi, de **Kosko**; Julio Gutiérrez, Oscar Rosas Tersí y Román Saavedra, de *Ande*; también, Luis Valcárcel, Luis Velazco Aragón, Uriel García, Roberto Ojeda, Alfonso González Gamarra, Agustín Rivero (59).

El poeta Luis Nieto, hace una presentación de la revista **Kuntur** con despliegue de palabras emocionadas y abundantes:



“La generación que tuvo su bautizo de fuego en las jornadas del año 23, encuentra su ubicación precisa y cumple su sino histórico cuatro años más tarde, al agruparse en una revista que debía convertirse en bandera de reclamos sociales, pugnaz, combativa, lapidaria: “*Kuntur*”.

“El primer número de “*Kuntur*” sale a la calle en octubre de 1927 –trece meses después de la aparición de “*Amauta*” en Lima- como una “*Revista Mensual de Ideas, Arte y Polémica*” y afirmada como una “*Tribuna de la nueva generación andina*”.

“*Kuntur*” es la definición y la batalla. Batalla ardorosa y sin cuartel, quizás un poco iconoclasta, acaso demasiado agresiva, puede ser que injusta en sus apreciaciones y en sus juicios sobre algunos hombres que habían contribuido con su pensamiento y con su actitud a crear, años atrás, ese clima de guerrilla y de trincheras que respiraban los líderes de la nueva hornada”.

“Es posible que quienes se agruparon alrededor de “*Kuntur*” hayan tenido en la lucha, en la protesta, en la algarada levantisca, antecedentes que imitar. Pero es en otro aspecto en el que no es posible discutirles primacía. Con esta generación, por la primavera vez, de manera irreductible, consciente, fervorosa, nace una emoción social, una definición ideológica, un contenido pragmático, una tónica combatiente, un ideario de altivez en la conducta y en la vida”.

“Es una generación que abre su propio camino, que levanta sus propios dioses...” (60).

Es mucho más extenso y florido el texto del poeta Luis Nieto. Aparentemente, hace observaciones o críticas formales al estilo agresivo y vocinglero de los escritores de *Kuntur*, pero les prodiga elogios por su indigenismo radical e incluso por su serranismo y en algún lugar reproduce la ya famosa frase acuñada por Federico More: “Ser peruano es sinónimo de ser antilimeño; ser limeño es antítesis de ser americano”. Pero, luego, el propio Nieto reconoce que para los nuevos ideales renovadores, éste no puede ser el planteamiento del problema. Por eso, en la revista está latente el enfoque adecuado del problema y, al respecto, se hace referencia a un artículo de Oscar E. Rosas en el que se sostiene que la cuestión indígena es, ante todo, económica; que el indígena y la tierra son indeliberables, etc. En ese mismo sentido, rescatando los argumentos sobre la dimensión económica y social del problema, se reproduce y se comenta los más conocidos pasajes de los escritos indigenistas de don Manuel González Prada. Esto es, en el mismo campo del radicalismo indigenista habían, aunque no siempre explícitamente, tendencias que discrepaban entre sí sobre la interpretación y los caminos de solución del problema indígena. De esto se



derivarían conclusiones políticas diferentes o, por lo menos, distantes entre sí.

Julio Gutiérrez, en su libro ya mencionado, **Así nació el Cuzco Rojo**, organiza el contexto en el que se formó el grupo **Kuntur** y nombra a sus principales protagonistas en varios momentos de su trayectoria. En primer lugar, recuerda que la revista **Kosko** constituyó un precedente y una experiencia interesantes y útiles para quienes trataban de continuar una labor de prensa, de debate y esclarecimiento acerca de cuestiones nacionales. En segundo lugar, que los bohemios y artistas de aquella revista, básicamente estudiantes, fueron quienes fundaron el grupo *Ande*; la iniciativa habría partido de Román Saavedra y Oscar Rozas y, alrededor de ellos, por afinidad de ideales y aficiones, se agruparon el poeta Sergio Caller, César González Willis, Julio Moreno, César Vilchez y el propio Julio Gutiérrez; posteriormente –ya organizado el núcleo inicial– se enrolaron Alfonso López Gamarra, Carlos Valer, Adolfo Delgado y Mariano Fuentes Lira. En tercer lugar, por iniciativa de Román Saavedra fue fundada la revista **Pututo** y que la trayectoria inicial de *Ande* se puede seguir a través de los siete números de esta revista que se editó entre mayo y noviembre de 1926, en los que se pueden encontrar algunos fragmentos sobre capitalismo y socialismo, marxismo y revolución, pensamiento de González Prada y, también, informaciones varias de contenido ideológico y político como la publicación de la revista **Amauta**, etc. En cuarto lugar, se sostiene que a pesar de un común sentimiento de simpatía por las ideas de renovación social y rebeldía contra el régimen social y político imperante, no existía todavía entre sus miembros una clara orientación doctrinaria y política, por lo menos a lo largo del año mencionado. En quinto lugar, que fue muy importante y significativa para el destino del grupo la huelga universitaria que estalló en Cuzco en mayo de 1927. El grupo *Ande* fue su principal organizador. Acerca de esto y la extensión de su actividad más allá de las fronteras de la Universidad, el propio Julio Gutiérrez dice:

“Recesada la universidad, el grupo *Ande* continuó su actividad proselitista en las organizaciones celulares de barrio que trabajaban ya desde comienzos de año. En agosto, recogiendo la campaña mundial de protesta por la condena y muerte de los obreros italianos Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti acusados de un presunto homicidio por los tribunales yanquis de Massachussets, se organizó una primera demostración antimperialista en un mitin llevado a cabo en el Salón de la Sociedad de Artesanos. Confeccionamos pancartas y carteles con los retratos de Sacco



y Vanzetti, fueron voceadas consignas contra los asesinos de Boston y los oradores obreros y estudiantes condenaron en términos airados el crimen que preparaba la justicia de clase del capitalismo contra los inocentes trabajadores, cuya culpabilidad nunca pudo probarse. Pese a las multitudinarias acciones de protesta del proletariado de todos los países de Europa y América, la justicia burguesa fue implacable, y Sacco y Vanzetti fueron ejecutados en la silla eléctrica, el 23 de agosto de 1927. De este modo, el incipiente movimiento obrero clasista del Cuzco, se hacía presente por primera vez en una jornada antimperialista internacional” (61).

Resultado del recorrido de todo ese camino nada parejo, fue la revista **Kuntur**. A mediados de octubre de 1927 fue publicado el primer número. Colaboraron, fuera de los redactores, J. Uriel García, Luis E. Valcárcel, Roberto Latorre, Julio Luna P., Antero Peralta, Enrique Gallegos, José Frisancho y fueron transcritos artículos de Federico More, Manuel González Prada, Tristán Marof, además de poemas de Alejandro Peralta y César A. Rodríguez.

Kuntur, resumía su posición ideológica en el editorial de su primer número, escrito por Román Saavedra: “Ideas, Arte, Polémica”:

“La nueva generación de los Hombres del Ande, no viene a retorizar ni trae en sus manos la lírica zampona, viene a gritar su verdad desnuda y ruda como la crestería de los Andes, trae el ansia bélica de los que preparan la futura revolución social”

“KUNTUR responde a ese espíritu de lucha, a esa marejada torrentosa de nervios tensos”.

“IDEAS: La ideología serrana, pujante y fervorosa, tiene en esta revista su tribuna libre; abre su espíritu por todos los horizontes; condena rotunda y varonilmente la hecatombe de la raza indígena, llevada sistemáticamente por los sátrapas de estas tierras”.

“ARTE: La magnífica y vigorosa floración espiritual andina es acogida cordialmente en estas páginas”.

“POLEMICA: Voz condenatoria y viril se afronta a la chismografía de los figurones, y lanza como flecha, su palabra vibrante de sinceridad juvenil”.

“KUNTUR tiene prosapia nativa; es el heraldo de una fe, de una conciencia nacida de la conjunción racial y telúrica. En pueblos donde se acostumbra hablar a la sordina, es necesario que se grite fuerte. Esa es la labor de la juventud. La palabra es sólo un medio, ya vendrá la acción



decisva. Si ahora nos callan, mañana, tal vez pronto, triunfaremos. Las ideas germinan a pesar de las opresiones” (62).

En la revista **Kuntur**, en el primero como en el segundo número, que fueron los únicos, es posible advertir no pocos matices de carácter ideológico y político: anticlericalismo gonzálezpradista, aprismo (programa máximo), el socialismo de Mariátegui (Amauta) y el socialismo de la III Internacional (Comité de Buenos Aires); el indigenismo, que estaba lejos de ser una posición homogénea, está presente con énfasis diferentes en cada uno de esos matices como una especie de denominador común.

El número 2 de **Kuntur**, apareció tres meses después del primero, en enero de 1928. Se dice que su éxito fue resonante. En un extremo y otro del espectro periodístico, aparecieron comentarios a favor y en contra. Mientras que algunos escritores y periodistas liberales y/o progresistas, saludaban con entusiasmo a la juventud de **Kuntur**, la alta jerarquía de la Iglesia católica reaccionaba con virulencia y reclamaba su clausura. Pero, tal como se anunciaba en su primer editorial, el núcleo dirigente de **Kuntur** había salido en son de pelea. Eustaquio K'allata no pedía ni daba cuartel a nadie. Criticaba con inusitada agresividad a diversos personajes del propio campo indigenista o próximos a éste. Por ejemplo, algunas de sus víctimas fueron Víctor Guevara, Manuel Jesús Gamarra, José Gabriel Cosío y Rafael Calderón, autores de textos de educación secundaria; luego, Lizandro Caller, autor de la novela **Khori Champi**; y, también, los mismísimos Uriel García y Luis Valcárcel, amigos y profesores de legiones enteras de indigenistas y colaboradores de la revista **Kuntur**. De ese modo, se entabló un fuerte forcejeo con algunos elementos, como Guillermo Guevara, director de **La Sierra**. Este arremetió contra Luis Velazco Aragón, suponiéndolo autor de unos cáusticos comentarios en la sección bibliográfica de **Kuntur** bajo el rubro “Bestias y Libros” y, al mismo tiempo, lo hizo parecer como vendido a Leguía y estafador del fisco. El poeta y furioso panfletario Velazco Aragón, replicó a través de un largo comunicado a imprenta, que circuló en forma de volante, con el epígrafe: “Velazco Aragón y los cobardes calumniadores de **La Sierra**” (63). Pero, después de todo, la radical revista **Kuntur** ya no volvió a publicarse.

Según Marfil Francke, el grupo editor de **Kuntur** formaba parte de una célula aprista



pero que, luego, terminó incorporándose a la III Internacional y constituyéndose en algo equivalente a un comité fundador del un partido comunista. Por su parte, Tamayo Herrera, sin detenerse en hurgar antecedentes puntuales, simplemente señala que el mayor mérito de esa agrupación consistió en haber realizado una síntesis entre el “indigenismo ascendente y el marxismo todavía incipiente que se insinuaba en el Cuzco” y, agrega, que “Los marxistas de **Kuntur** fueron indigenistas además de marxistas, pero primordialmente lo primero. Su posterior actuación política como fundadores del partido comunista, ratificaría su orientación esencialmente socialista. Muy pocos de ellos continuaron después de 1930, cultivando algún tipo de inquietud indigenista, pues fueron ganados por la praxis inmediata de su filiación política” (64).

Julio Gutiérrez, integrante del grupo nuclear de *Ande* y, por supuesto, uno de los fundadores de **Kuntur**, es mucho más preciso sobre esas mismas cuestiones:

“La presencia del Apra en su primera etapa revolucionaria y marxista, en los pasos iniciales del movimiento comunista cuzqueño, es un hecho histórico innegable; pero nuestro aprismo primigenio sólo fue una estación de paso en la marcha hacia la organización del partido revolucionario de la clase obrera: el Partido Comunista”.

“Fuimos pues, apristas de la primera hora, en momentos en que el Apra no era un partido, sino “Alianza Popular Revolucionaria Americana – Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina”. Por otra parte, a una legión juvenil inquieta, ansiosa de porvenir, enfervorizada por las doctrinas sociales de la primera post-guerra y el verbo apostólico de González Prada, ¿Cómo no iba a entusiasmar el programa internacional del Apra con sus cinco puntos?”.

“Era realmente una clarinada, una voz evangélica, muchos camaradas entusiastas fueron ganados por la doctrina aprista. Las condiciones objetivas y subjetivas para la formación de una sucursal aprista en el Cuzco estaban dadas. Algo más. Posiblemente Oscar Rozas y César González Willis, recibían cartas de sus amigos y parientes de París donde estudiantes peruanos –la mayoría cuzqueños- habían constituido la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos, AGELA, en cuyo seno de organizó una célula aprista en agosto de 1925. Con seguridad, esta correspondencia proporcionaba informe acerca de las actividades de los apristas cuzqueños en la capital francesa e insinuaba la organización de una célula peruana en el Cuzco [...] Por eso, quizá tiene razón Sergio Caller, al sostener que la primera organización aprista constituida en el Perú fue la célula aprista del Cuzco en octubre de 1926”.



“Es posible que esta primitiva célula aprista, que el camarada Caller recuerda, haya existido en forma inorgánica, pero lo evidente es que la constitución oficial del Apra cuzqueña tiene una fecha y es el 8 de junio de 1928. El dato lo confirma Ferdinand Cuadros que seguramente lo ha tomado del Libro de Actas de la célula aprista que yo llevé como secretario de ella” (65).

Aquella célula aprista del Cusco, cuyo primer secretario fue Oscar Rozas, estableció relaciones políticas y mantuvo contacto epistolar con los muy activos grupos de exiliados apristas de La Paz, Buenos Aires y posteriormente con los de México y La Habana, interviniendo en los debates sobre la definición de posiciones ideológicas. Pero, al mismo tiempo, esta célula se distanciaba cada vez más del Apra pero, sorprendentemente, no para aproximarse al grupo socialista de Mariátegui sino a los apéndices de la III Internacional con sede en Buenos Aires (Buró Sudamericano de la Internacional Comunista). El 22 de octubre de 1928, esta célula aprista terminaba declarándose comunista. Desde luego, se criticaba por igual tanto al Apra como al socialismo revolucionario con sede en Lima dirigido por Mariátegui. Luego de cumplido los ritos oficiales de rigor, más o menos desde abril del 29, era recibida regularmente por la base comunista del Cusco “La Correspondencia Sudamericana”, revista quincenal, órgano del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista.

Una pequeña digresión en esta parte. Se puede sostener que el núcleo de los editores de **Kuntur**, es decir, la dirección ideológica y política, fue aislándose paulatinamente de los más significativos movimientos intelectuales del Perú de entonces, incluido el representado por Mariátegui. Esto es, a punta de virulentas críticas y de minimizar o negar los aportes de los demás, fue aislándose de los individuos y las posiciones que precisamente contribuían a la interpretación de la realidad histórica del Perú o a enriquecerla. Uno de los factores que pautaban este tipo de actitudes, en diferentes partes del mundo, era el dogmatismo y sectarismo de la dirección de la III Internacional stalinista. Por ejemplo, en esos tiempos era acusado de desviación populista cualquier revolucionario socialista que planteara la importancia de la intervención de sectores del campesinado y de sectores democrático-nacionales como aliados del proletariado en su lucha anticapitalista por la conquista del poder. En todo caso, esos problemas estaban en pleno debate en el Perú y otros países de América Latina. Pero la III Internacional stalinista prefería no debatir ideas y argumentos



sino, por el contrario, cancelaba el debate e imponía sus consignas. En ese contexto, el grupo comunista del Cusco no debatía precisamente con las demás posiciones, ni siquiera dentro del indigenismo, sino que se alejaba y aislaba de ellas, desautorizando a sus representantes. En ese sentido, dirigieron sus críticas y ataques a gentes realmente representativas como Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Valcárcel y José Carlos Mariátegui. Pero, a pesar de estos problemas, los fundadores e impulsores del grupo *Ande* y de **Kuntur**, constituyen un capítulo importante aunque breve de la historia de los movimientos intelectuales en las provincias del Perú, particularmente en el Cusco, en las primeras décadas del siglo XX.

3.4 Revista La Sierra: andinismo, serranismo y nacionalismo antimperialista

La Sierra, “*La voz de los hombres del Ande*” en su portada inicial, “*órgano de la juventud renovadora andina*” en todas sus ediciones, fue una revista mensual que se publicó en Lima, entre enero de 1927 y julio de 1930. Esto es, arrancó su existencia editorial de manera casi simultánea a la aparición en escena del *Grupo Resurgimiento* y, además, su permanencia en el campo intelectual, ideológico y político no fue tan breve como la de **Kuntur**. Fue fundada y dirigida por Juan Guillermo Guevara, antiguo estudiante de la Universidad San Antonio Abad y de San Marcos y uno de los integrantes del núcleo estudiantil que desencadenó la huelga por la reforma universitaria en 1909. Había hecho sus primeras armas periodísticas en Arequipa junto a Mariano Lino Urquieta y posteriormente había trabajado en **El Tiempo** y **El Comercio** de Lima. Los demás integrantes de la dirección fueron Luis de Rodrigo y Atilio Sívirichi Tapia. Ya hemos dicho que la revista tuvo circulación nacional e internacional. Su tiraje inicial fue de 2 mil y luego de 5 mil ejemplares. Un elevado tiraje para aquella época.

La revista, o sus principales fundadores y redactores, eran acusados por algunos de sus adversarios de asociación con líderes apristas y con la célula aprista de París. De todos modos, en sus páginas aparecieron indistintamente artículos de Basadre, Luis Alberto Sánchez, Mariano Iberico, Manuel Seoane, Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Hidebrando Castro Pozo, Emilio Romero y muchos otros. Desde luego, se publicaron



numerosos artículos de intelectuales indigenistas del Cusco pertenecientes a varias generaciones y también de contemporáneos suyos procedentes de otras provincias.

El destino de los grupos mencionados, o de muchos de sus integrantes, o de sus revistas, como **La Sierra**, estuvo subordinado, o simplemente no pudo escapar, a la polémica entre Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui y, por eso mismo, a los debates, discrepancias y divisiones políticas al formarse el Apra y el Partido Socialista. También, en el plano internacional, estaba en marcha la polémica entre las posiciones antimperialistas latinoamericanas y las de la III Internacional y, justamente, una confrontación de carácter teórico y político entre sus representantes había tenido lugar en el Congreso Antimperialista de Bruselas reunido en 1927. Eran pues los años finales de la excepcional década de los veinte, la década de más acentuado ascenso de los movimientos obreros en el mundo, enfrentados básicamente al dominio del capital monopólico y, en fin, la década de los más intensos conflictos entre modernidad y tradición. La modernidad, bajo el impulso de fuerzas sociales de ruptura y renovación, conquistó un significativo lugar en la escena internacional y nacional aunque probablemente de manera más destacada en su versión instrumental.

A través de una mirada panorámica de diferentes números de la revista **La Sierra**, se pueden identificar en sus páginas algunos de los territorios de la creación, del conocimiento y la investigación, del debate y la reflexión, abordados por sus integrantes y sus colaboradores. No sólo los temas eran diversos sino que, también, era relativamente notoria la heterogeneidad ideológica y política entre sus tan numerosos colaboradores. En todo caso, se trataba de los más importantes y permanentes problemas de la sociedad peruana, abordados por los más destacados intelectuales del país los mismos que, en el menor de los casos, representaban en su gran mayoría los varios matices del pensamiento y de los movimientos democrático nacionales del país. Los propios editores y principales redactores de la revista, entre ellos los hermanos Juan Guillermo y Víctor Guevara, representaban uno de esos matices, quizás el matiz de un nacionalismo de raíz indigenista y regionalista pero planteado desde el punto de vista de los grupos de poder “progresistas” de las provincias peruanas (66).



Entre esas diversas cuestiones, los editores de **La Sierra**, o una tendencia al interior de ella, propiciaban, imprimiéndole bastante énfasis a su discurso, la creación de una cultura nacional que pudiera posibilitar la integración de todas las poblaciones del Perú. Es obvio que estaban refiriéndose básicamente al problema indígena y a la manera de resolverlo pero, sus reflexiones estaban limitadas básicamente a los niveles superestructurales de la sociedad. Estas tareas de impulso de una integración cultural, debían ser asumidas, según ellos, por los intelectuales serranos, “serranistas” más que indigenistas. A su vez, esta actitud se confundía con una prédica regionalista y nacionalista más o menos radical y exclusivista. Esta cuestión era expresada por Juan Guillermo Guevara, con motivo del primer aniversario de la revista, en los siguientes términos:

“Luchamos con apasionamiento místico por una intensísima culturización integral, que encarne la renovación social del Perú, a base de la presión vigorizante de las doctrinas serranistas y los más avanzados idearios de la época. El movimiento serranista es esencialmente peruano. No pretende una vuelta al inkario, pero repudia todo lo que signifique imputaciones europeizantes.

“Kosko será siempre, hoy y mañana, centro, eje y fuente de la unidad nacional. *Sin tradición, sin sentido histórico de la vida de los pueblos, en suma, sin cultura, no se concibe la nacionalidad.* Cuzco significa esto y algo más. En la actualidad representa el meridiano intelectual del Perú. Del Cuzco surgen las más avanzadas ideas de renovación jurídico-política; fuertes espíritus artísticos, hombres que tienen por meta la transformación integral del Perú., en pueblo y hombres libres y nuevos (67)

Con una tónica similar, eran presentadas ideas generales y, muchas veces, expresión de estados de ánimo más que ideas, bajo denominaciones de “indolatinismo”, “euro-americanismo”, “filosofía del supranacionalismo”, etc. que eran desarrolladas, al parecer, bajo la influencia de escritores como José Vasconcelos, Ricardo Rojas, Alfredo Palacios y otros americanistas de la época. En esas mismas circunstancias, Víctor Raúl Haya de la Torre, en el exilio, construía probablemente con mayor rigor y consistencia, su teoría del indoamericanismo y el antimperialismo democrático-nacional, cuestionando al mismo tiempo la legitimidad histórica del “panamericanismo” y del “latinoamericanismo”, y algunos de cuyos fragmentos circulaban profusamente en revistas y periódicos de diversos



países de América Latina. Los directores de **La Sierra**, aunque publicaban frecuentemente artículos de éste, no asumían directa y explícitamente sus enfoques de la realidad social, sus ideas o propuestas políticas. En tal sentido y desde un comienzo de su empresa editorial, Juan Guillermo Guevara decía:

“En el Perú no hay una verdadera conciencia nacional. En América tampoco existe una conciencia americana. ¿hasta hoy qué ha significado para los indolatinos el americanismo? .“**La Sierra**” procurará crear un espíritu nacional peruano, contribuyendo a la formación de un espíritu autóctono americano, y por ende y más allá, humanista [...] Decíamos que América no tiene personalidad ... el mestizo indolatino en su afán de sentirse blanco y no cobrizo, procuró despojarse de toda raigambre que acusara su procedencia indígena. De allí que el mestizo es fundamentalmente heterogéneo al espíritu indígena. Hoy existe el anhelo de hallar el alma auténtica y propia” (68).

Sobre la cuestión del nacionalismo y el imperialismo, desfilan por las páginas de **La Sierra** puntos de vista de hombres procedentes de diversos países o regiones, básicamente los de Asia y América Latina, subordinados al dominio del capital internacional. Pero, en casi todos los casos, hay un denominador común: la idea de que el imperialismo es casi exclusivamente un problema de dominación nacional y no social. Desde luego, esto no es poco decir. Es la identificación y la denuncia de un aspecto del problema. Rabrindranath Tagore, notable escritor indú, en su visita a la Italia gobernada por el fascismo, declaraba que Europa había perdido tremendamente prestigio a través de toda Asia y que los asiáticos estaban más que nunca convencidos de que, espiritualmente, Europa nada tiene que darles; que Asia, durante mucho tiempo, solía mirar a Europa con algo parecido a la reverencia. Tagore, declaraba haber sufrido una gran desilusión al conocer Europa capitalista desarrollada; denunciaba el espíritu agresivo del nacionalismo e imperialismo que cultivaban las naciones de Europa. Decía que era una amenaza para el mundo entero, que la desmoralización política de Europa eera tan aguda que necesariamente debía reaccionar sobre Asia, cuyos pueblos eran las víctimas de la explotación occidental. Las opiniones de Tagore sobre los Estados Unidos de Norteamérica, eran igualmente muy críticas: *“Hay en Estados Unidos un espíritu que parece luchar por los ideales, pero ese espíritu es casi arrebatado, precipitado en la carrera por la propiedad material”*. Y, sobre el Japón,



también eran graves sus opiniones cuando decía: *“El antiguo Samurai ha muerto, Japón ha comenzado la marcha de la expansión territorial”* (69). Refiriéndose a esta misma cuestión, acerca del carácter del imperialismo, pero con una visión menos parcial que Tagore, Jorge Basadre sostiene que *“la penetración yankee, incontralada y estimulada puede dominar, en poco tiempo más, por completo nuestra soberanía, con mengua de nuestro Mensaje Histórico. Un imperialismo sin misticismo está creando un enfeudamiento económico condenable, porque está subordinado a los intereses mezquinos de un número ínfimo de intereses, condenable también porque lesiona nuestra ciudadanía ... Conquistadores sin gallardía, no deben revivir el mito de Cajamarca; no deben entrar en nuestra plaza y sorprendernos con su asalto final, mientras estamos ocupados en llevar en andas a nuestro inca* (70). En un número completo de **La Sierra**, dedicado a conmemorar las hazañas de la revolución mexicana, donde los textos pertenecen a intelectuales y líderes políticos que comparten o se complementan en el ejercicio del poder en dicho país en los años 20, aparecen muchos pasajes en los que se enfatiza el carácter nacional de la revolución e inclusive su carácter anti-terrateniente y antioligárquico y, sólo como derivación o resultado de ello, se señalan sus realizaciones sociales favorables a los trabajadores y mayorías populares. La acción contra el imperialismo yanqui en esa revolución, es presentada fundamentalmente como una acción contra la dominación de una potencia extranjera y no tanto contra la dominación del capital monopólico. Finalmente, no ciertamente por carecer de información, no se le presta mayor atención a la intervención violenta y organizada de las masas campesinas mexicanas que, con su propio liderazgo a la cabeza, imprimieron intensidad y profundidad a la revolución mexicana de 1910-1917. Es decir, esto era un homenaje a la dirección ideológica y política de la revolución y no al papel de las masas campesinas cuya intervención en ella fue decisiva (71). Esto refleja seguramente los límites ideológicos y políticos de **La Sierra** y de sus directores, es decir, los límites de su indigenismo y de su prédica nacionalista.

Pero sobre la cuestión del nacionalismo y del imperialismo, también aparecen en **La Sierra** textos de quienes manejaban una concepción menos restringida y, según la cual, la dominación imperialista era a la vez de carácter nacional y de carácter social, aunque el primer aspecto parecía lo fundamental. Manuel Ugarte, ilustre pensador argentino, habla de



estos problemas de nacionalismo e imperialismo en América Latina en un largo comentario sobre el Congreso Panamericano de La Habana que acababa de realizarse en 1927. Los delegados de América Latina representaban, en su mayoría, a naciones sometidas de hecho, económica y políticamente, a los Estados Unidos de Norteamérica y, desde el punto de vista interno, “a oligarquías que sólo pueden ser consideradas como minorías ínfimas en el seno de cada nación ... con excepciones raras, carecían de autoridad para oponerse al imperialismo y no tenían derecho para hablar en nombre de las masas de sus naciones”. Además, esos delegados carecían o habían perdido todo prestigio, ante sus pueblos, porque en el curso de su carrera política fueron durante largos años partidarios entusiastas de la doctrina Monroe. Según Ugarte, éstos estaban enfrentados “ante la ola creciente de la opinión pública, cada vez más hostil al imperialismo de los Estados Unidos y esto se hizo evidente desde las primeras sesiones, puesto que votaron en contra de la proposición mexicana, la única susceptible de colocar a las pequeñas naciones latinas y a la gran potencia anglo-sajona en un mismo pie de igualdad”. Se buscaba, según la propuesta mexicana, “la transformación del Consejo de Colonias que actualmente funciona bajo el nombre de Unión Panamericana, en una especie de Sociedad de Naciones, en el seno de la cual los latinos hubieran estado en mayoría (72). Mientras dichos delegados deliberaban en La Habana, en su mayoría de espaldas o ajenos a la explotación y dominación de las poblaciones mayoritarias de sus respectivos países, los Estados Unidos continuaban desembarcando tropas en Nicaragua y sus aviones bombardeaban las posiciones de Sandino. Por todo esto, Manuel Ugarte terminaba expresándose no sólo con la necesaria claridad sino también con la mayor valentía:

“Ahora la comedia ha concluido, y los Estados Unidos quedan dueños de continuar su táctica invasora. Lo que queda de una América Latina cuyos destinos fueron dilapidados por los intereses individuales colocados por los políticos por encima de los intereses generales, no puede ser salvado por los responsables del cataclismo. Los pueblos del sur tendrán, pues que luchar, por un lado contra la plutocracia norteamericana y, por otro, contra las oligarquías y los tiranos latinoamericanos, que son servidores más o menos visibles del imperialismo. El problema tiene así un aspecto de política internacional y un aspecto de política interior. Sólo la irrupción al poder de fuerzas nuevas, incontaminadas, puede hacer posible la salvación de las repúblicas de origen español y portugués, sumergidas gradualmente por la avalancha imperialista. La continuación del régimen actual significa para ellas, a un plazo má o menos largo, la pérdida de su independencia y



para Europa el irremediable agotamiento de su irradiación económica y cultural en el Nuevo Mundo” (73).

Con una similar concepción acerca del nacionalismo y del imperialismo, pero hundiendo sus raíces en los Andes, Haya de la Torre dirige su mirada al Perú y América Latina. Arranca su discurso enfilando sus críticas al ambiente limeño de la época y glorificando a la provincia. Habla de las primeras agitaciones que rompieron con la indiferencia y la falsa idea de acción juvenil, “concebida en el ambiente de frivolidad limeña como un vacuo exhibicionismo”; recuerda que el movimiento estudiantil reformista en cuyas faenas él intervino “*habría naufragado en la tibia y convencional marejada de limeñismo cobarde si el ímpetu provinciano no hubiera renovado el ambiente lanzando por la borda a los últimos representantes de la reacción capitalina*”. “La reforma fue el anuncio del nuevo espíritu de la juventud. El Congreso Nacional de Estudiantes, punto de partida de una nueva época, se llevó a cabo en el Cuzco porque se logró derrotar de antemano a la reacción limeña que pretendía impedirlo. *El Congreso Nacional de Estudiantes fue otra victoria provinciana y otra victoria serrana ... de ella saldría el espíritu del Perú nuevo y sólo del Ande vendría esa renovación*”. El antimperialismo de Haya de la Torre, se construye a partir de los Andes y con visión de indoamericano:

“Soy Indoamericanista porque creo con Engels que la realidad social no se inventa, se descubre. No pertenezco a los que buscan el remedio de nuestro males fuera de nosotros mismos. Eso es como buscar en la luna la garantía de un buen parto. He vuelto de Europa más indoamericano que nunca. He visto desde lejos a nuestra América con interés y con admiración. Convencido de la urgencia de su unidad, para defendernos del imperialismo amenazador, creo que cada país debe buscar sus verdaderos valores, reivindicarlos y ofrecer a la gran tarea histórica de luchar contra el enemigo del Norte y de afirmar nuestra soberanía, un contingente integral de cooperación cumpliendo los postulados de la justicia. Estoy convencido además de la misión verdaderamente extraordinaria que el pueblo del Perú ha de tener en esta gran obra de unificación y de defensa de nuestros pueblos. Y dentro del pueblo del Perú nadie podrá unir, o reunir, con más prestigio de tradición y de derechos al rescate, que los herederos de los Incas, grandes unificadores de América”.

“Nuestra generación partió del Cuzco hace ocho años para proclamar su palabra de rebeldía y renovación al Perú y a la América. Retornará al



Cuzco a hacer la obra. Del Cuzco salió el nuevo verbo y del Cuzco saldrá la nueva acción” (74).

Llama la atención descubrir que no sólo los intelectuales del Cuzco, o de cualquier otra provincia peruana, habían radicalizado su indigenismo hasta proclamar su *andinismo* y *serranismo* fervientes. También lo habían hecho otros de amplia experiencia cosmopolita y adherentes de corrientes de pensamiento internacional que buscaban el tránsito a la modernidad de la humanidad entera.

3.5 Una nación por construir: entre la utopía y la realidad

*“Como en las caudalosas llanuras del poniente
el cielo es monumental, pero la tierra es pobre”.*

Jorge Luis Borges

Entre los más destacados intelectuales cusqueños de las primeras décadas del siglo XX, dos de ellos, Luis Valcárcel y José Uriel García, fueron los autores de dos de las más afamadas obras que aparecieron casi al concluir aquel ciclo: **Tempestad en los Andes** (1927) y **El nuevo indio** (1930), respectivamente. Estos escritores se habían ido convirtiendo progresivamente, desde cuando eran combativos estudiantes universitarios reformistas o jóvenes catedráticos, en los intelectuales más representativos de lo que Ventura García Calderón llamaba “Escuela Cusqueña” y, simultáneamente, del indigenismo a nivel regional y nacional. Sus primeros estudios e investigaciones, varios de ellos presentados como tesis a la Universidad San Antonio Abad, en el transcurso de la segunda década del siglo, estuvieron destinados principalmente a la reconstrucción histórica del pasado prehispánico y en especial de la sociedad incaica (75). Valcárcel y García eran no sólo los escritores más prolíficos sino también los más dados a la construcción de imágenes y ficciones. En sus trabajos de historia y arqueología se alternan o se mezclan el ensayo con la prosa poética. Valcárcel, por ejemplo, cuando habla de “la capital de los Inkas”, exalta y ensalsa su grandeza y expresa un incaismo fervoroso e



intenso; su tesis sobre el Imperio Incaico termina en una proclama más que enfática y encendida: *“Nos sorprende el vigor y el brillo de la vida incaica. Comprendemos mejor que nunca la alegre confianza en la existencia que es el sentimiento cardinal de la sociedad peruana precolombina”*. *“El agrarismo debe ser nuestra divisa. Sólo volviendo a la tierra podemos purificarnos de los vicios de nuestra falsa democracia urbana”* (76). Sin duda, en estas mismas líneas ya asomaban algunos de los elementos de pensamiento utópico incaista que ha dado lugar a debates interminables hasta hoy.

Al mismo tiempo, a lo largo de aquella década, Valcárcel y García, juntamente con otros intelectuales contemporáneos suyos, como Francisco Ponce de León, Luis Felipe Aguilar, los hermanos Cosío, etc., contribuyeron a la difusión de múltiples trabajos acerca de la condición económica y legal de las poblaciones indígenas del campo cusqueño y promovieron debates que permitieran encontrar las mejores alternativas para la implementación de una nueva pedagogía adecuada a las condiciones particulares de existencia de dichos pueblos. Esta tarea se hizo especialmente a través de la recién fundada **Revista Universitaria** de la que ya hemos hablado ampliamente en páginas anteriores. Allí fueron apareciendo informes sobre las costumbres y tradiciones indígenas de la región contribuyendo, de ese modo, a enriquecer los conocimientos acerca de la realidad y el propio panorama cultural que era percibido en proceso de renovación. Además, muchos de los hallazgos o las nuevas luces que producían las reflexiones sobre el mundo andino, aparecieron con frecuencia en las páginas de los más importantes periódicos del Cusco. En el transcurso de 1917, varios de los protagonistas de la reforma universitaria de 1909 trabajaban en **El Comercio** que estaba dirigido por el también reformista José Angel Escalante. Miembros de su Comité redactor eran Angel Vega Enríquez, Luis Valcárcel, José Gabriel Cosío, José Uriel García y Luis Felipe Aguilar y entre ellos mismos estaban distribuidas las distintas secciones del diario: política internacional, filosofía y literatura, crítica literaria e histórica, historia colonial peruana y cuestiones sociales indígenas. Eran notorios la frecuencia de temas indigenistas, los puntos de vista distintos y las apreciaciones con matices diferentes. Pero en su conjunto revelaban una apasionada y solvente revaloración de la cultura incaica y de la población indígena. Por supuesto, *esta visión se contraponía marcadamente a la versión oficial de la historia peruana*. La labor intelectual



de los cusqueños llevaba cada vez más a profundizar en las indagaciones de la vida indígena y de su historia a la par que en la investigación de otros aspectos de la realidad regional. En 1918, Mariano C. Rodríguez publicó su **Alfabeto kechua**, luego de más de una década de investigaciones que se remontaban a su **Gramática de la lengua quechua** de 1903. Esta nueva publicación, dedicada a Luis Valcárcel y Víctor Raúl Haya de la Torre, fue saludada con entusiasmo por el **El Comercio** que junto con **El Sol** estaba considerado entre los periódicos más importantes de la ciudad. En el mismo diario también fueron publicadas las cartas de agradecimiento de Valcárcel y Haya de la Torre en un artículo titulado “la investigación nacionalista” (77).

Luego, en el transcurso de la década del 20, Luis Valcárcel y José Uriel García, aparecen como asiduos colaboradores en numerosos periódicos y revistas culturales. Sus escritos se encuentran con frecuencia no sólo en publicaciones de las más diversas tendencias que presentaban los propios movimientos indigenistas del Cusco y el Sur peruano sino también en otras de dimensión nacional y de más amplio y definido auditorio como **Amauta**. Al mismo tiempo, con similar frecuencia, Valcárcel intervenía en actos culturales organizados por estudiantes o trabajadores, en los que se quería escuchar su discurso anunciando el advenimiento de un mundo o el encuentro entre indigenismo y socialismo revolucionario en alguna etapa de un camino glorioso de redención social. De otra parte, en el curso de esos agitados años veinte, bajo el impacto de grandes conmociones sociales en el mundo y la influencia de corrientes ideológicas y políticas, de signo reformista o revolucionario, de dimensión nacional e internacional, fueron surgiendo o se hicieron cada vez más visibles las diferencias o divergencias de pensamiento al interior de los propios movimientos indigenistas. Parecía que llegaba a sus últimos límites la ya duradera coexistencia entre las varias versiones del indigenismo peruano. Ya se sucedían algunas rupturas, divisiones y distanciamientos. Ciertamente, los movimientos campesinos de los Andes constituían un factor catalizador. En ese contexto, la diversa producción intelectual de los escritores cusqueños ya no podía escapar a uno u otro signo ideológico-político aunque, al mismo tiempo, resulta interesante anotar que en sus obras de ese entonces había más literatura que política. Los principales exponentes de ese estado de cosas fueron, precisamente, Luis Valcárcel y José Uriel García, dueños de elegante prosa en



la que muchas veces predomina lo lírico y algunas veces asoma lo épico. Puede sorprender un poco que estos géneros literarios aparezcan en la producción de historiadores, arqueólogos o sociólogos; sin embargo, eran quizás los rasgos que conferían mayor resonancia y vitalidad a sus obras. En esta oportunidad, apenas podemos referirnos a ciertos pasajes de sus prestigiosas obras.

Profetas de una futura nación

Las nuevas y, en cierto modo, culminantes obras de Luis Valcárcel y José Uriel García estaban destinadas a presentar las condiciones de existencia del indio en el Perú contemporáneo y a trazar imaginariamente los caminos de su liberación y, a su vez, de su constitución en protagonista multitudinario de la gran transformación social. Los caminos trazados por ellos no serán los mismos necesariamente. En cualquier caso, sus discursos tienen tono profético. Pero ninguno de ellos dejó de evocar lo que consideraban una común e incuestionable premisa histórica: la grandeza monumental de las creaciones de orden material y los altos grados de justicia social en la civilización de la vieja lengua andina.

Tempestad en los Andes (78), precedido del brillante prólogo que escribiera José Carlos Mariátegui, se abre al lector con un seco epígrafe arrancado de uno de los implacables discursos de fin de siglo que González Prada pronunciara sobre las agrupaciones que forman el verdadero Perú y seguido por otro de Wells que nos recuerda que *“los grandes movimientos del alma de la especie vienen al principio COMO UN LADRON EN LA NOCHE, y he aquí que luego súbitamente se les descubre poderosos y mundiales”*. No hay duda que con estos epígrafes se alude a la población indígena y al gran ciclo de movimientos campesinos indígenas que sacudieron el Perú por varias décadas, desde fines del siglo XIX y a lo largo de las primeras décadas del XX. Las primeras páginas de **Tempestad en los Andes**, son todo un himno al resurgimiento protagónico del indio al cabo de cien años de la Independencia y de la creación de la república. Su música anuncia que “ha llegado una nueva conciencia”, que ella “está en el silencio anunciador, en las tinieblas predecesoras” y que “la sentimos latir en el viejo cuerpo de la Raza”. Aún no se nos dice cómo ha podido ocurrir un hecho de esa naturaleza, después de siglos de tragedias,



de dolores y destrucción. Es asombroso escuchar que esto haya sido posible. El indio “era una existencia ahistórica, no vivía. Era un pueblo de piedra ... Era una Raza muerta. Le mataron los invasores hasta sus dioses ... Pasaron los siglos”. Y he ahí, que “*Los agostados campos se desentumecan de su sueño de piedra ... “Es la raza fuerte, rejuvenecida al contacto con la tierra, que reclama su derecho a la acción. Yacía bajo el peso aplastante de la vieja cultura extraña ...”*. Probablemente refiriéndose a esta parte del discurso, Mariátegui diría, en su ya señalado prólogo, “Valcárcel percibe claramente el renacimiento indígena porque cree en él ... la empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta”.

Valcárcel no sólo da cuenta del renacimiento de la Raza. También anuncia nuevas y grandes realizaciones impulsadas por invisibles e inagotables fuerzas históricas y nos dice: “*La cultura bajará otra vez de los Andes ... La Raza perdura La raza permanece idéntica a sí misma ... No mueren las razas. Los keswas sobreviven a todas las catástrofes ... El Inkario, otro lumínar que duró cinco siglos, y habría alumbrado cinco más sin la atilana invasión de Pizarro. De ese recollo cultural todavía viven cuatro millones de hombres en el Perú y seis más entre Ecuador, Bolivia y Argentina. Diez millones de indios caídos en la penumbra de las culturas muertas ... De las tumbas saldrán los gérmenes de la Nueva Edad*”. Transcurridos más de setenta años de este anuncio aún no se sabe si todas las tumbas se abrieron.

Valcárcel profetiza mucho más: “La Raza, en el nuevo ciclo que se avecina, reaparecerá esplendente, nimbada por sus eternos valores, con paso firme hacia un futuro de glorias ciertas. *Los hombres de la Nueva Edad habrán enriquecido su acervo con las conquistas de la ciencia occidental y la sabiduría de los maestros de Oriente. En lo alto de las cumbres andinas brillará otra vez el sol magnífico de las extintas edades*. Por sobre las montañas, en el espacio azul que sirve de fondo a los Andes, se producirá la armonía de Oriente y Occidente, cerrando la curva abierta milenios atrás”. Aquí sorprende encontrar a Valcárcel hablando de las conquistas de la ciencia occidental y de la sabiduría de otros pueblos, aportes que no pueden ser ignorados o rechazados -sino más bien asimilados- por quienes se encaminan a un futuro de realizaciones victoriosas. No se puede construir una



nueva sociedad, una nación sin excluidos, sin recoger todo aquello que es patrimonio de la humanidad. ¿Acaso esto no significa amplitud de criterio en la visión de Valcárcel?

Pero, Valcárcel advierte que las cosas en el Perú podrían suceder como en Rusia. Podría ser así si es que las minorías de siempre impiden que los constructores de un mundo nuevo puedan tener acceso a todo aquello que constituye patrimonio universal. *“Un día alumbrará el Sol de Sangre, el Yawar-Inti, y todas las aguas se teñirán de rojo: de púrpura se teñirán las linfas del Titikaka ... Terrible Día de Sol de Sangre”*. Valcárcel cree en el advenimiento del esperado Apocalipsis y que el día de Yahuar-Inti no tardará en amanecer. Recuerda que el vencido alimenta su odio secular y que le obceca ese odio. Ese vencido no es sino la multitud indígena de los Andes. Se dirige al altanero dominador de cinco siglos para decirle que los tiempos son otros y que le sería útil volver a la razón. De lo contrario, le dice, ten presente que *“Es la ola de los pueblos de color que te va a arrollar si persistes en tu conducta suicida. Arrogante colonizador europeo, tu ciclo ha concluído. La tierra se poblará de Espartacos invencibles (pag.28)*. Nosotros nos preguntamos ¿Por que no? Más aún si nos ponemos imaginariamente en el contexto en que vivió Valcárcel. Un liberador cualquiera de su época no podía dejar de soñar que el pueblo indígena podría protagonizar un papel similar al que habían jugado, por ejemplo, los campesinos rusos en la revolución socialista de 1917. O, también, los campesinos de la revolución nacional mexicana. Pero el autor de **Tempestad en los Andes** no desempeñaba el oficio de político ni era organizador de masas para la revolución. En esta obra se nos aparece, más bien, como escritor de gran sensibilidad social y como profeta que perturbó el orden dominante de su época.

Valcárcel también alude a otro hecho. “Los nuevos indios” se titula un capítulo entero de su obra. Los nuevos indios no se dejan arrebatar la parcela por un rábula. El consejo de ancianos acuerda una sublevación; miles de indios atacaron las haciendas: “la tierra es nuestra”. *“La gleba indígena tiene un alarido uniforme, desde la altipampa y las cumbres hasta los bajíos y los valles cálidos. Las indiadas han principiado su Guerra de Reconquista*. El espíritu de Gandhi presidió el último consejo de los indios ancianos. El amor de don Rodrigo. El mito de Kori Ojlló. El mestizaje. La Gran parada. Los indios



artistas. La rebeldía ortográfica”. Para Valcárcel, los nuevos indios son aquellos que se levantan y se rebelan en los varios territorios de la existencia pero sobre todo contra el sempiterno poder de sus explotadores y dominadores; son quienes pueden hacer uso de la violencia pero que también son capaces de luchar como Gandhi. En cualquier caso, los *nuevos indios* son conscientes que tienen fundamentalmente enemigos de clase -más que de raza- y que estos son los gamonales, el gamonalismo y la oligarquía. Valcárcel, más que nadie, sabe de esto. Puede decirse que el renacimiento del indio cuenta con los *nuevos indios* entre sus contingentes y protagonistas. Puede extrañar a muchos que el autor de **Tempestad en los Andes** no haga teoría ni sustente y respalde con evidencias históricas todas y cada una de las facetas del renacimiento indígena. Bastan las imágenes y las ficciones.

Valcárcel aparece también como predicador del *andinismo* y el *serranismo*. Puede decirse que se trata de momentos de radicalización de su indigenismo, probablemente al calor de los debates entre indigenistas. Esto aparece en uno de los últimos capítulos de su obra bajo el título de “Ideario” Allí nos dice frases como estas: “*De los andes irradiará otra vez la cultura. El andinismo es mucho más que una bandera política; es, sobre todo, una doctrina plena de mística unción ... De los Andes tienen que nacer, como nacen los ríos, las corrientes de renovación que transformen el Perú ... El indio es el único trabajador en el Perú desde hace diez mil años. Los Andes son la inagotable fuente de vitalidad para la cultura del Perú*”. Al mismo tiempo, como serranista, en la comparación que hace de sierra y costa, Valcárcel afirma: “*La monstruosa planta urbana crecerá en el litoral: extenderá sus tentáculos hasta el mar ... Pero un día bajarán los hombres andinos como huestes tamerlánicas ...*”. No se puede olvidar, pues, que los años veinte eran también de debate entre las diferentes concepciones del indigenismo. Precisamente los núcleos que dirigían **Kosko, Kuntur y La Sierra**, o eran los abanderados de posiciones extremistas como el *andinismo* y el *serranismo* o contaban en su seno con sus representantes más radicales que eran los que transmitían mayor fuerza y vigor. Y se ve que el propio Valcárcel no pudo escapar a esa situación. Por unos instantes, durante la breve existencia de **Kuntur**, tampoco habría podido librarse José Uriel García. Poco después, encontramos inclusive a un cosmopolita como era Haya de la Torre hablando desde Europa como *andinista* y



serranista en uno de sus mensajes a **La Sierra**. El problema es complejo. Fueron muchos y de diversa naturaleza los factores de dimensión regional y nacional que seguramente presionaban en esa dirección. Acerca de estas cuestiones, hay opiniones o balances por lo menos apresurados, por no decir injustos, como los que hace el escritor Mario Vargas Llosa, en “La utopía arcaica”, cuando caracteriza esta tendencia o este matiz del indigenismo como “racista y machista” (79).

El **nuevo Indio**(80), discute desde la partida con Luis Valcárcel, es decir, con las tesis de éste especialmente en **De la vida inkaica y Tempestad en los Andes**. José Uriel García no es propiamente incaista; más bien, critica el incaismo de Valcárcel y también es distinta su comprensión del indigenismo y del papel que corresponde a este movimiento en la redención del indio. Algunas de las cuestiones que García plantea, sin ser necesariamente precisas al estilo de las ciencias sociales, pueden ser presentadas de manera sumaria:

En el prólogo a la primera edición de **El nuevo Indio**, García sostiene que “Nuestra época ya no puede ser la del resurgimiento de las ‘razas’, que en la Antigüedad crearon culturas originales, ni del predominio determinante de la sangre en el proceso del pensamiento y, por tanto, de la historia ... Parece que ya hemos llegado a la época del dominio del Espíritu sobre la Raza y sobre la sangre *resurgirá en los pueblos americanos una cultura valiosa y original*. El futuro es de los hombres de espíritu”. Es decir, de los constructores de una nueva cultura sin renegar de sus diversas herencias históricas.

En ese sentido, el indio no es pues, sólo ese hombre de color “*Lo que llamamos ‘indio’, como designación de una raza americana que produjo una historia fecunda, no puede tener hoy el mismo sentido que tuvo en el pasado ... el indio de hoy no es simplemente el indio histórico bronceado, de ojos rasgados, etc.* El nuevo indio debe ser *más espíritu que sangre*. Es decir, debe ser cultura, cultura indígena si se quiere.

Para nuestro autor, la época de las “razas” terminó hace tiempo, porque esas razas eran espíritus cerrados, en ligamen íntimo con la circulación sanguínea. El indio de hoy no



es simplemente el indio histórico, porque ya no es único ocupante del territorio.

Respecto de la percepción que Uriel García tiene del pasado prehispánico, se puede decir que su lectura parece mucho más rica y más compleja que la de Valcárcel aunque, después de todo, sus coincidencias son muchas y consistentes. García dice que “en el ciclo anterior a la de los incas se crearon los más altos valores de la cultura” y que lo incaico es “la síntesis de todos los panoramas de los Andes”, cuya originalidad estriba en su “obra política y social”, en la “inteligencia ordenadora” (81).

Sobre el mesianismo incaista, sobre la proyección hacia el futuro que Valcárcel hace de los ideales del incanato, García manifiesta que son “supuetos meramente líricos, sugestivas divagaciones románticas cuyo único aspecto interesante es ese deseo juvenil de volver los ojos hacia América, hacia nosotros mismos que en el pasado hicimos algo verdaderamente grandioso y humano”. El “inkario es pretérito realizado y aún vencido”.

“Vino la conquista española y se deshizo esa forma, se apagó la lumbre ideal de aquella vida; la apoteosis del Héroe, como la de todos los héroes, fue la muerte. Tuvo fin la historia de los incas y con ella la vida incaica, que halló su tumba entre los escombros de la tragedia”.

En sus concepciones sobre el indio y su cultura García sostiene, buscando siempre diferenciarse de Valcárcel, que “es equivocado aquello de tomar por incaicos a nuestros indígenas actuales, así en sus costumbres, como en su arte, religión, etc.”. “Los pueblos indígenas son pueblos amestizados”. José Uriel García no idealiza el pasado y mucho menos al indio que conoció. Pero destaca que serán esos pueblos indígenas amestizados los combatientes y los constructores de una futura nación peruana.

Pero, a despecho de todo aquel aparente equilibrio intelectual y emocional, José Uriel García también compuso, como buen escritor, todo un *himno a la sierra*. Lo hizo en un lenguaje hermoso y elegante, para manifestar que *la sierra es una palpitación perenne de indianidad*. Esto es, como si uno estuviera leyendo al mismísimo Valcárcel. El pasado opone su fuerza de contraste, la acometida de su valor a quienes se sienten con aptitud de



liberarse de su dominio ... Y como toda creación, en buena cuenta, es arte, desde el invento más humilde hasta la libertad misma, *la sierra es una sugestión estética*. En fin, para José Uriel García, cuyo protagonista en la construcción de una futura nación habrá de ser el indio ameztizado, el Cusco y los otros pueblos la sierra conforman el insustituible eje de todos los escenarios de la gran transformación:

“En el arrabal cuzqueño o en media calle de cualquier poblazo serrano abre su fauce lóbrega la chichería, caverna de la nacionalidad, fibra sensible de la aldea, tumultuosa pasión de la plebe serrana. ¿Es la lepra del ‘poblacho mestizo’ o el síntoma del ‘pueblo enfermo’? Nada de eso. Vivienda prehistórica, cueva troglodita, hogar cordial del hombre primitivo y espontáneo que engendra el alma nacional y que sigue perdurando junto a la historia y acaso dentro de nosotros mismos” (82).

Los diferentes caminos soñados por Luis Valcárcel y José Uriel García, para la consecución de una nación verdaderamente libre y sin exclusiones, aún pertenecen al mundo de los sueños, de la utopía.





NOTAS:

Tercera parte

Movimientos intelectuales en provincias

- (1) Acerca de los movimientos intelectuales en provincias, puede consultarse: de José Tamayo Herrera, **Historia del indigenismo cuzqueño, siglos XVI-XX**, especialmente el cap.4 “El indigenismo cuzqueño del siglo XX”, págs.163-292.; del mismo autor, **Historia social e indigenismo en el Altiplano**; de Jorge Cornejo Polar, **La poesía en Arequipa en el siglo XX**.; de Carlos Arroyo, **El incaismo peruano, el caso de Augusto Aguirre Morales**; de José Gómez Cumpa, **Capitalismo y formación regional, Chiclayo entre los siglos XIX y XX**, Cap. V, VI y VII; de Peter Klaren, **Formación de las haciendas azucareras y orígenes del Apra**, Cap. V, VI, VII y VIII; de Juan Espejo Asturrizaga, **César Vallejo, Itinerario del hombre 1892-1923**, de Rufino Gonzalo Espino Relucé, **Adolfo Vienrich: la tentativa de la otra literatura peruana**. Sobre la cuestión del logos y el mito en la constitución del pensamiento peruano contemporáneo, puede consultarse: de Aníbal Quijano, “José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate”, prólogo a los **7 ensayos ...**, publicado por la Biblioteca Ayacucho; de César Germaná, **El socialismo indoamericano de José Carlos Mariátegui: proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana**; de José Carlos Mariátegui, “El hombre y el mito” en **El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy**.
- (2) Acerca de las tendencias sociales y políticas en el curso de las tres primeras décadas del siglo XX, puede consultarse: Julio Cotler, **Clases, estado y nación en el Perú**, cap. 3, 4 y 5; Aníbal Quijano, **Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú 1890-1930**; José Carlos Mariátegui, **Ideología y política**. Acerca de las principales corrientes de pensamiento en el mismo período, puede consultarse, Augusto Salazar Bondy, **Historia de las ideas en el Perú**.
- (3) José Luis Rénique, **Los sueños de La Sierra, Cusco en el siglo XX**, Primera parte, págs. 25-135.
- (4) Manuel González Prada, **Páginas Libres**. Luis Alberto Sánchez, **Valdelomar o la “BELLE EPOQUE”**; Alberto Tauro, **Amauta y su influencia**. Osvaldo Fernández Díaz, **Mariátegui o la experiencia del otro**; Víctor Raúl Haya de la Torre, **Por la emancipación de América Latina**, (Obras Completas, vol.1). Sobre la vinculación de Mariátegui con personas y grupos políticos o intelectuales de provincias, se puede consultar: José Luis Ayala, “Correpondencia de Mariátegui. Una cátedra abierta” (**Anuario Mariateguiano** vol.VIII-No.8, págs. 225-230, Lima 1996); Antonio Melis, “Del ‘complot comunista’ a la ruptura con Haya” (**Anuario Mariateguiano** vol. X-10, págs. 13-31, Lima, 1998).
- (5) Aníbal Quijano, “Colonialidad y modernidad/racionalidad” (**Perú Indígena** No.29, Lima, 1991); “Raza, ‘etnia’ y ‘nación’ en Mariátegui: cuestiones abiertas” en **José Carlos Mariátegui y Europa, el otro aspecto del descubrimiento**.
- (6) Sobre las principales etapas de nacionalización de la sociedad, intervalos, rupturas, avances, estancamientos, retrocesos, etc, en el contexto latinoamericano y mundial, pueden ser consultadas las obras de los autores antes mencionados, básicamente Mariátegui, Quijano, Germaná, Cotler, Rénique.



Capítulo I. Panorama general en provincias

- (1) Sobre las particularidades de la economía y sociedad en el Sur del Perú, puede consultarse: Manuel Burga y Wilson Reátegui, **Lanas y capital mercantil en el sur: la casa Ricketts 1895-1935** y Alberto Flores Galindo, **Arequipa y el Sur Andino Siglos XVIII-XX.**
- (2) Para una mayor información, se puede ver de Wilfredo Kapsoli, **Los movimiento campesinos en el Perú 1879-1965**, cap. “Los movimientos antifiscales: 1879-1896” y “Los movimientos milenaristas: 1919-1930” y **Ayllus del sol, anarquismo y utopía andina**; de Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, **Feudalismo andino y movimientos sociales (1866-1965)**, Primera parte: “Guerra de casta y milenarismo (1866-1965)”.
- (3) Idem.
- (4) Para una información mayor, ver más adelante, en las próximas páginas, el cap. II: “Movimientos intelectuales en el Cusco”.
- (5) Para una más amplia información sobre el contexto y los movimientos intelectuales en Puno, puede consultarse la obra ya citada de José Tamayo Herrera, **Historia social e indigenismo en el Altiplano**, especialmente los siguientes: I parte, “El período de la lucha por la tierra, el de la penetración imperialista en el altiplano y el del auge de la ‘intelligentsia’ puneña 1875-1895-1932”, págs. 86-101; II parte, “El gamonalismo andino”, págs. 149-190; III parte: “Los modelos de las rebeliones indígenas de Puno”, págs. 193-247; y, IV parte: “El indigenismo puneño”, págs. 251-366. También, debe consultarse el trabajo inaugural de Antonio Rengifo, “Esbozo biográfico de Ezequiel Urviola y Rivero (Contribución al estudio del liderazgo campesino)”, publicado por Wilfredo Kapsoli en **Los movimientos campesinos en el Perú 1879-1965**, págs. 179-209; de Augusto Ramos Zambrano, **Ezequiel Urviola y Rivero, apóstol del indigenismo puneño**. Acerca de la producción intelectual en general y literaria en particular en Puno, debe consultarse, entre otros: Gamaliel Churata, **El pez de oro**; Gamaliel Churata, **Antología y valoración**; II Festival del Libro Puneño, **Dos siglos de ensayistas Puneños y Antología general de la poesía puneña**. También, José Luis Ayala, **Carlos Oquendo de Amat**. Cien metros de biografía, crítica y poesía de un poeta vanguardista itinerante. De la subversión semántica a la utopía social.
- (6) Para una mayor información sobre Arequipa y su historia intelectual , en el contexto del Sur andino, ver: Alberto Flores Galindo, **Arequipa y el Sur Andino Siglos XVIII-XX**, págs. 94 - 137. Acerca de la producción literaria y sus principales rasgos, se debe ver: de Bladimiro Bermejo, **Arequipa (Bio-bibliografía de arequipeños contemporáneos)**; de Jorge Cornejo Polar, **La poesía en Arequipa en el siglo XX, estudio y antología**, “estudio preliminar” págs. 11-37; de Carlos Arroyo, **El incaísmo peruano, el caso de Augusto Aguirre Morales**, cap.I, “entre las flores del modernismo”, cap.II, “tiempos de revuelta literaria”.
- (7) Peter Klaren, **Las haciendas azucareras del norte y los orígenes del Apra**.
- (8) Idem, págs. 41-69.
- (9) Idem, págs. 73-109.
- (10) Ver, Peter Klaren, op. cit., “La bohemia trujillana y Víctor Raúl Haya de la Torre”, págs. 163-195; de Juan Espejo Asturrizaga, **César Vallejo, itinerario del hombre 1892-1923**.



(11) Para tener una imagen de Piura y su mundo social y político a fines del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, a través de la ficción, se puede revisar la novela de Miguel Gutiérrez, **La violencia del tiempo**, t.l. primera edición. Para tener algunos otros elementos de juicio, ver, también, prólogo de César Miró a **Sol, algarrobos y amor** de Hildebrando Castro Pozo; la presentación de Pilar Ramos a **Taita Yoveraqué** de Francisco Vegas Seminario; la introducción de Genaro Maza a **Los Caballeros del delito** de Enrique López Albújar.

(12) Respecto de la sociedad peruana que resurge luego de la guerra del Pacífico y la ocupación de las fuerzas chilenas y sobre los nuevos rasgos de la configuración de regiones, puede consultarse: Manrique, Nelson: **Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile; Yahuar Mayu, sociedades terratenientes serranas 1789-1910**, y el cap. “La postguerra” de su **Historia de la República**, págs. 180-181.

(13) Idem.

(14) Sobre aspectos económicos y sociales de la Sierra central, puede verse en: Alberto Flores Galindo, **Los Mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930**; Heraclio Bonilla, **El Minero de los Andes**; Wilfredo Kapsoli, **Los movimientos campesinos en Cerro de Pasco 1800-1963**.

(15) Para una idea aproximada de Huaraz y Ancash, puede consultarse de Augusto Alba Herrera, **Huaraz historia de un pueblo en transformación**, cap. V, págs. 246-314; del mismo autor, **Atusparia y la revolución campesina de 1885 en Ancash**. Acerca de la producción literaria en la región central, se puede consultar de Gonzalo Espino Relucé su tesis anteriormente citada.

(16) José Antonio Flores Marín, **La explotación del caucho en el Perú**. Jesús Víctor San Román, **Perfiles históricos de la amazonía peruana**.

(17) Idem.

Capítulo II. Movimientos intelectuales en el Cuzco

(1) Jorge Basadre, **La vida y la historia**

(2) Raúl Porras Barrenechea, **Antología del Cuzco**.

(3) José Tamayo Herrera, **Historia del indigenismo cuzqueño siglos XVI-XX**.

(4) Idem. Además, para una información más detallada, se puede consultar de Luis Miguel Glave: **Periódicos Cuzqueños del Siglo XIX**. Estudio y Catálogo del Fondo del Archivo Departamental del Cuzco.

(5) Idem. Además, de José Lucas Caparó Muñiz, **Museo de antigüedades peruanas precolombinas**.

(6) Idem.

(7) José Tamayo Herrera, “Ideas y mentalidad andina durante el siglo XIX”, oct.cit., pág.133-52; César Itier, **El Teatro Quechua en el Cuzco** (Institut Francais D’Estudes Andines y Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, Cuzco 1995), ver págs. 19-84.



- (8) José Tamayo Herrera, “Ideas y mentalidad andina durante el siglo XIX”, en **Historia del indigenismo cuzqueño...**, pág.158-159.
- (9) José Tamayo Herrera, “Clorinda Matto de Turner, evolución y síntesis en una mentalidad andina”, op. cit., pág. 152-159. Antonio Cornejo Polar, “Aves sin nido: indios, “notables” y forasteros”, en **La Novela Peruana**, págs.9-36.
- (10) José Tamayo Herrera, “Los antecedentes del indigenismo 1897-1909”, op.cit., pág.162-174.
- (11) Entre los fundadores del Centro Científico del Cusco, pueden ser mencionados: Manuel E. Montesinos (Profesor del Colegio de Ciencias, Juez de Ira. Instancia y catedrático de la Universidad), Juan Julio Castillo (Juez de 2da. Instancia y propietario de la hacienda Chupanhua), Antonio Lorena (Médico, catedrático de la Universidad, profesor del Colegio de Ciencias, propietario de las haciendas Miraflores y Recoleta), Juan A.Falcón (Obispo), Fernando Pacheco (Canónigo), Lucio Samuel Cabrera (Diputado por el Cusco), Eliseo Araujo (Miembro de la Corte Superior, Rector de la Universidad), Angel Colunge (Catedrático de la Universidad y profesor del Colegio de Ciencias), Ambrosio Della Chiesa (Médico, propietario de la hacienda Samiaca), Gavino Ugarte (Miembro de la Corte Superior). Son datos recogidos por José Luis Rénique en su ensayo de 1980 y quien, a su vez, remite al lector al **Boletín del Centro Científico** del Cusco, No.2 de 1898, para conocer con mayor detalle los nombres de los “miembros natos”.
- (12) José Luis Rénique, “El Centro Científico del Cusco” (**Historica**, vol. IV, No.1, pág.41-52, PUC, 1980).
- (13) Idem.
- (14) Idem.
- (15) Idem. Un marcado cientificismo dominaba los estudios e investigaciones de los miembros del Centro Científico. Los temas básicos se referían al aislamiento e incomunicación del Cusco, a la geografía de la región, a sus recursos naturales, a las relaciones entre la geografía y el hombre andino, las condiciones biológicas y antropológicas del indio, variedad de fauna y flora, etc. Para tener una idea al respecto, basta con reproducir algunos títulos de trabajos publicados en el respectivo Boletín Científico: “Futuras vías de comunicación en el Perú, plan general que debe seguir el Estado en su construcción”, “El alcoholismo”, “La despoblación del Cuzco”, “Acerquémonos al Ucayali”, “Informes sobre expediciones”, “La vía fluvial del Urubamba”, etc.
- (16) Idem
- (17) José Luis Rénique, **Los sueños de La Sierra, Cusco en el siglo XX**, ver Presentación, pág. 9-14; cap.1: “Cusco a inicios de siglo, herencia colonial y auge mercantil”, pág.31-42.
- (18) Magnus Morner, op. citada
- (19) José Tamayo Herrera, op. citada, pág. 162-174.
- (20) Luí E. Valcárcel, **Memorias**, págs. 136-37-38.
- (21) **La Sierra**, Nos.3-4, revista de la Asociación Universitaria, Cuzco, Julio-Agosto 1910.
- (22) La relación de las tesis presentadas en la Universidad San Antonio Abad, en la **Revista Universitaria** No.36, Cusco, marzo de 1922: “La música incaica”, de Leandro Alviña en 1908; “La



personalidad del indio en la lucha por el Derecho, sólo puede ser regenerada por la instrucción”, de Miguel Angel Nieto en 1910; “Ensayo sociológico sobre el indio” y “Estudio psicológico del sentimiento indígena”, de Timoteo Flores Ayala, en 1912 y 1913; “El curso de las civilizaciones primitivas del Perú” y “La propiedad colectiva del ayllu”, de Félix Cosío, en 1912 y 1915; “El problema del indio” (1912), “Sistemas de arrendamiento de terrenos de cultivo en el departamento del Cuzco y el problema de la distribución” (1917) y “Un aspecto económico del problema indígena” (1918), de Francisco Ponce de León; “El problema del indio”, de Dionisio Castillo, en 1914; “La música incaica” (1911), “El problema indígena”(1920) y “La comunidad indígena” (1921), de Luis Felipe Aguilar; “La educación incaica” (1917) y “La legislación tutelar indígena” (1921), de Roberto Garmendia; “La producción rural indígena y la raza aborígen” (1918) de José M. Cuello; “El servicio militar obligatorio y la raza indígena” (1918) de Roberto Barrionuevo Navarro; “La ruta quechua” (1920) de Roberto Frisancho; “El problema de la regeneración de la raza indígena” (1906) y “La reintegración de la propiedad indígena” (1920), de Víctor Guillén; “La condición jurídica y social del indio” (1921) de Rosendo Mariscal; “Aspecto jurídico de las comunidades indígenas y bienes particulares” (1920), de J.Muelle Amézquita; “El problema indígena y el código de procedimientos civiles” (1921), de Luis Ochoa; “Evolución de las comunidades indígenas” (1921), de Carlos Valdez de la Torre; “La instrucción agrícola del indígena” (1920), de José Félix Silva; “Proyecto de legislación tutelar indígena” (1921), de Humberto Luna; “Los antecedentes históricos del problema agrario en el Perú” (1918), de César Antonio Ugarte; “Etnografía de los indios de Acomayo” (1912), de Humberto Zamalloa Delgado; “Los machigangas del Urubamba” (1915), de Enrique Rosell; “Los varayoc” (1919) y “Origen y formación del imperio incaico” (1922), de Pastor Ordóñez; “Indios de Cocha” (1920), de Juan Julio Zárate; “Indios de Pisac” (1920), de Aristides Pareja Urquiza.

(23) Alberto Giesecke, “Estudio económico del departamento del Cuzco. Lo que debe hacer el supremo gobierno para los estudios superiores que propendan al mayor desenvolvimiento económico de los intereses del departamento”. Memoria leída en el acto de clausura de la Universidad del Cuzco en el año 1912 (**Revista Universitaria**, Año I, No.3, diciembre 1912).

(24) Idem.

(25) Idem.

(26) Idem.

(27) Idem.

(28) Idem.

(29) Ver: otros textos sobre el tema en la **Revista Universitaria** (Primera época, 1912-1927)

(30) Antonio Raimondi, **Viajes por el Perú**. Textos escogidos y prólogo de Jorge Guillermo Llosa (Editorial Universitaria, Lima, 1966).

(31) Fortunato Herrera, “Estudios geográficos en el departamento” (**Revista Universitaria**, Nos. 12-13, 1915).

(32) Idem.

(33) Idem. Los servicios de Jorge von Hassel habían sido solicitados por la Junta de Vías



Fluviales. A su vez, este explorador había publicado en el **Boletín** de la Sociedad Geográfica de Lima, en dos cortes transversales, sobre la cuenca del Amazonas.

(34) Ver: **Revista Universitaria**, No. 16, junio, 1916.

(35) Idem.

(36) Mirko Lauer hace una razonable distinción entre el indigenismo sociopolítico y el indigenismo literario y artístico. Sobre este último, puede consultarse su trabajo: **Discursos del indigenismo 2**, tesis de Maestría en Literatura, UNMSM, 1996.

(37) “Informe elevado al Ministerio de Instrucción por el doctor don José Gabriel Cosío, Delegado del Supremo Gobierno y de la Sociedad Geográfica de Lima, ante la Comisión Científica de 1912 enviada por la Universidad de Yale, acerca de los trabajos realizados por ella en el Cuzco y Apurímac” (**Revista Universitaria**, No.5, junio de 1913).

(38) Luis Valcárcel, **Memorias**, págs. 161-165-174.

(39) Idem, págs. 182-221.

(40) Jorge Basadre, “El Congreso de Estudiantes del Cuzco. Cuzco: piedras que gritan y siguen gritando”, en **La vida y la historia**.

(41) Carta de Haya de la Torre a Guillermo Guevara. (**La Sierra**, No.18, Lima, Junio de 1928).

(42) Luis Nieto, **Poesía Cuzqueña, derrotero para una ubicación de la poesía cuzqueña contemporánea**, págs. 35-48. Además, se menciona las revistas que, con anterioridad a **Kosko**, aparecieron en la “escena literaria cuzqueña” y que, en buena medida, habrían preparado el camino: **La Sierra** (Segunda época), órgano de la Asociación Universitaria; **Más Allá** (1922-1923); y, **Letras**, órgano de la Asociación Letras.

(43) Luis Nieto, op. citada, págs. 48-52; Marfil Francke Ballve, “El movimiento indigenista en el Cuzco (1910-1930)” en **Indigenismo, clases sociales y problema nacional**, pág. 153.

(44) Reproducido por Julio Gutiérrez en su libro **Así nació el Cuzco Rojo, contribución a su historia política 1924-1934**, págs. 11-12.

(45) Julio Gutiérrez, op. citada, pág. 12.

(46) **Kosko**, No. 1, 19 mayo 1924. El texto es reproducido por Luis Nieto en op. citada, págs. 49-50 y por Marfil Francke Ballve en op. citada, pág. 133.

(47) Luis Velazco Aragón, “Sobre Túpac Amaru”, **Kosko** No. 18, 23 de octubre de 1924. Texto reproducido por Luis Nieto en op. citada, pág. 50.

(48) **Kosko** No. 40, abril 1925. Texto reproducido por Marfil Francke Ballve, en op. citada, págs.134-135.

(49) Editorial, **Kosko** No. 44, julio 1925. Texto reproducido por Marfil Francke Ballve, en op. citada., pág. 134.



- (50) **Kosko** No.25, diciembre 1924. Texto reproducido por Marfil Francke Ballve, op.citada, pág.135.
- (51) La Torre, Roberto. “Vínculo andino”.(**Kosko** No. 27, enero 1925). Reproducido por Marfil Francke Ballve, en op. citada, págs. 135-136.
- (52) Luis Nieto, op. citada, pág.51.
- (53) En 1924, Haya de la Torre fundó el Apra (Alianza Popular Revolucionaria Americana), concebida como un Frente continental antimperialista. Mariátegui, por su parte, había predicado desde 1923 la necesidad de la conformación de un “Frente Unico” en el seno del movimiento obrero. Luego, en setiembre de 1926, el propio Mariátegui en la presentación del primer número de la revista **Amauta** sugiere que ésta representa a un frente de intelectuales: “Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa, más bien, un movimiento, un espíritu”. En diciembre del mismo año, en el número 4 de la revista **Amauta** aparecía un mensaje de Haya de la Torre bajo el título “Nuestro Frente Intelectual”.
- (54) Ver, Marfil Francke Ballve, op.citada; pág. 141; también, “El Proceso al Gamonalismo”, **Boletín de defensa indígena** No. 1, en revista **Amauta** No. 5, enero de 1927.
- (55) Marfil Francke Ballve, op. citada, págs. 144-145.
- (56) J.C.Mariátegui, “La nueva cruzada Pro-indígena”, en **El Proceso del Gamonalismo, Boletín de defensa indígena** No. 1.
- (57) “La nueva Cruzada Indígena”, **Boletín de defensa indígena** No. 2.
- (58) Luis Valcárcel, **Memorias**, págs. 239-240-241.
- (59) La relación de nombres ha sido tomada de Tamayo Herrera, Francke y Nieto, op. citadas. También, debe tenerse en cuenta que el número de **Kuntur** registra los primeros ensayos de los literatos de la “Generación del 27”, la generación que irrumpió con *Ande* y ahora con con **Kuntur**: Saavedra, González Willis, Sergio Caller, Julio Enrique Torres, Rosa Rivero. La voz cantante la lleva Román Saavedra (Eustaquio K'allata). En cuanto a ideario indianista, se respira la fuerte influencia de Federico More.
- (60) Luis Nieto, op. citada, págs.53-54.
- (61) Julio Gutiérrez, op. citada, págs. 24-40.
- (62) Editorial, **Kuntur** No. 1, Cusco, octubre de 1927. Citado parcialmente por Marfil Francke. Citado en su totalidad por Julio Gutiérrez.
- (63) Julio Gutiérrez, op. citada, págs. 41- 43.
- (64) Tamayo Herrera, op. citada, pág. 240.
- (65) Julio Gutiérrez, op. citada, págs. 55-57.
- (66) a) Las ciencias naturales y los intelectuales, donde se escribe, por ejemplo, sobre Antonio



Raymondi y su labor botánica en el Perú; uno de los colaboradores más asiduos en este territorio fue el profesor Fortunato Herrera. b) Sobre el nacionalismo como problema contemporáneo, nacionalismo e imperialismo, etc (Basadre, Rabrindanath Tagore). c) Poesía (Anaximandro Vega, César A. Rodríguez, Horacio Masis, Saúl de Navarro (Brasil), Rosa Marta Crislar, Jaqueline, Blanca Quevedo, Sergio Caller, José Portugal, Telmo Vaca, Magda Rivero, Silva Lovato, Juan Espejo Asturrizaga). d) El problema del indio, situación social del indio, instituciones indígenas, danzas y música indígenas, etc. (Atilio Sivrichi, Luis Felipe Aguilar, Emilio Romero, Víctor Guevara, Carlos Arbulú Miranda, Luis Sivrichi). e) Temas de la independencia nacional (Luis Velazco Aragón). f) Historia Inca (Atilio Sivrichi, José Félix Silva, Luis Valcárcel). g) Novela indigenista (bienvenida a Khorí-Champi, de Lizandro Caller). h) Descentralización, federalismo, Lima y **La Sierra** (Nazario Chávez Aliaga, Eugenio Garro). i) Movimientos ideológicos y políticos (Francisco Mostajo). j) Cuento (Gamaliel Churata, Ernesto Reyna). k) Problemas universitarios (Miguel Nieto). l) Revolución mexicana (El No. 9 de **La Sierra** estuvo dedicado casi íntegramente al tema). Además, están las colaboraciones de Mariátegui y Haya de la Torre. También debemos mencionar que hay reportajes sumamente interesantes a personajes como Francisco Mostajo, César Atahualpa Rodríguez, José Carlos Mariátegui y otros, en los que se habla de aspectos fundamentales de la sociedad peruana.

(67) Guillermo Guevara, "Un año de acción" (**La Sierra**, No. 13-14, Lima, enero-febrero de 1928).

(68) Guillermo Guevara, "Editorial" (**La Sierra**, No. 1, Lima, enero de 1927).

(69) "Nacionalismo e imperialismo", entrevista a Rabrindranth Tagore (**La Sierra**, No.6, Lima, junio de 1927), págs. 37-41.

(70) Jorge Basadre, "Sobre topografía social", en realidad se trata de fragmentos de un ensayo sobre nacionalismo-problema (**La Sierra** No. 3, Lima, marzo de 1927).

(71) Artículos varios sobre la revolución mexicana. (**La Sierra**, No. 9, Setiembre de 1927).

(72) Según la propuesta de la delegación mexicana, se perseguía que: 1) Los estados de la América Latina no estarían ya obligados a hacerse representar en el seno de la Unión Americana por su Ministro en Washington y podrían nombrar a su voluntad a un representante susceptible de tener mayor independencia; 2) El Presidente y el Vicepresidente de la Unión Panamericana serían designados por rotación y por orden alfabético de naciones, quitando a los Estados Unidos el privilegio vitalicio que tenían de presidir siempre por intermedio de su Ministro de Relaciones Exteriores; 3) El Director de la Unión Panamericana sería designado también por votación y orden alfabético entre los 21 estados para impedir que los Estados Unidos conservaran de manera exclusiva la dirección de los asuntos del Nuevo Mundo; 4) Que entre los funcionarios de la Unión Panamericana habría un número equivalente de americanos del norte y de americanos latinos. (**La Sierra**, No. 18, Lima, junio de 1928).

(73) Manuel Ugarte, "El Congreso Panamericano de La Habana", **La Sierra**, No.18, Lima, junio de 1928.

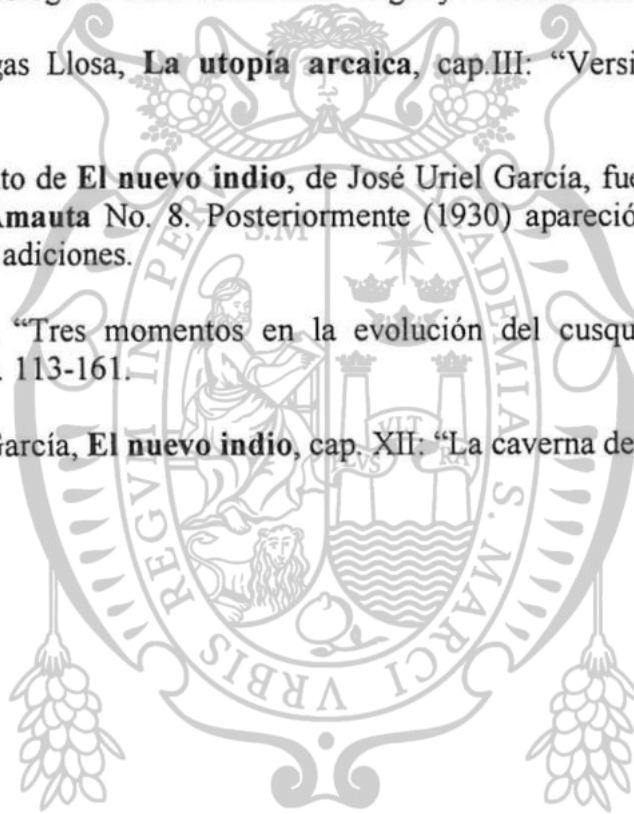
74 "Carta de Haya de la Torre a **La Sierra**" (**La Sierra**, No. 18, Lima, junio de 1928).

75 De Luis Valcárcel, **Kon, Pachacamac, Uiracocha, contribución al estudio de las antiguas religiones del Perú** (Tesis, 1912); **Del Ayllu al imperio** (Tesis, 1916), publicada en Lima en 1925; **De la vida incaica. Algunas captaciones del espíritu que la animó** (Lima, 1925),



ensayos y leyendas escritos entre 1913 y 1924. La contribución de José Uriel García, se inicia con su tesis **El arte incaico en el Cuzco** (1911) y prosigue con **La ciudad de los Incas** (1922), producto de investigaciones arqueológicas y etnohistóricas, siguiendo de cerca la escuela evolucionista.

- (76) Luis Valcárcel, **De la vida Incaica**.
- (77) José Deustua y José Rénique, **Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú 1897-1931**. pág.72).
- (78) Varios de los capítulos que conforman **Tempestad en los Andes**, de Luis Valcárcel, fueron publicados previamente en revistas culturales o habían sido textos de conferencias pronunciadas en más de una oportunidad. La publicación de la obra en 1927 lleva el prólogo de José Carlos Mariátegui y el colofón de Luis Alberto Sánchez.
- (79) Mario Vargas Llosa, **La utopía arcaica**, cap.III: “Versiones del indigenismo”, págs.68-79.
- (80) Un fragmento de **El nuevo indio**, de José Uriel García, fue publicado previamente en la revista **Amauta** No. 8. Posteriormente (1930) apareció en forma de libro con ampliaciones y adiciones.
- (81) Luis Nieto, “Tres momentos en la evolución del cusqueñismo”, en **Márgenes** No.13-14, págs. 113-161.
- (82) José Uriel García, **El nuevo indio**, cap. XII: “La caverna de la nacionalidad”





CONCLUSIONES

1. En el período comprendido entre 1900 y la gran crisis internacional de los años 30, se configuró en el Perú todo un ciclo de movimientos intelectuales que representaron una radical renovación del pensamiento social, de la creación artística y literaria y, como tal, realizaron la tarea de interpretar la realidad histórica peruana, descubriendo sus rasgos particularidades y sus tendencias básicas de cambio. De ese modo, contribuyeron a la construcción de nuevas y más consistentes visiones de la compleja realidad peruana y del conjunto del mundo andino.
2. Los movimientos intelectuales del período mencionado, se desarrollaron en un contexto nacional en el que las tensiones y conflictos sociales y políticos fueron acentuándose progresivamente y cuyo eje era el dominio creciente del capital en un universo andino precapitalista. En medio de esa realidad, aquellos movimientos intelectuales se desarrollaron a través de los debates de carácter teórico, ideológico y político. Uno de los más importantes capítulos de esos debates enfrentó a los representantes y garantes del “Perú oficial” con los descubridores y voceros del “Perú real”. En su conjunto, se les considera fundadores del Perú contemporáneo.
3. En una fase avanzada de la historia de aquellos movimientos intelectuales, un nuevo capítulo de los debates tuvo lugar en el terreno de los representantes del “Perú real”, los mismos que habían sido protagonistas de la mayor ruptura epistemológica en la historia de la vida republicana, desembocando en la formulación de dos proyectos nacionales o dos proyectos de modernidad andina.



4. Una creciente mayoría de protagonistas de las nuevas corrientes del pensamiento social y de la creación literaria y artística, en el transcurso de las tres primeras décadas del siglo XX, provenía de los movimientos intelectuales que fueron surgiendo en las provincias peruanas y que, a partir de ellas, se proyectaban en el plano nacional.
5. El año 1912 representa un hito significativo en la historia política del Perú contemporáneo: se hacen visibles los nacientes nuevos actores sociales, como las clases medias y los trabajadores asalariados, a través de nuevas aunque incipientes formas de organización y movilización frente a la clase dominante y el Estado; se inicia el resquebrajamiento irreversible del poder político hegemónico de la “República Aristocrática” y, también, comienza la declinación del pensamiento civilista y de sus intelectuales de la “generación del 900”; a partir de aquella coyuntura, las tensiones y conflictos sociales se fueron agudizando cada vez más y las tendencias de desarrollo y ascenso de los movimientos populares no pudieron ser quebrados o interrumpidos por espacio de 20 años.
6. Los intelectuales de la “generación del Centenario”, que ingresaron en la escena nacional en la década del 20 eran, en su enorme mayoría, estudiantes universitarios o profesionales de provincias provenientes de las capas sociales medias emergentes. Fueron los forjadores de las corrientes antioligárquicas y antimperialistas las que, a su vez, tuvieron diversos matices. Sus dos vertientes ideológicas y políticas fundamentales desembocaron en la creación de un movimiento democrático-nacional y de un movimiento socialista.
7. Los forjadores y/o protagonistas de los movimientos intelectuales de provincias, fueron fundamentalmente maestros, periodistas, poetas, narradores, dirigentes políticos, catedráticos y juventudes universitarias. Casi sin excepción contribuyeron, como elementos críticos del orden de dominación, al surgimiento y desarrollo de los procesos de constitución de una modernidad andina, sobre la base de dos herencias históricas: la cultura occidental y la cultura andina.



8. Los movimientos intelectuales de provincias, estimularon y/o impulsaron las corrientes democrático-nacionales las mismas que cristalizaron convirtiéndose en fuerzas sociales y políticas importantes en el curso de la década del 20 y conquistando los espacios que hasta entonces habían estado controlados por el poder del Estado oligárquico. Los puntos de partida de estos combates fueron de carácter regional y descentralista y una de sus mayores expresiones intelectuales y culturales fue el indigenismo.
9. Los movimientos intelectuales del Cusco, estuvieron entre los más importantes y excepcionales del país, por su contribución al desarrollo de una nueva conciencia nacional que incorporaba al indio como sujeto central en el proyecto de construcción de un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo. La historia de estos movimientos en el Cusco es, en lo fundamental, la historia del indigenismo y de todas sus variantes que van desde las reivindicaciones étnicas, locales y regionales hasta los proyectos nacionales de carácter utópico.
10. La primera etapa de los movimientos intelectuales del Cusco, estuvo representada por el núcleo del *Centro Científico* (“notables”: autoridades civiles y eclesiásticas, políticos, profesores universitarios y de colegios, profesionales liberales, hacendados, etc.), que denunciaba el aislamiento y atraso económico-social de la región y cuyas reivindicaciones fundamentales eran, consecuentemente, de carácter regional y descentralista. Al mismo tiempo, temían los efectos del progreso que reclamaban y trataban de huir de él, buscando refugiarse en lo provinciano y tradicional o dirigiendo la mirada hacia la Selva o, en todo caso, planteban la intervención del Estado a través leyes proteccionistas en beneficio de las “industrias locales”.
11. La segunda etapa de los movimientos intelectuales del Cusco, también tuvo como rasgo constante el de ser de carácter regional y descentralista, pero estuvo dominada por el surgimiento del indigenismo y cuyas manifestaciones básicas fueron la proliferación de estudios e investigaciones, fundamentalmente en centros académicos como la Universidad San Antonio Abad, sobre la historia andina prehispánica y acerca de la realidad del indio en el Perú contemporáneo. Por otro lado, al mismo tiempo que se



mantenían latentes las preocupaciones de progreso, y seguramente por eso, prosiguieron desarrollándose las investigaciones científicas destinadas a un mayor conocimiento de la realidad geográfica y de los recursos naturales de la región.

12. La tercera etapa de los movimientos intelectuales del Cusco, fue la de la maduración y expansión nacional del regionalismo y el indigenismo. Aparecieron sus varias tendencias o matices, como el andinismo y el serranismo. En general, ellas se inscribían, consciente o inconscientemente, en las dos grandes corrientes de pensamiento nacional que se habían configurado y consolidado en la década de los años veinte: democrático-nacional y socialista.





BIBLIOGRAFIA:

- ANDERSON IMBERT, Enrique
1961 **Historia de la literatura hispanoamericana.**
Tomo I. La colonia con cien años de república
México. Fondo de Cultura Económica.
- ANDERSON, Benedict
1997 **Comunidades imaginadas.**
Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo.
México. Fondo de Cultura Económica.
- ANDERSON, Perry
1980 **El estado absolutista.**
México. Siglo XXI.
- ARAGON, Luis Angel
1983 **Historia del periodismo cuzqueño 1922-1983.**
Cusco. IDEA.
- ARROYO, Carlos
1995 **El incaismo peruano. El caso de Augusto Aguirre Morales.**
Lima. Mosca azul editores.
- AQUÉZOLO CASTRO, Manuel (Recop. de textos y documentos)
1987 **La polémica del indigenismo.**
Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez
Lima. Mosca azul editores.
- AYALA, José Luis
1998 **Carlos Oquendo de Amat.** Cien metros de biografía, crítica y poesía de
un poeta vanguardista itinerante. De la subversión semántica a la utopía social
Lima. Editorial Horizonte.



BASADRE, Jorge

1970 **Historia de la República del Perú.**
Tomo XII: "La República Aristocrática".
Lima. Editorial Universitaria.

1981 **La vida y la historia.**
Lima. Industrial Gráfica.

BELAUNDE, Víctor Andrés

1987 **El Perú antiguo y los modernos sociólogos.**
Nota introductoria por César Pacheco Vélez; discurso de Raúl Porras Barrenechea pronunciado en 1944; prólogo de Franklin Pease.
OBRAS COMPLETAS, tomo I.
Lima. Edición de la Comisión Nacional del Centenario.

1987 **Meditaciones Peruanas.**
Textos introductorios de Jorge Basadre, Javier de Belaúnde, Luís Jaime Cisneros y César Pacheco Vélez.
OBRAS COMPLETAS, tomo II. Lima. Ediciones Comisión Nacional del Centenario.

BONILLA, Heraclio

1977 **El Minero de los Andes.**
Lima. IEP.

BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto

1980 **Apogeo y crisis de la República Aristocrática.**
(Oligarquía, aprismo y comunismo en el Perú 1895-1932).
Lima. Ediciones Rikchay.

BURGA, Manuel y REÁTEGUI, Wilson

1980 **Lanas y capital mercantil en Arequipa: La casa Rickets 1895-1935.**
Lima. IEP.

BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto

1982 "Feudalismo andino y movimientos sociales (1866-1965)"
En: **Historia del Perú. Procesos e instituciones, t.XI**
Lima. Editorial Juan Mejía Baca.

BURGA, Manuel

1988 **Nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los incas.**
Lima. Instituto de Apoyo Agrario.

CAMP, Roderic A.

1988 **Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo XX.**
México. Fondo de Cultura Económica.



- CORNEJO POLAR, Antonio
1982 "Historia de la literatura del Perú republicano".
En: **Historia del Perú. Perú republicano. T. VIII.**
Lima. Editorial Juan Mejía Baca.
- 1994 **Escribir en el aire.**
Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas.
Lima. Editorial Horizonte.
- CORNEJO POLAR, Jorge
1990 **La poesía en Arequipa en el siglo XX, estudio y antología.**
Arequipa. UNSA.
- COSSIO DEL POMAR, Felipe
1946 **Haya de la Torre, el indoamericano.** Lima. Edit. Nuevo día, 2ª. Edición.
1977 **Víctor Raúl, biografía de Haya de la Torre.**
Lima. Ediciones Enrique Delgado Valenzuela, 2ª. Edición.
- COTLER, Julio
1978 **Clases, estado y nación en el Perú.**
Lima, IEP.
- CHURATA, Gamaliel (Seud. de Arturo PERALTA)
1971 **Antología y valoración.**
Lima. Ediciones Instituto Puneño de Cultura.
1987 **El pez de oro. Retablos de Laykhakuy.**
2 vol. II festival del libro puneño. Lima. Editorial universo.
- DEGREGORI, Carlos Iván, ALFAJEME, FRANCKE y otros.
s/f **Indigenismo, clases sociales y problema nacional.**
Lima. Ediciones CELATS,
- DELGADO, Washington
1980 **Historia de la Literatura Republicana.**
Lima Rickchay.
- DEUSTUA, José y RENIQUE, José Luis
1984 **Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú 1897-1931.**
Cusco. Centro de estudios rurales andinos Bartolomé de las Casas.
- DEUTSCHER, Isaac
1973 **Trotsky, el profeta armado.**
México ERA.



- ESCAJADILLO, Tomás G.
1994 **La narrativa indigenista peruana**
Lima. Amaru editores.
- ESPEJO ASTURRIZAGA, Juan
1989 **César Vallejo. Itinerario del hombre 1892-1923.**
Lima. Concytec.
- ESPINO RELUCÉ, Rufino Gonzalo
1984 **La Lira Rebelde Proletaria.**
Estudio y antología de la poesía obrera anarquista (1900-1926).
Ediciones Tarea. Lima.
- 1996 **Adolfo Vienrich: la tentativa de la otra literatura peruana**
Tesis para optar el grado de Magister.
Lima UNMSM.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, Osvaldo
1994 **Mariátegui o la experiencia del otro**
Lima. Editora Amauta.
- FLORES GALINDO, Alberto
1977 **Arequipa y el Sur Andino Siglos XVIII-XX**
Lima. Editorial Horizonte.
- 1974 **Los Mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930**
Lima. PUC.
- 1980 **La agonía de Mariátegui, la polémica con la Komintern,**
Lima. Desco.
- 1982 **El pensamiento comunista (antología)**
Lima. Francisco Campodónico editores. Mosca azul editores.
- FRANCKE BALLVE, Marfil
s/f“ El movimiento indigenista en el Cuzco (1910-1930)”.
En: **Indigenismo, clases sociales y problema nacional**
Lima. Edic.CELATS.
- GARCIA-BEDOYA MAGUIÑA, Carlos
1990 **Para una periodización de la literatura peruana.**
Lima. Latinoamericana editores.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco
1981 **El Perú contemporáneo**
1ra. Edición en castellano. Prólogo de Luis Alberto Sánchez
Lima. Interbanc.



GARCIA CALDERON, Ventura

1986 **Obras escogidas.**

Prólogo, selección y notas de Luis Alberto Sánchez.
Lima. Ediciones Edubanco.

GARCIA, José Uriel

1973 **El nuevo indio**

Prólogos a la primera y segunda edición, por el autor
Prólogo al tercera edición, por Luis E. Valcárcel
Lima. Colección autores peruanos, 3ra. edición

GERMANA, César

1995 **El socialismo indoamericano de José Carlos Mariátegui:**

proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana.
Lima. Editorial Amauta.

GONZALEZ, Osmar

1996 **Sanchos Fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano.**
Lima. Ediciones Preal.

GONZALEZ PRADA, Manuel

1985 **Páginas Libres. Nuevas Páginas Libres.**

Obras, tomo I, volumen 1.
Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez.
Lima. Ediciones Copé.

1985 **El tonel de Diógenes. Figuras y Figurones. Bajo el Oprobio.**

Obras, tomo I, volumen 2.
Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez.
Lima. Ediciones Copé.

1986 **Horas de Lucha. Anarquía.**

Obras, tomo II, volumen 3.
Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez
Lima. Ediciones Copé.

1986 **Propaganda y Ataque. Prosa Menuda.**

OBRAS, tomo II, volumen 4.
Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez.
Lima. Ediciones Copé.

1988 **Minúsculas. Presbiterianas. Exóticas. Trozos de vida. Baladas peruanas**

OBRAS, tomo III, volumen 5.
Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez.
Lima. Ediciones Copé.



- 1989 **Cantos de otro siglo**
OBRAS, tomo III, volumen 7.
Prólogo y notas de Luis Sánchez.
Lima. Ediciones Copé.

GUTIÉRREZ, Julio

- 1987 **Así nació el Cuzco Rojo, contribución a su historia política 1924-1934.**
Cusco. Segunda edición.

GRAMSCI, Antonio

- 1967 **La formación de los intelectuales.**
México. Edic. Grijalbo.

HALPERIN, Tulio

- 1972 **Historia contemporánea de América Latina.**
Alianza editorial, Madrid,
- 1985 **José Hernández y sus mundos.**
Buenos Aires. Editorial Sudamericana

HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl

- 1977 **Por la emancipación de América Latina.**
Obras completas, tomo I.
Lima. Editorial Juan Mejía Baca.
- 1977 **El anticolonialismo y el Apra.**
Obras Completas, tomo IV.
Lima. Editorial Juan Mejía Baca.

HOBBSBAWM, Eric

- 1995 **Historia del siglo XX**
Ediciones Crítica. Barcelona,
- 1998 **La era del imperio.**
Buenos Aires. Crítica. Grijalbo Mondadori.

HUAMAN, Miguel Angel

- 1994 **Fronteras de la escritura.** Discurso y utopía en Churata.
Lima. Editorial Horizonte.

ITIER, César

- 1995 **El Teatro Quechua en el Cuzco.**
Cuzco. Institut Francais D'Estudes Andines y Centro de Estudios
Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".

KAPSOLI, Wilfredo

- 1975 **Los movimientos campesinos en Cerro de Pasco 1800-1963.**



Huancayo.

1980 **El pensamiento de la Asociación Pro Indígena.**
Cusco. Centro Bartolomé de las Casas,

1984 **Ayllus del sol, anarquismo y utopía andina.**
Lima. TAREA.

KLAREN, Peter

1976 **Formación de las haciendas azucareras y orígenes del Apra.**
Lima. IEP.

KRISTAL, Efraín

1991 **Una visión urbana de los Andes.**
Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930.
Lima. Instituto de Apoyo Agrario.

KUON ARCE, Elizabeth

1992 "El Cuzco de los años veinte".
En: **El QOSQO. Antropología de la ciudad**, págs.32-58
Lima. TAREA.

LAUER, Mirko

1989 **El sitio de la literatura. Escritores y política en el Perú del s.XX.**
Lima. Mosca azul editores.

1996 **Discursos del indigenismo 2.**
Tesis de maestría en Literatura
Lima. UNMSM.

LENIN

1971 **El imperialismo, fase superior del capitalismo.**
Moscu. Editorial Progreso.

LOPEZ, Sinesio

1991 **El Dios Mortal.** Estado, sociedad y política en el siglo XX.
Lima. Instituto Democracia y Socialismo.

LÓPEZ LENCI, Jasmín

1999 **El Laboratorio de la vanguardia literaria en el Perú.**
Lima. Editorial Horizonte.



LOPEZ SORIA, José Ignacio

- 1981 **El pensamiento fascista.**
Francisco Campodónico editor. Mosca azul editores.

MANRIQUE, Nelson

- 1979 **Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile.**
Lima. CIC.
- 1995 **Nuestra historia.**
Lima. Fondo editorial Cofide.
- 1988 **Yahuar Mayu. Sociedades terratenientes serranas 1789-1910**
DESCO, Lima,.
- 1995 **Historia de la República,**
Lima Fondo editorial de Cofide.,.

MARIATEGUI, José Carlos

- 1959 **El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy.**
Lima. Biblioteca Amauta.
- 1979 **Ideología y política.**
Lima. Ediciones Amauta.
- 1981 **La escena contemporánea.**
Lima. Edit. Amauta.
- 1987 **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana.**
Lima. Biblioteca Amauta, 48va. Edición.
- 1991 **Textos básicos.**
Selección, prólogo y notas introductorias de Aníbal Quijano.
Lima. Fondo de Cultura Económica.

MC EVOY, Carmen

- 1997 **La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919).**
Lima. PUC.

NEIRA, Hugo

- 1996 **Hacia la tercera mitad. Perú siglo XVI-XX, ensayos de relectura herética.**
Lima. SIDEA.

NIETO, Luís

- 1956 **Poesía Cuzqueña**
Derrotero para una ubicación de la poesía cuzqueña contemporánea



Cuzco. Ediciones Sol y Piedra.

NIETO DEGREGORI, Luis

- 1995 "Tres momentos en la evolución del cusqueñismo"
En: **Márgenes**, Año 8, Nos. 13-14. Págs. 113-161. Lima.

PAREJA, Piedad

- 1973 **La protesta 1911-1926, contribución al estudio del anarquismo en el Perú.**
Tesis de Br. en historia, Lima PUC.
- 1978 **Anarquismo y sindicalismo en el Perú 1904-1929.**
Lima. ediciones Rikchay Perú.

PLANAS, Pedro

- 1994 **El 900, balance y recuperación.**
CITDEC, Lima, 1994.

- 1994 **La república autocrática.**
Lima. Fundación Friederich Ebert.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

- 1961 **Antología del Cuzco.**
Lima. Librería Internacional del Perú.

- 1974 **Ideólogos de la emancipación**
Lima. Editorial Milla Batres.

QUIJANO, Aníbal

- 1978 **Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú 1890-1930.**
Lima. Mosca azul editores.

- 1979 **José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate.**
Prólogo a los "7 ensayos de interpretación de la realidad peruana"
Caracas. Biblioteca Ayacucho.

RAMOS ZAMBRANO, Augusto

- 1994 **Ezequiel Urviola y Rivero, apóstol del indigenismo puneño**
Puno. Editorial universitaria.

RENIQUE, José Luis

- 1980 "El Centro Científico del Cuzco".
En revista **Histórica**, Vol. IV, No.1, pag.41-52. Lima., PUC.

- 1991 **Los sueños de la sierra. Cuzco en el siglo XX.**
Lima. CEPES.



RENGIFO, Antonio

- 1977 "Esbozo biográfico de Ezequiel Urviola y Rivero"
(Contribución al estudio del liderazgo campesino)
En: Kapsoli, Wilfredo **Los movimientos campesinos en el Perú 1879-1965.**
Lima. Delva editores.

RIVA AGÜERO, José

- 1952 **La historia en el Perú**
Tesis para optar el doctorado en Letras
Segunda edición
Madrid. Imprenta y editorial Maestre.
- 1955 **Paisajes Peruanos.**
Estudio preliminar por Raúl Porras Barrenechea.
Lima. Imprenta Santa María.
- 1962 **Carácter de la literatura del Perú independiente**
Introducción general a las Obras Completas, por Víctor Andrés Belaúnde;
prólogo a los estudios de literatura peruana, por José Jiménez Borja; y, nota
preliminar, por César Pacheco Vélez. OBRAS COMPLETAS, tomo I.
Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir

- 1980 "La utopía modernista: el mito del nuevo y viejo mundo en Darío y Rodó"
En **Revista Iberoamericana**, Nos. 112-113, Julio-Diciembre de 1980.

RODRIGUEZ REA, Miguel Angel

- 1992 **El Perú y su literatura.** Guía Bibliográfica.
Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú.

SALAZAR BONDY, Augusto

- 1967 **Historia de las ideas en el Perú,**
2 vol. Lima. Francisco Moncloa editores.

SANCHEZ, Luis Alberto

- 1941 **Balance y liquidación del 900**
Santiago de Chile. Editorial Ercilla.
- 1964 **Don Manuel**
Lima. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, tercera edición.
- 1981 **La literatura peruana.** Derrotero para una historia cultural del Perú.
Quinta edición, t. IV.
Lima. Editorial Juan Mejía Baca.
- 1987 **Valdelomar o la "BELLE EPOQUE".**
Lima. Inpropesa. Tercera edición. Primera edición peruana.



- 1985 **Los burgueses.** Relato esperpento.
Lima. Mosca azul editores, tercera edición.
- 1986 **Los señores.** Relato esperpento.
Lima. Mosca azul editores, tercera edición.
- 1987 **Testimonio personal.** El Aquelarre 1900 - 1031.
Memorias de un peruano del siglo XX.
Lima. Mosca azul editores, segunda edición.
- 1988 **Los redentores.** Relato esperpento.
Lima. Mosca azul editores, tercera edición.
- TAMAYO HERRERA, José
- 1980 **Historia del indigenismo cuzqueño, siglos XVI-XX**
INC, Lima,
- 1981 **El pensamiento indigenista (Antología)**
Francisco Campodónico editor. Mosca azul editores.
- 1982 **Historia social e indigenismo en el Altiplano,**
Prólogo de Emilio Romero.
Ediciones treintatrés, Lima,;
- TODOROV, Tzvetan
- 1982 **La conquista de América.**
Madrid. Siglo veintiuno editores.
- TORD, Luís Enrique,
- 1978 **El indio en los ensayistas peruanos 1848-1948.**
Lima. Editoriales unidas S.A.
- TROTSKY, León
- 1985 **Historia de la revolución rusa (2 vol.).**
Madrid. SARPE.
- URBANO, Henrique (Compilador)
- 1991 **Modernidad en los Andes.**
Cusco. Centro de estudios regionales andinos "Bartolomé de las Casas"
- 1991 **Poder y violencia en los Andes.**
Cusco. Centro de estudios regionales andinos "Bartolomé de las Casas"
- VALCARCEL, Luis E.
- 1911 "Pachacutec". Revista de la Asociación Universitaria, Año 2, No.5
Cusco.



- 1912 “Kon, Pachacamac, Uiracocha, contribución al estudio de las religiones del antiguo Perú. Tesis para optar el grado de Bachiller en Letras. Cusco. Imprenta El Trabajo. También en **Revista Universitaria**, órgano de la Universidad del Cusco, Nos. 1,2,3.
- 1914 “La cuestión agraria en el Cuzco”. Tesis para optar el grado de Bachiller en Ciencias Políticas y Administrativas. Imprenta El Trabajo. También en la **Revista Universitaria**, No.9, órgano de de la Universida del Cusco.
- 1916 “Del ayllu al Imperio”. Tesis para optar el grado de Bachiller en la Facultad de Jurisprudencia. (Incluido en **Del ayllu al Imperio**. Lima, 1925).
- 1925 **De la vida inkaika, algunas captaciones del espíritu que la animó**. Lima. Editorial Gracilaso.
- 1927 **Tempestad en los Andes**.
Prólogo de José Carlos Mariátegui. Colofón de Luis Alberto Sánchez.
Lima. Biblioteca Amauta. Editorial Minerva.
- 1981 **Memorias**.
Lima. Instituto de Estudios Peruanos.
- VALDELOMAR, Abraham
- 1988 **Poemas, 1912-1919; Con la argelina al viento (1910); Los hijos del sol; La ciudad de los tísicos; La ciudad muerta. Por qué no me casé con Francinette; El caballero Carmelo; Cuentos chinos**.
OBRAS, tomo I. Lima. Edubanco.
- 1988 **La Mariscala; Ensayos; Psicologías; Belmonte el trágico;**
artículos de Colónida, Entrevistas y reportajes, Discursos y conferencias.
OBRAS, tomo II. Lima. Edubanco.
- VALLEJO, César
- 1987 **Desde Europa**. Crónicas y artículos (1923-1938)
Recopilación, prólogo y notas de Jorge Puchinelli.
Lima. Ediciones Fuente de cultura peruana.
- VARGAS LLOSA, Mario
- 1996 **La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo**
México. Fondo de Cultura Económica.
- WILLIAMS, Raymond L
- 1991 **Novela y poder en Colombia 1844-1897**.
Bogotá. Tercer mundo editores.



Revistas culturales del Cusco

Boletín del Centro Científico (1898 - 1907)

La Sierra (1910 - 1911; 1921 - 1925). Órgano de la Asociación Universitaria

Revista Universitaria (1912 - 1927). 1ra. etapa. Órgano de la Univ. del Cusco.

Kosko (1924 - 1925)

Kuntur (1927 - 1928)

La Sierra (1927 - 1930)

Revistas culturales de Lima

Colónida (1916)

Mercurio Peruano (1918 - 1929)

Claridad (1923 - 1924)

Amauta (1926 - 1930)

Labor (1928 - 1929)

Semanarios de Lima

Variedades (1908 - 1930)

Mundial (1921 - 1931)





INDICE

Introducción	V
Estructura del contenido	XVI
Nota	XX
Primera parte:	
TRANSITO DEL SIGLO XIX AL SIGLO XX: DEMOCRACIA Y MODERNIDAD EN UN PAIS PRE-MODERNO	1
Capítulo I	
<i>El pensamiento radical de Manuel González Prada</i>	5
Ruptura y conflicto: opción por el Perú real	6
Actitud apostólica y estilo profético	9
Rompamos el pacto infame y tácito de hablar a media voz	13
Horas de lucha: la cuestión del indio es económica y social	15
Don Manuel: una imagen paradigmática	18
Capítulo II	
<i>La generación del novecientos</i>	21
La generación del 900 a través de sus críticos	21
La generación del 900: intentos de reivindicación	27
Visión de la sociedad peruana: nacionalismo y capitalismo	29
Capítulo III	
<i>Tiempos de revuelta literaria: Valdelomar</i>	35
Los modernistas desbrozaron el camino	36
Valdelomar, del modernismo al postmodernismo	40
Las condiciones de la revuelta literaria a partir de 1912	43
Voces provincianas: provincia, ruralismo	45
De Colónida a la peregrinación por provincias	47



Segunda parte:

NUEVAS CORRIENTES DE PENSAMIENTO CRECIENTE PRESENCIA DE INTELLECTUALES DE PROVINCIAS	55
Capítulo I	
<i>Ingreso en escena de la generación del Centenario</i>	57
La reforma universitaria	60
Universidades Populares González Prada	66
Capítulo II	
<i>La polémica del indigenismo</i>	70
Motivando la polémica	71
Polémica en marcha	75
Capítulo III	
<i>Amauta: encuentro entre lo nacional y lo internacional</i>	81
La voz de la “nueva generación” peruana	83
Radicalismo democrático y socialismo indoamericanos	84
El problema del indio y los movimientos campesinos indígenas	87
Arte, literatura y vanguardia literaria	90
Crítica al capitalismo y a la modernidad occidental	91
Capítulo IV	
<i>Haya y Mariátegui: dos proyectos de modernidad</i>	94
Hallazgos y avances en la comprensión de los problemas peruanos	94
Sociedad peruana “semifeudal” y “semicolonial”	99
Dominación imperialista en el Perú: nacional y social	100
Revolución: democrático-nacional o socialista	104



Tercera parte:

MOVIMIENTOS INTELECTUALES EN PROVINCIAS EL CASO DEL CUSCO	114
Capítulo I	
<i>Panorama general en provincias</i>	121
Movimientos intelectuales en el Sur Andino	121
Movimientos intelectuales en la región norte	126
La región central y sus provincias	130
La selva: lejanía, azar y violencia	132
Capítulo II	
<i>Movimientos intelectuales en el Cusco</i>	134
1. Los antecedentes: el Centro Científico, 1897 – 1909	137
2. Desarrollo del regionalismo y el indigenismo, 1909 – 1920	145
Discurso del progreso, mito del positivismo	149
Discurso de las ciencias geográficas y naturales	155
Discurso del indigenismo	159
3. Expansión nacional del indigenismo cusqueño, 1920 - 1930	165
La revista <i>Kosko</i> : entre el nacionalismo y el socialismo	166
El <i>Grupo Resurgimiento</i> : un frente nacional indigenista	172
La revista <i>Kuntur</i> : entre el radicalismo indigenista y el socialismo	176
La revista <i>La Sierra</i> : andinismo, serranismo y nacionalismo antimperialista	184
Una nación por construir: entre la utopía y la realidad	191
Conclusiones	210
Bibliografía	214

